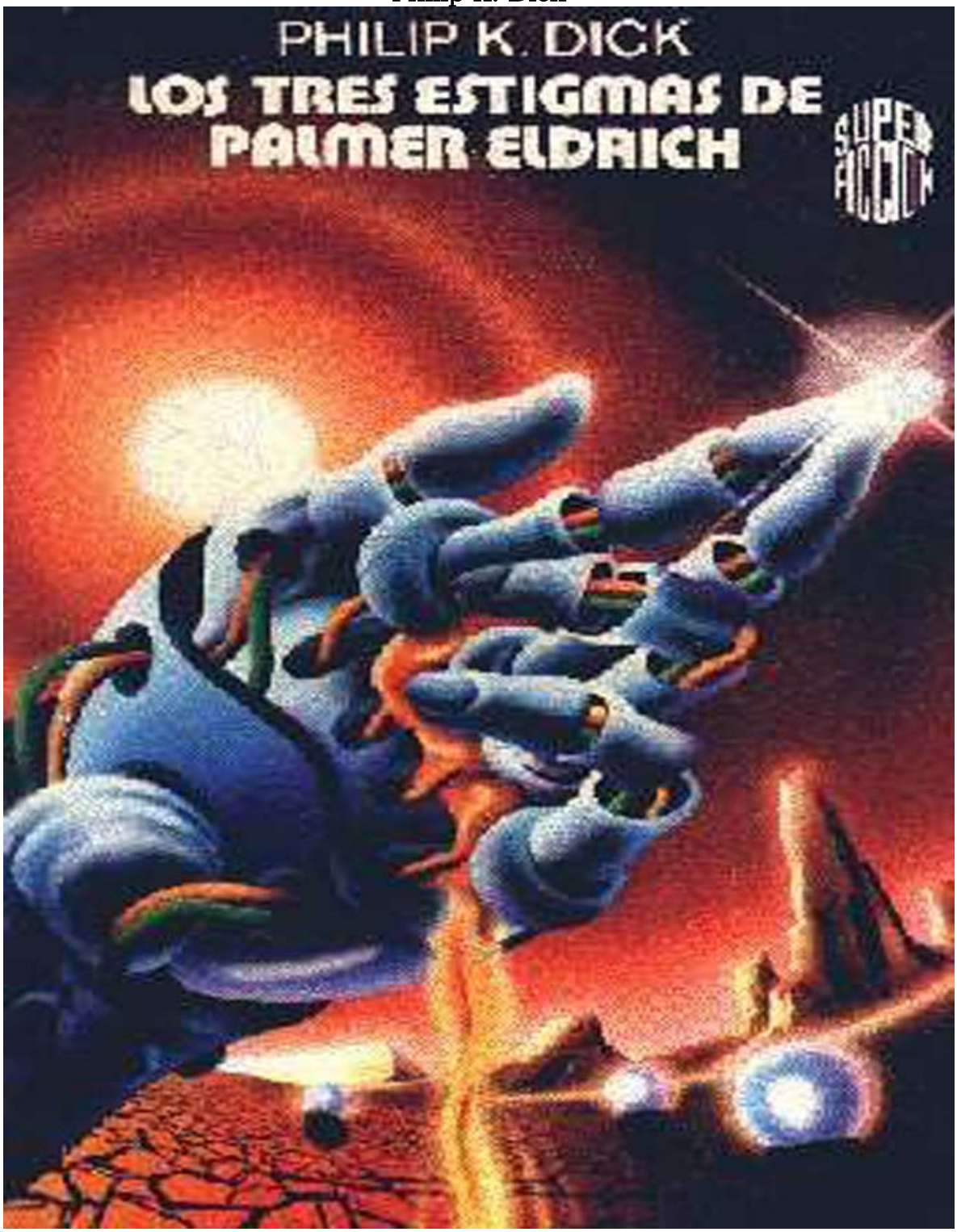
LOS TRES ESTIGMAS DE PALMER ELDRITCH
Philip K. Dick



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

1

Doliéndole la cabeza de una manera extraordinaria, Barney Mayerson se despertó; se encontraba en el dormitorio desconocido de un edificio de apartamentos climatizados también desconocido. A su lado, con las sábanas hasta sus desnudos y finos hombros, dormía una muchacha desconocida, que respiraba por la boca ligeramente abierta; sus desordenados cabellos eran blancos como el algodón.

«Apostaría a que llegaré tarde al trabajo», se dijo para sus adentros, al tiempo que se deslizaba fuera de la cama y, vacilante, se ponía de pie con los ojos cerrados, luchando contra el mareo. Por todo cuanto sabía, se encontraba a varias horas de viaje de su oficina; quizá ni siquiera se hallaba en Estados Unidos. Sin embargo, estaba en la Tierra; la fuerza de gravedad que le hacía tambalearse le resultaba familiar y normal.

Y allí, en la habitación contigua, junto al sofá, había un maletín conocido: el de su psiquiatra, doctor Smile.

Descalzo, entró lentamente en la sala y se sentó al lado del maletín; lo abrió, manipuló los interruptores y conectó al doctor Smile. Los medidores empezaron a funcionar, y el mecanismo emitió un zumbido.

—¿Dónde me encuentro? —preguntó Barney—. Y ¿cuán lejos estoy de Nueva York?

Aquél era el detalle principal. Entonces descubrió el reloj colgado en la pared de la cocina del apartamento; eran las 07.30 de la mañana. No era tan tarde.

El mecanismo, que constituía la extensión portátil del doctor Smile, y estaba conectado mediante un microrrelé a la computadora situada en el sótano del edificio de apartamentos climatizados del propio Barney en Nueva York, el Renown 33, exclamó débilmente:

—¡Ah, señor Bayerson!

—Mayerson —le corrigió Barney, alisándose los cabellos con dedos temblorosos—. ¿Qué recuerda usted de anoche?

Ahora vio, experimentando una intensa aversión física, botellas de whisky y de agua burbujeante semivacías, limones, bíters y cubiteras de hielo sobre la mesilla de la cocina.

—¿Quién es esa joven?

El doctor Smile respondió:

—La joven que está en la cama es la señorita Rondinella Fugate. Roni, como ella misma le pidió que la llamara.

El nombre le sonaba vagamente familiar y, de alguna manera, curiosamente relacionado con su trabajo.

—Escuche —dijo, dirigiéndose al maletín; pero en aquel momento la joven empezó a moverse en el dormitorio.

En seguida desconectó al doctor Smile y se puso en pie, sintiéndose avergonzado y ridículo, al darse cuenta de que sólo llevaba puestos los calzoncillos.

—¿Estás levantado? —inquirió la joven, adormilada.

Después de volverse hacia uno y otro lado, se sentó de cara a Barney. A éste le pareció que era muy bonita, con aquellos adorables y grandes ojos.

—¿Qué hora es? ¿Enchufaste la cafetera?

Él entró en la cocina con paso pesado y oprimió el botón del hornillo; comenzó a calentarse el agua para el café. Mientras tanto, oyó cerrarse una

puerta; la joven se había metido en el cuarto de baño. Empezó a correr el agua. Roni se estaba duchando.

De regreso en la sala, conectó al doctor Smile de nuevo.

—¿Qué vinculación tiene ella con Equipos PP? —preguntó.

—La señorita Fugate es su nueva auxiliar; llegó ayer de China Popular, donde desempeñó su puesto de asesora Pre-Moda de Equipos PP para esa región. Sin embargo, la señorita Fugate, aunque talentosa, es muy inexperta, y el señor Bulero consideró que un corto período como auxiliar de usted, yo diría «por debajo de usted», pero eso podría interpretarse erróneamente, considerando...

—Admirable —le interrumpió Barney.

Entró en el dormitorio, encontró sus ropas —que habían sido dejadas, sin duda por él mismo, en un montón en el suelo— y comenzó a vestirse con sumo detenimiento. Aún se sentía terriblemente mal y tenía que hacer un esfuerzo para no ceder ante el violento mareo que le acosaba.

—Eso está bien —le dijo al doctor Smile en cuanto regresó a la sala, abrochándose la camisa—. Recuerdo el memorando que recibí el viernes acerca de la señorita Fugate. Su talento sufre altibajos. Se equivocó en la elección del Visorama de la Guerra Civil Norteamericana... ¡Imagínese, pensó que sería un éxito aplastante en China Popular! —concluyó, echándose a reír.

La puerta del cuarto de baño se entreabrió. Barney vislumbró el cuerpo limpio, elástico y rosado de Roni, que se estaba secando.

—¿Me llamaste, querido?

—No —respondió él—. Hablaba con mi doctor.

—Todo el mundo comete errores —dijo el doctor Smile, con cierta fatuidad.

Barney preguntó:

—¿Cómo es que ella y yo llegamos a...? —señaló hacia el dormitorio—. En tan corto tiempo.

—Una reacción química —repuso el doctor Smile.

—¡Oh, vamos!

—Bueno, ambos son precognitores. Previeron que a la larga terminarían así, estableciendo una relación erótica. Por lo tanto, después de unos cuantos tragos, resolvieron, de común acuerdo, que no tenía sentido esperar: «La vida es breve, el arte...».

El maletín dejó de hablar, porque Roni Fugate había salido del cuarto de baño, desnuda, para dirigirse, caminando muellemente ante ellos, de vuelta al dormitorio. Barney notó que poseía un cuerpo esbelto, erguido, una carrocería verdaderamente soberbia, y unos pechos pequeños, enhiestos, con unos pezones no más grandes que dos guisantes rosados idénticos. O más bien que dos perlas rosadas idénticas, se corrigió a sí mismo.

—Anoche quería preguntarte —le dijo Roni Fugate— por qué mantienes consulta con un psiquiatra. Caray, andas con el maletín por todas partes; ni una sola vez te separaste de él... y lo mantuviste conectado todo el tiempo hasta...

Arqueó una ceja y le miró inquisidoramente.

—Al menos lo desconecté en ese momento —observó Barney.

—¿Le parece que soy bonita?

Elevándose sobre las puntas de los pies, estiró todo el cuerpo y elevó los brazos por encima de la cabeza, y luego, para sorpresa de Barney, inició una

serie de vigorosos ejercicios, saltando y brincando, con los senos oscilando al mismo ritmo.

—Por cierto que sí —murmuró él, desconcertado.

—Si no hiciera estos ejercicios del Ala Armada de las NU todas las mañanas —explicó Roni Fugate, jadeando—, pesaría una tonelada. Ve a servir el café, ¿quieres, querido?

—¿Eres realmente mi nueva auxiliar en Equipos PP? —le preguntó Barney.

—Sí, por supuesto. ¿Quieres decir que no lo recuerdas? Pero supongo que eres como la mayoría de los precognitores verdaderamente superiores: ves el futuro con tanta nitidez que sólo conservas un brumoso recuerdo del pasado. ¿Qué es exactamente lo que recuerdas de anoche?

Interrumpió los ejercicios, con la respiración entrecortada.

—¡Oh! —repuso él vagamente—. Me imagino que lo recuerdo todo.

—Escucha. La única razón por la cual no te separas del psiquiatra es que debes de haber recibido la cédula de reclutamiento. ¿Estoy en lo cierto?

Tras una pausa, él asintió. Eso lo recordaba perfectamente. El característico sobre alargado de color verdiazul había llegado una semana atrás; el próximo miércoles debería someterse a la prueba mental en el hospital militar de las NU en el Bronx.

—¿Te sirvió de algo? —señaló el maletín—. ¿Te ha hecho sentir... lo suficientemente angustiado?

Volviéndose hacia la extensión portátil del doctor Smile, Barney preguntó:

—¿A usted qué le parece?

—Lamentablemente —respondió el maletín—, todavía es del todo viable, señor Mayerson; puede soportar diez Freuds de tensión. Lo siento. Pero aún nos restan varios días; no hemos hecho más que empezar.

Después de entrar en el dormitorio, Roni Fugate recogió sus prendas interiores y comenzó a vestirse.

—Sólo piense –dijo ella con aire reflexivo— que si le reclutan, señor Mayerson, y le mandan a las colonias... tal vez ocupe yo su puesto.

Sonrió, mostrando una hilera de dientes soberbios.

—Usted no puede desempeñar mi puesto —le contestó él—. Ni siquiera pudo hacerlo en China Popular, y eso que se trataba de una situación relativamente simple en términos de descomponer preelementos en factores.

Pero algún día podría; eso él lo previó sin dificultad. Era joven y le sobraba talento, talento innato: todo cuanto precisaba para equipararse con él —y él era el mejor en la profesión— eran unos pocos años de experiencia. Ahora, mientras recobraba la noción de su situación, se sintió completamente despierto. Tenía una buena probabilidad de ser reclutado, y aun cuando no lo fuera, Roni Fugate podría perfectamente arrebatarle su magnífico y envidiable puesto, un puesto al que había ascendido en lentas etapas a lo largo de un período de trece años.

Acostarse con ella había sido una solución muy peculiar ante una situación tan sombría; se preguntó cómo había llegado a ella. Inclinándose sobre el maletín, le dijo en voz baja al doctor Smile:

—Desearía que me explicase por qué demonios, ante un panorama tan espantoso, decidí...

—Yo puedo responderle esa pregunta —gritó Roni Fugate desde el dormitorio; ahora se había puesto un suéter verde claro bastante ajustado y estaba abrochándoselo ante el espejo de su tocador—. Anoche me lo explicó

usted mismo, después del quinto whisky con agua. Me dijo... —calló, con los ojos relampagueantes—. Es poco elegante. Lo que me dijo fue: «Si no puedes vencerles, únete a ellos». Sólo que el verbo que utilizó, lamento decirlo, no fue «unir».

—¡Hum! —musitó Barney, y se dirigió a la cocina a servirse una taza de café.

De cualquier manera, no se encontraba lejos de Nueva York; era obvio que si la señorita Fugate estaba también empleada en Equipos PP, se hallarían dentro del radio que cubría el billete de abono desde su oficina. Podrían viajar juntos. Fascinante. Se preguntó si su patrono Leo Bulero lo aprobaría en el caso de que se enterara. ¿Existía alguna política oficial de la compañía con respecto a los empleados que dormían juntos? Tenían normas acerca de casi todo lo demás... aunque él no lograba comprender cómo los tipos que se pasaban la vida en las playas turísticas de la Antártida o en las clínicas alemanas de Terapia E podían tener tiempo de elaborar un dogma para cada cuestión.

«Algún día —se dijo a sí mismo— viviré como Leo Bulero, en vez de estar varado en la ciudad de Nueva York con 80 grados de temperatura...».

Ahora empezó a sentir una vibración bajo sus pies; el suelo tembló. El sistema de refrigeración del edificio se había puesto en marcha. Había comenzado el día.

Tras la ventana de la cocina el sol ardiente y hostil tomaba forma más allá de los edificios de apartamentos climatizados que él podía vislumbrar; cerró los ojos ante la luz cegadora. Sería otro día abrasador, sin ninguna duda; probablemente se superaría la marca de veinte Wagners. No era necesario ser un precognitor para pronosticarlo.

En el edificio de Apartamentos Climatizados 492, de aspecto lastimoso y número alto, situado en los suburbios de Marilyn Monroe, Nueva Jersey, Richard Hnatt tomaba su desayuno con aire indiferente mientras, con algo más que mera indiferencia, echaba una ojeada a los registros del síndrome climático correspondientes al día anterior, en el homeodiario de la mañana.

El glaciar clave, Old Skintop, se había retraído 4,62 Grables durante el último período de veinticuatro horas. Y la temperatura, al mediodía en Nueva York, superó a la del día anterior en 1,46 Wagners. Además, la humedad, debida a la evaporación oceánica, aumentó en 16 Selkirks. Por lo tanto las cosas estaban más calientes y más húmedas; la gran procesión de la naturaleza avanzaba a paso resonante, ¿y hacia dónde? Hnatt apartó el homeodiario y recogió la correspondencia que fuera entregada antes del amanecer. Hacía mucho tiempo que los carteros no salían durante las horas del día.

La primera factura que atrajo su mirada correspondía al prorrateo arbitrario por la refrigeración del apartamento; debía a Apartclim 492 exactamente diez pieles y media por el servicio de mayo: un aumento de tres cuartos de piel en relación con el mes de abril. Algún día, se dijo a sí mismo, hará tanto calor que nada podrá evitar que este lugar se derrita. Recordó el día en que su colección de discos de LP se fundieron hasta convertirse en una masa informe —alrededor del año 04— debido a una falla momentánea del equipo refrigerador del edificio. Ahora poseía cintas de óxido de hierro, que no se fundían. Y en aquel mismo momento todos los periquitos y pájaros ming venusianos del edificio habían caído muertos. Y la tortuga de su vecino

se deshidrató. Claro que ello sucedió durante el día y todo el mundo —por lo menos los hombres— se encontraba en el trabajo. Las esposas, sin embargo, tuvieron que refugiarse en el nivel más bajo del subsuelo, pensando (recordaba que así se lo había contado Emily) que al fin había llegado el momento fatal. Y no dentro de un siglo, sino ahora. Las predicciones de la Caltech habían sido erróneas..., sólo que, naturalmente, no lo habían sido; se trató simplemente de una rotura en la línea de fuerza de la central de Nueva York. En seguida habían aparecido obreros automáticos y la repararon.

En la sala, su esposa, vestida con una blusa azul, estaba pintando afanosamente con esmalte una pieza de cerámica sin hornear; sacaba la lengua entre los labios y tenía los ojos resplandecientes... El pincel se movía expertamente, y él comprendió en seguida que resultaría una obra excelente. Al ver a Emily concentrada en su trabajo, se acordó de la tarea que hoy le esperaba: una tarea que no le complacía en absoluto.

—Tal vez debiéramos esperar otra ocasión para visitarle —dijo, malhumorado.

Sin levantar la vista, Emily repuso:

—Jamás volveremos a tener un muestrario mejor para presentarle que el que tenemos ahora.

—¿Y si dice que no?

—Seguiremos adelante. ¿Qué esperabas? ¿Que desistiríamos por el solo hecho de que mi ex esposo no es capaz de prever, o no podrá prever, la gran aceptación que estas nuevas piezas tendrán finalmente en el mercado?

—Tú le conoces; yo no —replicó Richard Hnatt—. No es un individuo vengativo, ¿verdad? ¿No conservará algún rencor?

Pero, en definitiva, ¿qué clase de rencor podía conservar el ex esposo de Emily? Nadie le había causado daño alguno; en todo caso, había sido al revés..., o así lo comprendió él, por lo que Emily le había contado.

Resultaba extraño oír hablar tanto de Barney Mayerson en todo momento y no haberle conocido nunca personalmente, no haber tenido un contacto directo con él. Ahora esta situación llegaría a su fin, porque tenía una cita para ver a Mayerson a las nueve de la mañana en su despacho, en las oficinas de la firma Equipos PP. Naturalmente, Mayerson tendría la sartén por el mango; podía echar un breve vistazo al muestrario de cerámicas y rechazarlo en el acto. «No —diría—, Equipos PP no están interesados en una miniaturización de eso. Puede confiar en mi capacidad precognitiva, en mi habilidad y talento para realizar un estudio Pre-Moda de mercado». Y... a la calle con Richard Hnatt y su colección de cacharros, sin ningún otro lugar en absoluto a donde ir.

Mirando por la ventana, vio con aversión que ya hacía demasiado calor para la resistencia humana; las vías peatonales móviles quedaron abruptamente desiertas al precipitarse todo el mundo en busca de refugio. Eran las ocho y media, y ahora tenía que irse. Se levantó y se dirigió al armario del recibidor a buscar su casco vital y el obligatorio equipo refrigerador: por disposición oficial, tenía que estar ligado a la mochila del conmutador hasta el anochecer.

—Adiós —le dijo a su esposa, deteniéndose en la puerta del apartamento.

—Adiós, y mucha suerte.

Emily estaba aún más enfrascada en su complicado esmaltado, y él comprendió de pronto que ello era una prueba de cuán intensa era su

tensión; no podía permitirse descansar ni siquiera un instante. Abrió la puerta y salió al pasillo, sintiendo el aire fresco del equipo portátil, que traqueteaba a sus espaldas.

—¡Oh! —exclamó Emily, cuando él se disponía a cerrar la puerta; ahora su esposa levantó la cabeza, apartando un mechón de cabellos castaños que le caía sobre los ojos—. Videofonéame en cuanto salgas de la oficina de Barney, tan pronto sepas una cosa u otra.

—Lo haré —le aseguró él, y cerró la puerta tras de sí.

Una vez abajo, en el banco del edificio, abrió la caja de su depósito de seguridad y la llevó a un cuarto privado; de allí extrajo el exhibidor que contenía las muestras de cerámica que debía mostrarle a Mayerson.

Al cabo de un instante se encontraba a bordo de un vagón termosellado, de camino al centro de la ciudad de Nueva York y a la firma Equipos PP, el enorme edificio de cemento sintético y color claro donde tenían su origen Perky Pat y todas las unidades de su mundo en miniatura. La muñeca, reflexionaba él, que había conquistado al hombre como hombre al mismo tiempo que a los planetas del Sistema Solar. Perky Pat, la obsesión de los colonos. ¡Qué escollo sobre la vida colonial...! ¿Qué más necesitaba uno saber acerca de aquellos desgraciados que, bajo las leyes de servicio selectivo de las NU, fueron expulsados de la Tierra, obligados a empezar una nueva vida extraña en Marte, Venus o Ganímedes, o dondequiera que los burócratas de las NU se les ocurría imaginar que podían ser depositados... y de alguna manera sobrevivir?

«¡Y nosotros creemos que lo pasamos mal aquí!», se dijo para sus adentros.

El individuo que ocupaba el asiento junto a él —un hombre de mediana edad con el casco de seguridad gris, camisa sin mangas y pantalones cortos de brillante color rojo, muy común entre los hombres de negocios— observó:

—Será otro día agobiador.

—Sí.

—¿Qué lleva en esa caja tan grande? ¿Una merienda campestre para un refugio de colonos marcianos?

—Piezas de cerámica —repuso Hnatt.

—Apostaría a que las hornea dejándolas al aire libre en pleno mediodía. —El hombre de negocios rió con un cloqueo; luego cogió su homeodiario de la mañana y lo desdobló por la primera página—. Una nave del exterior del Sistema Solar informó de un aterrizaje de urgencia en Plutón —dijo—. Enviarán un equipo en su búsqueda. ¿Usted cree que puedan ser cosas? No puedo soportar esas cosas de otros sistemas estelares.

—Lo más probable es que se trate de una de nuestras propias naves de regreso.

—¿Ha visto usted alguna vez una cosa de Próxima?

—Sólo en fotografías.

—¡Espeluznante! —exclamó el hombre de negocios—. Si encuentran esa nave destruida en Plutón y se trata de una cosa, espero que la exterminen con el láser; al fin y al cabo tenemos una ley que les prohíbe entrar en nuestro sistema.

—En efecto.

—¿Puedo ver sus cerámicas? Yo me dedico a corbatas. La corbata animada Werner, que tiene la apariencia de haber sido hecha a mano, en una gran variedad de colores titanianos... Yo llevo una puesta, ¿ve? En

realidad, los colores se deben a una forma de vida primitiva que nosotros importamos y luego desarrollamos en cultivos propios aquí en la Tierra. La forma en que inducimos la reproducción es nuestro secreto comercial, como la fórmula para la elaboración de la Coca-Cola.

—Por un motivo parecido —repuso Hnatt—, no puedo mostrarle estas cerámicas, a pesar de lo mucho que me complacería hacerlo. Son una novedad. Voy a presentárselas a un precognitor Pre-Moda de Equipos PP; si acepta miniaturizarlas para los equipos Perky, entonces estaremos salvados: sólo será cuestión de transmitir la información al disc-jockey de PP (ahora no recuerdo el nombre) que circunvoluciona Marte. Y así sucesivamente.

—Las corbatas hechas a mano Werner forman parte de los equipos Perky Pat —le informó el hombre—. Su novio, Walt, posee una infinidad de ellas. —Sonrió—. Cuando Equipos PP decidieron miniaturizar nuestras corbatas...

—¿Trató usted con Barney Mayerson?

—Yo no hablé con él; lo hizo nuestro gerente de ventas regional. Dicen que Mayerson es un tipo difícil. Parece que se deja llevar por sus impulsos, y una vez que ha tomado una decisión, ésta es irreversible.

—¿No se equivoca nunca? ¿Jamás rechaza productos que luego se ponen de moda?

—Claro. Será un precognitor, pero es tan sólo un ser humano. Le diré algo que puede serle útil. Es muy receloso en lo que respecta a las mujeres. Hace un par de años se desbarató su matrimonio, y él jamás logró sobreponerse. Vea: su esposa quedó embarazada dos veces, y la junta de directores de su edificio climatizado (creo que es el treinta y tres) se reunió y votó su expulsión y la de su esposa porque habían violado el código del edificio.

»Bueno, usted ya sabe cuán difícil es ocupar un edificio de tan bajo rango. Así que, en vez de renunciar a su apartamento, prefirió divorciarse de su esposa y dejó que se mudara, llevándose a sus hijos. Y luego, más adelante, consideró que había cometido un error y eso le exasperó; se culpó a sí mismo, naturalmente, por haber cometido semejante error. Un error muy normal, sin embargo; por el amor de Dios, ¿qué no daríamos usted y yo por tener un apartamento 33 o incluso 34? Jamás volvió a casarse; tal vez es neocristiano. Pero, de cualquier manera, cuando intente venderle sus cerámicas, tenga sumo cuidado con respecto a cómo trata el punto de vista femenino; no diga: «éstas gustarán a las damas» o algo parecido. La mayoría de productos al menudeo se compran...

—Gracias por la advertencia —le interrumpió Hnatt, levantándose.

Cargado con su caja de cerámicas, recorrió el pasillo hasta la puerta de salida. Lanzó un suspiro. Sería arduo, posiblemente hasta inútil; no lograría vencer las circunstancias que, desde hacía mucho tiempo, minaban sus relaciones con Emily y sus cacharros, y eso era un hecho.

Por suerte logró atrapar un taxi; mientras éste le llevaba a través del denso tránsito del centro, leyó su propio homeodiario matutino, en especial la noticia destacada acerca de la nave que, según se creía, al regresar de Próxima se había estrellado en las heladas llanuras de Plutón. ¡Una información preñada de reservas! Ya se conjeturaba que podía tratarse del afamado industrial interplanetario Palmer Eldritch, quien una década atrás se había trasladado al sistema Prox, atendiendo la invitación del Consejo Prox de tipos humanoides; ellos deseaban que modernizara sus autofactorías, tomando como modelo las líneas de producción de la Tierra.

Librodot

Desde entonces, nada se había vuelto a saber de Eldritch. Y ahora sucedía esto...

Para la Tierra probablemente sería mejor que no se tratara del regreso de Eldritch, reflexionó. Palmer Eldritch era demasiado impetuoso y un profesional único y deslumbrante; había hecho milagros al poner en marcha las líneas de producción de las autofactorías en los planetas colonizados, pero... como siempre, había ido demasiado lejos, excediéndose en los planes. Las mercancías se apilaban en los lugares más insólitos, donde no existía colono alguno que pudiera utilizarlas. Se fueron convirtiendo en montañas de desechos a medida que la acción de los elementos las corroía lenta, inexorablemente. Las ventiscas, si uno podía creer que tales fenómenos aún existían en alguna parte... Había sitios donde hacía realmente frío; demasiado frío, de hecho.

—Su destino, su eminencia —le informó el taxi autonómico, deteniéndose ante una estructura enorme, pero subterránea en su mayor parte: Equipos PP, con infinidad de empleados que entraban puntualmente por las múltiples rampas termoprotegidas.

Pagó el taxi y echó a correr a través de un espacio abierto en busca de una rampa, sosteniendo la caja con ambas manos; le tocó brevemente la cruda luz solar y sintió —o se lo imaginó— que su cuerpo chisporroteaba. «Cocinado como un sapo, guisado con todos los fluidos vitales», pensó mientras llegaba sano y salvo a la rampa.

En seguida se encontró bajo la superficie, y una recepcionista le introdujo en el despacho de Mayerson. Las salas, frescas y tenuemente iluminadas, le invitaban a relajarse, pero él no cedió; aferró el muestrario con más fuerza y se puso tenso, y aunque no era neocristiano musitó una verbosa plegaria.

—Señor Mayerson —dijo la recepcionista, que era más alta que Hnatt e impresionante con su vestido escotado hasta la cintura y sus talones estilo resorte, dirigiéndose al hombre sentado tras el escritorio—, éste es el señor Hnatt. Señor Hnatt, el señor Mayerson.

Detrás de Mayerson permanecía de pie una joven que llevaba un suéter verde claro y con una cabellera totalmente blanca. Los cabellos eran demasiado largos, y el suéter demasiado ajustado.

—La señorita Fugate, señor Hnatt. Auxiliar del señor Mayerson. Señorita Fugate, el señor Richard Hnatt.

Tras el escritorio, Barney Mayerson continuó absorto en la lectura de un documento sin dar muestras de haber advertido la entrada de nadie, y Richard Hnatt esperó en silencio, experimentando un cúmulo de mezcladas emociones: la ira le embargaba, alojada en la tráquea y el pecho; y por supuesto la angustia, y luego, por encima de todo ello, una pizca de creciente curiosidad. Así que aquél era el ex esposo de Emily, quien, si el vendedor de corbatas animadas era digno de crédito, todavía rumiaba triste y amargamente su pesar de haber disuelto el matrimonio. Mayerson era un hombre más bien fornido, que debía de rayar los cuarenta, con cabellos sorprendentemente ondulados y sueltos, aunque no de conformidad con la moda. Parecía fastidiado, pero nada en él demostraba hostilidad. Aunque tal vez no se había dado cuenta todavía...

—Veamos sus cacharros —dijo Mayerson de pronto.

Depositando la caja de muestras sobre el escritorio, Richard Hnatt la abrió, extrajo una a una las piezas de cerámica, las dispuso en orden y luego dió un paso hacia atrás.

Al cabo de un instante, Barney Mayerson dijo:

—No.

—¿No? —repitió Hnatt—. ¿No qué?

—No tendrán aceptación —contestó Mayerson. Cogió el documento y renovó su lectura.

—¿Quiere decir que lo decidió así, sin más? —inquirió Hnatt, sin poder creer que ya estaba decidido.

—Exactamente —repuso Mayerson.

Había perdido todo interés en el muestrario de cerámicas; por lo que a él se refería, era como si Hnatt ya hubiera guardado sus cacharros y partido.

La señorita Fugate terció:

—Discúlpeme, señor Mayerson.

Levantando la vista hacia ella, Barney Mayerson le preguntó:

—¿Qué sucede?

—Lamento decírselo, señor Mayerson —repuso la señorita Fugate; se acercó a las piezas de cerámica, cogió una de ellas, la sopesó, frotando su esmaltada superficie—, pero yo tengo una impresión marcadamente diferente de la que usted percibe. Presiento que estas piezas tendrán aceptación.

Hnatt miraba alternativamente a uno y a otra.

—Déjeme ver ésa. —Mayerson señaló un jarrón de color gris oscuro.

Hnatt se lo alcanzó prestamente. Mayerson lo sostuvo en sus manos durante unos instantes.

—No —dijo por fin; ahora fruncía el entrecejo—. Aún tengo la impresión de que estos productos no tendrán gran aceptación. En mi opinión, usted está equivocada, señorita Fugate. —Dejó el jarrón sobre el escritorio—. Sin embargo —agregó, dirigiéndose a Richard Hnatt—, en vista del desacuerdo surgido entre la señorita Fugate y yo... —se rascó la nariz, pensativamente—. Déjeme este muestrario durante unos cuantos días; lo estudiaré de nuevo en otro momento.

Era evidente, no obstante, que no lo haría.

Extendiendo la mano, la señorita Fugate cogió una pieza pequeña, de forma extravagante, y la acunó oprimiéndola contra su pecho casi con ternura.

—Ésta en particular. Recibo de ella emanaciones muy poderosas. Será la que obtendrá más éxito de todas.

En voz baja Barney Mayerson dijo:

—No estás en tus cabales, Roni.

Ahora parecía estar realmente furioso; su rostro tenía una expresión violenta y sombría.

—Le videofonearé —le dijo a Richard Hnatt— cuando haya tomado una decisión definitiva. No veo razón alguna por la cual debería cambiar de opinión; por lo tanto, no sea optimista. En realidad, no se moleste en dejarme las muestras.

Dirigió una dura y penetrante mirada a su auxiliar, la señorita Fugate.

2

Aquella mañana a las diez, Leo Bulero, presidente del directorio de Equipos PP, recibió en su despacho una llamada por videófono —que ya

estaba esperando— de la agencia de policía privada Observancia de la Ley Triplanetaria. La reservó a los pocos minutos de enterarse del descanso forzoso en Plutón de una nave intersistema que regresaba de Próxima.

Escuchaba distraídamente, porque, a despecho de la gravedad de la noticia, otros asuntos ocupaban su atención.

Era estúpido, en vista del hecho de que Equipos PP abonaba un enorme tributo anual a las NU para obtener inmunidad, pero una nave de guerra de la Oficina de Vigilancia de Narcóticos de las NU había secuestrado un cargamento completo de Can-D cerca del casquete polar ártico de Marte, por un valor de casi un millón de pieles, procedente de las plantaciones estrictamente vigiladas de Venus. Era evidente que el dinero de la comisión ilegal no llegaba a manos de las personas adecuadas dentro de la complicada jerarquía de las NU.

Pero nada podía hacer al respecto. Las NU constituían una mónada inexpugnable sobre la cual él no ejercía influencia alguna.

Podía percibir sin dificultad las intenciones de la Oficina de Vigilancia de Narcóticos. Pretendía que Equipos PP iniciara una acción legal tendiente a recobrar el cargamento. Porque ello demostraría que la droga ilegal Can-D, que tantos colonos mascaban, era cultivada, elaborada y distribuida por una subsidiaria clandestina de Equipos PP. Por lo tanto, a pesar de lo valioso que era el cargamento, era preferible renunciar a él que esforzarse en reclamarlo.

—Las conjeturas del homeodiario eran acertadas —decía por la videopantalla Félix Blau, jefe de la agencia de policía—. Se trata de Palmer Eldritch y aparentemente está vivo, aunque herido de gravedad. Tenemos entendido que una nave de línea de las NU lo trae de vuelta a un hospital-base, cuya ubicación, por supuesto, no ha sido revelada.

—¡Hum! —musitó Leo Bulero, asintiendo con un movimiento de cabeza.

—Sin embargo, con respecto a lo que Eldritch descubrió en el Sistema de Próxima…

—Eso usted jamás lo averiguará —le interrumpió Leo—. Eldritch no lo dirá y ahí terminará todo.

—Se ha informado acerca de un dato interesante —dijo Blau—. A bordo de su nave, Eldritch tenía, y aún tiene, un cultivo de líquen perfectamente cuidado, muy parecido al líquen titaniano del cual se extrae la Can-D. Pensé que en vista de…

Blau enmudeció con sumo tacto.

—¿Hay alguna manera de destruir esos cultivos de líquenes? —obedeció a un impulso instintivo.

—Lamentablemente, la gente de Eldritch ya llegó a los restos de la nave. Sin duda ofrecerán resistencia a cualquier acción en ese sentido —Blau parecía consternado—. Por supuesto, podríamos intentar…, no una solución violenta, pero quizá se podría lograr por medio del soborno.

—Inténtelo —repuso Leo, aunque también él creía que sin duda sería una pérdida de tiempo y esfuerzo—. ¿No existe esa ley, esa suprema ordenanza de las NU, contra la importación de cualquier forma de vida de otro sistema?

Sería extraordinario, por cierto, si lograban inducir a las fuerzas militares de las NU a bombardear los restos de la nave de Eldritch. Garabateó un memorando para sí mismo en su libreta de notas: «Llamar abogados; elevar queja a las NU sobre importación de líquenes de otro sistema».

—Le llamaré más tarde —le dijo a Blau, y cortó la comunicación.

«Puedo formular la queja directamente», resolvió. Oprimiendo la tecla del intercomunicador, ordenó a su secretaria:

—Comuníqueme con las NU, con la Cumbre en Nueva York. Pida por el secretario Hepburn-Gilbert en persona.

Inmediatamente estuvo en contacto con el hábil político indio que el año anterior fuera nombrado secretario de las NU.

—¡Ah, señor Bulero! —Hepburn-Gilbert esbozó una torcida sonrisa—. Desea denunciar el secuestro de ese cargamento de Can-D que...

—No tengo conocimiento de ningún cargamento de Can-D —dijo Leo—. Se trata de un asunto completamente distinto. ¿Se dan ustedes cuenta de lo que Palmer Eldritch se trae entre manos? Ha traído líquenes que no pertenecen a nuestro sistema; ello podría desencadenar otra epidemia como la que tuvimos en el año noventa y ocho.

—Nos damos perfecta cuenta de ello. Sin embargo, la gente de Eldritch manifiesta que se trata de un líquen del Sistema Solar que el señor Eldritch se llevó en su viaje a Próxima y que ahora ha traído de vuelta... Era una fuente de proteínas para él, según declaran.

Los blancos dientes del indio despidieron resplandecientes destellos de superioridad; encontraba divertida la débil excusa.

—¿Y usted lo cree?

—Por supuesto que no. —La sonrisa de Hepburn-Gilbert se distendió—. ¿Qué interés tiene usted en este asunto, señor Bulero? ¿Tiene algún... hum... interés especial por los líquenes?

—Soy un ciudadano consciente del Sistema Solar. E insisto en que ustedes deben actuar.

—Estamos actuando —afirmó Hepburn-Gilbert—. Hemos hecho averiguaciones... Hemos asignado al señor Lark, a quien usted ya conoce, para este caso. ¿Comprende?

La conversación desembocó en una conclusión frustrante, y al fin Leo Bulero colgó, sintiéndose irritado contra los políticos; cuando se trataba de él, tomaban medidas coercitivas, pero en relación con Palmer Eldritch... «¡Ah, señor Bulero!» —se dijo, imitando el tono del secretario—. «Eso, señor, es harina de otro costal».

Sí, conocía a Lark: Ned Lark era jefe de la oficina de Narcóticos de las NU y el hombre responsable del secuestro de aquel último cargamento de Can-D. Meter a Lark en aquella controversia con Eldritch había sido una buena maniobra por parte del secretario de las NU. Lo que las NU se proponían era un quid pro quo; darían largas al asunto, no actuarían contra Eldritch a menos y hasta que Leo Bulero hiciera algún movimiento para cortar sus embarques de Can-D; eso lo presentía, pero naturalmente no podía probarlo. Después de todo, Hepburn-Gilbert, aquel vil y despreciable político no evolucionado de tez oscura, no había dicho exactamente eso.

«Esto es en lo que te ves envuelto cuando te diriges a las NU», —reflexionó Leo—. «Política afroasiática. Un fangal regido, administrado y dirigido por extranjeros».

Mantenía la vista fija en la videopantalla apagada. Mientras se preguntaba qué podía hacer, su secretaria, la señorita Gleason, pulsó la tecla de su intercomunicador y dijo:

—Señor Bulero, el señor Mayerson se encuentra en el antedespacho; quiere hablar un momento con usted.

Al cabo de un instante, entraba su experto en el campo de las modas del futuro con el ceño fruncido. Silenciosamente, Barney Mayerson se sentó frente a Leo.

—¿Qué mosca te ha picado, Mayerson? —inquirió Leo—. Habla; para eso estoy aquí, para que puedas llorar sobre mi hombro. Dime de qué se trata y te sostendré la mano. —Imprimió a su voz un tono corrosivo.

—Se trata de mi asistente, la señorita Fugate.

—Sí, tengo entendido que te acuestas con ella.

—Eso no viene al caso.

—¡Oh, comprendo! —exclamó Leo—. Eso es sólo un detalle sin importancia.

—Quiero decir que vine a verle por otro aspecto de la conducta de la señorita Fugate. Hace un rato, disentimos acerca de algo importante: un vendedor…

Leo le interrumpió:

—Rechazaste algo y ella estuvo en desacuerdo.

—Sí.

—¡Estos precognitores! —¡qué notable! Tal vez había futuros alternativos—. ¿Así qué deseas que le ordene que, de ahora en adelante, te respalde siempre?

Barney Mayerson alegó:

—Ella es mi asistente; eso significa que debe hacer lo que yo le indique.

—Bueno, ¿acaso acostarse contigo no constituye un buen paso en esa dirección? —Leo soltó una carcajada—. Sin embargo, ella debería apoyarte mientras los vendedores estén presentes; entonces, si tiene alguna objeción que hacer, debería ventilarla luego en privado.

—Ni siquiera accedo a eso.

Barney frunció aún más el ceño. Con toda sutileza, Leo dijo:

—Tú sabes que poseo un enorme lóbulo frontal porque me sometí a la Terapia E; prácticamente yo también soy un precognitor, por lo muy evolucionado que estoy. ¿Se trata de un vendedor de cacharros? ¿Cerámica?

Con marcada renuencia, Barney asintió.

—Son las piezas de tu ex esposa —prosiguió Leo.

Sus cerámicas se vendían bien; había visto anuncios de ellas en los homeodiarios, ofrecidas por una de las tiendas de objetos de arte más exclusivas de Nueva Orleans, que tenía sucursales en la costa del Atlántico y en San Francisco.

—¿Tendrán aceptación, Barney? —estudió la expresión de su precognitor—. ¿Tenía razón la señorita Fugate?

—Jamás tendrán aceptación; ésa es la pura verdad. —El tono de Barney, no obstante, era velado. A juicio de Leo, no condecía con sus palabras; estaba demasiado desprovisto de energía—. Eso es lo que yo preveo —agregó Barney, con acritud.

—Está bien —concedió Leo—. Aceptaré lo que dices. Pero si sus cacharros llegan a causar sensación y nosotros no disponemos de miniaturas de ellos para los equipos de los colonos… —ponderó sus palabras—, podrías encontrarte con que tu compañera de cama también ocupa tu sillón.

Poniéndose de pie, Barney dijo:

—¿Entonces le dará instrucciones a la señorita Fugate con respecto a la actitud que debe tomar? —se ruborizó—. Lo siento. Volveré a expresarlo de otra manera —murmuró, mientras Leo comenzaba a reír a carcajadas.

—De acuerdo, Barney, le bajaré los humos. Ella es joven; sobrevivirá. Y tú estás envejeciendo: precisas conservar tu dignidad, no tener a nadie que te contradiga. —Se levantó a su vez; acercándose a Barney, le dio unas palmadas en la espalda—. Pero escúchame bien: deja de torturarte; olvida a tu ex esposa. ¿De acuerdo?

—Ya la he olvidado.

—Siempre hay otras mujeres —dijo Leo, pensando en Scotty Sinclair, su amante de turno; Scotty, en aquel preciso momento, frágil y rubia, pero con una prominente pechuga, vagaba en su Quinta Satélite a quinientas millas en el apogeo, esperándole para hacerle olvidar las preocupaciones de la semana—. Hay una infinidad; no es como los antiguos sellos de correos de la Unión, ni como las pieles de trufa que usamos como dinero. —Se le ocurrió en aquel momento que podría suavizar las cosas poniendo a disposición de Barney a una de sus ex amantes que ya había desechado, pero que todavía podía ser aprovechada—. Te diré lo que... —empezó a decir, pero Barney en seguida le atajó con un brusco gesto de la mano—. ¿No? —preguntó Leo.

—No. Además, estoy fuertemente atado a Roni Fugate. Una por vez es suficiente para cualquier hombre normal. —Barney miró a su jefe con expresión adusta.

—Estoy de acuerdo. Santo Dios, yo mismo sólo puedo visitar a una cada vez. ¿Qué supones, que tengo un harén allá arriba en Winnie-ther-Pooh Acres?

Sonrió.

—La última vez que estuve allí —dijo Barney—, que fue durante su fiesta de cumpleaños en el pasado mes de enero...

—¡Oh, bueno, las fiestas! Eso es otra cosa; lo que sucede durante las fiestas no cuenta. —Acompañó a Barney hasta la puerta del despacho—. ¿Sabes, Mayerson? Oí un rumor acerca de ti, un rumor que no me gustó. Alguien te vio cargado con una de esas extensiones de computador psiquiátrico del tipo maletín... ¿Recibiste una cédula de reclutamiento?

Silencio. Luego, al fin, Barney asintió con un movimiento de cabeza.

—Y no ibas a decirnos nada al respecto —dijo Leo—. ¿Cuándo lo hubiéramos sabido? ¿El día que abordaras la nave hacia Marte?

—Lograré eximirme.

—¡Claro! Todo el mundo lo logra; por eso las NU consiguieron poblar sólo cuatro planetas, seis lunas...

—Fracasaré en la prueba mental —aseguró Barney—. Mi capacidad precognitiva me lo dice; constituye una ayuda para mí. No puedo resistir suficientes Freuds de tensión como para satisfacer sus... Míreme. —Extendió las manos, que temblaban perceptiblemente—: Fíjese en mi reacción ante la inocente observación de la señorita Fugate; observe mi reacción cuando Hnatt me presentó las piezas de Emily; examine...

—Está bien —le atajó Leo; pero a pesar de todo seguía preocupado.

Por lo general, las cédulas de reclutamiento concedían tan sólo un período de noventa días con antelación a la fecha fijada para la incorporación, y la señorita Fugate difícilmente estaría en condiciones de asumir el puesto de Barney en ese lapso. Claro que podía transferir a Mac Ronston desde París, pero ni siquiera Ronston, después de quince años de trabajo, era del mismo calibre que Barney Mayerson. Mac poseía la experiencia, pero el talento no se adquiría por acumulación; se poseía como un don de Dios.

«Las NU me están acorralando», pensó Leo. Se preguntó si la cédula de reclutamiento de Barney, enviada en aquel momento tan particular, respondía sólo a una mera coincidencia o bien venía a demostrar otro de sus puntos débiles. «En ese caso», concluyó, «la cosa es grave». Y no estaba en condiciones de ejercer presión alguna sobre las NU para lograr eximirle.

«Y todo porque suministro Can-D a esos colonos», se dijo a sí mismo. «Quiero decir que alguien tiene que hacerlo; ellos lo necesitan. En caso contrario, ¿de qué les servirían los equipos Perky Pat?»

Y, además, se trataba de una de las operaciones comerciales más fructíferas de todo el Sistema Solar. Había muchas pieles de trufa en juego.

Eso también lo sabían las NU.

A las doce y treinta, hora de Nueva York, Leo Bulero almorzaba con una flamante joven que había ingresado en el pozo de las secretarias. Pia Jurgens, sentada ante él en un reservado de Purple Fox, comía con precisión; su pequeña y bien dibujada mandíbula se movía a un ritmo perfectamente regular. Era pelirroja, y a él le gustaban las pelirrojas; cuando no eran horriblemente feas, poseían un atractivo casi sobrenatural. La señorita Jurgens era de éstas. Ahora bien, si pudiera encontrar un pretexto para transferirla a Winnie-ther-Pooh Acres... Siempre y cuando Scotty no pusiera objeción, por supuesto. Y eso, en aquellos momentos, no parecía muy probable; Scotty sabía salirse con la suya, lo cual siempre era peligroso en una mujer.

«Lástima que no pude endosarle Scotty a Barney Mayerson» —se dijo para sus adentros—. «Mataría dos pájaros de un tiro; lograría que Barney se sintiera psicológicamente más seguro, y me libraría de...».

«¡Tonterías!» —pensó—. «Barney debe sentirse inseguro; si no, es tan inútil como si estuviera en Marte. Es por eso que ha alquilado ese maletín parlante. Evidentemente, no comprendo el mundo moderno en absoluto. Aún estoy viviendo en el siglo XX, cuando los psicoanalistas lograban que la gente fuese menos propensa a la tensión».

—¿No habla usted nunca, señor Bulero? —le preguntó la señorita Jurgens.

—No.

Él estaba pensando: «¿No podría alterar de manera positiva la norma de conducta de Barney? ¿No podría ayudarle a ser —cómo se dice— menos viable?»

Pero ello no era tan fácil como parecía; lo comprendió instintivamente, al dilatársele el lóbulo frontal. Uno no podía lograr que una persona sana se pusiera enferma por el solo hecho de darle una orden.

¿O sí era posible?

Excusándose, buscó al camarero automático y pidió que le trajeran un videófono a la mesa. Al cabo de unos instantes estaba en contacto con la señorita Gleason.

—Oiga, deseo ver a la señorita Rondinella Fugate, del departamento del señor Mayerson, en cuanto regrese a la oficina; el señor Mayerson no tiene que saberlo. ¿Me comprende?

—Sí, señor —contestó la señorita Gleason, tomando nota.

—Lo oí todo —dijo Pia Jurgens, cuando él hubo colgado—. Podría decírselo al señor Mayerson, ¿sabe? Le veo casi todos los días en la oficina.

Librodot

Leo se echó a reír. La idea de que Pia Jurgens arrojara por la borda el brillante futuro que se abría ante ella con él mismo le resultaba divertida.

—Mira —le dijo, palmeándole la mano—, no te preocupes; eso no cabe en el espectro de la naturaleza humana. Termina de comer tu croqueta de ancas de rana de Ganímedes y volvamos a la oficina.

—Lo que quiero decir —aclaró la señorita Jurgens, tiesamente— es que me parece un poco raro que se muestre tan franco delante de otra persona, de alguien a quien apenas conoce.

Clavó la mirada en él, y su pecho, excesivamente henchido y provocador, aumentó aún más de tamaño; estaba preñado de indignación.

—La respuesta obvia es que debo conocerte mejor —replicó Leo, anhelante—. ¿Has mascado Can-D alguna vez? —le preguntó, buscando un tono más íntimo—. Deberías hacerlo. A pesar del hecho de que crea hábito, es una verdadera experiencia.

Por supuesto que él siempre tenía a mano una cierta provisión, calidad AA, en Winnie-ther-Pooh Acres; cuando se juntaban invitados, a menudo se recurría a ella para agregar un poco de color a lo que, de lo contrario, podía resultar deslucido.

—El motivo por el cual te lo ofrezco es que pareces ser de esa clase de mujeres que poseen una activa imaginación, y la reacción que se obtiene con la Can-D depende de... Bien, varía de acuerdo con la capacidad creadora del tipo de persona imaginativa como tú.

—Me encantaría probarla alguna vez —manifestó la señorita Jurgens; miró a su alrededor, bajó la voz y se inclinó hacia él—. Pero es ilegal.

—¿De veras?

Leo la miró fijamente.

—Usted sabe que lo es. —La joven parecía irritada.

—Escucha —dijo Leo—. Yo puedo proporcionártela.

Claro que la mascaría junto con ella; tomándola en compañía, las mentes se fusionaban, se convertían en una nueva unidad... o al menos ésa era la experiencia. Unas pocas sesiones mascando Can-D juntos, y sabría todo lo que era digno de saberse acerca de Pia Jurgens; había algo en ella —además de las evidentes y fabulosas cualidades anatómicas— que le fascinaba; ansiaba estar más cerca de ella.

—No utilizaremos el equipo Perky Pat.

Resultaba irónico que él, el creador y fabricante del micromundo Perky Pat, prefiriese usar la Can-D en un vacío. ¿Qué provecho podía obtener un habitante de la Tierra de uno de aquellos equipos, teniendo en cuenta que se trataba de una miniaturización de las condiciones que se encontraban en cualquier ciudad terrícola?

Para los pobladores de una Luna barrida por ululantes y fuertes vientos, acurrucados en el fondo de un refugio enclavado junto a congelados cristales de metano, era distinto; Perky Pat y su equipo constituían para ellos el privilegio de retornar al mundo en que habían nacido. Pero él, Leo Bulero, estaba condenadamente harto del mundo en que había nacido y en el cual aún vivía. Y ni siquiera Winnie-ther-Pooh Acres, con todas sus diversiones curiosas y no tan curiosas, lograba llenar el vacío. Sin embargo...—La Can-D —le dijo a la señorita Jurgens— es un gran producto, y no debe sorprendernos que esté prohibido. Es como la religión: la Can-D es la religión de los colonos —rió con un cloqueo—. Una porción, masticada durante quince minutos, y... —hizo un gesto alado con la mano— no más

refugios. No más metano congelado. La Can-D proporciona una razón para vivir. ¿No vale la pena correr el riesgo y afrontar el costo?

«Pero ¿qué otra cosa nos queda a nosotros que tenga un valor similar?», se preguntó a sí mismo, sumiéndose en la melancolía.

Mediante la fabricación de los equipos Perky Pat y el cultivo y distribución del líquen que servía de base para el producto envasado que llegaba al consumidor como Can-D, había logrado tornar la vida tolerable para más de un millón de expatriados de la Tierra contra su voluntad. Pero ¿qué demonios conseguía él a cambio? «Mi vida», pensó, «está dedicada a los demás, y ya empiezo a estar fastidiado; no es suficiente». Contaba con su Satélite, donde Scotty le esperaba; existían como siempre los embarullados detalles de sus dos enormes negocios, uno legal, el otro no... Pero ¿no había nada más que eso en la vida?

Él no lo sabía. Ni lo sabía nadie, porque, al igual que Barney Mayerson, todos se dedicaban a imitarle de una u otra manera. Barney con su señorita Rondinella Fugate no eran más que una réplica mediocre de Leo Bulero y la señorita Jurgens. Dondequiera que miraba, descubría lo mismo; probablemente incluso Ned Lark, el jefe de la Oficina de Narcóticos, hacía aquella clase de vida. Seguramente lo mismo podía aplicarse a Hepburn-Gilbert, quien con toda probabilidad tenía una estrellita de cine sueca, alta y rubia, con unos senos del tamaño de bolos... y duros como ellos. Hasta Palmer Eldritch.

De pronto comprendió que no, Palmer Eldritch no. Él había encontrado algo más. Durante diez años estuvo en el Sistema de Próxima, o al menos iba y venía. ¿Qué había encontrado? ¿Algo que mereciera aquel esfuerzo, que mereciera terminar estrellándose en Plutón?

—¿Viste los homeodiarios? —le preguntó a la señorita Jurgens—. ¿Lo de la nave que descendió en Plutón? He ahí un hombre en mil millones: Eldritch. No hay otro como él.

—Leí que está prácticamente chiflado —repuso la señorita Jurgens.

—Claro. Diez años de su vida, tanta angustia, y todo ¿para qué?

—Puede estar seguro de que ha obtenido un buen rendimiento de esos diez años —dijo la señorita Jurgens—. Está loco, pero es listo; sabe mirar por sí mismo, como todo el mundo. No está tan chiflado como dicen.

—Me gustaría conocerle —confesó Leo Bulero—. Conversar con él, aunque sólo fuera durante un minuto.

Entonces, decidió hacerlo: iría al hospital donde estaba internado Palmer Eldritch, se abriría paso por la fuerza o por el soborno hasta su habitación y se enteraría de lo que había encontrado.

—Yo solía creer —dijo la señorita Jurgens— que cuando las primeras naves partieran de nuestro sistema hacia otra estrella, ¿se acuerda?, nos enteraríamos de que... —vaciló—. Es muy tonto, pero sólo era una chiquilla por aquel entonces, cuando Arnoldson hizo su primer viaje hasta Prox y volvió; era una chiquilla cuando regresó, quiero decir. En realidad creía que quizás al ir tan lejos había... —agachó la cabeza, esquivando la mirada de Leo Bulero— encontrado a Dios.

Leo pensó: «Yo también lo creí. Y eso que entonces yo era una persona adulta, treintañera. Así se lo he comentado a Barney en numerosas ocasiones. Y todavía lo creo, aun ahora» —pensó—, «con respecto al vuelo de una década de Palmer Eldritch».

Librodot

Después de almorzar, de vuelta a su despacho en la firma Equipos PP, se entrevistó con Rondinella Fugate por primera vez. Cuando llegó, ella estaba esperándole.

«No es mal parecida», pensó, mientras cerraba la puerta de su despacho. Tenía una espléndida figura y unos ojos luminosos, magníficos. Parecía nerviosa. La joven cruzó las piernas, se alisó la falda y le observó furtivamente mientras él se sentaba tras el escritorio, frente a ella. Leo se dio cuenta de que era muy joven. Era una chiquilla capaz de replicar y contradecir a su superior si consideraba que éste estaba equivocado. Conmovedor…

—¿Sabe por qué la hice venir a mi despacho? —inquirió.

—Supongo que está enfadado porque me atreví a contradecir al señor Mayerson. Pero realmente capté el porvenir en la línea vital de esas cerámicas. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Medio se levantó del asiento, implorante, y luego volvió a sentarse.

—Le creo —dijo Leo—. Pero el señor Mayerson es muy sensible. Si usted está viviendo con él, ya sabe que no se separa de ese psiquiatra portátil que tiene.

Abriendo el cajón de su escritorio extrajo una caja de Cuesta Reos, de la mejor calidad; ofreció la caja a la señorita Fugate, la cual, gustosamente, aceptó uno de los finos y oscuros cigarros. Él, a su vez, cogió uno; prendió el de ella y luego el suyo, y se recostó en su sillón.

—¿Sabe usted quién es Palmer Eldritch?

—Sí.

—¿Es capaz de utilizar sus poderes precognitivos para otra cosa, además de usarlos para prever la moda del futuro? Dentro de un mes o algo así, los homeodiarios mencionarán a cada momento el lugar donde se encuentra Eldritch. Me gustaría que echara una mirada a esos homeodiarios del futuro y luego me dijera dónde está ese hombre en este instante. Sé que puede hacerlo.

«Será mejor que puedas», se dijo para sus adentros, «si deseas conservar tu puesto aquí». Esperó, fumando su cigarro, al tiempo que observaba a la joven y pensaba, con cierta envidia, si sería tan extraordinaria en la cama como lo era en su aspecto…

La señorita Fugate dijo con voz suave y vacilante:

—Sólo percibo una impresión muy vaga, señor Bulero.

—Bueno, veamos de qué se trata, de todos modos.

Extendió la mano para coger la pluma.

La joven se demoró varios minutos más y, al volver a concentrarse, la impresión no se hizo más clara. No obstante, Leo Bulero no tardó en tener anotadas en su libreta de notas las siguientes palabras: «Hospital de Veteranos James Riddle, Base III, Ganímedes». Un establecimiento de las NU, claro. Pero él ya se lo había imaginado. El hecho no era decisivo; todavía podría encontrar la manera de llegar allí.

—Y no está registrado con ese nombre —agregó la señorita Fugate, pálida y enervada por el esfuerzo de prever el futuro. Prendió de nuevo el cigarro, que se le había apagado; e incorporándose en el asiento, cruzó una vez más sus maravillosas piernas—. Los homeodiarios dirán que Eldritch estaba inscrito en los registros del hospital como un tal señor… —hizo una pausa, cerró los ojos con más fuerza y suspiró—. ¡Oh, diablos! —exclamó—. No puedo percibirlo. Una sílaba. Frent. Brent. No, creo que es Trent. Sí. Es

Eldon Trent —Sonrió con alivio; sus grandes ojos relampagueron traduciendo un placer infantil, ingenuo—. En verdad, han tenido muchos problemas para mantenerle oculto. Y están interrogándole, dirán los homeodiarios. Por lo tanto, es evidente que se halla consciente —De repente, frunció el ceño—. Espere, veo un titular; estoy sola en mi propio apartamento climatizado. Es de mañana temprano y leo la primera página. ¡Oh, cielos!

—¿Qué dice? —preguntó Leo, inclinándose con rigidez hacia Roni; había captado la consternación de la joven.

La señorita Fugate murmuró:

—Los titulares dicen que Palmer Eldritch está muerto.

Parpadeó, miró a su alrededor con estupor y luego, lentamente, fijó la vista en él; le contempló con una confusa mezcla de temor e incertidumbre, conteniéndose casi de una manera palpable; como si quisiera alejarse de él, se acurrucó contra el respaldo, con los dedos entrelazados.

—Y le acusan a usted como causante de su muerte, señor Bulero. De veras; eso es lo que dice el titular.

—¿Quiere usted decir que voy a asesinarlo?

Ella asintió con la cabeza.

—Pero... no es algo definitivo; yo sólo capto alguno de los futuros, ¿comprende? O sea, que los precognitores vemos... —hizo un ademán con la mano.

—Lo sé.

Estaba familiarizado con las facultades de los precognitores; después de todo, hacía trece años que Barney Mayerson trabajaba para Equipos PP, y alguno de los otros aún más tiempo.

—Podría suceder —dijo, ásperamente.

«¿Por qué tendría que hacer una cosa semejante?», se preguntó. Ahora no había manera de responder aquella pregunta. Tal vez después de encontrar a Eldritch, de conversar con él... Pues era evidente que lo lograría.

La señorita Fugate dijo:

—En vista de este posible futuro, no creo que sea conveniente que intente ponerse en contacto con el señor Eldritch; ¿no le parece a usted, señor Bulero? Quiero decir que el riesgo existe, está pendiente. Diría que... alrededor de un cuarenta.

—¿Un cuarenta qué?

—Por ciento. Casi el cincuenta por ciento de posibilidades.

Ahora, más serena, fumaba su cigarro y le miraba cara a cara; sus ojos, oscuros y penetrantes, brillaban mientras le contemplaba meditando, sin duda con suma curiosidad, por qué debería cometer él un acto como aquél.

Poniéndose en pie, Leo Bulero se dirigió a la puerta del despacho.

—Gracias, señorita Fugate; aprecio la ayuda que me ha brindado en este asunto.

Esperó, dejando ver a las claras que deseaba que ella se marchara. Sin embargo, la señorita Fugate permaneció sentada. Leo Bulero tropezó con la misma firmeza peculiar que había trastornado a Barney Mayerson.

—Señor Bulero —dijo la joven con voz pausada—, en realidad creo que debería informar de esto a la policía de las NU. Nosotros, los precognitores...

El volvió a cerrar la puerta del despacho.

—Ustedes los precognitores —la interrumpió— se preocupan demasiado por la vida de los demás.

Pero hubo de reconocer que la señorita Fugate le tenía en sus manos. Se preguntó qué pretendería hacer ella con lo que sabía.

—Es posible que recluten al señor Mayerson —señaló la señorita Fugate—. Eso usted ya lo sabía, por supuesto. ¿Intentará influir en ellos para que le eximan?

Con toda candidez, él respondió:

—Tenía intención de ayudarle a salir del atolladero, en efecto.

—Señor Bulero —prosiguió la joven en voz baja, pero firme—, haré un trato con usted: dejemos que le recluten, y luego yo seré su Consultora Pre-Moda para Nueva York. —Esperó, pero Leo Bulero no dijo nada—. ¿Qué me responde usted? —insistió ella.

Era evidente que no estaba acostumbrada a tales negociaciones. Sin embargo, estaba dispuesta a salirse con la suya si era posible; al fin y al cabo, reflexionaba él, todo el mundo, incluso el operador más sagaz, tenía que comenzar en algún momento u otro. Tal vez era testigo de la fase inicial de lo que sería una brillante carrera.

Y entonces recordó algo. Recordó por qué la joven había sido transferida de la oficina de Pekín a Nueva York, como ayudante de Barney Mayerson. Comprobaron que sus predicciones eran variables. Algunas de ellas —demasiadas, de hecho— resultaron ser erróneas.

Quizá su visión anticipada del titular relacionado con su proceso por el manifiesto asesinato de Palmer Eldritch —suponiendo que hubiera dicho la verdad, que realmente lo hubiese vislumbrado— era sólo otro de sus errores. La deficiente capacidad precognitora era la causa de que ella estuviera allí.

En voz alta, le dijo:

—Déjeme pensarlo. Déme un par de días.

—Hasta mañana por la mañana —repuso la señorita Fugate con firmeza.

Leo se echó a reír.

—Ahora comprendo por qué Barney estaba tan alterado.

Y era probable que Barney hubiese presentido con sus propias facultades precognitivas, aunque fuese de una manera nebulosa, que la señorita Fugate descargaría un golpe decisivo sobre él, que comprometería su posición.

—Escuche —dió unos pasos hacia ella—. Usted es la amante de Mayerson. ¿No le gustaría quitárselo de encima? Yo puedo ofrecerle las comodidades de un Satélite entero.

Suponiendo, por supuesto, que lograra echar a Scotty de allí.

—No, gracias —respondió la señorita Fugate.

—¿Por qué? —estaba asombrado—. Su carrera…

—El señor Mayerson me gusta —contestó ella—. Y no siento una debilidad especial por los cabezo… —se contuvo—, por los hombres que han evolucionado en esas clínicas.

Leo Bulero volvió a abrir la puerta del despacho.

—Mañana por la mañana le haré saber mi decisión.

Mientras la veía transponer el umbral de la puerta que comunicaba con la oficina de la recepcionista, pensó: «Eso me dará tiempo para llegar a Ganímedes y encontrar a Palmer Eldritch; entonces, sabré algo más. Sabré si sus precogniciones son falsas o no».

Cerrando la puerta tras la joven, se dirigió en seguida a su escritorio y pulsó la tecla del videófono que conectaba con la línea exterior. A la operadora de la ciudad de Nueva York le dijo:

—Comuníqueme con el Hospital de Veteranos James Riddle en la Base III de Ganímedes; quiero hablar con el señor Eldon Trent, un paciente allí internado. De persona a persona.

Le dio su nombre y número, cortó la comunicación, agitó la horquilla y marcó el número del Espaciopuerto Kennedy. Encargó un pasaje para la nave expreso que partía de Nueva York para Ganímedes al atardecer; luego, se paseó arriba y abajo por el despacho, esperando que le dieran la conferencia con el Hospital de Veteranos James Riddle.

«Cabezota», pensó. Aquella chica hasta era capaz de insultar a su jefe.

Al cabo de diez minutos, llegó la comunicación.

—Lo siento, señor Bulero —se disculpó la operadora—. El señor Trent no puede recibir llamadas, por orden de los médicos.

Así que Rondinella Fugate estaba en lo cierto; en el James Riddle existía un tal Eldon Trent y con toda probabilidad se trataba de Palmer Eldritch. Sin duda valía la pena hacer el viaje; las perspectivas parecían buenas.

«Sí, será asombroso», pensó, «que encuentre a Eldritch, tenga alguna clase de altercado con él —sabe Dios por qué— y finalmente le dé muerte. Un hombre a quien, en estos momentos, ni siquiera conozco. Y seré juzgado por ello; no podré escapar. ¡Vaya una perspectiva!»

Pero ya se había despertado su curiosidad. En el curso de sus múltiples actividades jamás había tenido necesidad de matar a nadie, bajo las circunstancias que fueren. Fuera lo que fuese lo que tenía que ocurrir entre él y Palmer Eldritch, tendría que ser algo único; definitivamente, hacer un viaje a Ganímedes era lo indicado.

Sería difícil regresar de allí. Su sutil intuición le decía que todo saldría como él esperaba. Y Rondinella Fugate sólo había dicho que sería acusado del asesinato; nada hacía suponer que sería condenado por ello.

Condenar a un hombre de su categoría por un delito capital, aun tratándose de las autoridades de las NU, no les iba a resultar tan fácil. Estaba deseoso de que lo intentaran.

3

En un bar cercano a la firma PP, Richard Hnatt saboreaba un Tequila Sour; tenía la caja de muestras ante él, sobre la mesa. Estaba condenadamente convencido de que las piezas de Emily no eran malas; sus obras eran vendibles. El problema residía en su ex esposo y en el poder que le otorgaba su posición.

Y Barney Mayerson había ejercido aquel poder.

«Tengo que llamar a Emily y decírselo», se dijo.

Se puso en pie. Un hombre se interpuso en su camino, un espécimen de cuerpo peculiarmente redondo fijado en lo alto de unas piernas muy delgadas.

—¿Quién es usted? —le preguntó Hnatt.

El hombre se bamboleaba ante él como un muñeco, mientras se hurgaba su bolsillo, como si se rascara por causa de un microorganismo familiar parasitario que había logrado sobrevivir la prueba del tiempo. Sin embargo, lo que al fin extrajo fue una tarjeta comercial.

—Estamos interesados en sus artículos de cerámica, señor Hatt. Natt. O comoquiera que se pronuncie.

—Icholtz —dijo Hnatt, leyendo la tarjeta; en ella sólo figuraba aquel nombre, sin ninguna otra información, ni siquiera un videonúmero—. Pero lo que llevo ahí no son más que muestras. Le daré los nombres de las tiendas que venden la línea de nuestros productos. Pero éstas...

—Son para ser miniaturizadas —le atajó el hombre-muñeco, el señor Icholtz, asintiendo—, Y eso es lo que nosotros precisamos. Tenemos interés en miniaturizar sus cerámicas, señor Hnatt. Consideramos que Mayerson está equivocado. Esas piezas tendrán aceptación, y muy pronto.

Hnatt le miraba con los ojos desmesuradamente abiertos.

—¿Ustedes desean miniaturizarlas, y no pertenecen a la firma Equipos PP?

Pero... nadie más podía hacerlo. Todo el mundo sabía que Equipos PP tenía un monopolio. Sentándose a la mesa junto al muestrario, el señor Icholtz sacó la billetera y comenzó a contar pieles.

—Al principio se le asignará muy poca publicidad. Pero finalmente...

Le ofreció a Hnatt el fajo de amarronadas y arrugadas pieles de trufa que circulaban como moneda corriente en el Sistema Solar: la única molécula, una proteína, un aminoácido sin par, que no podía ser reproducida por los Impresores. Los Impresores eran las formas de vida Biltong utilizadas por muchas de las industrias de la Tierra en lugar de las líneas de producción automatizadas.

—Tengo que consultarlo con mi esposa —arguyó Hnatt.

—¿No es usted el representante de su firma?

—S... sí.

Aceptó el fajo de pieles.

—El contrato —Icholtz extrajo un documento y lo extendió sobre la mesa; le tendió una pluma—. En él nos otorga la exclusividad.

Cuando se inclinó para firmar, Richard Hnatt vio el nombre de la firma de Icholtz: Elaboradores de Chew-Z de Boston. Nunca los había oído nombrar. Chew-Z... le recordaba otro producto, que no podía recordar exactamente cuál era. Sólo logró recordarlo después de que hubo firmado y que Icholtz terminara de separar una copia para él: la droga alucinógena ilegal Can-D, que en las colonias utilizaban juntamente con los equipos Perky Pat.

Tuvo un presentimiento mezclado con una profunda inquietud, pero era demasiado tarde para echarse atrás. Icholtz ya se había apoderado de la caja de muestras; su contenido pertenecía ahora a Elaboradores de Chew-Z de Boston, E.U.A., Tierra.

—¿Cómo... puedo ponerme en contacto con ustedes? —inquirió Hnatt, cuando Icholtz se alejaba de la mesa.

—Usted no se pondrá en contacto con nosotros. Si lo necesitamos, le llamaremos.

Icholtz esbozó una breve sonrisa.

¿Cómo demonios iba a decírselo a Emily? Hnatt contó las pieles, leyó el contrato y, gradualmente, se fue dando cuenta de la cantidad exacta que Icholtz le había pagado; era suficiente para que él y Emily pudieran darse el lujo de pasar cinco días de vacaciones en la Antártida, en una de las grandes y frescas ciudades de veraneo que frecuentaban los ricos del planeta; donde, sin duda, Leo Bulero y otros como él pasaban el verano...; y, actualmente, el verano duraba todo el año.

O bien... Se quedó pensativo. Podría hacer algo más; podría ir con su esposa al establecimiento más exclusivo del planeta..., suponiendo que así lo desearan. Podrían tomar una nave hasta Alemania e ingresar en una de las clínicas de Terapia E del doctor Willy Denkmal. «¡Recórcholis!», pensó.

—Prepara la maleta. Nos vamos a Munich. A... —eligió el nombre de una clínica al azar; la había visto anunciada en las revistas exclusivas de París—. A Eichenwald —le dijo—. El doctor Denkmal es...

—Barney las aceptó —le interrumpió Emily.

—No. Pero ahora hay otra gente en el campo de la miniaturización, aparte de Equipos PP. —Estaba exultante—. Barney las rechazó, pero ¿qué importa? Con esta nueva empresa salimos ganando; deben de ser muy solventes. Te veré dentro de media hora; iré a encargar los pasajes para el vuelo expreso de la TWA. ¿Te imaginas? ¡Terapia E para ambos!

En voz baja, Emily arguyó:

—Pensándolo bien, no estoy muy segura de querer evolucionar.

Desconcertado, él insistió:

—¡Claro que quieres! Entiende que ello podría salvarnos la vida y, si no la nuestra, la de nuestros hijos..., los hijos potenciales que podríamos tener algún día. Y aunque sólo estuviéramos allí un corto tiempo y evolucionáramos solamente un poco, piensa en todas las puertas que se abrirían para nosotros; seríamos personas gratas dondequiera que fuésemos. ¿Conoces personalmente a alguien que se haya sometido a la Terapia E? Uno lee acerca de Fulano y de Zutano en los homeodiarios todo el tiempo, gente de la sociedad, pero...

—No quiero verme cubierta de pelo —objetó Emily—. Y no quiero que se me dilate la cabeza. No. Yo no iré a la Clínica Eichenwald.

Parecía del todo decidida; su rostro tenía una plácida expresión.

—Entonces iré solo —replicó él.

Además, tendría ventajas económicas; después de todo, era él quien trataba con los compradores. Y podría quedarse en la clínica el doble de tiempo, evolucionar doblemente... suponiendo que el tratamiento surtiera efecto. Algunas personas no respondían a él, pero ello difícilmente podía considerarse como culpa del doctor Denkmal; no todo el mundo estaba dotado de la misma capacidad de evolución. Con respecto a sí mismo, tenía la certeza absoluta; él evolucionaría notablemente, alcanzando el nivel de los grandes tipos, sobrepasándoles incluso en relación con la característica piel callosa que Emily, por un erróneo prejuicio, había denominado «pelo».

—¿Qué se supone que debo hacer yo mientras estés en el extranjero? ¿Limitarme a hacer cerámica?

—Exactamente —contestó.

Porque los pedidos llegarían rápida y copiosamente; de otro modo, la firma Elaboradores de Chew-Z de Boston no tendrían interés alguno en la miniaturización. Era evidente que ellos también se servían de sus propios precognitores Pre-Moda como la firma Equipos PP. Pero entonces recordó algo: Icholtz había dicho: al principio se le asignará muy poca publicidad. Comprendió que ello significaba que la nueva firma no poseía una red de disc-jockeys circunvolando la colonia de lunas y planetas; ellos no tenían ningún Allen y Charlotte Faine para propagar las novedades, como era el caso de Equipos PP.

Pero establecer Disc-jockeys Satélites llevaba tiempo. Eso era natural.

Y, sin embargo, este hecho le inquietaba. En seguida pensó, presa del pánico: «¿No se tratará de una firma ilegal? Tal vez la Chew-Z, al igual que la Can-D, está prohibida; quizá nos hemos metido en algo peligroso por mi culpa».

—¿Alguna vez oíste hablar de la Chew-Z? —le preguntó a Emily.

—No.

Extrajo el contrato del bolsillo y lo examinó de nuevo. «¡Qué lío! —pensó—. ¿Cómo me metí en esto? Si aquel maldito de Mayerson hubiese aceptado las cerámicas...».

A las diez de la mañana el espeluznante sonido de una bocina —que ya le resultaba familiar— sacó a Sam Regan de su sueño, y éste maldijo la nave de las NU que sobrevolaba la zona; sabía que el barullo era provocado con toda deliberación. La nave, que circunnavegaba sobre los refugios de la Colonia Viruelas Locas, deseaba estar segura de que los colonos —y no meramente los animales indígenas— recibirían los paquetes que tenía que arrojarles.

«Los recibiremos», musitó Sam Regan para sus adentros, mientras cerraba la cremallera de su mono térmico, introducía los pies en las altas botas y luego, refunfuñando, se dirigía tan lentamente como le era posible hacia la rampa.

—Llega temprano hoy —protestó Tod Morris—. Y apostaría a que todo son productos de consumo corriente, azúcar y alimento básico como manteca..., nada interesante como caramelos, por ejemplo.

Apoyando el hombro contra la tapa en lo alto de la rampa, Norman Schein empujó; la fría y brillante luz del sol cayó sobre ellos, obligándoles a parpadear.

La nave de las NU resplandecía sobre sus cabezas, perfilándose contra el negro firmamento como si estuviese suspendida de un cable inestable. «Buen piloto, este vago», se dijo Tod. «Conoce bien el área de Fineburg Crescent». Agitó la mano a modo de saludo hacia la nave, y de nuevo la potente bocina emitió su sonido ensordecedor, que les hizo taparse las orejas con las manos.

Un proyectil se deslizó de la parte inferior de la nave, extendiendo los estabilizadores, y descendió hacia el suelo al tiempo que describía una espiral.

—¡Mieeerda! —exclamó San Regan con fastidio—. Son productos corrientes; no le pusieron paracaídas.

Se dio la vuelta, sin sentir el mínimo interés.

Qué miserable se veía todo hoy, pensó mientras contemplaba el paisaje de Marte. Horrible. «¿Por qué vinimos aquí? No tuvimos otra alternativa; nos obligaron a ello».

El proyectil de las NU ya había descendido; su casco presentaba una resquebrajadura, abierta por el impacto, y los tres colonos pudieron ver los envases que contenía. Al parecer habría unos trescientos kilos de sal. Sam Regan se sintió aún más desalentado.

—¡Eh! —gritó Schein, acercándose al proyectil y escudriñando su interior—. Creo ver algo que puede sernos de utilidad.

—Parece que esas cajas contienen aparatos de radio —dijo Tod—. Radios de transistores. —Siguió a Schein, pensativo—. Tal vez podamos usarlos para algo nuevo en nuestros equipos.

—El mío ya tiene un aparato de radio —observó Schein.

—Bueno, con sus piezas puedes construir una segadora de césped electrónica autodirigida —sugirió Tod—. Tú no tienes ninguna, ¿verdad?

Conocía bastante bien el equipo Perky Pat de los Schein; las dos parejas, él y su esposa junto con Schein y la suya, se habían fusionado en muchas ocasiones, al comprobar que eran compatibles.

—Cuidado con las radios, porque yo puedo utilizarlas.

Su equipo carecía del abridor automático de la puerta del garaje, que tanto Schein como Tod ya tenían; él estaba considerablemente atrasado con respecto a ellos. Claro que todos aquellos artefactos podían comprarse. Pero se había quedado sin pieles. Había gastado toda su provisión en aras de una necesidad que consideraba más apremiante: le había comprado a un traficante una cantidad bastante considerable de Can-D y la tenía enterrada, oculta en el piso de su compartimiento-dormitorio situado en el nivel inferior de su refugio colectivo.

Él era un creyente; afirmaba el milagro de la traslación: el momento casi sagrado en que los artefactos miniaturizados del equipo ya no representaban meramente la Tierra sino que eran la Tierra. Y él y los demás, unidos en la fusión con la casa de muñecas por medio de la Can-D, eran transportados fuera del tiempo y del espacio local. Muchos de los colonos aún eran incrédulos; para éstos los equipos eran meramente símbolos de un mundo que ninguno de ellos podría volver a experimentar. Pero uno por uno los descreídos iban entrando en el redil.

Aun ahora, tan temprano en la mañana, ansiaba volver abajo, mascar una porción de Can-D de su provisión y unirse con sus compañeros en el más solemne momento que eran capaces de alcanzar.

Dirigiéndose a Tod y Norm Schein, les preguntó:

—¿A alguno de vosotros le gustaría tratar de alcanzar el tránsito? —ése era el término técnico que utilizaban para referirse a la participación—. Yo me voy abajo —manifestó—. Podemos usar mi Can-D; la compartiré con vosotros.

Semejante invitación no podía dejarse pasar por alto; tanto Norm como Tod parecieron ceder a la tentación.

—¿Tan temprano? —objetó Norm Schein—. Acabamos de levantarnos de la cama. Pero de cualquier manera no tenemos otra cosa que hacer.

Malhumorado, propinó una patada a la enorme excavadora de arena semiautónoma; hacía varios días que permanecía estacionada cerca de la entrada de la choza. Ninguno de ellos se sentía con suficientes energías como para subir a la superficie y reanudar las operaciones de limpieza que habían iniciado a principios de mes.

—Sin embargo, no me parece correcto —murmuró—. Deberíamos estar aquí arriba, trabajando en nuestras huertas.

—¡Y vaya huerta que tienes! —exclamó Sam Regan, con una mueca—. ¿Qué es eso que has plantado? ¿Hay algún nombre para designarlo?

Norm Schein, con las manos en los bolsillos del mono, caminó por el terreno arenoso y desmenuzado, cubierto por una rala vegetación, hasta llegar a su huerta de hortalizas que tan bien cuidada estuviera en su momento; se detuvo a contemplar los caballones, con la esperanza de que hubiesen brotado algunas más de las semillas especialmente preparadas. Ninguna había prendido.

Librodot

—Acelgas —dijo Tod con el ánimo de consolarle—. ¿No es cierto? A pesar de la mutación, aún puedo reconocer las hojas.

Arrancando una de ellas, Norm la masticó, para escupirla en seguida; la hoja era amarga y estaba cubierta de arena.

En aquel instante Helen Morris salió de la choza, estremeciéndose bajo la fría luz solar de Marte.

—Tenemos una discusión —declaró, dirigiéndose a los tres hombres—. Yo sostengo que los psicoanalistas en la Tierra cobraban cincuenta dólares la hora, y Fran afirma que esos honorarios correspondían a sólo cuarenta y cinco minutos. Deseamos agregar un psicoanalista a nuestro equipo —explicó— y queremos estar seguros, porque se trata de un accesorio auténtico, fabricado en la Tierra y enviado aquí en esa nave de Bulero que vino la semana pasada. ¿Os acordáis?

—Nos acordamos —aseguró Schein con ácido acento.

¡Menudos precios pidieron los vendedores de Bulero! Y Allen y Charlotte Faine, desde su Satélite, anunciaban incesantemente los distintos accesorios, estimulando los deseos de todo el mundo.

—Pregúntaselo a los Faine —sugirió Tod, el esposo de Helen—. Comunícate con ellos por radio la próxima vez que el Satélite pase por aquí —consultó su reloj de pulsera—. Dentro de una hora. Ellos poseen todos los datos acerca de los accesorios auténticos; de hecho, ese dato en particular debería figurar en la caja del accesorio.

Ello le irritaba porque, naturalmente, sus buenas pieles —suyas y de Helen— le había costado la diminuta figura del psicoanalista de tipo humano, junto con el diván, la mesa de despacho, la alfombra y la biblioteca con sus impresionantes libros, increíblemente bien miniaturizados.

—Tú ibas al psicoanalista cuando aún estabas en la Tierra —le dijo Helen a Norm Schein—. ¿Cuánto pagabas de honorarios?

—Bueno, yo casi siempre hice terapia de grupo —aclaró Norm—, en la clínica de Higiene Mental de la Universidad de Berkeley, y te cobraban de acuerdo con tus posibilidades económicas. Y en cambio Perky Pat y su novio van a un psicoanalista privado.

Se alejó caminando por la huerta, que había sido solemnemente escriturada a su nombre, entre las hileras de hojas melladas, todas las cuales estaban hasta cierto punto deterioradas y eran devoradas por los microorganismos de las plagas indígenas. Si pudiera encontrar una sola planta sana, una planta que no hubiese sido afectada... bastaría para sentirse reconfortado. Los insecticidas de la Tierra sencillamente no eran efectivos allí; las plagas oriundas del planeta prosperaban. Hacía diez mil años que esperaban la hora propicia: que apareciera alguien e intentara cultivar la tierra.

Tod le dijo:

—Será mejor que riegues un poco.

—Sí —reconoció Norm Schein.

Presa de un gran abatimiento, se dirigió hacia el lugar donde estaba el sistema hidrobombeador de la Colonia Viruelas Locas; estaba conectado a la red de riego, ahora parcialmente anegada de arena, que abastecía todas las huertas. Sabía que antes de regar era necesario remover la arena. Si no ponían en marcha cuanto antes la enorme excavadora de primera clase, no podrían regar aunque quisieran. Pero no se sentía particularmente animoso para emprender aquella tarea.

Y, sin embargo, tampoco podía imitar a Sam Regan, y volverse simplemente de espaldas a la escena que se ofrecía ante su vista, regresar al cubil para jugar con su equipo, construir o incluir nuevos accesorios, introducir reformas... o, como proponía hoy Sam, sacar una cantidad de la cuidadosamente escondida Can-D e iniciar la comunicación. «Tenemos responsabilidades», reflexionó.

—Dile a mi esposa que suba —le pidió a Helen.

Ella podría guiarle mientras hiciera funcionar la excavadora; Fran tenía buen ojo.

—Yo se lo diré —ofreció Sam Regan, empezando a descender hacia el fondo del cubil—. ¿Nadie quiere venir conmigo?

Nadie le siguió; Tod y Helen Morris se fueron a echar una ojeada a su propia huerta, y Norm Schein estaba ocupado, quitándole la funda protectora a la excavadora, como paso previo a ponerla en marcha.

Al llegar abajo Sam Regan buscó a Fran Schein; la encontró agachada ante el equipo Perky Pat que los Morris y los Schein compartían, concentrada en lo que estaba haciendo.

Sin levantar la vista, Fran dijo:

—Hemos llevado a Perky Pat hasta el centro de la ciudad en su nuevo Ford convertible, al cual estacionó y puso una moneda en el medidor; luego fue de compras y ahora está sentada en la sala de espera del psicoanalista, leyendo un ejemplar de «Fortune». Pero ¿cuánto tiene que pagar?

Levantó los ojos, se echó los largos cabellos negros hacia atrás y le sonrió. Sin ninguna duda, Fran era la más hermosa y espectacular mujer de todas las que compartían el cubil colectivo; lo observó ahora, pero no por el mismo motivo que la primera vez.

—¿Cómo puedes entretenerte con ese equipo —le preguntó— sin mascar...? —echó una mirada a su alrededor: al parecer estaban los dos solos. Inclinándose hacia ella, le dijo—: Ven y mascaremos una porción de Can-D de primera calidad. Tal como tú y yo hicimos aquella vez. ¿Quieres?

Mientras esperaba su respuesta, el corazón le latía aceleradamente; el recuerdo de la última vez que ambos se sintieron trasladados al unísono le aflojaba las piernas.

—Helen Morris volverá...

—No; están arriba, poniendo en marcha la excavadora. No bajarán hasta dentro de una hora. —Cogió a Fran de la mano y la hizo ponerse de pie—. La que viene en un simple envoltorio marrón —le dijo, mientras la llevaba del compartimiento hacia el pasillo— debe usarse en seguida, y no dejarla enterrada. Envejece y se torna rancia. Pierde su potencia.

«Y debemos pagar un precio muy alto por la potencia», pensó con morbosidad. «Demasiado alto para desperdiciarlo». Aunque algunos —no en aquel cubil— afirmaban que la fuerza que aseguraba la traslación no provenía de la Can-D sino de la perfección del equipo. En su opinión, eso no tenía sentido; no obstante la creencia tenía sus adherentes.

Cuando entraban precipitadamente en el compartimiento de Sam Regan, Fran dijo:

—Mascaré al unísono contigo, Sam, pero no hagamos nada mientras estemos en la Tierra que... tú ya sabes. No debemos hacerlo aquí. Quiero decir que, por el solo hecho de que seamos Pat y Walt y no nosotros mismos, ello no nos da derecho.

Librodot

Le dirigió una ceñuda mirada admonitoria, reprendiéndole por su conducta anterior y por haberla conducido a realizar un acto aún no deseado.

—Luego admites que vamos a la Tierra.

Ambos habían discutido aquel punto —y era fundamental— muchas veces en el pasado. Fran solía defender la posición de que lo que sufría la traslación era sólo la apariencia, lo que los colonos llamaban accidentes: las meras manifestaciones externas de los lugares y objetos implicados, no las esencias.

—Yo creo —repuso Fran lentamente, al tiempo que desenlazaba sus dedos de los de él y se detenía junto a la puerta del compartimiento— que tanto si se trata de un juego de la imaginación, como de una alucinación inducida por la droga, o bien una traslación real de Marte a la Tierra, como si dijéramos, por medio de un agente del que nada sabemos... —volvió a dirigirle una dura mirada—, pienso que debemos abstenernos. Con el fin de no contaminar la experiencia de la comunicación —agregó, mientras observaba cómo él separaba cuidadosamente la cama metálica de la pared y tanteaba, con un gancho alargado, en la cavidad que había quedado al descubierto—. Debería ser una experiencia purificadora. Nos desprendemos de nuestro cuerpo carnal, de nuestra corporeidad, como se dice, y adquirimos un cuerpo imperecedero, por lo menos durante cierto tiempo. O para siempre, si uno cree como algunos, que se produce fuera del tiempo y del espacio, que es eterno. ¿No lo crees así, Sam? —lanzó un suspiro—. Yo sé que no.

—¡Espiritualidad! —exclamó él con fastidio, mientras extraía el paquete de Can-D del hoyo excavado en el suelo del compartimiento—. Una negación de la realidad. ¿Y qué se obtiene a cambio? Nada.

—Reconozco —concedió Fran al tiempo que se le acercaba para ver cómo él abría el paquete— que no puedo demostrar que se obtenga algo mejor, debido a la abstención. Pero yo lo sé. Lo que tú y otros sensualistas que viven entre nosotros no comprendéis es que cuando mascamos Can-D y abandonamos el cuerpo, nos morimos. Y al morir, perdemos la noción del...

Vaciló en concluir la frase.

—Dilo —la conminó Sam, mientras abría el paquete y con un cuchillo cortaba una tira de la masa de fibras compactas, de color marrón y aspecto vegetal.

—Del pecado —dijo Fran.

Sam Regan prorrumpió en una sonora carcajada.

—Está bien... Al menos eres ortodoxa.

Porque la mayoría de los colonos hubiera compartido la creencia de Fran.

—Pero —prosiguió Sam, volviendo a depositar el paquete en su seguro escondite— no es por eso que yo la masco; yo no deseo perder nada... Quiero ganar algo.

Cerró la puerta del compartimiento, luego extrajo prestamente su propio equipo Perky Pat, lo extendió en el suelo y colocó cada objeto en su sitio, con ansiosa rapidez.

—Algo que normalmente nos está vedado —agregó, como si Fran no lo supiera.

Su marido —o su propia esposa o ambos, o cualquier morador del refugio— podría aparecer mientras ellos se encontraran en estado de traslación. Y sus dos cuerpos se hallarían a una distancia prudencial uno

del otro; por muy lúbricos que fuesen los observadores, nada pecaminoso podrían descubrir. Existía una reglamentación legal al respecto; no había forma de probar la cohabitación, y eso que los expertos en cuestiones jurídicas que figuraban entre las autoridades de las NU que gobernaban en Marte y las demás colonias lo habían intentado..., siempre infructuosamente. Mientras uno se hallaba transportado, podía cometer incesto, asesinato, cualquier cosa; y desde el punto de vista jurídico no se trataría más que de una mera fantasía, un deseo impotente tan sólo.

Este hecho tan interesante hacía tiempo que le había inducido al uso de la Can-D; para él, la vida en Marte ofrecía muy pocas bendiciones.

—Creo que me estás tentando a hacer algo indebido —arguyó Fran.

Al tomar asiento parecía triste; sus ojos, grandes y negros, se fijaron superficialmente en un punto central del equipo, cercano al enorme armario de Perky Pat. Distraídamente, comenzó a acariciar un abrigo de marta cebellina miniaturizado, sin pronunciar palabra.

Él le entregó la mitad del trozo de Can-D; luego se introdujo su porción en la boca y empezó a mascar con glotonería.

Sin perder su expresión sombría, Fran también inició su masticación.

Él era Walt. Poseía una aeronave deportiva Jaguar XXII que desarrollaba una velocidad de dos mil quinientos kilómetros por hora. Sus camisas eran italianas y sus zapatos estaban fabricados en Inglaterra. Al abrir los ojos buscó el pequeño reloj-televisor junto a su cama; se conectaría automáticamente, sintonizando el espectáculo matutino del gran payaso relator de noticias, Jim Briskin. La imagen de Briskin, con su peluca de color de fuego, ya se estaba formando en la pantalla. Walt se incorporó, oprimió un botón que hizo girar la cama al tiempo que se elevaba para mantenerle en posición sentada, y se recostó para mirar un rato el desarrollo del programa.

—Me encuentro en la esquina de Van Ness y Market, en el centro de San Francisco —estaba diciendo Briskin con tono afable—, y estamos a punto de presenciar la inauguración del flamante edificio de Apartamentos Climatizados Sir Francis Drake, que será totalmente subterráneo. Se encuentra junto a mí, con el fin de ofrecer el edificio, la encantadora baladista y...

Walt apagó el televisor, se levantó y con los pies descalzos se dirigió a la ventana; descorrió las cortinas y contempló la calle de San Francisco, las colinas y las blancas casas bañadas por la resplandeciente y cálida luz matinal. Era sábado por la mañana y él no tenía que ir a sus ocupaciones en la Ampex Corporation, en Palo Alto; en cambio —y estas palabras sonaban alegremente en su cabeza— tenía una cita con su novia, Pat Christensen, la cual poseía un moderno apartamento en Potrero Hill.

Siempre era sábado.

En el cuarto de baño se humedeció la cara con agua, luego proyectó sobre ella un chorro de crema de afeitar y comenzó a rasurarse. Y, mientras se afeitaba, observando sus familiares facciones en el espejo, descubrió que llevaba una nota pegada en la mano:

ESTO ES UNA ILUSIÓN. TÚ ERES SAM REGAN, UN COLONO DE MARTE.

APROVECHA TU TIEMPO DE TRASLACIÓN, MUCHACHO. ¡LLAMA A PAT EN SEGUIDA!

Y la nota estaba firmada por Sam Regan.

Una ilusión, pensó, dejando de afeitarse. ¿Qué clase de ilusión? Trató de rememorar; Sam Regan y Marte, un horrible cubil de colonos... Sí, ahora podía imaginarlo, pero esa imagen parecía remota, borrosa y nada convincente. Encogiéndose de hombros, empezó a rasurarse de nuevo, aunque algo confundido y un poco deprimido. Muy bien, supongamos que la nota fuese cierta; quizá recordaba aquel otro mundo, aquella triste cuasi-vida de expatriación involuntaria en un entorno innatural. ¿Y qué? ¿Por qué tenía que echar a perder aquel instante? Arrancó la nota de su mano, la estrujó y la arrojó en el vertedero de desperdicios del cuarto de baño.

Tan pronto hubo terminado de afeitarse videofoneó a Pat.

—Escucha —dijo ella en seguida, glacial y tensa en la pantalla; sus rubios cabellos tenían un brillo resplandeciente: había terminado de secárselos—. No quiero verte, Walt. Te lo ruego. Porque sé lo que tienes en mente y yo no tengo interés en ello, ¿me comprendes? —sus ojos, de un azul grisáceo, traducían frialdad.

—¿Hum? —musitó él, sorprendido, tratando de buscar una respuesta—. Pero hace un día tremendo... Deberíamos salir a tomar aire. Podríamos visitar el Golden Gate Park.

—Hará demasiado calor para salir.

—No —replicó él, irritado—. Eso será más tarde. Oye, podríamos ir a pasear por la playa, a darnos una zambullida. ¿Qué te parece?

Ella vaciló.

—Pero esa conversación que mantuvimos antes...

—No mantuvimos ninguna conversación. Hace una semana que no te veo, desde el sábado pasado —procuró que el tono de su voz fuese lo más firme y convincente posible—. Pasaré a buscarte dentro de media hora. Ponte el traje de baño... ya sabes, el amarillo. Aquel español, enterizo.

—¡Oh! —exclamó ella con desdén—. Ése ya no está de moda. Tengo uno nuevo de Suecia; tú aún no lo has visto. Lo usaré, si está permitido. La vendedora de A&F no estaba segura.

—Trato hecho —dijo él, y cortó.

Media hora más tarde su Jaguar descendía en la pista elevada del edificio de apartamentos climatizados de Pat.

Ella vestía un suéter y tejanos; el traje de baño, explicó, lo llevaba debajo. Le siguió por la rampa hasta la nave estacionada, cargada con la cesta de la merienda. Anhelante y hermosa, se le adelantó, acompañada por el taconeo de sus sandalias. Todo salía a pedir de boca; después de todo sería un día magnífico. Sus temores iniciales se habían desvanecido, gracias a Dios.

—Espera a ver este traje de baño —dijo ella mientras se introducía en la nave estacionada y colocaba la cesta sobre su regazo—. Es realmente atrevido; apenas existe: de hecho, casi hay que tener fe para creer en él. —Cuando Walt se instaló a su lado, ella se dejó caer contra su cuerpo—. Estuve pensando en esa conversación que tuvimos... Déjame terminar. —Le puso los dedos sobre los labios, obligándole a enmudecer—. Sé que conversamos, Walt. Pero en cierto modo tienes razón; reconozco que básicamente tu actitud es la adecuada. Deberíamos tratar de obtener de todo esto cuanto nos sea posible. Disponemos de breve tiempo, a pesar de ser suficiente... Al menos a mí me lo parece. —Sonrió débilmente—. Por lo tanto, conduce tan velozmente como puedas; me muero de deseos de llegar al océano.

Librodot

Casi en seguida se posaban en el estacionamiento situado en el límite de la playa.

—Hará más calor —comentó Pat con tono grave—. Todos los días. ¿No es cierto? Hasta que finalmente se tornará irresistible. —Se quitó el suéter y luego, revolviéndose en el asiento de la nave, logró desembarazarse de los tejanos—. Pero no viviremos para verlo. Pasarán otros cincuenta años antes de que nadie pueda salir al mediodía. Según dicen, sólo habrá perros rabiosos e ingleses; nosotros aún no somos ni una cosa ni la otra.

Abrió la portezuela y descendió de la nave, vestida con su traje de baño. Y tenía razón; era necesario tener fe en las cosas que no se pueden ver para apreciarlo. Resultaba absolutamente satisfactorio para ambos.

Comenzaron a caminar juntos por la arena compacta y húmeda, examinando las medusas, las conchas y los guijarros, los desechos arrastrados por las olas.

—¿En qué año estamos? —preguntó Pat de pronto, deteniéndose. El viento agitaba sus cabellos sueltos; se levantaban como una nube amarillenta, claros y brillantes y absolutamente limpios, separándose unas hebras de las otras.

—Bueno, me parece que... —empezó, pero no pudo recordarlo; se le escapaba de la memoria—. ¡Maldita sea! —exclamó, irritado.

—Vaya, no importa. —Enlazándole por el brazo, tiró de él—. Mira, allí delante está aquel sitio tan escondido, detrás de aquellas rocas.

Aceleró el ritmo de sus pasos; su cuerpo se estremecía mientras sus fuertes y elásticos músculos se tensaban para resistir el embate del viento, la arena y la antigua y característica gravedad del mundo perdido tanto tiempo ha.

—Soy..., ¿cómo se llama?... ¿Fran? —preguntó de pronto.

Se detuvo después de transponer las rocas; la espuma y el agua se arremolinaban a sus pies, hasta los tobillos; riendo, dio un salto, y se estremeció por la súbita sensación de frío.

—¿O soy Patricia Christensen? —con ambas manos se alisó los cabellos—. Ella es rubia, así que debo de ser Pat. Perky Pat.

Desapareció detrás de las rocas; él la siguió prestamente, esforzándose en alcanzarla.

—Yo solía ser Fran —dijo por encima del hombro—, pero eso no tiene importancia ahora. Anteriormente pude haber sido cualquiera, Fran o Helen o Mary, y ello no importaría ahora, ¿verdad?

—No —repuso él, al llegar a su lado—, es importante que seas Fran. En esencia —agregó, jadeando.

—En esencia.

Se dejó caer sobre la arena, se estiró y, apoyándose en el codo, comenzó a dibujar enérgicos trazos con una piedra negra de cantos afilados, que dejaba profundos surcos en la arena; casi inmediatamente lanzó la piedra a lo lejos y se incorporó, al tiempo que se volvía de cara al océano.

—Pero los accidentes... pertenecen a Pat. —Se llevó las manos bajo los senos y luego, lánguidamente, los alzó, con una confundida expresión en el rostro—. Éstos son de Pat —dijo—. No míos. Los míos son más pequeños; lo recuerdo perfectamente.

El se sentó a su lado, sin decir nada.

—Estamos aquí —prosiguió ella— para hacer lo que nos está vedado en el cubil. Allí donde hemos dejado nuestros cuerpos corruptibles. Mientras

conservemos nuestros equipos en buen estado, esto... —señaló el océano y acto seguido volvió a palparse el cuerpo, sin poder creer que le perteneciera—. Este cuerpo no puede pudrirse, ¿no es cierto? Hemos logrado la inmortalidad.

Súbitamente se echó hacia atrás, quedando tendida sobre la arena; cerró los ojos y se cubrió la cara con un brazo.

—Y puesto que estamos aquí, y podemos hacer cosas que nos están negadas en el refugio, entonces tu teoría es que deberíamos hacer esas cosas. Deberíamos aprovechar la oportunidad.

Él se inclinó sobre la joven, se acercó y la besó en la boca.

En el fondo de su mente, una voz pensaba: «Pero esto puedo hacerlo en cualquier momento». Y, en todos los miembros de su cuerpo, se impuso un extraño dominio; se apartó de la joven. «Después de todo» pensó Norm Schein, «estoy casado con ella». Entonces, lanzó una carcajada.

«¿Quién te dio permiso para usar mi equipo?», pensó Sam Regan, airado. «¡Fuera de mi compartimiento! Y apostaría a que también echaste mano de mi Can-D».

«Tú nos la ofreciste», repuso el cohabitante de su cuerpo-mente. «Así que resolví aceptar la invitación».

«También yo estoy aquí», pensó Tod Morris. «Y si deseas saber mi opinión...».

«Nadie te la pidió» pensó Norm Schein, enojado. «De hecho, nadie te pidió que vinieras. ¿Por qué no vuelves a la superficie y te entretienes con esa huerta desolada y yerma, que es donde deberías estar?»

Tod Morris pensó, calmadamente: «Yo estoy con Sam. No tengo oportunidad de hacer esto, salvo aquí».

La fuerza de su voluntad se combinó con la de Sam; una vez más Walt se inclinó sobre la yacente joven; de nuevo la besó en la boca, y esta vez apasionadamente, con creciente agitación.

Sin abrir los ojos, Pat dijo en voz baja:

—Yo también estoy aquí, Soy Helen —agregó—, y también Mary. Pero nosotras no usamos tu provisión de Can-D; trajimos un poco que todavía teníamos.

Pasó los brazos alrededor de él al mismo tiempo que las tres mujeres posesionadas de Perky Pat se fusionaban al unísono con un solo propósito. Tomado por sorpresa, Sam Regan interrumpió el contacto con Tod Morris; unió sus esfuerzos a los de Norm Schein, y Walt se separó de Perky Pat.

Las olas del océano lamieron ambos cuerpos mientras yacían silenciosamente en la playa; dos figuras que comprendían la esencia de seis personas. «Dos en seis», pensó Sam Regan. «El misterio se repite. ¿Cómo se produce? De nuevo la antigua pregunta. Pero todo cuanto me interesa es saber si utilizan mi Can-D. Y apostaría a que sí; no importa lo que digan: yo no les creo».

Poniéndose en pie, Perky Pat dijo:

—Bueno, me parece que lo mejor será nadar un poco; no hay nada que hacer aquí.

Se introdujo en el agua alejándose de ellos, que la contemplaban desde un cuerpo.

«Perdimos la oportunidad», pensó Tod Morris con desaliento. «Fue por culpa mía», reconoció Sam.

Uniendo sus esfuerzos, él y Tod lograron levantarse; dieron unos cuantos pasos tras la joven y luego, cuando el agua les llegó a los tobillos, se detuvieron.

Sam Regan sentía ya que se desvanecía el poder de la droga; le flaquearon las rodillas, temeroso y amargamente asqueado ante aquella comprobación: «¡Qué pronto, maldita sea!», se dijo para sus adentros. «Todo terminó; de vuelta al refugio, al pozo donde nos retorcemos y arrastramos como gusanos en una bolsa de papel, acurrucados lejos de la luz del día. Pálidos, descoloridos, horribles». Se estremeció.

Se estremeció y volvió a ver su compartimiento, con la cama pequeña, el lavabo, el escritorio, la cocina... y, amontonados, inertes donde se habían desplomado, los cuerpos vacíos de Tod y Helen Morris, Fran y Norm Schein, su esposa Mary; los ojos miraban fijamente sin ver, y él apartó la vista aterrado.

En el suelo, en medio de ellos, estaba su equipo; al bajar su mirada hacia él, vio los muñecos, Walt y Pat, situados al borde del océano, no muy lejos del Jaguar estacionado. En efecto, Perky Pat llevaba puesto el traje de baño sueco casi invisible, y junto a ellos reposaba una diminuta cesta de merienda.

Y al lado del equipo, un envoltorio de color marrón, que había contenido la Can-D; los cinco la mascaron hasta salir de la existencia, y al mirar ahora —contra su voluntad— aún pudo ver un hilillo de brillante zumo castaño que salía de sus labios exangües, carentes de voluntad.

Ante él, Fran Schein empezó a moverse; abrió los ojos emitiendo un gemido, concentró su vista en él y luego suspiró, desmayadamente.

—Nos alcanzaron —dijo Sam.

—Tardamos demasiado.

Se puso en pie vacilante, trastabilló y casi perdió el equilibrio; él se levantó rápidamente también y logró sostenerla.

—Tenías razón; debíamos haberlo hecho en seguida, si ése era nuestro deseo. Pero... —dejó que él la abrazara brevemente— me encantaron los preliminares. Caminar por la playa, mostrarte el traje de baño que no es un traje de baño...

Esbozó una débil sonrisa.

—Apuesto a que ellos aún seguirán ausentes unos minutos más.

Abriendo desmesuradamente los ojos, Fran repuso:

—Sí, tienes razón.

Se libró de su abrazo y corrió hacia la puerta; abriéndola de golpe, desapareció por el pasillo.

—En nuestro compartimiento —gritó impetuosamente Fran—. ¡Date prisa!

Complacido, él la siguió. Era demasiado divertido; sufrió un ataque de risa. Ante él, la joven corría por la rampa hasta el nivel donde estaba su cuchitril; Sam la alcanzó y, al llegar al compartimiento de Fran, logró abrazarla. Cayeron juntos al entrar y rodaron por el duro suelo metálico, riendo y pugnando uno con otro juguetonamente, hasta chocar contra el muro del fondo.

«Después de todo, ganamos nosotros», pensó al tiempo que le desabrochaba torpemente el sostén, empezaba a desabotonarle la blusa, abría la cremallera de la falda y le quitaba las bragas en una rápida operación; su ansiedad se manifestaba en otra parte de su cuerpo, y Fran lanzó un suspiro, esta vez sin desmayo.

Librodot

—Será mejor que cierre la puerta.

Sam se levantó, se dirigió prestamente a la puerta y la cerró, asegurándose de correr el pasador. Fran, mientras tanto, se liberó de las prendas desabrochadas.

—Ven —le urgió—. No te quedes ahí mirando.

Apiló la ropa precipitadamente, colocando los zapatos en lo alto como dos pisapapeles.

Sam se acostó a su lado, y ella comenzó a acariciarle con hábiles dedos; con los negros ojos encendidos, proseguía su tarea, para deleite de él. Allí mismo, en su horrible residencia de Marte. Y, sin embargo... habían logrado consumarlo a la antigua usanza, la única: merced a la droga introducida por los traficantes furtivos. Indirectamente al menos, la Can-D lo había hecho posible; continuaban precisándola. No eran libres en absoluto.

Mientras las rodillas de Fran ceñían sus flancos desnudos, él pensó: «Y en manera alguna deseamos serlo. En verdad, es todo lo contrario».

Al tiempo que su mano se deslizaba por el liso y estremecido vientre de Fran, se dijo: «Incluso podríamos usar un poco más».

4

En la mesa de recepción del Hospital de Veteranos James Riddle de la Base III, en Ganímedes, Leo Bulero entregó su costoso sombrero hongo de piel de foca hecho a mano a la joven de blanco y almidonado uniforme y dijo:

—Vengo a ver a un paciente, un tal Eldon Trent.

—Lo siento, señor... —comenzó a decir la joven, pero él la interrumpió.

—Dígale que Leo Bulero está aquí. ¿Entendido? Leo Bulero.

Y observó el libro de registro, bajo la mano de la joven; vio el número de la habitación de Eldritch. Cuando ella se volvió hacia el conmutador, Bulero se dirigió en busca de aquel número. «¡Un cuerno voy a esperar!», se dijo. «Viajé millones de kilómetros y pienso ver a ese hombre o cosa, o lo que sea».

Un soldado de las NU, armado con un rifle, le cerró el paso ante la puerta; era un hombre muy joven, de ojos claros y fríos como los de una muchacha; unos ojos que enfáticamente decían «no», incluso a sí mismo.

—Está bien —gruñó Leo—. Ya entendí. Pero si él supiera quién está aquí fuera, le ordenaría que me dejara entrar.

Se sobresaltó al oír muy cerca de él, junto a su oído, una cortante voz femenina que decía:

—¿Cómo descubrió que mi padre estaba aquí, señor Bulero?

Se volvió y vio a una mujer más bien corpulenta, de unos treinta y cinco años; le estaba observando atentamente, y Leo Bulero pensó: «Es Zoe Eldritch. No hay duda alguna; aparece muy a menudo en las páginas de las notas de sociedad de los homeodiarios».

Se acercó un funcionario de las NU.

—Señorita Eldritch, si usted quiere, podemos expulsar al señor Bulero de este edificio. De usted depende.

El funcionario sonrió afablemente a Leo, y éste le identificó en seguida. Era el jefe de la sección jurídica de las NU, el superior de Ned Lark, Frank Santina. De ojos oscuros, vigilantes, somáticamente vibrantes, Santina miraba en forma alternada a Leo y a Zoe Eldritch, esperando la respuesta.

Librodot

—No —repuso Zoe Eldritch por fin—. Por lo menos, no en este preciso instante. Antes debo averiguar cómo descubrió que papá estaba aquí; no podía saberlo. ¿No es cierto, señor Bulero?

Santina murmuró:

—Probablemente lo supo por medio de uno de sus precognitores. ¿No es así, señor Bulero?

Sin vacilar, Leo asintió con la cabeza renuentemente.

—Ya ve, señorita Eldritch —explicó Santina—, que un hombre como Bulero puede contratar a quien le plazca, cualquier forma de talento. Por eso estábamos esperándole. —Señaló a los dos guardias armados de uniforme, apostados ante la puerta de Palmer Eldritch—. Por ese motivo requerimos una pareja de guardia en forma permanente, tal como traté de explicarle antes.

—¿Existe alguna posibilidad de que pueda hacer tratos con Eldritch? —inquirió Leo—. Para ello vine aquí; no tengo intención de hacer nada que sea ilegal. Creo que todos ustedes o están chiflados o bien tratan de ocultar algo; quizá su conciencia no esté muy tranquila. —Les miró inquisidoramente, pero no logró descubrir nada—. ¿Está Palmer Eldritch realmente ahí dentro? —preguntó—. Apostaría a que no. —Tampoco esta vez recibió respuesta alguna; ninguno de los dos picó el anzuelo—. Estoy cansado —manifestó—. Tuve un largo viaje. ¡Al diablo con todo! Voy a ver si encuentro algo de comer, luego buscaré habitación en algún hotel y dormiré durante diez horas seguidas, olvidándome de esto.

Girando sobre sus talones, se encaminó hacia la salida.

Ni Santina ni la señorita Eldritch trataron de detenerlo. Contrariado, siguió caminando, experimentando un opresivo fastidio.

Era evidente que tendría que llegar hasta Palmer Eldritch mediante los servicios de alguna oficina intermedia. «Quizá», reflexionó, «Félix Blau y su policía privada puedan tener acceso aquí». Valía la pena intentarlo.

Pero una vez que se hundía en semejante depresión, nada parecía importar. ¿Por qué no hacer lo que había dicho, comer algo y luego tomar un bien merecido descanso, olvidándose de ver a Palmer Eldritch por el momento? «¡Que se vayan todos al demonio!», se dijo al salir del edificio del hospital. Y enfiló la acera en busca de un taxi. «La hija es de armas tomar. Parece una lesbiana, con ese cabello tan corto y sin maquillaje. ¡Uf!»

Encontró un taxi y se dejó transportar por el aire durante un rato, mientras meditaba. Utilizando el videosistema del taxi se conectó con Félix Blau en la Tierra.

—Celebro que me haya llamado —dijo Félix Blau en cuanto le reconoció—. Hay una organización que acaba de dar señales de vida en Boston bajo extrañas circunstancias; parece haber surgido de la noche a la mañana absolutamente intacta, incluyendo...

—¿Qué está haciendo?

—Se prepara para lanzar algo al mercado; la maquinaria está montada, incluyendo tres Satélites de Publicidad similares a los de usted: uno en Marte, uno en Ío y uno en Titán. Corre el rumor que se aprestan a salir al mercado con un producto que entra en competencia directa con sus equipos Perky Pat. Se llamará La Muñeca Compañera Connie —Sonrió levemente—. ¿No es gracioso?

Leo preguntó:

—¿Y con respecto... usted ya sabe... al aditivo?

—No tengo información alguna sobre el particular. Suponiendo que haya algo de eso, cabe suponer que se encontrarían fuera del marco legal de las actividades comerciales. Un equipo miniaturizado, ¿tiene alguna utilidad sin el... «aditivo»?

—No.

—Entonces, eso parece responder a su pregunta.

—Le llamé —dijo Leo— para averiguar si usted puede lograr que pueda verme con Palmer Eldritch. Le localicé aquí, en la Base III de Ganímedes.

—¿Recuerda usted mi informe acerca de la importación por parte de Eldritch de un líquen similar al que se usa en la fabricación de la Can-D? ¿Se le ocurrió pensar que esta firma de Boston puede haber sido fundada por Eldritch? Aunque aparentemente sería demasiado pronto para ello; sin embargo, pudo haberse comunicado con su hija por radio diez años atrás.

—Tengo que verle —insistió Leo.

—Supongo que está en el Hospital James Riddle. Pensábamos que podía encontrarse allí. Por cierto, ¿alguna vez oyó hablar de un hombre llamado Richard Hnatt?

—No, nunca.

—Un representante de esa nueva firma de Boston se encontró con él y formalizaron algún tipo de trato comercial. Este representante, Icholtz...

—¡Qué contrariedad! —exclamó Leo—. Y yo ni siquiera puedo llegar hasta Eldritch: Santina anda rondando ante la puerta, acompañado de aquella machorra hija de Palmer.

Nadie lograría burlar a aquellos dos, concluyó. Le dio a Félix Blau la dirección de un hotel de la Base III, donde él había dejado su equipaje, y luego cortó.

«Apuesto a que tiene razón», se dijo a sí mismo; «Palmer Eldritch es este competidor. ¡Menuda suerte la mía! Tengo que estar precisamente en el mismo ramo en el que Eldritch, al volver de Prox, se decide a entrar. ¿Por qué diablos no podría estar dedicado a la fabricación de sistemas de dirección de cohetes? Entonces sólo tendría que competir con la G.E. y la General Dynamics».

Ahora estaba realmente preocupado por el líquen que Eldritch había traído con él. Tal vez fuera algo superior a la Can-D. Más barato de producir, capaz de provocar una traslación de más larga duración e intensidad. ¡Cuernos!

Mientras reflexionaba, se le ocurrió una idea fantástica. Una organización, procedente de la República Árabe Unida: asesinos mercenarios con un alto grado de preparación. Ellos tendrían muchas posibilidades de eliminar a Palmer Eldritch. Un hombre de esos, una vez resuelto...

Y no obstante, persistía la precognición de Rondinella Fugate: en el futuro él mismo sería juzgado por el asesinato de Palmer Eldritch. Era evidente que encontraría la manera de llegar hasta Eldritch a pesar de los obstáculos.

Llevaba consigo un arma tan pequeña, tan intangible, que ni siquiera el más minucioso registro serviría para descubrirla. Hacía bastante tiempo que un cirujano de Washington se la había implantado dentro de la lengua: un dardo envenenado de alta velocidad, autodirigido, según modelo de los fabricados en la Rusia Soviética... pero sumamente perfeccionado: una vez que alcanzaba a su víctima, desaparecía completamente sin dejar rastros. También el veneno era original. No paralizaba el corazón, ni actuaba sobre el sistema respiratorio. En realidad no se trataba de un

virus filtrable que se reproducía en la corriente sanguínea de la víctima y le causaba la muerte en el término de cuarenta y ocho horas. Era carcinomatoso, procedía de una de las Lunas de Urano y aún no era conocido; le había costado una fortuna. Todo lo que tenía que hacer era situarse a una distancia del alcance de un brazo de la supuesta víctima y apretar la base de la lengua con la mano, sacándola simultáneamente en su dirección. Por lo tanto, si pudiera ver a Eldritch...

Comprendió que tendría que lograrlo antes de que aquella nueva firma de Boston iniciara la producción. Antes de que pudiese funcionar sin Eldritch. Como la mala hierba, tenía que ser eliminado cuanto antes.

En cuanto llegó a la habitación del hotel, se comunicó con Equipos PP para averiguar si algún mensaje o acontecimiento de carácter vital reclamaba su atención.

—Sí —dijo la señorita Gleason tan pronto le hubo reconocido—. Hay una llamada urgente de una tal Impatience White..., si es que la entendí bien. Éste es el número. Corresponde a Marte.

Le mostró por la videopantalla el papel donde estaba anotado.

En un primer momento, Leo no pudo recordar a ninguna mujer que se llamara White. De pronto la identificó... y se sintió asustado. ¿Por qué le había llamado?

—Gracias —musitó, y en seguida cortó la comunicación.

Dios Santo, si la sección jurídica de las NU había vigilado sus llamadas... Porque Impy White, que operaba desde Marte, era una de las principales traficantes de Can-D.

Con gran renuencia marcó el número.

De cara pequeña y ojos penetrantes, bonita hasta cierto punto, Impy White apareció en la videopantalla. Él se la había imaginado más espectacular; parecía más bien insignificante, aunque fogosa.

—Señor Bulero, en cuanto se lo diga...

—¿No hay otra forma? ¿Ningún otro conducto?

Existía un sistema por medio del cual Conner Freeman, jefe de la operación venusiana, podía conectarse con él. La señorita White pudo haberse comunicado a través de Freeman, su superior.

—Esta mañana, señor Bulero, visité una colonia en el sur de Marte con un cargamento. Pero los colonos lo rechazaron, argumentando que habían gastado todas sus pieles en un nuevo producto. De la misma clase que el que vendemos nosotros. Se llama Chew-Z —agregó—; y...

Leo Bulero cortó. Y se quedó temblando en silencio, pensando.

«No debo perder la cabeza», se dijo. «Después de todo, soy una variedad de ser humano evolucionado. Así que es eso; ése es el nuevo producto de la firma de Boston, un derivado del líquen de Eldritch. No tengo más remedio que aceptarlo como un hecho consumado. Ahí está él, en la cama de ese hospital, a menos de un kilómetro de distancia, impartiendo órdenes sin duda por intermedio de Zoe, y no hay nada en absoluto que yo pueda hacer. La operación comercial ya está en marcha y en pleno funcionamiento. He llegado demasiado tarde. Incluso lo que llevo en la lengua», concluyó, «ahora no sirve para nada».

Pero sabía que, como siempre, algo se le ocurriría. Aquello no era el fin de Equipos PP. Lo importante era determinar qué podría hacer. La respuesta se le escapaba, y ello no contribuía a mitigar su agitación, que le cubría el cuerpo de sudor.

Librodot

«¡Ven a mí, oh, tú, idea de evolución cortical artificialmente acelerada!», se dijo a modo de plegaria. «Dios, ayúdame a vencer a mis enemigos, ¡los muy bastardos! Tal vez si recurro a mis precognitores Pre-Moda, Roni Fugate y Barney..., quizás ellos puedan aportar algo. Sobre todo ese viejo profesional, Barney; él todavía no está envuelto en esto».

De nuevo se puso en comunicación con Equipos PP en la Tierra. Esta vez pidió con el departamento de Barney Mayerson.

Y entonces se acordó del problema que tenía Barney con el reclutamiento; la necesidad de desarrollar su incapacidad para soportar la sobretensión, con el fin de no ir a parar a un refugio en Marte.

Cuando llegó la llamada de Leo Bulero, desde Ganímedes, Barney Mayerson estaba solo en su despacho. La conversación no duró demasiado; cuando hubo colgado, consultó su reloj y quedó sorprendido. Cinco minutos. A él le había parecido el espacio de tiempo más largo de su vida.

Poniéndose en pie, oprimió la tecla de su intercomunicador y dijo:

—No deje entrar a nadie durante un rato. Ni siquiera... Especialmente a la señorita Fugate.

Se acercó a la ventana y se quedó contemplando la calle vacía, resplandeciente y abrasada por el calor.

Leo le echaba todo el fardo a él. Era la primera vez que veía flaquear a su jefe. «Imagínate», pensaba, «Leo Bulero confundido al enfrentarse con el primer competidor que encuentra en su vida». Simplemente no estaba acostumbrado a ello. Al parecer, la existencia de la nueva compañía de Boston le había desorientado completamente; el hombre se convirtió en un niño.

Leo lograría superar el trance finalmente, pero mientras tanto... «¿Qué puedo sacar yo de todo esto?», se preguntó Barney Mayerson, sin encontrar una respuesta inmediata. «Yo puedo ayudar a Leo, pero... ¿qué puede hacer Leo por mí?»; esa pregunta era más de su gusto. De hecho, así era cómo debía planteárselo; el mismo Leo le había enseñado a hacerlo, con el correr de los años. Su propio jefe no hubiera deseado que fuese de otra manera.

Permaneció un rato meditando y luego, siguiendo las instrucciones de Leo, dirigió su atención hacia el futuro. Y mientras se concentraba, recapacitó una vez más acerca de su propia situación, creada por la cédula de reclutamiento; trató de ver precisamente cómo se resolvería por fin.

Pero el hecho de ser reclutado era demasiado insignificante para ser registrado en los anales de los grandes acontecimientos; no lograba vislumbrar ningún titular de homeodiario, no podía oír ningún boletín de noticias... En el caso de Leo, sin embargo, era distinto. Porque tuvo una visión anticipada de una serie de artículos editoriales en relación con Leo y Palmer Eldritch. Todo aparecía muy borroso, por supuesto, y las alternativas se presentaban en un caos de prodigalidad. Leo se encontraría con Eldritch; Leo no lo encontraría. Y en esto se concentró intensamente: Leo era acusado del asesinato de Palmer Eldritch. Santo Dios, ¿qué significaba aquello?

Significaba, según descubrió después de un escrutinio más atento, simplemente lo que decía. Y si Leo era detenido, juzgado y sentenciado, podría significar el fin de Equipos PP en su carácter de empresa que le pagaba un sueldo. Por consiguiente, significaba el fin de una carrera a la cual ya le había sacrificado todo cuanto tenía en la vida, incluyendo su matrimonio y la mujer que —¡aun ahora!— amaba.

Evidentemente le convenía —de hecho, era una necesidad— advertir a Leo. Y hasta este dato podía ser convertido en una ventaja.

Videofoneó a Leo.

—Tengo buenas noticias para usted.

—¡Magnífico! —Leo exultaba; su rostro alargado, radiante, de frente comba y lisa, se distendió con alivio—. Adelante, Barney.

—Se planteará una situación —explicó Barney— que usted puede explotar. Podrá ver a Palmer Eldritch. No ahí en el hospital, sino en otra parte. Por orden de él, Eldritch será sacado de Ganímedes —agregó con cautela, procurando no proporcionarle todos los datos que había reunido—. Se producirá una ruptura entre él y las NU. Ahora se vale de ellas, mientras esta incapacitado, para protegerse. Pero cuando se encuentre bien...

—Los detalles —exigió Leo bruscamente, ladeando su enorme cabeza con expresión vigilante.

—Hay algo que deseo a cambio.

La cara palpablemente evolucionada de Leo se ensombreció.

—¿A cambio de qué?

—A cambio de que le diga los detalles y el lugar exacto donde usted podrá llegar con todo éxito hasta Palmer Eldritch —respondió Barney.

Enfurruñado, Leo inquirió:

—¿Y qué desea usted, por todos los diablos?

Miró a Barney aprensivamente; la Terapia E no le había proporcionado tranquilidad.

—La cuarta parte del uno por ciento de sus ganancias brutas de Equipos PP, sin incluir los ingresos de otras fuentes.

Se refería a la red de plantaciones situadas en Venus, donde se obtenía la Can-D.

—¡Válgame Dios! —exclamó Leo con la respiración entrecortada.

—Hay algo más.

—¿Qué más quieres? ¡Si serás rico!

—Quiero que se reestructure el Departamento de Especialistas Pre-Moda. Cada uno de ellos permanecerá en su puesto; nominalmente realizará su trabajo como hasta ahora, pero con una diferencia: Todas sus decisiones serán sometidas a mi consideración para la evaluación final, y yo tendré la última palabra con respecto a sus determinaciones. Por lo tanto, no representaré más a ninguna región determinada; puede designarle Nueva York a Roni en cuanto...

—Ansias de poder —comentó Leo con tono áspero.

Barney se encogió de hombros. ¿A quién le importaba el nombre que se le diera? Esto representaba la culminación de su carrera; era lo que contaba. Y todos andaban detrás de lo mismo, Leo incluído. En verdad, Leo era el primero de todos.

—De acuerdo —asintió Leo—. Puedes tomar las riendas de todos los demás especialistas Pre-Moda; a mí me da lo mismo. Ahora dime el cómo, el cuándo y el dónde...

—Podrá encontrarse con Palmer Eldritch dentro de tres días. Una de sus propias naves, sin matrícula, le sacará de Ganímedes pasado mañana con rumbo a su dominio en la Luna; allí continuará recuperándose, pero ya no se encontrará en territorio de las NU. Frank Santina no tendrá más autoridad en el asunto, por lo que puede usted olvidarse de él. El día veintitrés Eldritch recibirá a los periodistas en su dominio y les dará su

Librodot

versión de lo que sucedió en el viaje; estará de muy buen humor...; al menos eso es lo que informarán los hombres de la prensa: Gozando aparentemente de buena salud, contento de estar de vuelta, recobrándose satisfactoriamente. Contará una larga historia acerca de...

—Limítate a decirme cómo podré introducirme allí. Seguro que mantendrá un sistema de seguridad constituido por sus propios hombres.

Barney dijo:

—Equipos PP tiene su propio medio. Publica un periódico social cuatro veces por año: El Alma de la Miniaturización. Se difunde en tan pequeña escala, que probablemente usted ni siquiera sabe de su existencia.

—¿Quieres decir que debo presentarme como enviado de nuestro órgano interno? —Leo se quedó mirándole fijamente—. ¡Por supuesto que puedo entrar en su dominio sobre esa base! —parecía disgustado—. ¡Demonios! No tenía ninguna necesidad de pagarte por esa información de mierda; eso deberá ser anunciado en el curso de mañana o... Quiero decir que si deben asistir los periodistas, debe publicarse.

Barney se encogió de hombros. No se tomó la molestia de responder.

—Pienso que me hiciste caer en la trampa —dijo Leo—. Estaba demasiado ansioso. Bueno —agregó filosóficamente—, tal vez puedas decirme lo que Eldritch manifestará a los periodistas a modo de explicación. ¿Qué encontró en el sistema Prox? ¿Hace alguna mención de los líquenes que trajo?

—En efecto. Declara que son una forma benigna, aprobada por la Oficina de Vigilancia de Narcóticos de las NU, que sustituirá... —vaciló antes de proseguir—. Sustituirá a ciertos derivados peligrosos, que crean hábito y que ahora se usan ampliamente. Y...

—Y —concluyó Leo con dureza— anunciará la constitución de una compañía para distribuir su producto exento de efectos narcóticos.

—Sí —repuso Barney—. Se llama Chew-Z, con la frase de publicidad: «Sepa elegir. Masque Chew-Z».

—¡Oh, por todos los diablos!

—Todo fue preparado hace mucho tiempo a través del intersistema de radio-láser, con la colaboración de su hija y la aprobación de Santina y Lark, en el seno de las NU; de hecho, con la propia aprobación de Hepburn-Gilbert. Éstos lo consideran como un medio para acabar de una vez con la comercialización de la Can-D.

Hubo un largo silencio.

—Está bien —dijo Leo con voz ronca, al cabo de un rato—. Es una lástima que no hubieras podido preverlo un par de años atrás, pero, ¡diablos!..., tú eres un empleado y nadie te pidió que lo hicieras.

Barney se encogió de hombros.

Con expresión sombría, Leo Bulero cortó la comunicación. «¡Vaya!», se dijo Barney para sus adentros. «Violé la Regla Primera del código para hacer carrera: nunca le digas a un superior algo que él no desea oír. Me pregunto cuáles serán las consecuencias de todo esto».

De repente, el videófono comenzó a funcionar de nuevo; las ensombrecidas facciones de Leo Bulero se formaron otra vez en la pantalla.

—Oye, Barney. Se me acaba de ocurrir algo. Esto no te va a gustar, así que prepárate.

—Estoy preparado.

Barney esperó, expectante.

Librodot

—Me olvidé (y no debería haberlo olvidado) que previamente conversé con la señorita Fugate y que ella tiene conocimiento de... ciertos sucesos futuros relacionados conmigo y con Palmer Eldritch. Sucesos que, en última instancia, si llega a enfadarse (y el hecho de que tú cojas las riendas provocará su enojo) podría divulgar en uno de sus arranques y nos perjudicaría en gran manera. En realidad, estuve pensando que todos mis especialistas Pre-Moda podrían potencialmente llegar a tener conocimiento de esta información; por lo tanto, la idea de que supervises a todos ellos...

—Los «sucesos» a que hace referencia —le interrumpió Barney— están vinculados con su detención por el asesinato en primer grado de Palmer Eldritch, ¿no es así?

Leo lanzó un gruñido, resopló y se quedó mirándole con expresión malhumorada. Por fin, asintió renuentemente.

—No voy a consentir que se retracte del acuerdo que acaba de hacer conmigo —aseveró Barney—. Me hizo ciertas promesas y espero que...

—Pero —dijo Leo con voz quejumbrosa— esa estúpida muchacha... es muy temperamental, recurrirá a la policía de las NU. ¡Barney, me tiene atrapado!

—Y yo también —observó él con voz pausada.

—Sí, pero a ti hace años que te conozco. —Leo parecía pensar rápidamente, considerando la situación con lo que él gustaba llamar los poderes del conocimiento evolucionado de la nueva etapa del Homo Sapiens, o algo parecido—. Tú eres un camarada. Nunca harías nada semejante a lo que ella es capaz de hacer. Y de cualquier manera, aún puedo ofrecerte el porcentaje sobre los beneficios brutos que pedías. ¿De acuerdo? —miró a Barney ansiosamente, pero con una formidable determinación; había tomado una decisión—. ¿Podemos cerrar el trato sobre esta base, entonces?

—El trato ya lo cerramos antes.

—Pero... maldita sea; como te digo, me olvidé...

—Si no se muestra razonable —le atajó Barney—, renunciaré. Y me iré con mi habilidad a otra parte.

Hacía demasiados años que trabajaba con él como para dejar escapar aquella oportunidad.

—¿Tú? —exclamó Leo con incredulidad—. Debo entender que no te refieres a que te dirigirás a la policía de las NU; tú hablas de... ¡de cambiar de bando y ofrecer tus servicios a Palmer Eldritch!

Barney no replicó.

—¡Maldito canalla! —le espetó Leo—. He aquí en lo que nos hemos convertido tratando de mantenernos a flote en tiempos como éstos. Escucha, no estoy seguro de que Palmer quiera aceptarte. Probablemente ya tiene su propio personal Pre-Moda. Y en este caso ya sabe que yo... —enmudeció—. Sí, correré el riesgo; creo que caíste en aquel pecado griego... ¿cómo lo llamaban? ¿Hubris? Un orgullo, como el de Satanás, que te ha llevado demasiado lejos. Sigue adelante, Barney. En realidad, puedes hacer lo que te plazca; a mí me tiene sin cuidado. Y que tengas mucha suerte, compañero. Manténme informado de tus progresos, y la próxima vez que pretendas extorsionar a alguien...

Barney cortó la comunicación. La pantalla se tornó de un gris amorfo. «Gris», pensó él, «como el mundo que me rodea y el de mi interior; como la realidad». Se levantó y empezó a pasearse muy envarado arriba y abajo, con las manos en los bolsillos del pantalón.

Librodot

«Lo mejor que puedo hacer en este momento (y que Dios me perdone) es unirme con Roni Fugate. Porque es a ella a quien Leo más teme, y por buenos motivos. Debe de haber toda una galaxia de cosas que Roni es capaz de hacer y que yo nunca haría. Y eso Leo lo sabe».

Volviendo a sentarse hizo localizar a Roni, para que se presentara en su despacho.

—¡Hola! —le saludó ella alegremente, animada por los colores de su vestido de seda estilo Pekín, sin portasenos—. ¿Qué sucede? Traté de verte hace unos minutos, pero..

—Según parece —dijo él—, nunca puedes ir completamente vestida. Cierra la puerta —Ella la cerró—. Sin embargo —prosiguió él—, para ser justo contigo, debo decirte que estuviste magnífica en la cama anoche.

—Gracias. —Su joven y hermoso rostro resplandeció.

—¿Pudiste prever claramente que nuestro jefe asesinará a Palmer Eldritch? —le preguntó secamente Barney—. ¿O existe alguna duda?

Tragando saliva, Roni agachó la cabeza y murmuró:

—Verdaderamente, rezumas talento. —Se sentó y cruzó las piernas, desnudas según él pudo observar—. Por supuesto que existen dudas. En primer lugar, considero que es una idiotez por parte del señor Bulero, porque naturalmente significa el fin de su carrera. Los homeodiarios nada dicen —nada dirán— de sus motivos, por lo tanto no puedo adivinarlos; debe de ser por algo enorme y terrible, ¿no crees?

—El fin de su carrera —subrayó Barney—, y también de la tuya y de la mía.

—No —repuso Roni—. Yo no lo creo así, querido. Considerémoslo un instante. Su lugar en el campo de la miniaturización lo ocupará el señor Palmer Eldritch. ¿No es probable que ése sea el motivo del señor Bulero? ¿Y no habla ello a las claras de la realidad económica por venir? Parecería que aun con la muerte del señor Eldritch su organización continuará...

—Por lo tanto nos vamos a trabajar para Eldritch, y listo.

Torciendo la cara por el esfuerzo que hacía al concentrarse, Roni dijo penosamente:

—No, no es eso exactamente lo que quiero decir. Pero debemos tener cuidado de no perder con el señor Bulero; no tenemos que dejarnos arrastrar con él en su caída... Yo tengo muchos años por delante y, en menor medida, tú también.

—Gracias —dijo él, con ácido acento.

—Lo que debemos hacer ahora es planearlo todo cuidadosamente. Y si los precognitores no podemos hacer planes para el futuro...

—Le he proporcionado información a Leo que le conducirá a un encuentro con Eldritch. ¿Se te ha ocurrido pensar que ellos dos podrían formar una sociedad?

Le dirigió una penetrante mirada.

—Yo... no veo nada de eso en lo futuro. Ningún artículo periodístico lo menciona.

—¡Por Dios! —exclamó él con desdén—. Eso no aparecería en los homeodiarios.

—¡Oh! —chasqueada, Roni asintió con un movimiento de cabeza—. Tienes razón.

—Y si eso llegara a suceder —prosiguió Barney—, una vez abandonáramos a Leo y nos ofreciésemos a Eldritch, nos encontraríamos de patitas en la calle. Nos obligaría a volver, imponiendo sus propias condiciones; sería preferible que nos retiráramos de la profesión completamente. —Esto era obvio para él y, por la expresión de la cara de Roni Fugate, comprendió que también lo era para ella—. Si recurrimos a Palmer Eldritch...

—¿Si recurrimos...? Tenemos que hacerlo.

—No lo creas —repuso Barney—. Podemos seguir como hasta ahora. —«Como empleados de Leo Bulero, tanto si él se hunde como si sale triunfante o desaparece completamente», se dijo para sus adentros—. Te diré otra cosa que podemos hacer —continuó—: podemos conversar con todos los demás especialistas Pre-Moda que trabajan para Equipos PP y formar nuestra propia organización —hacía años que acariciaba esa idea—. Un gremio, por así decirlo, con carácter de monopolio. Entonces podremos imponer nuestras condiciones tanto a Leo como a Eldritch.

—Olvidas —arguyó Roni— que Eldritch tiene sus propios especialistas Pre-Moda, como es de suponer —le sonrió—. No tienes una idea muy clara de lo que cabe hacer, ¿verdad, Barney? Eso me parece evidente. ¡Qué lástima! Y eso que llevas tantos años trabajando... —meneó la cabeza tristemente.

—Ahora veo —dijo él— por qué Leo no se atrevía a enfrentarse contigo.

—¿Porque digo la verdad? —arqueó las cejas—. Sí, tal vez por eso; todo el mundo le teme a la verdad. Tú, por ejemplo..., no quieres reconocer que le dijiste que no a aquel pobre vendedor de cerámica por el solo hecho de vengarte de la mujer que...

—¡Calla! —gritó él con fiereza.

—¿Sabes en qué situación se encuentra probablemente aquel vendedor de cacharros en este momento? Contratado por Palmer Eldritch. Le hiciste un favor... a él y a tu ex esposa. Mientras que si le hubieras dicho que sí, le habrías atado a una compañía en decadencia, les habrías privado a ambos de la oportunidad de... —enmudeció—. Estoy torturándote.

Con un gesto vago, Barney acotó:

—Esto nada tiene que ver con el motivo por el cual te hice venir.

—Tienes razón —asintió ella—. Me hiciste venir aquí para que pudiésemos encontrar la manera de traicionar a Leo Bulero juntos.

Confundido, él dijo:

—Oye...

—Pero es así. No puedes resolverlo solo; me necesitas a mí. Y yo no me he negado. Cálmate. Sin embargo, no creo que éste sea el sitio ni el momento para discutirlo; esperemos hasta llegar al apartamento. ¿De acuerdo?

Le dedicó entonces una brillante sonrisa, una sonrisa muy cálida.

—De acuerdo —repuso él.

Roni tenía razón.

—¿No sería una pena —agregó ella— que hubiese algún micrófono escondido en este despacho? Tal vez Leo Bulero recibirá una cinta donde esté registrado todo cuanto hemos dicho hasta este momento.

Su sonrisa se hizo aún más amplia; él estaba deslumbrado. Aquella muchacha, se dijo, no le temía a nada ni a nadie en la Tierra, ni en todo el Sistema Solar.

Le hubiera gustado sentirse como ella. Porque había un problema que le atormentaba, un problema que no había tratado ni con Bulero ni con ella,

Librodot

aunque sin duda debía de preocupar a Leo también..., y que, si Roni era tan juiciosa como parecía, no dejaría de inquietarla a su vez.

Aún no habían podido determinar si lo que había regresado de Prox, la persona o cosa que se estrellara en Plutón, era realmente Palmer Eldritch.

5

Acomodado financieramente mediante el contrato con la gente de Chew-Z, Richard Hnatt puso una conferencia con una de las clínicas de Terapia E del doctor Willy Denkmal en Alemania; eligió la central, en Munich, e inició las gestiones para someterse al tratamiento junto con Emily.

«Ya estoy en el mismo nivel que los grandes», se dijo mientras esperaba junto con Emily en la ostentosa antesala de la clínica, decorada con pieles; el doctor Denkmal, como era su costumbre, les propuso entrevistarlos personalmente en la visita inicial, aunque por supuesto el tratamiento en sí sería llevado a cabo por los miembros de su cuerpo facultativo.

—Estoy nerviosa —murmuró Emily; tenía una revista sobre el regazo, pero no podía leer—. ¡Es tan... poco natural!

—¡Diablos! —exclamó Hnatt con energía—. Eso es precisamente lo que no es; se trata de una aceleración del proceso evolutivo natural, que prosigue indefinidamente, sólo que por lo general es tan lento que no lo advertimos. Fíjate en nuestros antepasados de las cavernas: tenían el cuerpo cubierto de pelo y carecían de mentón y su área frontal del cerebro era muy limitada. Y poseían unos enormes molares con el fin de poder masticar semillas crudas.

—Está bien —dijo Emily, asintiendo.

—Cuanto más nos alejemos de ellos, mejor. De cualquier manera, ellos evolucionaron para poder sobrevivir en la época glacial; nosotros tenemos que evolucionar con el fin de sobrevivir en la época del fuego, precisamente lo contrario. Por eso necesitamos esa piel, esa corteza de tipo quitinoso, y el metabolismo alterado que nos permita dormir al mediodía, así como el sistema respiratorio que permita más aireación y el...

Del despacho interior salió el doctor Denkmal; un alemán bajito, del tipo rechoncho de la clase media, con cabello blanco y un bigote a la manera de Albert Schweitzer. Le acompañaba otro hombre, y Richard Hnatt pudo ver por primera vez de cerca los efectos de la Terapia E. Y no era como contemplar las fotografías de las páginas de sociedad de los homeodiarios. En absoluto.

La cabeza de aquel hombre le recordó a Hnatt una fotografía que había visto en un libro de texto; el epígrafe de la foto decía: lndrocefálico. El mismo agrandamiento sobre la línea de las cejas; tenía un aspecto cupulado y singularmente frágil, y en seguida comprendió por qué a las personas opulentas que habían evolucionado las llamaban vulgarmente cabezotas. «Parece que estuviera a punto de explotar», pensó, impresionado.

Y la gruesa corteza. El cabello había desaparecido para dar lugar a la corteza quitinosa, de color más oscuro y superficie más uniforme. ¿Cabezota? Más bien parecía un coco.

—Señor Hnatt —le dijo el doctor Denkmal, deteniéndose ante él un instante—. Y Frau Hnatt. En seguida estaré con ustedes.

Se volvió hacia el hombre que estaba junto a él.

Librodot

—Fue una casualidad que pudiéramos recibirle hoy, señor Bulero, habiéndonos avisado con tan poca antelación. De cualquier manera, no ha perdido usted nada; en realidad, ha salido ganando.

El señor Bulero, sin embargo, estaba observando a Richard Hnatt.

—Me parece haber oído su nombre antes. Oh, sí, Félix Blau me habló de usted. —Sus ojos extraordinariamente inteligentes se oscurecieron—. ¿No firmó recientemente un contrato con una firma de Boston llamada... —el rostro alargado, distorsionado como si se reflejara en un espejo que deformara ópticamente la imagen, se contrajo— ...llamada Elaboradores de Chew-Z?

—¡Va... váyase al diablo! —tartamudeó Hnatt—. Su especialista Pre-Moda nos mandó a freír espárragos.

Leo Bulero se quedó mirándole, luego se encogió de hombros y se volvió hacia el doctor Denkmal.

—Le veré dentro de dos semanas.

—¡Dos! Pero... —Denkmal hizo un gesto de protesta.

—La próxima semana no podré venir; estaré fuera de la Tierra de nuevo.

Bulero volvió a mirar a Richard y Emily Hnatt, tomándose su tiempo, y abandonó la sala. Mientras le seguía con la mirada, el doctor Denkmal comentó:

—Muy evolucionado, ese hombre. Tanto física como espiritualmente —Se volvió hacia los Hnatt—. Bienvenidos a la clínica Eichenwald. —Les sonrió, exultante.

—Gracias —repuso Emily, nerviosa—. ¿Es... doloroso?

—¿Nuestro tratamiento? —el doctor Denkmal rió entre dientes, muy divertido—. Ni lo más mínimo; aunque al principio puede chocar, en sentido figurativo. Cuando experimente un crecimiento de la zona cortical. Se le ocurrirán muchos conceptos nuevos y excitantes, sobre todo de carácter religioso. ¡Oh..., si Lutero y Erasmo estuviesen vivos! Sus controversias se resolverían muy fácilmente en la actualidad, por medio de la Terapia E. Ambos comprenderían la verdad, como Zuna Beispiel respecto a la transustanciación... ustedes ya saben, la Binl und... —se interrumpió con una tosecita—. En español, la sangre y la hostia; ya saben, en la misa. Es muy parecido a la experiencia de los que toman Can-D. ¿Se han dado cuenta de la afinidad? Pero vamos; empezaremos en seguida.

Palmeó a Richard Hnatt en la espalda y condujo al matrimonio a su despacho, dirigiendo a Emily una mirada ávida que a Richard le pareció muy poco espiritual.

Se encontraron en una cámara gigantesca con infinidad de aparatos científicos y dos mesas como la del doctor Frankenstein, provistas de sujetadores para brazos y piernas. Al verlas, Emily lanzó un gemido y se echó hacia atrás.

—No hay nada que temer, Frau Hnatt. Al igual que el electrochoque convulsivo, provoca ciertas reacciones musculares reflejas, ¿sabe? —Denkmal se río convulsivamente—. Ahora deben, ah... ya saben, quitarse la ropa. Cada uno en privado, por supuesto; luego pónganse las batas y auskommen..., ¿comprenden? Una enfermera les ayudará. Ya hemos recibido sus informes médicos de Norteamérica; conocemos sus historias clínicas. Ambos son sanos, fuertes; excelentes Nord Amerikanische.

Acompañó a Richard Hnatt hasta un cuarto lateral, oculto tras una cortina; le dejó allí y regresó junto a Emily. Ya en el cuarto, Richard Hnatt

Librodot

oyó que el doctor Denkmal le hablaba a Emily con un tono sosegado pero imperativo; la combinación sonaba casi un poco comercial, y Hnatt experimentó envidia y desconfianza, y luego, por último, se sintió abatido. Aquello no concordaba con la imagen que se había formado; no era lo suficientemente solemne como para que satisficiera sus expectativas.

Sin embargo, Leo Bulero había salido de aquella cámara, lo que demostraba que era auténticamente de gran categoría; Bulero no se habría conformado con menos.

Descorazonado, comenzó a desnudarse. En alguna otra parte, Emily lanzó un chillido.

Hnatt volvió a vestirse y abandonó el cuarto, pues estaba sobre ascuas. No obstante, encontró a Denkmal sentado tras su mesa de despacho, leyendo el informe médico de Emily; comprobó que su esposa no estaba allí, sino que era atendida en otro cuarto por una enfermera, por lo que todo era normal.

«¡Qué desconfiado!», pensó; «Realmente estoy muy nervioso». Una vez de vuelta en el cuarto, procedió a desvestirse de nuevo; sus manos estaban temblando.

No tardó en encontrarse estirado y sujeto en una de las mesas gemelas. Emily estaba en las mismas condiciones junto a él. Ella también parecía asustada; estaba muy pálida y callada.

—Sus glándulas —explicó el doctor Denkmal, frotándose jovialmente las manos y contemplando lascivamente a Emily— serán estimuladas por esto, en especial la glándula de Kresy, que controla el ritmo evolutivo, ¿nicht wahr? Sí, ustedes ya lo saben; cualquier escolar lo sabe, puesto que ahora se enseña en la escuela lo que nosotros hemos descubierto aquí. Lo que notarán hoy no es el crecimiento de la corteza quitinosa, ni del cráneo, ni la pérdida de las uñas de las manos y de los pies —¡apostaría a que eso ustedes no lo sabían!—, sino sólo un ligero pero muy, muy importante cambio en el lóbulo frontal; éste crecerá, y este crecimiento tiene un doble sentido, ¿saben? El lóbulo crece y su inteligencia también crece.

De nuevo rió entre dientes. Richard Hnatt se sentía desgraciado; esperaba como un marrano atado lo que quisieran hacer con él. «¡Qué manera de establecer contactos comerciales!» se dijo, sintiendo pena por sí mismo, y cerró los ojos.

Un ayudante se materializó junto a él: un joven muy rubio, nórdico, y sin pizca de inteligencia.

—Pondremos musik tranquilizadora —anunció el doctor Denkmal, oprimiendo un botón.

De todos los rincones se filtró en la cámara un sonido multifónico, una insípida versión orquestal de una popular ópera italiana, de Puccini o de Verdi; Hnatt no lo sabía.

—Ahora escuche, Herr Hnatt —Denkmal se inclinó sobre él, poniéndose repentinamente muy serio—. Quiero que comprenda: de vez en cuando en esta terapia... ¿cómo dicen ustedes?, el tiro retrocede.

—El tiro sale por la culata —le corrigió Hnatt. Eso él ya lo esperaba.

—Pero la mayoría de las veces tenemos éxito. Mire Herr Hnatt, lo que ocurre cuando el tiro sale por la culata me temo que es esto: en vez de evolucionar, al ser muy estimulada, la glándula de Kresy... sufre una regresión. ¿Está bien dicho eso en inglés?

—Sí —musitó Hnatt—. ¿En qué grado se produce la regresión?

—En un grado ínfimo. Pero podría resultar más bien desagradable. Nosotros lo percibimos rápidamente, por supuesto, e interrumpimos el tratamiento. Y en general eso detiene la regresión. Pero... no siempre. A veces, cuando la glándula de Kresy ha sido estimulada... —hizo un gesto vago—. Bien, el proceso continúa. Tenía la obligación de contarle todo esto por si usted conservaba algún temor. ¿Entiende?

—Correré el riesgo —manifestó Hnatt—. Supongo que todo el mundo lo hace, ¿no? Está bien, adelante.

Volvió la cabeza y vio a Emily, ahora aún más pálida, que asentía casi imperceptiblemente; tenía los ojos vidriosos.

«Lo que probablemente sucederá», pensó, fatalista, «es que uno de nosotros evolucionará —probablemente Emily— y el otro —yo— sufrirá una regresión hasta el Sinanthropus. De vuelta a los molares fusionados, el cerebro diminuto, las piernas torcidas y las tendencias caníbales. ¡Será un infierno concretar ventas con ese aspecto!»

El doctor Denkmal cerró un conmutador, silbando alegremente al compás de la ópera. La Terapia E de los Hnatt había comenzado.

Richard Hnatt pareció experimentar una pérdida de peso, nada más, en un principio. Y luego empezó a dolerle la cabeza como si se la golpearan con un martillo. Con el dolor le asaltó casi instantáneamente una nueva y aguda concepción: era un riesgo terrible el que corrían, y no había sido justo obligarla a Emily a someterse a aquel tratamiento por el sólo hecho de incrementar las futuras ventas. Era evidente que ella no lo quería. ¿Y si evolucionaba en forma regresiva, justo lo suficiente como para que perdiera su talento artístico? Ambos se encontrarían en la ruina; incluso su carrera dependía de que Emily continuase siendo una de las ceramistas de más talento del planeta.

—¡No sigan! —gritó en voz alta, pero el sonido aparentemente no salió de su boca; él no lo oyó, aunque su aparato vocal parecía funcionar: sintió las palabras en su garganta.

Y entonces lo comprendió todo. Estaba evolucionando; el tratamiento surtía efecto. Su presentimiento se debía al cambio que se operaba en el metabolismo de su cerebro. Suponiendo que Emily estuviera bien, entonces todo estaba bien.

Percibió también que el doctor Willy Denkmal era un medicucho de pacotilla, que todo su negocio se nutría de la vanidad de los mortales que ansiaban ser más de lo que estaban destinados a ser, y en una forma puramente terrenal, transitoria. ¡Al diablo las ventas, los contactos! ¿Qué importancia tenía eso en comparación con la posibilidad de lograr la evolución del cerebro humano hasta un grado de comprensión completamente nuevo? Por ejemplo...

Abajo yacía el mundo sepulcral, el inmutable mundo de causa y efecto de lo demoníaco. En el medio se extendía la capa de lo humano, pero en cualquier instante un hombre podía hundirse —descender como si cayera— en la capa infernal de las profundidades. O bien podía ascender hasta el mundo etéreo de la capa superior, que constituye la tercera de las capas trinas. En el nivel medio de lo humano, un hombre siempre corría el riesgo de caer. Y no obstante eso, ante él se abría siempre la posibilidad de ascender: cualquier aspecto o secuencia de la realidad podía llevar a uno u otro nivel, en un instante. El infierno y el cielo, ¡pero no después de la

Librodot

muerte, sino ahora! La depresión, todas las enfermedades mentales significaban la caída. Y lo otro... ¿cómo se lograba?

A través de la empatía: apresando lo otro, no desde lo externo sino desde lo interno. Por ejemplo, ¿había contemplado realmente alguna vez las piezas de cerámica de Emily como algo más que una mercancía para la cual existía un mercado? No. «Lo que debería haber visto en ellas», comprendió, «es la intención artística, el espíritu que ella pone intrínsecamente de relieve».

«Y el contrato con los Elaboradores de Chew-Z lo firmé sin consultarlo con ella. Cuán inmoral puede volverse uno...».

«Yo la até a una línea que ella podría muy bien rechazar como miniaturizadora de sus productos. Nada sabemos del valor de sus equipos. Pueden ser una vulgar imitación, por debajo del nivel medio. Pero ahora es demasiado tarde; el camino del infierno está empedrado de arrepentimientos. Y pueden estar implicados en la fabricación ilegal de una droga traslativa; eso explicaría el nombre de Chew-Z... que equivaldría a Can-D. Pero... el hecho de que hayan elegido ese nombre abiertamente sugiere que no intentan hacer nada que sea ilegal».

Un relámpago de intuición le iluminó: alguien había descubierto una droga traslativa que satisfacía las exigencias de la oficina de narcóticos de las NU. Dicha oficina ya había aprobado la Chew-Z y permitiría su distribución legal en el mercado. Así, por primera vez, podría conseguirse una droga traslativa en la Tierra —aunque absolutamente canalizada por la policía— y no solamente en las remotas colonias, donde no se ejercía esa vigilancia.

Y esto significaba que los equipos Chew-Z, contrariamente a lo que sucedía con los Perky Pat, podrían comercializarse en la Tierra junto con la droga. Y a medida que empeorara el clima con el correr de los años, según el planeta se fuera convirtiendo cada vez más en un entorno inhóspito, los equipos se venderían con más celeridad. El mercado que Leo Bulero dominaba era lastimosamente reducido en comparación con el que se abriría con el tiempo —aunque no ahora— para la firma Elaboradores de Chew-Z.

De manera que después de todo sí había firmado un buen contrato. Y sin duda, Chew-Z le había pagado un precio conveniente. Era una empresa poderosa, que tenía grandes planes; era evidente que estaba respaldada por un capital ilimitado.

¿Y dónde podían obtener un capital ilimitado? En ningún lugar de la Tierra; eso él también lo intuyó. Probablemente provenía de Palmer Eldritch, quien había regresado al Sistema Solar después de haberse asociado económicamente con los proximanos; éstos eran quienes respaldaban a Chew-Z.

De modo que, con el fin de arruinar a Leo Bulero, las NU permitían que una raza que no pertenecía a nuestro sistema comenzara a operar en él.

Era un pésimo cambio; y tal vez definitivo.

Al recobrar el conocimiento, noto que el doctor Denkmal le palmeaba la cara para despertarle.

—¿Cómo va eso? —le preguntó Denkmal, con mirada escrutadora—. ¿Grandes y profundas preocupaciones?

—S... sí —contestó él, y logró incorporarse; sus extremidades estaban libres.

Librodot

—Entonces no tenemos nada que temer —aseguró Denkmal, y al sonreír su blanco bigote se crispó como las antenas de un insecto—. Ahora consultaremos con Frau Hnatt.

Una asistente ya estaba soltándole las correas; Emily se sentó algo atontada y bostezó. El doctor Denkmal parecía nervioso.

—¿Cómo se siente, Frau? —inquirió.

—Bien —murmuró Emily—. Tuve toda clase de ideas para plasmarlas en mis piezas de cerámica. Una tras otra. —Miró tímidamente, primero a él y luego a Richard—. ¿Significa eso algo?

—Papel —dijo el doctor Denkmal, cogiendo un cuaderno—, pluma. —Le ofreció ambas cosas a Emily—. Le ruego que reproduzca esas ideas, Frau.

Temblorosamente, Emily esbozó sus ideas. Parecía tener cierta dificultad en manejar la pluma, según observó Hnatt. Pero era de suponer que se trataba de algo pasajero.

—¡Magnífico! —exclamó el doctor Denkmal cuando ella hubo concluido. Le mostró los dibujos a Richard Hnatt—. Actividad cefálica altamente organizada. Capacidad inventiva de orden superior, ¿no es cierto?

Los dibujos eran realmente buenos, hasta admirables. Y, sin embargo, Hnatt tuvo la sensación de que había algo raro en aquellos esbozos. Pero no fue sino cuando abandonaron la clínica —cuando estuvieron bajo la cortina antitérmica fuera del edificio, esperando que aterrizara su taxijet— que se dio cuenta de qué se trataba.

Las ideas eran excelentes... pero Emily ya las había realizado. Años atrás, cuando diseñara sus primeros jarrones aceptables desde el punto de vista profesional: ella le había mostrado los dibujos y luego las piezas mismas, aun antes de que ellos dos estuvieran casados. ¿Acaso ella no lo recordaba? Evidentemente, no.

Se preguntó por qué ella no lo recordaba y qué podía significar este hecho; se sintió profundamente preocupado.

No obstante, desde el momento en que fuera sometido al primer tratamiento de la Terapia E, no había dejado de sentirse preocupado: primero, por el estado de la humanidad y del Sistema Solar en general, y ahora por su esposa. «Tal vez se trata meramente de un síntoma de lo que Denkmal califica como actividad cefálica altamente organizada», pensó. «Estimulación del metabolismo cerebral».

O tal vez no.

Al llegar a la Luna, con su credencial oficial de enviado del órgano interno de Equipos PP firmemente sujeta en su mano, Leo Bulero se encontró apretujado entre la parlanchina comitiva de corresponsales que viajaba en un tractor de superficie, a través de la cara cenicienta de la Luna, en dirección al dominio de Palmer Eldritch.

—Su identificación, señor —le espetó un guardia armado que no llevaba los colores de las NU, cuando se disponía a descender en la zona de estacionamiento de la heredad.

Leo Bulero se encontró encajado en el umbral de la portezuela del tractor, mientras detrás de él los legítimos periodistas empujaban y protestaban impacientes, deseando apearse.

—Señor Bulero —dijo el guardia calmosamente, y le devolvió la tarjeta—, el señor Eldritch le está esperando. Sígame.

Librodot

Al instante le sustituyó otro guardia, que empezó a revisar las tarjetas de identificación de los corresponsales, uno tras otro.

Nervioso, Leo Bulero siguió al primer guardia a lo largo de un conducto lleno de aire, presurizado y agradablemente calentado, hasta la heredad propiamente dicha. Frente a él, bloqueando el conducto, apareció otro guardia uniformado del personal de Palmer Eldritch, que levantó el brazo y apuntó a Leo Bulero con algo pequeño y brillante.

—¡Eh! —protestó débilmente Leo, quedándose paralizado en su marcha.

Giró sobre sus talones, agachó la cabeza y luego retrocedió unos pasos, trastabillando. El rayo —de características desconocidas para él— lo alcanzó, y Leo se desplomó hacia delante, tratando de protegerse en la caída proyectando los brazos al suelo.

Al volver en sí se dio cuenta de que estaba con todos sus sentidos alerta, y absurdamente fajado a una silla en un cuarto desnudo. La cabeza le zumbaba; miró a su alrededor con la vista turbada, pero sólo vio una mesita en el centro de la estancia sobre la cual reposaba un artefacto electrónico.

—Déjenme salir de aquí —pidió.

Al punto el aparato electrónico dijo:

—Buenos días, señor Bulero. Soy Palmer Eldritch. Tengo entendido que deseaba usted verme.

—Es inhumano su proceder —se quejó Bulero—. Hacerme dormir y luego someterme a esto.

—Tome un cigarro.

Del artefacto electrónico surgió un brazo extensible cuya pinza sostenía un largo cigarro verde; el extremo de éste se prendió formando una llama y acto seguido el articulado seudópodo se lo ofreció a Leo Bulero.

—Al volver de Próxima traje diez cajas de éstos, pero sólo una logró salvarse de la catástrofe. No es tabaco; es algo superior. ¿De qué se trata, Leo? ¿Qué quería usted?

—¿Está usted dentro de eso, Eldritch? —preguntó Leo Bulero a su vez—. ¿O se encuentra en otra parte y me habla a través de ese aparato?

—Dése esta satisfacción —insistió la voz que surgía del aparato metálico que estaba sobre la mesa. Continuaba ofreciéndole el cigarro encendido; luego, al ver que no era recibido, se contrajo, aplastó el extremo encendido y dejó caer los restos dentro de sí mismo.

—¿Le gustaría ver diapositivas en color de mi visita al sistema Prox?

—¿Está bromeando?

—No —repuso Palmer Eldritch—. Le darán una idea de lo que tuve que luchar allí. Son diapositivas en tiempo tridimensional, muy buenas.

—No, gracias.

Eldritch explicó:

—Encontramos ese dardo insertado en su lengua; se le extrajo. Pero puede tener alguna otra cosa, o por lo menos eso sospechamos.

—Me concede usted un gran crédito —dijo Leo—. Más del que merezco.

—Durante los cuatro años que pasé en Próxima aprendí muchas cosas. Seis años en tránsito, cuatro de residencia. Los proximanos se aprestan a invadir la Tierra.

—No me tome usted el pelo —protestó Leo.

—Comprendo su reacción —confesó Eldritch—. Las NU, en especial Hepburn-Gilbert, reaccionaron de la misma manera. Pero es cierto..., no en el sentido convencional, claro, sino de una manera más profunda, más

burda, que yo mismo no comprendo del todo a pesar de haber vivido entre ellos durante tanto tiempo. Puede estar vinculada con el calentamiento de la Tierra, por lo que pude deducir. O puede ser algo peor.

—Hablemos de ese líquen que usted trajo.

—Lo obtuve de manera ilegal; los proximanos no sabían que lo había conseguido. Ellos lo usan en orgías religiosas. Del mismo modo como nuestros indios hacían uso del mescal y el peyote. ¿Es por eso que deseaba verme?

—Claro. Está usted interfiriendo en mi negocio. Estoy enterado de que ha fundado una empresa, ¿no es así? Todo eso acerca de que la gente de Próxima invadirá nuestro sistema son patrañas; es usted quien me irrita, lo que está haciendo. ¿No podía dedicarse a otro ramo que no fuera el de los equipos miniaturizados?

El cuarto estalló en su cara. Descendió una luz blanca, que le encegueció, y él cerró los ojos. «¡Diablos!», pensó. «De cualquier manera, no puedo creer lo que dijo de los proximanos; sólo trata de distraer nuestra atención de lo que tiene entre manos. Creo que es una estratagema».

Abrió los ojos, y se encontró sentado en un terreno herboso. Junto a él, una niñita jugaba con un yo-yo.

—Ese juguete —dijo Leo Bulero— es muy popular en el Sistema de Próxima.

Notó que ya no tenía atados los brazos ni las piernas; se levantó tiesamente y flexionó sus extremidades.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

La niñita respondió:

—Mónica.

—Los proximanos —dijo Leo—, al menos los de tipo humanoide, llevan peluca y tienen dientes postizos.

Cogió la mata de luminosos cabellos rubios de la niña y tiró.

—¡Uy! —exclamó la pequeña—. Eres un hombre malo.

Leo la soltó, y ella retrocedió, jugando aún con su yo-yo y mirándole desafiadoramente.

—Lo siento —murmuró él.

Los cabellos de la niña eran auténticos; tal vez no se encontraba en el Sistema de Próxima. De cualquier manera, dondequiera que estuviese, Palmer Eldritch trataba de decirle algo.

—¿Estás planeando invadir la Tierra? —le preguntó a la niña—. Lo que quiero decir es que no lo parece.

Se preguntó si Eldritch estaría equivocado, si habría malentendido a los proximanos. Después de todo, de acuerdo con lo que él sabía, Palmer no había evolucionado, no poseía la poderosa y amplia comprensión que se adquiría con la Terapia E.

—Mi yo-yo es mágico —dijo la niña—, Puedo hacer todo cuanto deseo con él. ¿Qué quieres que haga? Dímelo; tú pareces un hombre bondadoso.

—Llévame ante tu jefe —dijo Leo—. Es una antigua chanza; tú no la comprenderías. Tiene un siglo.

Miró en torno de él y no descubrió señales de viviendas; sólo la llanura cubierta de hierba. Se dijo que hacía demasiado fresco para que fuera la Tierra. En lo alto, el cielo era azul. «Aire puro», pensó. «Denso».

—¿Te compadeces de mí porque Palmer Eldritch se está entremetiendo en mi negocio y, si lo logra, probablemente me arruinaré? –preguntó al aire, más que a la niña—. Voy a tener que hacer algún trato con él.

«Al parecer, queda descartada la posibilidad de que le mate», se dijo para sus adentros con malhumor.

—Pero no logro imaginar qué tipo de trato estará dispuesto a aceptar —siguió diciendo en voz alta—; según parece, él tiene todas las cartas. Fíjate, por ejemplo, cómo me ha enviado aquí, y yo ni siquiera sé qué lugar es éste.

«No es que eso tenga mucha importancia», reflexionó. «Porque sea lo que fuere este lugar, es evidente que está dominado por Eldritch».

—Cartas —dijo la niña—. Yo tengo un mazo de cartas, en mi maletín.

El no veía maletín alguno.

—¿Dónde?

Arrodillándose, la niña comenzó a palpar la hierba aquí y allá.

De pronto, un sector se deslizó suavemente hacia un lado; la pequeña introdujo la mano en la cavidad y extrajo un maletín.

—Lo tengo escondido —explicó— para que no lo encuentren los padrinos.

—¿Qué significa eso? ¿Qué «padrinos»?

—Bueno, para estar aquí, se necesita un padrino. Todos nosotros tenemos uno; supongo que ellos lo pagan todo, pagan hasta que nos ponemos bien y entonces podemos regresar a nuestros hogares, si es que tenemos un hogar a donde ir.

Se sentó junto al maletín y lo abrió... o al menos trató de abrirlo. La cerradura no respondía.

—¡Mecachi! —exclamó la niña—. Éste no es. Es el doctor Smile.

—¿Un psiquiatra? —preguntó Leo, alarmado—. ¿De uno de esos enormes apartamentos climatizados? ¿Funciona? Conéctalo.

Obedientemente, la pequeña lo puso en marcha..

—Hola, Mónica —saludó el maletín, débilmente—. ¿Cómo está usted, señor Buleró? —pronunció mal su nombre, poniendo el acento en la última sílaba—. ¿Qué hace usted aquí, señor? Es demasiado viejo para estar aquí. ¡Je, je! ¿O es que ha sufrido una regresión, debido a lo inapropiado de la llamada Terapia E? ¡Ggggg clic! —hubo un zumbido que denotaba su agitación—. ¿El tratamiento de Munich? —concluyó.

—Me siento perfectamente bien —le aseguró Leo—. Mire, Smile, ¿conoce a alguien que yo también conozca y que pueda sacarme de aquí? Diga algún nombre, cualquiera. No puedo permanecer aquí ni un minuto más, ¿comprende?

—Conozco a un tal Bayerson —respondió el doctor Smile—. En realidad estoy con él en este preciso momento —mediante una extensión portátil, por supuesto—, en su mismo despacho.

—No conozco a nadie llamado Bayerson —dijo Leo—. ¿Qué lugar es éste? Obviamente se trata de un campo de reposo para niños enfermos, o indigentes o lo que condenadamente sea. Pensé que esto tal vez era un lugar del Sistema de Próxima, pero puesto que usted está aquí es evidente que no lo es. Bayerson. —Entonces se le ocurrió de pronto—. ¡Diablos, usted quiere decir Mayerson! Barney Mayerson, de Equipos PP.

—Sí, eso es —repuso el doctor Smile.

—Comuníquese con él —ordenó Leo—. Dígale que se ponga en contacto con Félix Blau en seguida, con la Oficina Policial Triplanetaria o como sea

que la llamen. Que le pida a Blau que investigue, que descubra dónde estoy exactamente y envíe una nave hacia aquí. ¿Entendido?

—Perfectamente —contestó el doctor Smile—. Me dirigiré al señor Mayerson en seguida. Está hablando con la señorita Fugate, su asistente, que también es su amante y que hoy viste..., ¡hum! En este mismo momento están hablando de usted. Pero, como es natural, no puedo informarle de lo que dicen: secreto profesional. Ella viste...

—Bueno, ¿a quién le interesa eso? —le interrumpió Leo, irritado.

—Discúlpeme un instante —dijo el maletín—. Mientras tanto, cierro la comunicación.

Su tono era impertinente. Y luego reinó el silencio.

—Tengo que darte una mala noticia —dijo la niña.

—¿De qué se trata?

—Estaba bromeando. Ese no es realmente el doctor Smile; es todo fingido, para que no nos sintamos solas. Está vivo, pero no está conectado con nada; es lo que llaman un intrínseco.

Comprendió lo que la niña quería decir; la unidad era autónoma. Pero entonces ¿cómo podía saber lo que dijo acerca de Barney y la señorita Fugate, incluyendo los detalles de su vida personal? Hasta lo que ella llevaba puesto. La niña no decía la verdad, eso era evidente.

—¿Quién eres tú? —inquirió—. ¿Mónica qué? Quiero saber tu nombre completo.

Había algo en ella que le resultaba familiar.

—Ya estoy de vuelta —anunció el maletín de pronto—. Bueno, señor Buleró... —de nuevo lo pronunció erróneamente—, he planteado su dilema al señor Mayerson y se pondrá en contacto con Félix Blau, como usted pidió. Al señor Mayerson le parece recordar haber leído en un homeodiario algo relacionado con un campo de las NU para niños retardados muy parecido al que usted pisa, situado en alguna región de Saturno. Tal vez...

—¡Diablos, esta niña no es retardada! —exclamó Leo.

En todo caso era una criatura precoz. Aquello no tenía sentido.

Pero lo que tenía sentido era su convencimiento de que Palmer Eldritch deseaba algo de él; no se trataba meramente de darle una lección: era cuestión de intimidarle.

En el horizonte se perfiló un bulto, enorme y gris, que se agrandaba a medida que se precipitaba a una tremenda velocidad hacia ellos. Tenía unos horribles bigotes afilados.

—Eso es una rata —anunció Mónica con toda calma.

Leo exclamó:

—¿Tan grande?

En ningún lugar del Sistema Solar, en ninguna de las lunas o planetas, existía un animal tan enorme y fiero como aquél.

—¿Qué nos hará? —preguntó, sorprendido al ver que la niña no estaba asustada.

—¡Oh! —repuso Mónica—. Supongo que nos matará.

—¿Y eso no te aterra? —escuchó que su propia voz se agudizaba hasta convertirse en un chillido—. ¿Acaso quieres morir así, y en este preciso instante? Devorada por una rata del tamaño de... Aferró a la niña con una mano, cogió el maletín con la otra, y comenzó a correr pesadamente, huyendo de la rata.

El roedor los alcanzó, pasó por su lado y se alejó; su silueta se fue esfumando hasta que, por fin, desapareció.

La niña se burló.

—¡Te asustaste! Yo sabía que no nos vería. No pueden vernos; son ciegas a nosotros.

—¿De veras?

Entonces comprendió dónde estaba. Félix Blau no podría encontrarle. Nadie podría, aunque le buscaran eternamente.

Eldritch le había aplicado una inyección intravenosa de una droga traslativa, sin duda la Chew-Z. Aquel sitio era un mundo inexistente, análogo a la «Tierra» irreal adonde iban a parar los colonos en estado de traslación cuando mascaban el otro producto, la Can-D.

Y la rata, contrariamente a lo que sucedía con todo lo demás, era auténtica... a diferencia de ellos mismos. La niña y él no eran reales. Al menos no lo eran allí. En alguna parte sus cuerpos, vacíos y mudos, yacían como sacos de arpillera, desprovistos eventualmente del contenido cerebral. Sin duda sus cuerpos se hallarían en el dominio lunar de Palmer Eldritch.

—Tú eres Zoe —dijo—. ¿No es cierto? Así es cómo deseas ser, una niñita muy infantil, de unos ocho años. ¿Verdad? Con largos cabellos rubios.

«E incluso», se dijo, «con un nombre diferente».

—No hay nadie aquí que se llame Zoe.

—Nadie sino tú. Tu padre es Palmer Eldritch, ¿no es así?

Con gran renuencia, la niña asintió con un movimiento de cabeza.

—¿Es éste un lugar especial para ti? —preguntó—. ¿Un sitio al cual vienes a menudo?

—Éste es mi lugar —repuso la niña—. Nadie viene aquí sin mi permiso.

—¿Por qué me dejaste venir a mí, entonces?

Sabía que ella no le tenía simpatía. No le había caído en gracia desde el principio.

—Porque pensamos que tal vez usted podría impedir que los proximanos lleven a cabo lo que sea que se proponen hacer —contestó la niña.

—¡Otra vez con eso! —exclamó, sin creer una palabra de lo que le decía—. Tu padre...

—Mi padre está tratando de salvarnos —le atajó la niña—. Él no quería traer la Chew-Z; le obligaron a hacerlo. La Chew-Z es el agente mediante el cual quedaremos a su merced, ¿comprende?

—¿Cómo?

—Porque ellos dominan estos ámbitos. Ámbitos como éste, adonde uno va cuando le aplican la Chew-Z.

—Tú no pareces estar bajo el dominio de nadie; mira lo que me estás contando.

—Pero lo estaré —afirmó la niña, asintiendo gravemente con la cabeza—. Muy pronto. Tal como mi padre lo está ahora. Se la administraron en Próxima; ha estado tomándola durante años. Es demasiado tarde para él, y él lo sabe.

—Dame pruebas de todo lo que dices —le pidió Leo—. Demuéstramelo, aunque sólo sea en parte; proporcióname un dato real en que basarme.

Terció ahora el maletín, que él aún sostenía en la mano:

—Lo que Mónica dice es cierto, señor Bulero.

—¿Cómo lo sabe usted? —inquirió, confundido.

—Porque yo también estoy bajo la influencia de Próxima —replicó el maletín—: es por eso que no...

—Que no hizo nada —concluyó Leo por él; lo dejó en el suelo—. ¡Maldita sea esa Chew-Z! exclamó, dirigiéndose al maletín y a la niña—. Por su causa, todo está confuso; no sé qué diablos está sucediendo. Tú no eres Zoe..., ni siquiera sabes quién es ella. Y usted..., usted no es el doctor Smile, ni llamó a Barney, ni él estaba hablando con Roni Fugate; todo es solamente una alucinación, provocada por la droga. Todas estas patrañas acerca de que Palmer Eldritch está bajo la influencia de Próxima, y tú también, no son más que una manifestación de mis propios temores con respecto a él. ¿Quién oyó decir jamás que un maletín estuviese dominado por mentes de otro sistema planetario?

Profundamente indignado, se alejó de ellos.

«Sé lo que sucede», se dijo. «Ésta es la manera que Palmer ha encontrado para lograr el dominio de mi mente; es una forma de lo que solían llamar lavado de cerebro. Ha logrado aterrorizarme». Midiendo cuidadosamente sus pasos, siguió caminando sin volver la vista atrás.

Fue un error casi fatal. Algo —él lo vislumbró por el rabillo del ojo— arremetió contra sus piernas; Leo dio un salto hacia un costado, y aquel ser, después de pasar por su lado, describió un círculo como para reorientarse, y le eligió de nuevo como su presa.

—¡Las ratas no pueden verle, pero los glucos sí! —gritó la niña—. ¡Será mejor que corra!

Sin detenerse a ver cómo era —con lo que había visto ya tenía bastante— empezó a correr.

Y lo que había visto no podía atribuirlo a los efectos de la Chew-Z. Porque no era una ilusión, ni un artilugio de Palmer Eldritch para aterrorizarle. El gluco, fuera lo que fuese, no procedía de la Tierra ni era fruto de una mente terrestre.

Detrás de él, abandonando el maletín, la niña también se había puesto a correr.

—¿Y yo qué? —gritó el doctor Smile, ansiosamente.

Nadie volvió a por él.

En la videopantalla, la imagen de Félix Blau dijo:

—He procesado los datos que usted me suministró, señor Mayerson. El resultado demuestra fehacientemente que su patrono, el señor Bulero, que también es cliente mío, se encuentra en estos momentos en un pequeño Satélite artificial en órbita alrededor de la Tierra, registrado legalmente con el nombre de Sigma 14-B. Consulté el registro de propiedad, y aparentemente pertenece a una firma fabricante de carburante para cohetes de Saint George, Utah. —Consultó los papeles que tenía ante él—. Robard Lethane, Sociedad Comercial. Lethane es la marca registrada de su línea de...

—Está bien —le interrumpió Barney Mayerson—. Me pondré en contacto con ellos.

¿Cómo demonios Leo Bulero había llegado allí?

—Hay otro dato que puede ser de su interés. Robard Lethane, Sociedad Comercial, se asoció el mismo día de la compra del Satélite, hace cuatro años, con Elaboradores de Chew-Z de Boston. A mí me parece que es algo más que una mera coincidencia.

Librodot

—¿Qué posibilidades hay de sacar a Leo del Satélite?

—Podría presentar un mandato ante el tribunal, solicitando...

—Eso exigiría demasiado tiempo —le atajó Barney.

Experimentaba un profundo y enfermizo sentimiento de responsabilidad personal por lo sucedido. Evidentemente, Palmer Eldritch había convocado la conferencia de prensa como pretexto para atraer a Leo a su dominio lunar..., y él mismo, el precognitor Barney Mayerson, el hombre que podía prever el futuro, vio requeridos sus servicios e hizo expertamente su parte para que Leo pudiese asistir a ella.

Félix Blau dijo:

—Puedo proporcionarle un centenar de hombres de distintos departamentos de mi organización, y usted quizá podría reunir unos cincuenta más pertenecientes a Equipos PP. Entonces podría intentar invadir el Satélite.

—Y lo encontraría muerto.

—Es cierto. —Blau pareció poner mala cara—. Bueno, podría recurrir a Hepburn-Gilbert y solicitar la colaboración de las NU. O bien tratar de ponerse en contacto (y esto es meterse en la boca del lobo) con Palmer o con cualquier cosa que haya ocupado su lugar, y tratar el asunto directamente. Vea si puede pagar un rescate por Bulero.

Barney cortó la comunicación. Acto seguido, marcó la señal para solicitar una línea extraplanetaria y dijo:

—Comuníqueme con Palmer Eldritch en la Luna. Se trata de una emergencia: le agradecería que activase la llamada, señorita.

Mientras él esperaba que le dieran la comunicación, Roni Fugate comentó desde el otro extremo del despacho:

—Aparentemente no tendremos tiempo de pasarnos al bando de Eldritch.

—Así parece.

Con cuánta habilidad lo habían dirigido todo. Eldritch dejó que su adversario hiciera todo el trabajo. «Y nosotros también, Roni y yo; probablemente nos atrapará de la misma manera. En rigor, es posible que Eldritch esté esperando que nos dirijamos al Satélite; eso explicaría por qué hizo que Leo se conectara con el doctor Smile».

—Me pregunto —dijo Roni, jugueteando con el broche de su blusa— si realmente deseamos ponernos a las órdenes de un hombre tan listo. Si es que se trata de un hombre. Cada vez estoy más convencida de que no fue verdaderamente Palmer quien regresó sino uno de ellos; creo que no tendremos más remedio que reconocer este hecho. No tardaremos en ver cómo la Chew-Z inunda el mercado con la aprobación de las NU —había una nota de amargura en su voz—. Y Leo, que por lo menos es uno de nosotros y sólo aspira a reunir unas pieles, estará muerto o desaparecido...

Se quedó con la mirada clavada al frente, presa de la ira.

—Cuánto patriotismo —comentó Barney.

—Autoconservación. No deseo despertarme una mañana mascando esa porquería, y encontrarme haciendo lo que uno hace cuando se masca eso en lugar de la Can-D. Para ser transportada... no a la tierra de Perky Pat; eso con toda seguridad.

La operadora anunció por el videófono:

—Tengo a la señorita Zoe Eldritch en la línea, señor. ¿Quiere usted hablar con ella?

—Bueno —contestó Barney, resignado.

Librodot

Una mujer elegantemente vestida, de ojos acerados y con los espesos cabellos recogidos en un moño, le miró fijamente desde la pequeña pantalla.

—¿Sí?

—Habla Mayerson, de Equipos PP ¿Qué debemos hacer para rescatar a Leo Bulero? —esperó; no recibió respuesta alguna—. Usted sabe de qué le estoy hablando, ¿no es cierto? —agregó.

Prestamente ella repuso:

—El señor Bulero llegó aquí a nuestra heredad, y se puso enfermo. Se encuentra reposando en nuestra enfermería. Cuando se sienta mejor...

—¿Puedo enviar a un médico oficial de la compañía para que le examine?

—Por supuesto.

Zoe Eldritch ni siquiera pestañeó.

—¿Por qué no nos lo comunicaron?

—Ocurrió recientemente. Mi padre se disponía a llamarles. Al parecer no es nada más que una reacción debida al cambio de gravedad; en realidad, es un hecho muy común entre las personas mayores que llegan aquí. Nosotros no hemos tratado de crear una gravedad parecida a la de la Tierra, tal como el señor Bulero hizo en su Satélite, Winnie-ther-Pooh Acres. Como ve, se trata de algo sin importancia. —Sonrió ligeramente—. Le tendrán de vuelta con ustedes a más tardar en las últimas horas de hoy. ¿Abrigaba usted otras sospechas?

—Sospecho —contestó Barney— que Leo ya no se encuentra en la Luna. Que se halla en un Satélite artificial de la Tierra, denominado Sigma 14-B, el cual pertenece a una firma de St. George, propiedad de ustedes. ¿No es así? Y lo que encontraremos en la enfermería del dominio no será Leo Bulero.

Roni le miraba con ojos muy abiertos.

—Puede venir a comprobarlo usted mismo —dijo Zoe sin inmutarse—. Es Leo Bulero, al menos por lo que nosotros sabemos. Llegó aquí con los enviados de los homeodiarios.

—Iré al dominio —aseveró Barney.

Sabía que cometía un error. Su capacidad precognitiva así se lo decía. Además, en el otro extremo del despacho, Roni Fugate se puso en pie de un salto y se quedó envarada; también ella lo había presentido. Cerrando el videófono, Barney se volvió hacia ella y dijo:

—«Empleado de Equipos PP se suicida». ¿Correcto? O algún titular por el estilo. En los homeodiarios de mañana por la mañana.

—El titular exacto... —comenzó a decir Roni.

—No quiero oírlo.

Pero sería por exposición al sol, lo sabía. «Al mediodía se encontró el cuerpo de un hombre en una rampa para peatones; murió debido a la excesiva radiación solar». En alguna parte del centro de Nueva York. En cualquier punto donde le hubiera arrojado la organización de Eldritch. Sería arrojado.

Eso lo hubiera podido prever sin necesidad de recurrir a su facultad precognitiva, pero no tenía intención de hacer caso de su presentimiento.

Lo que más le perturbaba era la foto en la página del homeodiario, un primer plano de su cuerpo achicharrado por el sol.

Al llegar a la puerta del despacho se detuvo y simplemente se quedo allí de pie.

—No puedes ir —dijo Roni.

—No.

Librodot

En efecto, no podía ir después de haber visto la fotografía. «Leo», se dijo, «tendrá que cuidar de sí mismo». Volviendo a su escritorio, se sentó de nuevo.

—El único problema —dijo Roni— es que si Leo regresa, será muy difícil explicarle la situación, el hecho de que no hicieras nada.

—Lo sé.

Pero ése no era el único problema; de hecho, ni siquiera valía la pena de preocuparse por él.

Porque Leo probablemente no regresaría jamás.

6

El gluco le tenía atrapado por el tobillo y estaba tratando de bebérselo; había introducido en su carne diminutos tubos semejantes a cabellos. Leo Bulero lanzó un grito... y entonces, abruptamente, Palmer Eldritch estuvo junto a él.

—Usted se equivocó —le dijo Eldritch—. Yo no encontré a Dios en el Sistema de Próxima. Pero descubrí algo mejor.

Con un palo aguijoneó al gluco; éste, renuentemente, recogió sus cilios, y se contrajo hasta que por último dejó de estar aferrado a Leo; cayó al suelo y se alejó, mientras Eldritch continuaba empujándolo con el bastón.

—Dios promete la vida eterna —prosiguió Eldritch—. Yo puedo hacer algo mejor: puedo darla.

Temblando y sintiéndose desfallecer de alivio, Leo se dejó caer sobre el suelo herboso, se sentó y trató de recobrar el aliento.

—Y ¿cómo?

—Mediante el líquen que comercializamos bajo el nombre de Chew-Z —explicó Eldritch—. Tiene muy poco parecido con su producto, Leo. La Can-D es algo prácticamente inútil, porque ¿de qué sirve? Proporciona unos instantes de evasión, nada más que fantasía. ¿Quién quiere eso? ¿Quién necesita eso, pudiendo obtener lo genuino? En eso estamos ahora —agregó.

—Así lo supuse. Pero si se imagina que la gente pagará sus buenas pieles por una experiencia como ésta... —Leo señaló el gluco, que todavía estaba apostado allí cerca, sin apartar la vista de ellos—. Entonces usted no sólo perdió su cuerpo, sino que perdió el juicio también.

—Ésta es una situación especial. Para demostrarle a usted que esto es auténtico, nada supera el dolor físico y el terror; los glucos le demostraron con absoluta claridad que esto no es una fantasía. Podrían haberle matado realmente. Y si usted muriera aquí, estaría verdaderamente muerto. No como con la Can-D, ¿verdad? —Eldritch gozaba visiblemente ante aquella situación—. Cuando descubrí el líquen en el Sistema de Próxima, no podía creerlo. Yo ya he vivido un centenar de años en el Sistema de Próxima usándolo bajo la dirección de su personal médico; lo tomé en forma oral, intravenosa, en supositorios...; lo quemé e inhalé el humo; preparé una solución soluble en agua y, haciéndola hervir, aspiré sus vapores; experimenté con él en todas las formas posibles y no me causó perjuicio alguno. El efecto que causa en los proximanos es mínimo; nada que ver con el que ejerce en nosotros; para ellos es menos estimulante que su tabaco de mejor calidad. ¿Quiere que le siga contando?

—No estoy particularmente interesado en ello.

Eldritch se sentó a su lado, dejó descansar su brazo artificial sobre sus rodillas dobladas y blandió el bastón, sin perder de vista al gluco, que aún no se había marchado.

—Cuando retornemos a nuestros cuerpos anteriores, y observe que uso la palabra «anteriores», un término que no podría aplicarse en relación con la Can-D, y por una buena razón, descubrirá que no ha transcurrido el tiempo. Podríamos permanecer aquí cincuenta años y sería lo mismo; volveríamos a aparecer en el dominio de la Luna y encontraríamos que nada habría cambiado, y cualquiera que nos estuviese observando no podría apreciar ningún lapso de la conciencia, como en el caso de la Can-D; ninguna traza de trance ni de estupor. Oh, tal vez un leve parpadeo. Una milésima de segundo; estoy dispuesto a aceptar eso.

—¿Qué es lo que determina el espacio de tiempo que pasamos aquí? —preguntó Leo.

—Nuestra actitud. No la cantidad que se toma. Podemos regresar cuando lo deseemos. Por lo tanto, la dosis de droga no es necesario que sea...

—Eso no es cierto. Porque yo ya hace rato que hubiera deseado estar fuera de aquí.

—Pero usted no imaginó este sitio —replicó Eldritch—; yo lo hice y me pertenece. Yo creé los glucos, este paisaje... —hizo un gesto con su bastón—. Todas y cada una de las condenadas cosas que puede ver, incluyendo su cuerpo.

—¿Mi cuerpo?

Leo se lo examinó. Era su cuerpo normal, familiar, que él conocía íntimamente; le pertenecía a él, no a Eldritch.

—Yo quise que apareciera aquí exactamente como usted es en nuestro universo —explicó Eldritch—. ¿Sabe usted? Ese es el aspecto que más llamó la atención de Hepburn-Gilbert, quien es naturalmente budista. Uno puede reencarnar en cualquier forma que desee, o que alguien desee por uno, como en este caso.

—Es por ese motivo que las NU se tragaron el anzuelo —dijo Leo.

Aquello explicaba muchas cosas.

—Con la Chew-Z uno puede pasar de una vida a otra, ser un escarabajo, un profesor de física, un halcón, un protozoo, un moho, un peatón paseando por París en mil novecientos cuatro, un...

—Incluso —le atajó Leo— un gluco. ¿Quién de nosotros dos es el gluco que está ahí?

—Ya se lo dije; lo creé de una parte de mí mismo. Usted también podría darle forma a algo. Adelante: proyecte una porción de su esencia; tomará forma material propia. Lo que usted aporta es el logos. ¿Lo recuerda?

—Lo recuerdo —repuso Leo.

Se concentró, y al instante tomó forma no lejos de allí una impresionante masa de alambres, barrotes y complicados resortes.

—¿Qué demonios es eso? —inquirió Eldritch.

—Una trampa para glucos.

Eldritch echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—¡Muy bueno! Pero le ruego que no construya una trampa para Palmer Eldritch; aún tengo muchas cosas que deseo decirle.

El y Leo observaron cómo el gluco se acercaba husmeando, con desconfianza, a la trampa. Entró en ella, y la trampa se cerró. El gluco

Librodot

estaba atrapado, y ahora la trampa lo liquidó; un breve chisporroteo, una pequeña espiral de humo y el gluco se desvaneció.

Delante de Leo, el aire adquirió una trémula luminosidad; de ella surgió un libro negro, que él aceptó, lo hojeó y luego, satisfecho, lo puso sobre sus rodillas.

—¿Qué es eso? —le preguntó Eldritch.

—Una Biblia, en la versión del rey James. Pensé que podría protegerme.

—Aquí no —dijo Eldritch—. Esto es mi dominio —Hizo un gesto con la mano, y la Biblia desapareció—. Usted podría tener el suyo propio, sin embargo, y llenarlo de biblias. Como todo el mundo. En cuanto nuestras operaciones estén en marcha. También tendremos equipos, por supuesto, pero eso vendrá más adelante con nuestras actividades en la Tierra. Y de cualquier manera eso es una formalidad, un ritual para facilitar la transición. La Can-D y la Chew-Z se comercializarán en las mismas condiciones, en competencia abierta; nosotros no afirmaremos nada con respecto a la Chew-Z que usted no manifieste en favor de su producto. No queremos asustar a la gente; la religión se ha convertido en un tema muy delicado. Sólo después de probarla unas cuantas veces se darán cuenta de los dos aspectos distintos: la carencia de un lapso temporal, y el otro, quizá más vital: que no se trata de una fantasía, que penetran en un genuino nuevo universo.

—Muchas personas se sienten de esa manera en relación con la Can-D —señaló Leo—. Sostienen como un artículo de fe que se encuentran realmente en la Tierra.

—¡Fanáticos! —exclamó Eldritch con desdén—. Es obvio que se trata de una ilusión, porque no existe ninguna Perky Pat ni ningún Walt Essex, y así mismo la estructura del entorno fruto de su fantasía se limita a los artefactos verdaderamente instalados en sus equipos; no se puede hacer funcionar el lavaplatos automático de la cocina a menos que se haya colocado uno miniaturizado con anterioridad. Y cualquier persona que no participe puede observar que los muñecos no van a ninguna parte, no están posesionados por nadie. Puede demostrarse...

—Pero no le será nada fácil convencer a la gente —dijo Leo—. Permanecerán fieles a la Can-D. No existe ningún verdadero motivo de descontento con Perky Pat. ¿Por qué deberían renunciar...?

—Yo se lo diré —le interrumpió Eldritch—. Porque por muy maravillosos que resulten ser Perky Pat y Walt durante un rato, a la postre quienes los usan se ven obligados a retornar a su refugio. ¿Sabe la sensación que eso causa, Leo? Pruébelo alguna vez; despierte en un refugio subterráneo en Ganímedes después de haber sido libre durante veinte o treinta minutos. Es una experiencia que jamás olvidará.

—¡Hum!

—Y hay algo más... y usted también sabe de qué se trata. Cuando termina el breve período de evasión y el colono retorna al mundo real, no está preparado para reasumir su vida normal, su vida cotidiana. Se siente desmoralizado. Pero si en vez de mascar Can-D...

Enmudeció. Leo no le escuchaba; estaba dedicado a construir otro artefacto en el aire, ante él.

Apareció un corto tramo de escalera, que conducía a un aro luminoso. El extremo superior de la escalera no se vislumbraba.

Librodot

—¿Adónde lleva eso? —inquirió Eldritch, con una expresión de irritación en el rostro.

—A la ciudad de Nueva York —repuso Leo—. Esa escalera me conducirá de vuelta a las oficinas de Equipos PP. —Se levantó y se dirigió al primer peldaño—. Tengo el presentimiento, Eldritch, de que algo anda mal, algún aspecto del uso de ese producto, la Chew-Z. Y no lo descubriremos sino cuando ya sea demasiado tarde.

Empezó a subir los escalones y luego se acordó de la niña, de Mónica; se preguntó qué sería de ella en el mundo de Palmer Eldritch.

—¿Y la niña? —se detuvo en su ascenso. Debajo de él, pero aparentemente a una gran distancia, podía distinguir a Eldritch, que seguía sentado con su bastón sobre la hierba—. Los glucos no la alcanzaron, ¿verdad?

—La niña era yo —contestó Eldritch—. Eso es lo que estoy tratando de explicarle; es por eso que hablo de la genuina reencarnación, del triunfo sobre la muerte.

Parpadeando, Leo comentó:

—Entonces la razón por la cual me resultaba familiar... —calló y miró de nuevo hacia abajo.

Eldritch había desaparecido. Su lugar sobre la hierba era ocupado por Mónica, con su maletín que contenía al doctor Smile. Ahora, ello era evidente.

Eldritch decía... Ella, ellos decían la verdad.

Lentamente, Leo descendió por las escaleras hasta encontrarse de nuevo sobre la hierba.

Mónica dijo:

—Me alegro de que no se marche, señor Bulero. Es un placer conversar con alguien tan inteligente y evolucionado como usted. —Palmeó el maletín que reposaba sobre la hierba junto a ella—. Volví a buscarle; estaba aterrorizado por culpa de los glucos. Veo que encontró algo para combatirlos —con un movimiento de cabeza indicó la trampa para glucos que ahora, vacía, esperaba otra víctima—. Muy ingenioso. A mí no se me ocurrió; para mí esto fue un infierno. Una diencefálica reacción pánica.

Con cierta vacilación, Leo le preguntó:

—Tú eres Palmer, ¿no? Quiero decir, ¿en el fondo? ¿Realmente?

—Recuerde la doctrina medieval de la sustancia en contraposición a los accidentes —repuso la niña, afablemente—. Mis accidentes son los de esta niña, pero mi sustancia, como con el vino y la hostia en la transustanciación...

—Está bien —concedió Leo—. Tú eres Eldritch; te creo. Pero aún detesto este lugar. Esos glucos...

—No los atribuya a la Chew-Z —dijo la niña—. El responsable soy yo; son producto de mi mente, no del líquen. ¿Acaso todo universo creado debe ser bonito? Me encanta tener glucos en el mío; una parte de mi ser se siente atraída por ellos.

—Supongamos que yo también deseara crear mi propio universo —arguyó Leo—. Tal vez hay algo maligno en mí, algún aspecto de mi personalidad que yo no conozco. Eso podría inducirme a dar forma a algo más horrible que lo que usted ha creado.

Al menos con los equipos Perky Pat uno estaba constreñido a lo que hubiese introducido por adelantado. Y había una cierta seguridad en eso.

—Fuera lo que fuese, podría eliminarse —observó la niña con indiferencia—, en el caso de que no le gustara. Y si le gustase... —se encogió de hombros—. Entonces, podría conservarlo. ¿Por qué no? ¿A quién perjudicaría? Usted estaría solo en su...

Calló bruscamente, tapándose la boca con la mano.

—¿Solo? —repitió Leo—. ¿Quieres decir que cada persona se traslada a un mundo subjetivo diferente? Entonces no es como con los equipos, porque cada miembro del grupo que toma Can-D va a parar al equipo: los hombres a Walt, las mujeres a Perky Pat. Pero eso significa que tú no estás aquí.

«O bien —pensó— yo no estoy aquí. Pero en ese caso...».

La niña le observaba atentamente, evaluando su reacción.

—Nosotros no hemos tomado Chew-Z —dijo Leo con calma—. Esto es todo un seudoentorno hipnagógico, inducido absolutamente de manera artificial, No estamos en ninguna parte salvo en el sitio original; estamos aún en tu dominio en la Luna. La Chew-Z no crea ningún universo nuevo, y tú lo sabes. No se produce reencarnación genuina alguna con ella. Esto no es más que un extraordinario espejismo.

La niña permaneció en silencio. Pero no había apartado la vista de él; sus ojos abrasaban, con un fuego frío y brillante, sin pestañear.

Leo dijo:

—Vamos, Palmer; ¿qué hace realmente la Chew-Z?

—Ya se lo dije —la voz de la niña era ronca.

—Esto ni siquiera es tan verdadero como Perky Pat, o como el uso de nuestra droga. Aquello aun es cuestionable con respecto a la validez de la experiencia, a su autenticidad frente a la posibilidad de que sea meramente hipnogógica o alucinatoria. Evidentemente, esto es indiscutiblemente alucinatorio.

—No —replicó la niña—. Y más le valdrá que me crea, porque si no lo hace, no saldrá con vida de este mundo.

—Uno no puede morirse en una alucinación —argumentó Leo—, del mismo modo como no se puede volver a nacer. Me vuelvo a la oficina.

Se dirigió otra vez hacia la escalera.

—Adelante y suba —dijo la niña a sus espaldas—. Vea si me importa un comino. Espere y ya verá a dónde le conduce.

Leo subió los escalones y atravesó el aro luminoso.

Se encontró bajo la abrasadora y cegadora luz del sol; desde el centro de la calle se precipitó hacia un portal cercano en busca de refugio.

Un taxi de retropropulsión, al divisarle desde uno de los altos edificios, descendió rápidamente.

—¿Quiere subir, señor? Será mejor que no ande por la calle. Casi es mediodía.

Boqueando, casi sin poder respirar, Leo repuso:

—Sí, gracias. Lléveme a la firma Equipos PP.

Subió al taxi trastabillando y se dejó caer en seguida contra el respaldo del asiento, jadeando, en el fresco ambiente que proporcionaba el casco antitérmico del vehículo.

El taxi despegó. Al poco rato descendía en el campo cerrado del edificio de su compañía.

Librodot

En cuanto llegó a la antesala de su despacho, le ordenó a la señorita Gleason:

—Busque a Mayerson. Averigüe por qué no hizo nada para rescatarme.

—¿Rescatarle? —exclamó la señorita Gleason, consternada—. ¿Qué sucedió, señor Bulero? —lo siguió hasta su despacho—. ¿Dónde estuvo usted y de qué manera...?

—Limítese a buscar a Mayerson.

Él se sentó ante su escritorio, con el alivio de estar de regreso en su despacho. «¡Al diablo con Palmer Eldritch!», exclamó para sus adentros, y del cajón de su escritorio extrajo su pipa favorita de brezo, fabricada en Inglaterra, y una lata de tabaco Sail: una mezcla de Cavendish holandés.

Mientras estaba concentrado encendiendo la pipa, se abrió la puerta y apareció Barney Mayerson, alicaído y con expresión avergonzada.

—¿Y bien? —dijo Leo, chupando enérgicamente la pipa.

Barney dijo:

—Yo... —se volvió hacia la señorita Fugate, que había entrado detrás de él; con un gesto vago de la mano, se dirigió de nuevo a Leo y agregó:

—De cualquier manera, está usted de vuelta.

—Por supuesto que estoy de vuelta. Yo mismo me construí una escalera para llegar aquí. ¿No piensas decirme por qué no hiciste nada? Supongo que no. Pero como tú das a entender, tus servicios no fueron necesarios. Ahora ya tengo una idea de cómo es esa nueva sustancia llamada Chew-Z. Definitivamente, es inferior a la Can-D. No tengo reparos en afirmarlo con todo énfasis. Uno puede decir, sin dudarlo, que está viviendo una experiencia alucinógena. Ahora vayamos al grano. Eldritch vendió Chew-Z a las NU, afirmando que produce una genuina reencarnación, lo cual ratifica las convicciones religiosas de más de la mitad de los miembros integrantes de la Asamblea General, además de ese granuja indio llamado Hepburn-Gilbert. Es un fraude, porque no es cierto que la Chew-Z haga nada semejante. Pero lo peor de la Chew-Z es su cualidad solipsística. Con la Can-D se puede pasar por una experiencia interpersonal válida, en la que los demás habitantes del refugio... —hizo una pausa, dando muestras de irritación—. ¿Qué pasa, señorita Fugate? ¿Qué está usted mirando?

Roni Fugate murmuró:

—Lo lamento, señor Bulero, pero hay una alimaña bajo su escritorio.

Inclinándose, Leo echó una mirada debajo de la mesa de despacho.

Un bicho se había escondido entre la base del escritorio y el suelo; sus ojos, sin parpadear, le observaban con un brillo verdoso.

—¡Fuera de aquí! —gritó Leo. Dirigiéndose a Barney, le ordenó—: Ve a buscar un palo o una escoba, algo con que podamos aplastarlo.

Barney abandonó el despacho.

—¡Maldita sea, señorita Fugate! —exclamó Leo, fumando rápidamente en su pipa—. Detesto pensar en lo que hay ahí abajo. Y en lo que significa.

Porque podía significar que Eldritch —dentro del cuerpo de la pequeña Mónica— tuvo razón al decir: Vea si me importa un comino. Espere y ya verá a dónde le conduce.

La alimaña salió de su escondite y se dirigió hacia la puerta. Se arrastró por debajo de ella y se fue.

Era aún más horrible que el gluco. Pudo contemplarla atentamente.

—Bueno, eso es todo —dijo Leo—. Lo siento, señorita Fugate, pero ya puede volver a su despacho.

Librodot

«No tiene sentido discutir qué acción tomar con respecto al inminente lanzamiento de la Chew-Z al mercado, porque no estoy hablando con nadie; estoy aquí sentado, charlando conmigo mismo».

Se sentía deprimido. Eldritch le tenía en sus manos, y, además, quedaba demostrada la validez, o al menos la aparente validez, de la experiencia con la Chew-Z; él mismo la había confundido con la realidad. Para ello, sólo había bastado la maligna alimaña creada deliberadamente por Palmer Eldritch.

Comprendió que de no haber sido así, hubiera podido continuar en aquel estado eternamente. Hubiera podido pasar un siglo, como dijera Eldritch, en aquel universo artificial.

«¡Diantre!», pensó. «Estoy listo».

—Señorita Fugate —dijo en voz alta—, le ruego que no se quede ahí; vuelva a su despacho.

Se puso en pie, se acercó al enfriador de agua y llenó un vaso de papel con agua mineral. «Bebiendo agua irreal para un cuerpo irreal», se dijo. «Delante de una empleada irreal».

—Señorita Fugate —dijo—, ¿es usted realmente la amante del señor Mayerson?

—Sí, señor Bulero —repuso la señorita Fugate—. Ya se lo dije.

—Y no quiere serlo mía —Meneó la cabeza—. Porque soy demasiado viejo y demasiado evolucionado. Usted sabe, o más bien no lo sabe, que por lo menos tengo un poder limitado en este universo. Podría recrear mi cuerpo, volverme más joven.

«O bien hacerte a ti más vieja. ¿Qué te parecería eso?»

Se bebió el agua y echó el vaso en la papelera; sin mirar a la señorita Fugate, se dijo: «Tiene usted mi edad, señorita Fugate. En realidad, es más vieja. Veamos; ahora tiene alrededor de noventa y dos años. En este mundo, al menos; ha envejecido, aquí... el tiempo ha corrido raudamente para usted porque me traicionó y a mí no me gusta que me tracionen. De hecho, ya tiene más de cien años, está consumida, sin sustancia, sin dientes y sin ojos. Es una alimaña».

Oyó tras él un sonido seco, áspero, como una inspiración. Y una voz temblorosa, chillona, como el grito de un pájaro asustado.

—Oh, señor Bulero...

«He cambiado de opinión», pensó Leo. «Es usted tal como era; me retracto, ¿eh?»

Se volvió y vio a Roni Fugate o por lo menos algo que ocupaba el sitio donde ella estuvo momentos antes. Una telaraña, de fungosos hilos grises que se entretejían unos con otros hasta formar una frágil columna oscilante... El vio la cabeza, de mejillas hundidas, con ojos semejantes a puntos muertos de un légamo blando e inerte, que rezumaba unas lágrimas gomosas y densas, unos ojos que trataban de implorar, pero que no lo lograban porque no podían distinguir el sitio donde estaba él.

—Vuelve usted a ser tal como era antes —dijo con voz áspera, y cerró sus propios ojos—. Avíseme cuando se haya transformado.

Unas pisadas. De hombre. Barney, que regresaba al despacho.

—¡Santo Dios! —exclamó éste, petrificado.

Con los ojos cerrados, Leo dijo:

—¿Aún no recobró su antigua forma?

—¿Quién? ¿Dónde está Roni? ¿Qué es eso? —Leo abrió los ojos.

No era Roni Fugate quien estaba allí, ni siquiera una primitiva manifestación de ella misma; era un charco, pero no de agua. El charco poseía vida y en él flotaban agudas y filosas astillas de color gris.

El espeso y fangoso material del charco se extendía gradualmente; luego se convulsionó y se retrajo en sí mismo; en el centro, los fragmentos de dura materia gris se unieron y cohesionaron hasta convertirse en una bola informe, con mechones de aplastados y enredados cabellos flotando en su coronilla. Se formaron, difusas y vacías, las cuencas de los ojos; se convertía en un cráneo, pero de alguna forma de vida futura: su inconsciente deseo de que ella experimentara la evolución en su horroroso aspecto había conjurado aquella monstruosidad que se estaba materializando.

La mandíbula repiqueteaba, abriéndose y cerrándose como accionada por maliciosos alambres, profundamente encajados. Deslizándose de aquí para allá en el fluido del charco, el cráneo graznó:

—Pero, ¿ve usted, señor Bulero? Ella no vivió tanto tiempo. Se olvidó de eso.

No era la voz de Roni Fugate, sino la de Mónica, remota pero definitivamente, como si vibrara en el distante extremo de una cuerda encerada.

—Usted la hizo superar el centenar de años, pero ella sólo vivirá hasta los setenta. Por lo tanto ha estado muerta treinta años. Usted la retornó a la vida; o eso era lo que pretendía. Y lo que aún es peor... —la mandíbula carente de dientes se movió ligeramente y las vacías cuencas de los ojos parecieron abrirse aún más—. Ella no evolucionó mientras estaba viva, sino en la tierra.

El cráneo cesó de emitir el resonante sonido y luego se fue desintegrando por etapas; sus partes volvieron a separarse flotando y se disipó la apariencia de organización.

Al cabo de un instante, Barney dijo:

—Salgamos de aquí, Leo.

Leo balbuceó:

—¡Eh, Palmer! —su voz, como la de un niño, sonaba desafinada, debido al terror—. Eh, ¿sabe una cosa? Me rindo; de veras.

La alfombra del despacho bajo sus pies se descompuso, se tornó pulposa, y luego se animó, brotaron fibras verdes, que fueron creciendo; Leo vio que se convertía en hierba. Y después las paredes y el techo se desplomaron, desintegrados en fino polvo; las partículas cayeron silenciosamente cual una lluvia de cenizas. Y en lo alto, apareció el firmamento azul, frío, impecable.

Sentada sobre la hierba, con el bastón en el regazo y el maletín que contenía al doctor Smile junto a ella, Mónica preguntó:

—¿Deseaba que se quedase el señor Mayerson? Yo no lo consideré así. Dejé que se desvaneciera con todo lo demás que usted creó. ¿Está bien?

Le dirigió una sonrisa.

—Está bien —repuso Leo con voz ahogada.

Al mirar en torno de él ahora sólo vio la herbosa llanura. Hasta el polvo de lo que constituyera la firma Equipos PP, el edificio y su personal, se había esfumado, salvo una tenue capa que persistía sobre sus manos y chaqueta. Con aire reflexivo, se la quitó de encima.

Mónica sentenció:

—Del polvo vienes, oh hombre, y al polvo...

Librodot

—¡De acuerdo! —exclamó Leo en voz alta—. He comprendido; no es necesario que siga machacando hasta el hartazgo. Todo era irreal, ¿y qué? Lo que quiero decir es que consiguió demostrar lo que afirmaban sus malditas palabras, Eldritch. Es capaz de hacer todo cuanto se le ocurra, y yo no soy nada. Soy sólo un fantasma.

Detestaba a Palmer Eldritch, y pensaba: «Si alguna vez logro salir de aquí, si puedo escapar de tus garras, condenado bastardo...».

—Vamos, vamos —dijo la niña, con ojos saltarines—. No debe usar ese lenguaje; no debe hacerlo porque yo no se lo permitiré. Ni siquiera pienso decirle lo que haré si continúa, pero usted ya me conoce, señor Bulero. ¿Entendido?

—Entendido —contestó Leo.

Se alejó unos pasos, al tiempo que sacaba un pañuelo y se secaba el sudor que le cubría el arco del labio superior y el cuello, el hueco bajo la nuez, la zona que tanto le costaba afeitarse por la mañana. «Dios mío, ayúdame. Y si puedes hacerlo, si puedes penetrar en este mundo, haré cuanto quieras, todo lo que me pidas. Ahora tengo miedo, siento náuseas. Todo esto conseguirá matar mi cuerpo, aun cuando sea un cuerpo ectoplásmico, fantasmal».

Se agachó, asqueado; vomitó sobre la hierba. Durante largo tiempo —le pareció largo tiempo— persistió aquel malestar y luego se sintió mejor. Logró darse la vuelta y regresar lentamente hacia donde la niña permanecía sentada junto a su maletín.

—Las condiciones —dijo la niña, secamente—. Vamos a establecer una estricta relación comercial entre mi compañía y la de usted. Necesitamos su soberbia red de Satélites Publicitarios y su sistema de transporte, dotado con las naves interplanetarias de último modelo, así como sus plantaciones en Venus, que sólo Dios sabe cuán extensas son; lo queremos todo, Bulero. Cultivaremos el líquen donde ahora usted cultiva la Can-D, lo embarcaremos en las mismas naves, llegaremos hasta los colonos por conducto de los experimentados y capacitados traficantes que usted utiliza, haremos publicidad por medio de locutores como Allen y Charlotte Faine. La Can-D y la Chew-Z no entrarán en competencia, porque sólo habrá un producto: la Chew-Z. Usted anunciará su retiro. ¿Me comprende, Leo?

—Claro —respondió él—. Le oigo muy bien.

—¿Está usted de acuerdo?

—De acuerdo —repuso Leo, y se abalanzó sobre la niña.

Sus manos se cerraron alrededor de su garganta; apretó con fuerza. Ella tenía la vista fija en su rostro, tensa, con la boca fruncida, sin decir nada, sin tratar siquiera de defenderse, de atacarle o de escapar. Él siguió apretando, durante tanto tiempo que le pareció que sus manos se habían adherido al cuello de la niña, que había quedado prendido en aquel sitio para siempre, como las retorcidas raíces de una planta añosa y enferma, pero aún viva.

Cuando la soltó, la niña estaba muerta. Su cuerpo cayó hacia delante, luego se torció y se desplomó de costado para quedar tendida boca arriba sobre la hierba. Ni rastros de sangre. Ni señales de lucha, a excepción de las manchas oscuras, de un color rojo negruzco, en la garganta.

Leo se incorporó, pensando: «Bueno, ¿lo hice? ¿Si él —ella o lo que sea— muere aquí, significa que todo está resuelto?»

Pero el mundo simulado persistía. Él había esperado que se desvaneciera al esfumarse la vida de la niña..., de Eldritch.

Confundido, permaneció sin moverse ni un palmo, olfateando el aire, escuchando el viento lejano. Nada había cambiado salvo que la niña estaba muerta. ¿Por qué? ¿Qué tenía de malo el principio fundamental de acuerdo con el cual había actuado? Parecía increíble, pero era erróneo.

Inclinándose, conectó al doctor Smile.

—Explíquemelo —le ordenó.

Obedientemente, el doctor Smile declaró con un hilo de voz:

—Él está muerto aquí, señor Bulero. Pero en el dominio de la Luna...

—Ya sé —le atajó Leo, bruscamente—. Bueno, dígame cómo se puede abandonar este lugar. Cómo puedo volver a la Luna, para... —hizo un gesto—. Usted ya sabe lo que quiero decir: la realidad.

—En este momento —explicó el doctor Smile—, Palmer Eldritch, aunque notablemente alterado e irritado, le está aplicando por vía intravenosa una sustancia que contrarresta la Chew-Z inyectable que se le administró previamente; regresará usted en breve. Es decir, en breve, casi instantáneamente, de acuerdo con el flujo temporal de aquel mundo. En cuanto a éste... —rió con un cloqueo—. Aquí podría parecer un lapso más largo.

—¿Cuán largo?

—Oh, años —repuso el doctor Smile—. Pero posiblemente bastante menos. ¿Días? ¿Meses? El sentido del tiempo es algo subjetivo; por lo tanto, veamos qué le parece a usted. ¿No está de acuerdo?

Sentándose, fastidiado, junto al cadáver de la niña, Leo lanzó un suspiro, agachó la cabeza, apoyando el mentón contra su pecho, y se dispuso a esperar.

—Yo le haré compañía —dijo el doctor Smile—, si puedo. Pero me temo que sin la presencia animada del señor Eldritch... —su voz, según notó Leo, se había vuelto más débil, así como también más lenta—. Nada puede sostener este mundo —anunció la frágil voz— si no es el propio señor Eldritch. Por lo que me temo...

La voz se extinguió completamente.

Sólo persistió el silencio. Incluso el viento distante había cesado. «¿Cuánto tiempo?», se repitió Leo. Y luego se preguntó si no podría crear algo, como antes.

Gesticulando a la manera de un inspirado director de orquesta, con ágiles contorsiones de las manos, trató de crear ante él en el aire un taxi de retropropulsión.

Al fin, apareció un perfil borroso. Insustancial, sin adquirir color alguno, parecía transparente; Leo se levantó, se acercó y lo intentó una vez más con todas sus fuerzas. Por un instante pareció adquirir color y realidad y luego, de pronto, quedó corporizado; semejante a una dura corteza quitinosa desechada, sufrió una convulsión y estalló. Sus partes, solamente bidimensionales a lo sumo, volaron por los aires, esparciéndose, hasta desintegrarse... El se volvió de espaldas y se alejó, presa de un profundo fastidio. «Qué confusión», se dijo, consternado.

Continuó caminando, sin norte ni voluntad. Hasta que, súbitamente, se encontró ante algo que reposaba sobre la hierba, algo muerto; lo vio allí tendido y se acercó con paso cansino. «Esto», pensó, «es la indicación definitiva de lo que he hecho».

Encajó un puntapié al gluco muerto; la punta de su zapato lo traspasó enteramente, y Leo retrocedió, experimentando una tremenda repulsión.

Siguiendo su camino, con las manos en los bolsillos, cerró los ojos y una vez más elevó una plegaria, pero en esta oportunidad de una manera vaga; no era más que un deseo, incipiente, y luego todo lo vio claro. «Me enfrentaré con él en el mundo real», se dijo para sus adentros. «No simplemente aquí, como lo hice, sino como los homeodiarios lo informarán. No por mí mismo, ni para salvar la empresa Equipos PP y la comercialización de la Can-D. Sino para...». Ahora sabía lo que quería decir. «...todo ser viviente en el sistema. Porque Palmer Eldritch es un invasor y así es como terminaremos todos, en un sitio como éste, en una llanura de cosas muertas que no son nada más que fragmentos esparcidos; esto es la «reencarnación» que le prometió a Hepburn-Gilbert».

Durante un tiempo continuó vagando al azar y después, gradualmente, enfiló el camino de vuelta hasta donde estaba el maletín que había sido el doctor Smile.

Algo se inclinaba sobre el maletín. Una figura humana o cuasi humana.

Al verle, se incorporó en seguida; su calva cabeza lanzó unos destellos mientras contemplaba a Leo paralizado por la sorpresa. Y luego dio un salto y se alejó corriendo.

Un proximano.

Mientras lo veía alejarse, le pareció que aquel hecho lo ponía todo en su verdadera perspectiva. Palmer Eldritch había poblado aquel ámbito de cosas como aquélla; aun cuando había regresado a su sistema natal, se encontraba íntimamente relacionado con ellas. Aquello que acababa de aparecer permitía atisbar en el más profundo nivel de la mente humana; y tal vez el propio Palmer Eldritch desconocía que había poblado de seres semejantes su alucinante creación... Quizás el proximano le hubiera causado también una sorpresa.

A menos, claro está, que aquello fuese el Sistema de Próxima.

Tal vez fuese una buena idea seguir a su habitante.

Partió en aquella dirección y caminó con dificultad durante un tiempo que le pareció una eternidad; no veía nada salvo la hierba bajo sus pies y la línea del horizonte. Y entonces, por fin, un bulto se perfiló a lo lejos; se dirigió hacia allí y se encontró de repente frente a una nave estacionada. Deteniéndose, la contempló con perplejidad. Por lo pronto, no era una nave de la Tierra y, sin embargo, tampoco pertenecía al Sistema de Próxima.

Sencillamente, no pertenecía a sistema alguno.

Y los dos seres que haraganeaban junto a ella tampoco eran ni proximanos ni terrícolas. Leo jamás había visto unas formas de vida semejantes. Altas, esbeltas, con miembros delgados como juncos y de aspecto grotesco, y cabezas en forma de huevo (que, aun a la distancia, parecían absurdamente delicadas), aquellas criaturas pertenecían —a su juicio— a una raza altamente evolucionada y, no obstante, emparentada con la de los terrícolas; el parecido se acercaba más a éstos que a los de Próxima.

Se encaminó hacia ellos, con la mano levantada a modo de saludo.

Una de las dos criaturas se volvió hacia él y, al verle, se quedó pasmado y le dio un codazo a su compañero; ambos le contemplaron con los ojos muy abiertos y luego el primero exclamó:

—¡Dios mío, Alee, es uno de los antiguos seres! Los infrahumanos.

—Sí —asintió el otro.

—Un momento —dijo Leo Bulero—. Habláis un idioma terrícola, el inglés del siglo veintiuno... Por lo tanto, debéis de haber visto algún terrícola anteriormente.

—¿Terrícola? —repitió el llamado Alee—. Nosotros somos terrícolas. ¿Qué diablos eres tú? Una monstruosidad que desapareció hace siglos, eso es lo que eres. Bueno, tal vez siglos no, pero de cualquier manera hace muchísimo tiempo.

—Todavía debe de existir un enclave de ellos en este Satélite —comentó el primero—. ¿Cuántos hombres primitivos hay además de ti? Vamos, amigo, que no pensamos hacerte daño alguno. ¿Hay mujeres? ¿Podéis reproduciros? Realmente —agregó, dirigiéndose a su compañero—, parece que haga siglos. Como recordarás, nuestra evolución debemos considerarla en términos de un centenar de miles de años, por lo menos. Si no hubiese sido por Denkmal, estos hombres de los albores de los tiempos aún serían...

—Denkmal —repitió Leo.

Entonces ése era el resultado final de la Terapia E de Denkmal; se encontraba en una época ligeramente avanzada en el tiempo, quizá meramente unas décadas. Al igual que ellos, le parecía que había transcurrido un lapso de un millón de años, y, sin embargo, era de hecho una ilusión; cuando terminara su tratamiento, él mismo podría parecerse a aquellos seres. Con la diferencia de que había desaparecido el pellejo quitinoso, y ése era uno de los principales aspectos de los tipos evolucionados.

—Yo voy a su clínica —les explicó a los dos—. Una vez a la semana. En Munich. Estoy evolucionando; el tratamiento surte efecto en mí. —Se acercó más a ellos y los observó atentamente—. ¿Qué pasó con la piel quitinosa? —preguntó—. Para protegeros del sol.

—Oh, aquel período de falso calor terminó —respondió el llamado Alee, con un gesto de burla—. Fue obra de esos proximanos, en colaboración con el Renegado, como bien sabes. O tal vez no lo sepas.

—Palmer Eldritch —dijo Leo.

—Sí —repuso Alee—. Pero terminamos con él. Aquí mismo, en este Satélite, por cierto. Ahora es un lugar sagrado..., no para nosotros, sino para los proximanos; se escabullen hasta aquí para adorar. ¿Viste alguno? Tenemos órdenes de apresar a los que encontremos; esto es un territorio del Sistema Solar: pertenece a las NU.

—¿A qué planeta pertenece este Satélite? —preguntó Leo.

Los dos terrícolas evolucionados sonrieron.

—A la Tierra —repuso Alee—. Es artificial. Se llama Sigma 14-B, y fue construido hace años. ¿No existía en tu época? Debió de existir, porque es realmente muy viejo.

—Eso creo —dijo Leo—. Entonces vosotros podéis llevarme a la Tierra.

—Claro —Ambos terrícolas evolucionados asintieron—. En realidad, partimos dentro de media hora; te llevaremos con nosotros... A ti y al resto de la tribu. Dinos simplemente dónde se encuentran.

—Yo soy el único —repuso Leo, irritado—, y difícilmente podríamos constituir una tribu, de todos modos, pues no pertenecemos a la época prehistórica.

Se preguntó cómo había llegado a aquella época futura. ¿O se trataba también de una ilusión, creada por el maestro de la alucinación, Palmer Eldritch? ¿Por qué tenía que suponer que todo aquello era más real que la

Librodot

niña Mónica o los glucos o la sede sintética de Equipos PP que él había visitado... y presenciado su derrumbe? Aquello era obra de Palmer Eldritch imaginando el futuro; se trataba de divagaciones de su brillante mente creadora mientras esperaba en su dominio de la Luna a que pasaran los efectos de la inyección intravenosa de Chew-Z. Nada más.

De hecho, desde el lugar donde estaba podía vislumbrar, tenuemente, la línea del horizonte a través de la nave estacionada; la nave era ligeramente transparente, no del todo sólida. Y los dos seres terráqueos evolucionados... Sus figuras ondeaban, sufriendo una leve pero persistente distorsión, que le recordó la época en que él había tenido astigmatismo, antes de recibir, mediante trasplante quirúrgico, unos ojos absolutamente sanos. Ninguno de los dos parecía exactamente situado en un lugar fijo.

Leo le tendió la mano al terrícola más cercano:

—Me gustaría estrechar tu mano —le dijo.

Alee extendió la suya a su vez, esbozando una sonrisa.

La mano de Leo traspasó la de Alee y apareció por el otro lado.

—¡Eh! —exclamó Alee, frunciendo el ceño; inmediatamente, como accionado por un resorte, retiró su mano—. ¿Qué sucede? —agregó, dirigiéndose a su compañero—. Este tipo no es de carne y hueso; deberíamos haberlo sospechado. Es un..., ¿cómo solían llamarles? Los que mascaban esa diabólica droga que Eldritch obtuvo en el Sistema de Próxima. Es una estantigua, eso es. Es un fantasma.

Contemplaba a Leo con ojos penetrantes.

—¿Lo soy? —dijo Leo con un hilo de voz, y entonces comprendió que Alee tenía razón.

Su cuerpo verdadero estaba en la Luna; él no se encontraba realmente allí.

¿Pero a qué obedecía la presencia de los dos terrícolas evolucionados? Quizá no eran fruto de la activa mente de Eldritch; el que se llamaba Alee estaba mirándole fijamente.

—¿Sabes que esta estantigua me resulta familiar? —le dijo a su compañero—. He visto su fotografía en los homeodiarios; estoy seguro de ello —precisó, volviéndose a Leo—. ¿Cómo te llamas, estantigua?

Su mirada se tornó más severa, más aguda.

—Me llamo Leo Bulero —contestó el interpelado.

Los dos seres terráqueos evolucionados se sobresaltaron.

—¡Eh! —exclamó Alee—. No es extraño que me pareciera conocerle. ¡Es el tipo que mató a Palmer Eldritch! Eres un héroe, amigo. Apostaría a que tú no lo sabes, porque no eres más que una estantigua, ¿no es cierto? Y has vuelto aquí, a rondar por este sitio, porque es históricamente el...

—No ha vuelto —le atajó su compañero—, pues proviene del pasado.

—A pesar de todo, puede volver —insistió Alee—. Éste es un segundo advenimiento para él, después de su propia época; en verdad, ha retornado... ¿te parece bien, puedo decirlo así? —se volvió hacia Leo—: Has retornado a este sitio porque está relacionado con la muerte de Palmer Eldritch. —Giró sobre sus talones y empezó a correr hacia la nave estacionada—. Voy a comunicarlo a los homeodiarios —gritó—. Tal vez puedan sacarte una foto: el espectro de Sigma 14-B —gesticulaba con gran excitación—. Ahora los turistas se morirán de ganas por visitar este lugar. Pero, espera: quizás el espectro de Eldritch, su estantigua, se aparecerá aquí también. Para vengarse de ti.

Esa idea no pareció complacerle demasiado.

—Eldritch ya lo hizo —declaró Leo.

Alee se detuvo y volvió lentamente sobre sus pasos.

—¿De veras? —miro en torno, nerviosamente—. ¿Dónde está? ¿Cerca de aquí?

—Está muerto —contestó Leo—. Yo lo maté. Lo estrangulé.

No experimentaba emoción alguna por ello, sino sólo un gran cansancio. ¿Cómo podía uno volverse tan insensible después de matar a un ser viviente, sobre todo tratándose de una criatura?

—Estás condenado a repetir la acción por toda la eternidad —observo Alee, impresionado y con los ojos muy abiertos. Meneaba su enorme cabeza ovoide.

—Yo no repetí acción alguna —aclaró Leo—. Ésta fue la primera vez.

«Y no la verdadera», pensó. «Está aún por venir».

—Quieres decir —dijo Alee, lentamente— que…

—Aún tengo que cometerla —concluyó Leo—. Pero uno de mis asesores Pre-Moda me dijo que no tardaría mucho tiempo en suceder, probablemente.

No era inevitable y él no podía olvidar ese hecho. Y Eldritch lo sabía también; le llevaría largo tiempo explicar los esfuerzos de Eldritch aquí y ahora: éste estaba retrasando —o así lo esperaba él— su propia muerte.

—Ven —le dijo Alee— y echa una mirada al monumento conmemorativo del acontecimiento.

El y su compañero abrieron la marcha; Leo, renuente, les siguió.

—Los proximanos —explicó Alee por encima del hombro— siempre tratan de…, ya sabes… proferirlo.

—Profanarlo —le corrigió su compañero.

—Eso —dijo Alee, asintiendo—. De cualquier manera, aquí está.

Se detuvo. Frente a ellos se alzaba una imitación —pero impresionante— de una columna granítica; en ella había sido firmemente fijada una placa de bronce a la altura de los ojos. Leo, contra su voluntad, leyó la inscripción:

IN MEMORIAM. 2016 d.C.
CERCA DE ESTE LUGAR FUE MUERTO PALMER ELDRITCH, EL ENEMIGO DEL SISTEMA SOLAR, EN IMPARCIAL PELEA CON EL PALADÍN DE NUESTROS NUEVE PLANETAS, LEO BULERO, DE LA TIERRA.

—¡Caramba! —exclamó Leo, a despecho de sí mismo.

La leyó de nuevo. Y una vez más.

—Me pregunto —dijo, como hablando consigo mismo— si Palmer lo habrá visto.

—Si es una estantigua —observó Alee—, es muy probable. La forma original de la Chew-Z provocaba lo que el fabricante, el mismo Eldritch, denominaba «reverberaciones temporales». Eso es lo que tú eres ahora; ocupas un punto situado años después de estar muerto. Supongo que en estos momentos ya estás muerto —anunció, y se volvió hacia su compañero—: Leo Bulero está muerto ahora, ¿no es así?

—¡Oh, diablos, claro! —respondió el interpelado—. Hace varias décadas.

—En verdad, creo que leí… —empezó a decir Alee, y de pronto se interrumpió, mirando por encima del hombro de Leo y dándole un codazo a su compañero.

Librodot

Leo se volvió para ver de qué se trataba. Un perro blanco, escuálido y desgreñado se acercaba, caminando desgarbadamente.

—¿Es tuyo? —le preguntó Alee.

—No —repuso Leo.

—Parece un perro estantigua —comentó Alee—. Fíjate, se puede ver un poco a través de su cuerpo.

Los tres observaron al perro, que se dirigía hacia ellos; luego pasó por su lado en dirección al monumento.

Recogiendo una piedra, Alee se la lanzó al perro; el guijarro atravesó su cuerpo y cayó sobre la hierba unos pasos más allá. Era un perro estantigua.

Mientras ellos lo contemplaban, el animal se detuvo al pie del monumento, pareció echar una mirada a la placa durante unos instantes, y luego se...

—¡Defecación! —gritó Alee, con el rostro encendido por la ira.

Corrió hacia el perro, agitando los brazos y tratando de pegarle un puntapié; acto seguido quiso echar mano de su pistola láser, que llevaba en el cinto, pero debido a su excitación no acertó a encontrar la culata.

—¡Profanación! —exclamó su compañero.

—Es Palmer Eldritch —dijo Leo.

Eldritch demostraba su desprecio por el monumento, su falta de miedo con respecto al futuro. Jamás existiría un monumento semejante. El perro se alejó con cachaza, mientras los dos terrícolas lanzaban fútiles juramentos.

—¿Estás seguro de que no es tu perro? —inquirió Alee, con desconfianza—. Deduzco que tú eres la única estantigua que ronda por aquí.

Miro a Leo fijamente. Éste comenzó a explicarles lo que había sucedido; era importante que ellos comprendieran. Y entonces, sin aviso de ninguna especie, los dos seres terráqueos evolucionados desaparecieron; la herbosa llanura, el monumento, el perro que se alejaba..., todo el panorama se evaporó, como si el aparato mediante el cual era proyectado, estabilizado y mantenido hubiese sido desconectado. Leo vio solamente una blanca extensión vacía, el destello de un foco, como si en el proyector no hubiese ninguna diapositiva tridimensional. «La luz», pensó, «que ilumina el juego de fenómenos que denominamos "realidad"».

Y entonces se encontró sentado en una cámara desnuda, en el dominio de Palmer Eldritch en la Luna, frente a la mesa con su dispositivo electrónico.

El chisme o invención o lo que fuera estaba diciendo:

—Sí, vi el monumento. Un cuarenta y cinco por ciento del futuro. Un poco menos de la mitad de todas las posibilidades; por lo tanto, no estoy terriblemente preocupado. ¿Un cigarro?

De nuevo la máquina ofreció un cigarro encendido a Leo.

—No —repuso éste.

—Voy a dejarle marchar por breve tiempo, unas veinticuatro horas —anunció el artefacto—. Puede regresar a su pequeño despacho en su minúscula compañía en la Tierra. Mientras esté allí, deseo que reflexione acerca de la situación. Ahora ya ha visto la Chew-Z en acción; comprenda que su antediluviano producto, la Can-D, no puede ni remotamente comparársele. Y, además...

—¡Monsergas! —le atajó Leo—. La Can-D es, con mucho, superior.

—Bueno, piénselo bien —dijo el aparato electrónico, con toda tranquilidad.

Librodot

—De acuerdo —accedió Leo.

Permaneció envarado. ¿Había estado realmente en el Satélite artificial de la Tierra, Sigma 14-B? Aquello era una tarea para Félix Blau; los expertos lo averiguarían. No tenía sentido preocuparse por ello ahora. El problema inmediato era bastante serio; todavía no había escapado al dominio de Palmer Eldritch.

Sólo podría escapar cuando —y solamente cuando— Eldritch decidiese liberarlo. Eso era una indudable e inconfundible realidad, por duro que le resultara reconocerlo.

—Me gustaría señalar —dijo el artefacto— que me he mostrado clemente con usted, Leo. Hubiese podido poner un..., bueno, digamos un punto final a la frase que constituye su relativamente corta vida. Y en cualquier momento. Debido a ello, espero —insisto— que considere muy seriamente la posibilidad de hacer lo propio.

—Como dije, lo pensaré —respondió Leo.

Estaba nervioso, como si hubiese bebido demasiadas tazas de café, y deseaba marcharse cuanto antes; abrió la puerta de la cámara y salió al pasillo.

Cuando empezaba a cerrar la puerta tras de sí, el aparato electrónico dijo:

—Si no se decide a unirse conmigo, Leo, no estoy dispuesto a esperar. Le mataré. Debo hacerlo, para salvar mi propio yo. ¿Comprende?

—Comprendo —repuso Leo, y cerró la puerta tras él.

«Y yo también debo hacerlo», pensó. «Debo matarte... o ¿no podríamos habernos expresado ambos de una manera menos directa, decir algo parecido a lo que se suele decir respecto de los animales: te mandaré al sueño eterno?

»Y tengo que hacerlo no sólo para salvarme yo sino en aras de todos los habitantes del sistema, y éste es el cayado en el cual me apoyo. Por ejemplo, aquellos dos soldados evolucionados que encontré cerca del monumento. Para que ellos tengan algo que vigilar».

Recorrió lentamente el pasillo. Al final se congregaba el grupo de corresponsales; todavía no se habían marchado, ni siquiera habían logrado la entrevista... Casi no había transcurrido el tiempo. Así que, en aquel punto, Palmer decía la verdad.

Al unirse a los periodistas Leo se tranquilizó y se sintió considerablemente mejor. Tal vez ahora lograría escapar; quizá Palmer Eldritch le dejara ir realmente. Viviría para poder oler, ver y beber en el mundo de nuevo.

Pero, en el fondo, sabía que las cosas no eran así. Eldritch jamás le dejaría ir: uno de ellos debería ser eliminado antes.

Esperaba no ser él. Pero tenía la horrible intuición de que, a despecho del monumento, podría muy bien ser la víctima.

7

La puerta del despacho interior de Barney Mayerson se abrió de golpe dando paso a Leo Bulero, que llegaba doblado bajo el peso de la fatiga y marcado por las huellas del viaje.

—No trataste de ayudarme.

Luego de unos instantes, Barney respondió:

—Eso es cierto.

Librodot

No tenía sentido intentar explicarle los motivos; no porque Leo no los comprendiera o no quisiera creerle, sino por la razón en sí. Simplemente no era adecuado.

—Estás despedido, Mayerson —dijo Leo.

—Muy bien.

Y pensó: «Por lo menos, estoy vivo. Y si hubiera ido en busca de Leo, ahora no lo estaría». Con torpes dedos, empezó a juntar los artículos personales de su escritorio, guardándolos en una maleta de muestras vacía.

—¿Dónde está la señorita Fugate? —inquirió Leo—. Ella ocupará tu puesto. —Se acercó a Barney y escrutó su rostro—. ¿Por qué no viniste a rescatarme? Dime por qué condenada razón, Barney.

—Pensé en el futuro. Me hubiese costado un precio muy alto: mi vida.

—Pero no era necesario que lo hicieras personalmente. Ésta es una gran compañía... Hubieras podido organizar una partida desde aquí, y quedarte en tu puesto. ¿No es cierto?

Era cierto. Y él ni siquiera había considerado esa posibilidad.

—Por lo tanto —prosiguió Leo—, debes de haber deseado que me sucediese algo fatal. No es posible interpretarlo de otra manera. Tal vez fue algo inconsciente, ¿no?

—Puede ser —reconoció Barney.

Porque, ciertamente, él no se había dado cuenta. De cualquier manera, Leo tenía razón. ¿Por qué otro motivo no hubiera podido tomar la responsabilidad de que una patrulla armada, como sugiriera Félix Blau, partiera de Equipos PP en dirección a la Luna? Eso ahora le parecía obvio. Extraordinariamente sencillo.

—Tuve una terrible experiencia en el dominio de Palmer Eldritch —explicó Leo—. Es un mago maldito, Barney. Me hizo toda clase de cosas, cosas que ni tú ni yo hemos soñado nunca. Por ejemplo, se convirtió en una niñita, me mostró el futuro, aunque eso quizá fue sin intención; creó un universo completo en todos sus aspectos, incluyendo un horrible animal llamado gluco junto con una ciudad de Nueva York ilusoria en la cual estabas tú y Roni. ¡Qué confusión! —meneó la cabeza con estupefacción—. ¿Adónde piensas ir?

—Sólo hay un sitio adonde pueda ir.

—¿Dónde es eso?

Leo le observó con aprensión.

—Solamente existe otra persona que puede utilizar mi talento como precognitor.

—Entonces, ¡eres mi enemigo!

—Ya lo soy, por lo que a usted concierne.

Y estaba dispuesto a aceptar el juicio de Leo, la interpretación que éste había formulado con respecto a su pasiva actitud.

—Entonces no tendré más remedio que eliminarte a ti también —le amenazó Leo—, juntamente con ese mago loco, ese supuesto Palmer Eldritch.

—¿Por qué «supuesto»? —Barney levantó la vista prestamente, dejando de guardar sus cosas.

—Porque cada vez estoy más convencido de que no es humano. En ningún momento pude verle personalmente salvo durante el período en que me encontraba bajo los efectos de la Chew-Z; por lo demás, siempre se comunicó conmigo a través de una extensión electrónica.

—¡Muy interesante! —comentó Barney.

—Sí, ¿no es cierto? Y tú eres un ser tan corrupto que seguirás adelante y solicitarás un puesto en su empresa. Aun cuando puede ser un proximano chiflado o algo peor, algún ser maldito que se introdujo en su nave, durante el viaje de ida o de vuelta, en las remotas profundidades del espacio; lo devoró y ocupó su lugar. Si hubieses visto a los glucos…

—Entonces, por todos los diablos —dijo Barney—, no me obligue a hacer esto. Consérveme en su empresa.

—No puedo. No después de que has dejado de comportarte lealmente —Leo desvió la vista, tragando rápidamente saliva—. No quisiera mostrarme tan despiadado al formularte este frío razonamiento, pero… —apretó los puños, vanamente—. Fue horrible; virtualmente me destrozó. Y luego me topé con aquellos dos terrícolas, lo cual fue un gran alivio. Hasta que Eldritch se presentó en forma de perro y se hizo caca en el monumento. —Esbozó una forzada sonrisa—. Tengo que reconocer que hizo una gráfica demostración de su actitud; no dejó lugar a dudas con respecto a su desprecio —agregó, como hablando consigo mismo—. Está convencido de que saldrá triunfante; de que no tiene nada que temer, aun después de haber visto la placa.

—Deséeme suerte —dijo Barney.

Le tendió la mano; se saludaron brevemente, en forma ritual, y luego Barney abandonó el despacho, pasó ante el escritorio de su secretaria y salió al pasillo central. Se sentía vacío, relleno de alguna especie de material de desecho, insustancial, como la paja. Nada más.

Mientras esperaba el ascensor apareció corriendo Roni Fugate, sin aliento, con su sereno rostro mudado por la preocupación.

—Barney…, ¿te despidió?

Él asintió con un movimiento de cabeza.

—¡Oh, querido! —exclamó—. ¿Y ahora qué?

—Ahora —repuso Barney— sólo cabe pasarse al otro bando. Para bien o para mal.

—Pero ¿cómo podremos seguir viviendo juntos, trabajando yo aquí para Leo y tú…?

—No tengo ni la más remota idea —confesó Barney.

Llegó el ascensor automático; Barney entró en él.

—Ya nos veremos —dijo, y oprimió el botón.

Las puertas se cerraron, interceptando su visión de Roni. «Nos veremos en eso que los neocristianos llaman el infierno. Probablemente no será antes. A menos que esto sea ya (y tal vez lo sea) el infierno».

Salió del edificio de Equipos PP y permaneció bajo la protección del alero antitérmico, en espera de la aparición de un taxi.

Cuando se detuvo un vehículo y Barney hizo el gesto de dirigirse hacia él, una voz le llamó, apremiante, desde la entrada del edificio.

—Barney, espera —Era Roni.

—Estás loca —le dijo a la joven—. Vuelve adentro. No abandones tu brillante y prometedora carrera junto con lo que resta de la mía.

Roni repuso:

—Estábamos dispuestos a trabajar juntos, ¿recuerdas? A traicionar a Leo, como yo te sugerí. ¿Por qué no podemos seguir cooperando ahora?

—Todo ha cambiado. Por culpa de mi enfermiza mala voluntad o incapacidad, o como quiera que desees llamarlo, de ir a la Luna y ayudar a

Leo en su momento —Tenía ahora un distinto concepto de sí mismo y ya no se veía bajo la misma luz conmiserativa—. Por Dios —prosiguió—, tú no puedes seguir a mi lado. Algún día te encontrarás en dificultades y necesitarás mi ayuda, y yo haré exactamente lo que le hice a Leo: dejaré que te hundas sin mover un dedo.

—Pero tu vida estaba en peligro...

—Siempre lo está —subrayó él— cuando uno hace algo. Ése es el título de la comedia que nos toca representar.

Ello no le disculpaba, al menos ante sus propios ojos. Subió al taxi, dio automáticamente la dirección de su casa y se dejó caer contra el respaldo del asiento al tiempo que el vehículo se elevaba hacia el firmamento en el aire abrasador del mediodía. Allí abajo, protegida por el alero antitérmico, Roni Fugate le veía alejarse, con la mano a modo de visera sobre los ojos. Sin duda esperaba que cambiara de opinión y regresara junto a ella.

Sin embargo, él no lo hizo.

«Se necesita tener cierto coraje», pensó, «para enfrentarte contigo mismo y decirte con toda sinceridad: Estás podrido. Has obrado mal y volverás a hacerlo. No fue un accidente; surgió del verdadero y auténtico yo».

El taxi empezó a descender; él echó mano al bolsillo en busca de la billetera y entonces descubrió, con gran sorpresa, que aquél no era el edificio de su apartamento climatizado; presa del pánico, trató de adivinar dónde se encontraba. Entonces se dio cuenta. Aquél era el aparclim 492. Le había dado al taxi la dirección de Emily.

¡Zas! De vuelta al pasado. Cuando las cosas tenían sentido. «Cuando tenía mi carrera, sabía lo que deseaba del futuro, sabía incluso con toda certeza lo que tenía deseos de abandonar, contra qué luchar, sabía sacrificarme... y por qué. Pero ahora...».

Ahora había sacrificado su carrera con el fin de salvar, según le pareció en el momento, su vida. Así que, lógicamente, en el pasado también sacrificó a Emily para salvar su vida; era muy simple. Nada podía ser más claro. No se trataba de una mira idealista, ni del antiguo y puritano sentido calvinista del deber en aras de la vocación; no era nada más que el instinto que movía e impulsaba a cualquier gusano a arrastrarse.

«¡Dios Santo! Esto es lo que hice: antepuse mis propios intereses, antes a los de Emily y ahora a los de Leo. ¿Qué clase de ser humano soy? Y la próxima vez le tocaría a Roni. Inevitablemente. Por lo menos, fui lo suficientemente honesto para decírselo».

«Tal vez Emily podría ayudarme. Quizás es por eso que estoy aquí. Siempre fue muy sagaz para comprender estas cosas; ella veía a través de los artefactos de autojustificación que yo urdía para oscurecer mi realidad interior. Y eso no hacía más que aumentar mis deseos de deshacerme de ella. Pero... tal vez ahora estoy más preparado para soportarlo».

Unos momentos más tarde se encontraba ante la puerta del apartamento de Emily, tocando el timbre.

«Si ella cree que debo incorporarme al personal de Palmer Eldritch, lo haré», se dijo. «Y si no, entonces no lo haré. Pero... ella y su esposo trabajan para Eldritch, ¿cómo pueden, con honestidad, decirme que no? Así que eso ya está decidido por adelantado. Y quizá ya lo sabía también».

Se abrió la puerta. Vestida con una blusa azul cubierta de manchas de arcilla húmeda y seca, Emily se quedó mirándole con los ojos muy abiertos por la sorpresa.

—Hola —dijo él—. Leo me despidió. —Esperó, pero ella no dijo nada—. ¿Puedo entrar?

—Sí.

Dejó que entrara en el apartamento. En el centro de la sala, el torno de alfarero ocupaba, como siempre, un enorme espacio.

—Estaba trabajando. Es un placer volver a verte, Barney. Si te apetece una taza de café, tendrás que...

—Vine a pedirte consejo —dijo él—. Pero ahora considero que no es necesario.

Ella se acercó a la ventana, dejó el abultado maletín de muestras en el suelo y miró hacia el exterior.

—¿Te importa que siga trabajando? Tuve una excelente idea, o al menos me lo pareció en su momento. —Se frotó la frente, y luego se masajeó los ojos—. Ahora no sé... ¡y me siento tan cansada! Me pregunto si no tendrá algo que ver la Terapia E.

—¿La Terapia Evolutiva? ¿Estás siguiendo ese tratamiento?

Giró prestamente sobre sus talones para escrutar su rostro.

¿Había sufrido algún cambio fisico?

Le pareció —pero ello tal vez se debía a que hacía mucho tiempo que no la había visto— que sus facciones se habían tomado más bastas. «Es la edad», pensó. «Pero...».

—¿Qué resultado da? —inquirió.

—Bueno, sólo tuve una sesión. Pero siento la mente muy espesa, ¿sabes? Parece como si no pudiera pensar correctamente; se me mezclan todas las ideas.

—Creo que te conviene suspender el tratamiento, a pesar de que ahora esté muy en boga; y de que todas las personas importantes se sometan a él.

—Tal vez tengas razón. Pero parecen muy satisfechos. Me refiero a Richard, y al doctor Denkmal. —Agachó la cabeza, en una actitud que le era muy característica—. Ellos deben saber lo que conviene hacer, ¿no te parece?

—Nadie lo sabe; es un campo poco explorado. Suspéndelo. Tú siempre dejas que la gente te domine.

Adoptó un tono imperativo; lo había utilizado con ella infinidad de veces durante los años que vivieron juntos, y por lo general surtía efecto, aunque no siempre.

Y esta vez, según pudo ver, era una de las últimas; sus ojos tenían aquella expresión obstinada que denotaba su negativa a mostrarse naturalmente pasiva.

—Considero que eso debo decidirlo yo —repuso ella con altivez—. Y tengo la intención de continuar.

Encogiéndose de hombros, Barney deambuló por el apartamento. No ejercía dominio alguno sobre ella, ni le importaba. Pero ¿era cierto eso? ¿Realmente no le importaba? Una imagen tomó cuerpo en su mente: Emily sufriendo una regresión... y al mismo tiempo tratando de elaborar sus cacharros, intentando ser creadora. Era divertido... y terrible.

—Oye —dijo él, bruscamente—, si ese tipo de veras te ama...

—Pero ya te lo dije —insistió Emily—. La decisión debo tomarla yo.

Volvió junto al torno; una vasija grande y alta giraba en él, y Barney se acercó para examinarla con atención. Le pareció muy hermosa. Y, sin

Librodot

embargo, le resultaba familiar. ¿No había hecho antes una pieza semejante? No obstante, no dijo nada; se dedicó meramente a observarla.

—Y ¿qué piensas hacer? —preguntó Emily—. ¿Para quién vas a trabajar?

Parecía realmente interesada y ello le hizo recordar que, recientemente, él había impedido que vendiera sus creaciones a Equipos PP. Lógicamente hubiera podido experimentar una intensa animosidad hacia él, pero era muy habitual en ella adoptar una actitud contraria a la esperable. Y no cabía duda de que sabía que había sido él quien había rechazado la oferta de Hnatt.

Contestó:

—Mi futuro tal vez ya está decidido. Recibí una cédula de reclutamiento.

—¡Dios mío! Tú en Marte; no puedo imaginármelo.

—Podré mascar Can-D —dijo él—. Sólo que... —«En vez de tener un equipo Perky Pat», pensó, «quizá pueda tener un equipo Emily. Y pasar el tiempo, en la fantasía, de nuevo contigo, volviendo a la vida que deliberada y estúpidamente eché por la borda. El único período realmente bueno de mi vida, en que era feliz de una manera auténtica. Pero como es natural, yo no me daba cuenta, porque no tenía con qué compararlo... como sí puedo hacerlo ahora»—. ¿Existe alguna posibilidad de que desees acompañarme? —inquirió.

Emily le miró fijamente y él le sostuvo la mirada, ambos confundidos por aquella propuesta.

—Lo digo en serio —le aseguró él.

—¿Cuándo lo decidiste?

—No importa cuándo lo decidí —contestó Barney—. Todo lo que interesa es que así lo siento.

—También importa lo que siento yo —dijo Emily en voz baja; se concentró de nuevo en su trabajo—. Y soy muy feliz casada con Richard. Nos llevamos perfectamente bien.

Tenía una plácida expresión en el rostro; sin duda sus palabras eran sinceras. Él estaba maldito, condenado, destinado a hundirse en el vacío que se había abierto a sí mismo. Y se lo tenía merecido. Eso ambos lo sabían, sin necesidad de que ninguno de los dos lo dijera.

—Supongo que debo marcharme.

Emily tampoco puso reparos ahora. Se limitó a asentir con la cabeza.

—Espero, por lo más santo —dijo él—, que no estés sufriendo una regresión. Personalmente, estoy convencido de que sí. Puedo verlo en tu cara, por ejemplo. Mírate en el espejo.

Dicho esto, se marchó; la puerta se cerró tras de él. Instantáneamente, se arrepintió de sus palabras. Sin embargo, podían ser oportunas... Tal vez la ayudarían, pensó.

«Porque lo percibí. Y yo no lo deseo, como no lo desea nadie. Ni siquiera el asno de marido a quien prefiere más que a mí... por alguna razón que jamás conoceré, salvo tal vez que el matrimonio para él sea como una predestinación. Está condenada a vivir con Richard Hnatt, a no volver a ser nunca más mi esposa; uno no puede invertir el curso del tiempo».

«Se puede cuando se masca la Can-D», pensó. «O ese nuevo producto, la Chew-Z. Todos los colonos lo hacen. No se consigue en la Tierra, pero puede obtenerse en Marte, en Venus o en Ganímedes, en cualquiera de las colonias de frontera».

Cuando todo lo demás fracasaba, aún restaba eso.

Librodot

Y quizá ya había fracasado. Porque... no podría recurrir a Palmer Eldritch. No después de lo que aquel hombre le había hecho —o tratado de hacer— a Leo. Lo comprendió mientras esperaba un taxi. Ante él la calle reverberaba en pleno mediodía, y pensó: «Tal vez tendría que salir ahí afuera. ¿Me encontraría alguien antes de que muriese? Probablemente no. Sería una manera tan conveniente como cualquier otra...».

«Así se esfuma mi última esperanza de empleo. ¡Cómo le divertiría! Sólo para ver qué diablos sucede», decidió, «llamaré a Eldritch, se lo pediré y veré si está dispuesto a darme un empleo».

Encontró una cabina videofónica y puso una conferencia al dominio de Eldritch en la Luna.

—Habla Barney Mayerson —explicó—, el ex Consultor Pre-Moda principal de Leo Bulero —en realidad, había sido el segundo de a bordo en Equipos PP.

El jefe de personal de Eldritch frunció el ceño y dijo:

—¿Y bien? ¿Qué desea usted?

—Me gustaría saber si existe la posibilidad de obtener un puesto en su empresa.

—No contratamos Consultores Pre-Moda. Lo siento.

—¿Quisiera usted preguntárselo al señor Eldritch, por favor?

—El señor Eldritch ya se ha pronunciado al respecto.

Barney colgó. Salió de la cabina videofónica. No estaba realmente sorprendido. «Si me hubieran dicho: «Venga a la Luna para que le entrevistemos», ¿habría ido? Sí, habría ido, pero hubiera dicho no una vez hubiese comprobado sin lugar a dudas que me darían el puesto».

Volvió a la cabina videofónica y se comunicó con la junta de selección para el servicio de las NU.

—Soy el señor Barney Mayerson —les dio el número de su código oficial de identidad—. El otro día recibí la cédula. Desearía abreviar las formalidades e ingresar inmediatamente. Estoy ansioso por emigrar.

—No se pueden pasar por alto el examen físico —le informó el burócrata de las NU— ni el mental. Pero puede presentarse en cualquier momento, ahora mismo si quiere, y someterse a ambos.

—De acuerdo —dijo él—. Lo haré.

—Y puesto que se ofrece voluntariamente, señor Mayerson, puede elegir...

—Me da lo mismo un planeta o satélite que otro —le interrumpió Barney.

Cortó la comunicación, abandonó la cabina, encontró un taxi y dio la dirección de la oficina de selección más cercana a su edificio de apartamentos climatizados.

Mientras el taxi zumbaba sobre el centro de Nueva York, otro vehículo se elevó y se le adelantó raudamente, agitando las aletas laterales.

—Están tratando de conectarse con nosotros —le informó el circuito autonómico de su propio taxi—. ¿Desea usted responder?

—No —respondió Barney—. Acelere.

Y entonces cambió de idea.

—¿Puede preguntar quiénes son?

—Por radio quizá.

El taxi guardó silencio unos instantes y luego declaró:

—Manifiestan tener un mensaje para usted de Palmer Eldritch; éste desea decirle que le aceptará como empleado, y por su parte no debe...

—Repita eso —ordenó Barney.

Librodot

—El señor Palmer Eldritch, a quien ellos representan, le empleará a usted, de acuerdo con lo que usted solicitó recientemente. Aunque tienen una regla general...

—Déjeme hablar con ellos —pidió Barney. Le fue ofrecido un micrófono—. ¿Quién habla? —inquirió. Una desconocida voz masculina respondió:

—Soy Icholtz. De la firma Elaboradores de Chew-Z de Boston. ¿Podemos aterrizar y discutir esta cuestión de su empleo con nuestra empresa?

—Me dirijo a la oficina de reclutamiento. Para presentarme.

—No hay nada escrito, ¿verdad? Usted no ha firmado.

—No.

—Bueno, entonces no es demasiado tarde.

—Pero en Marte podré mascar Can-D.

—¿Por qué demonios quiere hacer semejante cosa?

—Porque entonces podré volver con Emily.

—¿Quién es Emily?

—Mi ex esposa. La mandé al infierno porque quedó embarazada. Ahora me doy cuenta de que fue la única época feliz de mi vida. En verdad, la amo más ahora que nunca; mi amor aumentó en vez de morir.

—Mire —dijo Icholtz—. Nosotros podemos proporcionarle toda la Chew-Z que desee. Es un producto superior y podrá vivir en un eterno «ahora» perfecto e inmutable con su ex esposa. Así que no hay ningún problema.

—Sólo que tal vez no quiera trabajar para Palmer Eldritch.

—Pero... ¡usted lo solicitó!

—Ahora tengo mis dudas —replicó Barney—. Muy serias. Haremos una cosa: no me llame. Yo le llamaré a usted, si no entro en el servicio —Devolvió el micrófono al taxi—. Listo. Gracias.

—Es patriótico entrar en el servicio —comentó el taxi automático.

—Métase en lo que le importa —le espetó Barney.

—Creo que cumple usted con su deber —observó el taxi—, de todos modos.

—¡Ojalá hubiese ido a Sigma 14-B a salvar a Leo! —exclamó él—. ¿O estaba en la Luna? Dondequiera que fuese; ahora ni siquiera puedo recordarlo. Todo parece como un sueño desfigurado. Sea como fuere, si lo hubiese hecho, aún trabajaría para él y todo estaría en orden.

—Todos cometemos errores —observó el taxi, religiosamente.

—Pero algunos —arguyó Barney— cometemos errores fatales.

«Primero con las personas amadas, nuestra esposa y nuestros hijos, y luego con respecto a nuestro jefe», se dijo para sus adentros, mientras el taxi seguía zumbando. «Y después, el error definitivo. Resumiéndolo todo, en relación con nuestra vida entera. Sea que se trate de aceptar un empleo de parte de Palmer Eldritch o de ingresar en el servicio. Y sea cual fuese la decisión, podemos estar seguros de esto: la elección no fue la más acertada».

Una hora más tarde, había pasado el examen físico sin inconvenientes y, por consiguiente, le era presentada la prueba mental por alguien que en nada difería del doctor Smile.

Ésta también la pasó.

Aturdido, tomó el juramento («Juro considerar a la Tierra como madre y jefa», etc.) y luego, con un pliego de información del estilo de las felicitaciones de Pascua, fue enviado de vuelta a su apartamento para que hiciese el equipaje. Disponía de veinticuatro horas antes de que su nave partiera para dondequiera que le mandasen. Ese dato aún no se lo habían

suministrado. La notificación del destino, conjeturó, probablemente empezaría: «Mene, mene, tekel». Al menos así debería ser, considerando lo limitado de la elección posible.

«Ya estoy adentro», se dijo, experimentando las reacciones más encontradas: contento, alivio, terror y por último, la melancolía que suele acompañar a la abrumadora sensación de la derrota. Mientras se dirigía a su apartamento en taxi, pensó: «De cualquiera manera esto descarta la posibilidad de ponerme bajo el sol en pleno mediodía para convertirme, según dicen, en un perro rabioso».

¿O no lo descarta?

De todos modos, esto era más lento. Se tardaba más tiempo en morir de esta manera, posiblemente unos cincuenta años, y eso le gustaba más. Pero por qué motivo, él no lo sabía.

«Sin embargo», reflexionó, «siempre me queda la posibilidad de acelerar el proceso. En la colonia habrá sin duda tantas oportunidades para morir como pueda haber aquí; tal vez más».

Mientras ponía sus pertenencias en la maleta, refugiado por última vez en su apartamento climatizado, tan querido y ganado con tanto esfuerzo, sonó el videófono.

—Señor Bayerson...

Era una joven, alguna funcionaria de poca categoría de algún subdepartamento del aparato colonizador de las NU. Estaba sonriendo.

—Mayerson.

—Sí. El motivo de mi llamada es comunicarle su destino, y (¡es usted afortunado, señor Mayerson!) le correspondió la zona fértil de Marte conocida como Fineburg Crescent. Estoy segura de que le gustará. Bueno, adiós, señor, y buena suerte.

La joven seguía sonriendo, incluso hasta después de que él hubo apagado la imagen. Era la sonrisa de alguien que no tenía que ir a Marte.

—Lo mismo te deseo —dijo él.

Fineburg Crescent. Había oído hablar de aquel sitio; en verdad, era relativamente fértil. Los colonos tenían sus propios huertos. No era como en algunas zonas, desiertos de cristales de metano congelados, barrido por incesantes y violentos tornados de gas un año tras otro. Aunque le pareciera mentira, podría subir a la superficie de cuando en cuando y salir de su refugio.

En un rincón de la sala reposaba el maletín que contenía al doctor Smile; lo conectó y dijo:

—Doctor, le costará creerlo, pero ya no necesito sus servicios. «Adiós y buena suerte», como dijo esa joven que no tiene que ir. Me presenté voluntario —agregó, a modo de explicación.

—¡Cdrixxxx! —carraspeó el doctor Smile, al fallar algún engranaje en el subsuelo del edificio—. Pero para una persona de sus características... eso es virtualmente imposible. ¿Puede decirme cuál fue el motivo, señor Mayerson?

—El deseo de muerte —repuso él, y desconectó al psiquiatra; siguió haciendo la maleta en silencio.

«¡Dios mío!», pensó. «Pensar que hace un rato Roni y yo teníamos grandes planes: íbamos a traicionar a Leo con gran estilo, para pasarnos al bando de Eldritch con enorme revuelo. ¿Qué pasó con todo eso?»

Librodot

«Yo te diré lo que sucedió», se dijo a sí mismo: «Leo actuó primero. Y ahora Roni tiene mi puesto. Exactamente lo que ella deseaba».

Cuanto más pensaba en ello, más se enfurecía, al tiempo que aumentaba su estupefacción. Pero no había nada que pudiese hacer al respecto, al menos en este mundo. Tal vez cuando mascara Can-D o Chew-Z podría habitar un universo donde...

Llamaron a la puerta.

—Hola —le saludó Leo—. ¿Puedo pasar? —entró en el apartamento, enjugándose la enorme frente con un pañuelo doblado—. ¡Qué día caluroso! En el homeodiario vi que llegamos a seis décimas de...

—Si vino a proponerme que vuelva a mi puesto —le atajó Barney, interrumpiendo su tarea—, es demasiado tarde. Parto mañana para Fineburg Crescent.

Sería una ironía que Leo deseara hacer las paces; la última vuelta de los ciegos engranajes de la creación.

—No vengo a ofrecerte que regreses. Y ya estoy enterado de que fuiste aceptado; tengo informadores en el servicio de selección y, además, el doctor Smile me lo notificó. Le pagaba —tú eso no lo sabías, por supuesto— para que me informara de tus progresos a medida que menguaba tu resistencia bajo la tensión.

—¿Qué desea, entonces?

Leo respondió:

—Quiero que aceptes un trabajo a las órdenes de Félix Blau. Está todo arreglado.

—El resto de mi vida —anunció Barney tranquilamente— transcurrirá en Fineburg Crescent. ¿No lo comprende?

—Tranquilízate. Estoy tratando de sacar el mejor partido de una mala situación, y te conviene hacer lo mismo. Ambos hemos actuado demasiado precipitadamente; yo al despedirte, y tú al ponerte en manos de Drácula bajo la forma de la oficina de selección. Barney, creo conocer la forma de tender una trampa a Palmer Eldritch. Lo he comentado con Blau, y a él le gusta la idea, debes hacerte pasar por colono... —Leo se corrigió a sí mismo—. O, mejor dicho: debes seguir adelante, llevar la vida normal de cualquier colono, integrarte al grupo. Ahora bien, uno de estos días, probablemente la próxima semana, Eldritch va a empezar a distribuir Chew-Z en tu zona. Es probable que te la ofrezcan a ti; al menos, eso esperamos. Contamos con ello.

Barney se puso en pie.

—Y yo debo picar el anzuelo y comprar.

—Exacto.

—¿Por qué?

—Presentarás una denuncia ante las NU. Nuestros muchachos del estudio jurídico te la redactarán. En ella declararás que esa maldita, terrible y condenada porquería te produjo efectos colaterales altamente tóxicos; no te preocupes por ello ahora. Te presentaremos como un caso de prueba, instaremos a las NU a prohibir la Chew-Z por ser dañina, peligrosa... La haremos desaparecer completamente de la Tierra. En verdad, es ideal que hayas dejado tu puesto en Equipos PP y entrado en el servicio; no podría haber sucedido en mejor momento.

Barney meneó la cabeza.

—¿Qué significa eso? —inquirió Leo.

—Que no cuente conmigo.

—¿Por qué?

Barney se encogió de hombros. De hecho, no lo sabía.

—Después que le dejé en la estacada...

—Te asustaste. No sabías qué hacer; era algo que no entraba en la esfera de tus tareas. Yo debería haberle pedido a Smile que se pusiera en contacto con el jefe de nuestra compañía de policía, John Seltzer. De acuerdo, cometiste un error. Olvidémoslo.

—No —dijo Barney. «Porque lo que descubrí acerca de mí mismo no puedo olvidarlo. Esos atisbos sólo pueden dirigirse a un sitio: directamente a tu corazón. Y están cargados de veneno», pensó para sus adentros.

—No te atormentes, por el amor de Dios. Te aseguro que eso es morboso; aún tienes toda una vida por delante, aunque sea en Fineburg Crescent. Además, lo más probable es que te hubieran movilizado de todos modos. ¿No es cierto? ¿No lo crees así? —agitado, Leo empezó a caminar por la sala—. ¡Qué lío! Muy bien, no nos ayudes; deja que Eldritch y esos proximanos lleven a cabo sus proyectos; que se apoderen del Sistema Solar o del universo entero, empezando con nosotros —se detuvo y fijó su vista en Barney.

—Déjame... pensarlo.

—Espera a tomar la Chew-Z; entonces sabrás lo que es bueno. Nos contaminará a todos, partiendo del interior y abriéndose paso hacia la superficie. Es el desbarajuste total. —Resoplando por la angustia, Leo comenzó a toser violentamente—. Demasiados cigarros —dijo, con voz débil—. ¡Diablos! —miró a Barney—. Ese tipo me dio un día de tiempo, ¿lo sabías? Debo capitular, o si no... —hizo chasquear los dedos.

—No puedo llegar a Marte en tan corto plazo —arguyó Barney—. Sin contar que debo adquirir una porción de Chew-Z a algún traficante.

—Eso ya lo sé —La voz de Leo restalló—. Pero no puede destruirme tan rápidamente; le llevará semanas, quizá meses. Y entonces ya tendremos a alguien ante los tribunales que podrá demostrar los daños sufridos. Reconozco que eso debe parecerte poco sólido, pero...

Barney dijo:

—Póngase en contacto conmigo cuando esté en Marte. En mi refugio.

—¡Lo haré! ¡Lo haré! —exclamó. Y luego, como hablando consigo mismo, añadió—: Y te daré una buena razón.

—¿Cómo dice?

—Nada, Barney.

—Explíquese.

Leo se encogió de hombros.

—Demonios, sé en qué rompecabezas estás metido. Roni ha conseguido tu puesto; tenías razón. Y te hice seguir los pasos; sé que te dirigiste sin perder tiempo a ver a tu ex esposa. Aún la amas y ella no quiso saber nada de ti, ¿verdad? Te conozco mejor que tú mismo. Sé exactamente por qué no viniste a rescatarme cuando estaba en poder de Palmer: toda tu vida no ha tenido otro propósito que conseguir reemplazarme a mí..., y ahora esa posibilidad se ha esfumado, y tienes que empezar de nuevo. Es una lástima, pero tú te lo buscaste, por querer abarcar demasiado. Como puedes ver, yo no pienso retirarme; jamás lo hice. Eres eficiente, pero no como ejecutivo, sino sólo como un muchacho del Departamento Pre-Moda; eres demasiado mediocre.

Librodot

Fíjate cómo rechazaste aquellas cerámicas de Richard Hnatt. Eso fue un error fatal, Barney. Lo siento.

—Está bien —dijo Barney al fin—. Posiblemente tenga usted razón.

—Bueno, has aprendido a conocerte mejor. Y puedes comenzar de nuevo, en Fineburg Crescent —Leo le dio una palmada en la espalda—. Sé un jefe en tu refugio; conviértelo en algo productivo y creativo o en lo que sea que tenga que ser. Y serás un espía a las órdenes de Félix Blau; ésa es tu gran oportunidad.

—Pude haberme ido a trabajar para Eldritch —dijo Barney.

—Sí, pero no lo hiciste. ¿A quién le importa ahora lo que podrías haber hecho?

—¿Cree usted que estuve acertado al presentarme voluntariamente para el servicio?

Con voz pausada, Leo contestó:

—Amigo mío, ¿qué otra endemoniada cosa podías hacer?

Aquella pregunta no tenía respuesta. Y ambos lo sabían.

—Cuando te sientas impelido a compadecerte de ti mismo —dijo Leo—, recuerda esto: Palmer Eldritch quiere matarme... Mi situación es mucho peor que la tuya.

—Supongo que así es.

Le parecía que era cierto, y tenía un presentimiento que lo refrendaba: su situación sería similar a la de Leo en cuanto iniciara el litigio contra Palmer Eldritch.

No quiso ver lo que le deparaba el futuro.

Esa noche se encontró en un transporte de las NU cuyo destino era el planeta Marte. En el asiento contiguo viajaba una joven morena, muy bonita, que parecía asustada, pero desesperadamente serena. Sus facciones eran tan bien definidas como las de una modelo publicitaria. Se llamaba Anne Hawthorne, según le comentó tan pronto como la nave alcanzó la velocidad de escape —estaba evidentemente ansiosa de aflojar la tensión que experimentaba conversando con cualquiera, sobre cualquier tema—. Hubiese podido eludir el reclutamiento, manifestó un tanto pensativamente, pero no lo había hecho; consideraba que cumplía con su deber patriótico al aceptar la fría intimación de las NU.

—¿Cómo hubiera podido eludirlo? —preguntó Barney, con curiosidad.

—Debido a un soplo cardíaco —repuso Anne— y arritmia, taquicardia producida por una conmoción.

—¿Y con respecto a las contracciones prematuras, auricular, nodal y ventricular; la taquicardia auricular, la vibración auricular y la fibrilación auricular, para no mencionar los calambres nocturnos? —inquirió Barney, que había considerado la posibilidad, sin resultado.

—Yo hubiera podido presentar certificados de los hospitales, de los médicos y de la compañía de seguros como testimonio.

Le miró de arriba abajo y luego, muy interesada, dijo:

—Al parecer podría usted haberse salvado, señor Payerson.

—Mayerson. Me presenté voluntario, señorita Hawthorne. «Pero no hubiera podido salvarme, por lo menos no por mucho tiempo», se dijo para sus adentros.

—Son muy religiosos en las colonias. Al menos, eso oí decir. ¿Qué es usted, señor Mayerson?

—¿Hum? —murmuró él, sorprendido.

—Creo que será mejor que lo defina antes de que lleguemos allí. Se lo preguntarán y esperarán que asista a los servicios. Fundamentalmente es por el uso de esa droga, ya sabe: la Can-D. Ha provocado muchísimas conversiones a las iglesias establecidas... aunque muchos de los colonos encuentran en la droga misma una experiencia religiosa que les satisface. Yo tengo parientes en Marte que me escriben, y por eso lo sé. Voy destinada a Fineburg Crescent. ¿Y usted?

«Al infierno», pensó.

—Al mismo sitio —contestó en voz alta.

—Posiblemente usted y yo nos alojaremos en el mismo refugio —dijo Anne Hawthorne, con una expresión pensativa en su bien modelado rostro—. Pertenezco a la Rama Reformada de la Iglesia Neoamericana, la Nueva Iglesia Cristiana de Estados Unidos y Canadá. En realidad, nuestras raíces son muy antiguas: en el año trescientos de la era cristiana nuestros antepasados tuvieron obispos que asistieron a la conferencia que se efectuó en Francia; no nos separamos de las otras Iglesias en una fecha tan tardía como todo el mundo cree. Por eso, como ve, tenemos Sucesión Apostólica.

Le sonrió de una manera solemne, afable.

—Le creo —dijo Barney—. Se lo juro. Sea lo que fuere lo que ello signifique.

—Hay una misión de la Iglesia Neoamericana en Fineburg Crescent y, por consiguiente, un vicario, un sacerdote; espero poder tomar la Sagrada Comunión al menos una vez por mes. Y confesarme dos veces al año, como tenemos la obligación de hacer y como hacía en la Tierra. Nuestra iglesia tiene muchos sacramentos... ¿Ha tomado usted alguno de los dos más grandes sacramentos, señor Mayerson?

—Hem... —musitó, vacilando.

—Cristo especificó que debemos observar dos sacramentos —le explicó Anne, pacientemente—. El bautismo... con agua... y la Sagrada Comunión. Ésta en memoria de Él... se estableció en la Ultima Cena.

—¡Oh! Usted se refiere al pan y al vino.

—Usted sabe que la ingestión de Can-D transporta, como dicen, al participante a otro mundo. Es secular, sin embargo, en el sentido de que se trata de algo temporal y sólo de un mundo físico. El pan y el vino...

—Lo siento, señorita Hawthorne —la interrumpió Barney—, pero me temo que no puedo creer en esas patrañas del cuerpo y la sangre. Es algo demasiado místico para mí.

«Se basa demasiado en premisas improbables», se dijo a sí mismo. Pero la joven tenía razón; debido a la Can-D, la religión sacramental era muy común en las colonias de los planetas y satélites, y él tendría que enfrentarse con ese hecho, como Anne decía.

—¿Piensa usted probar la Can-D? —inquirió Anne.

—Claro.

—Usted tiene fe en eso —dijo Anne—, y, sin embargo, sabe que la Tierra a la cual le transporta no es la verdadera.

—No tengo deseos de discutirlo —repuso él—. Se experimenta como verdadera, eso es todo cuanto sé.

—Lo mismo ocurre con los sueños.

—Pero esto es algo más intenso —observó Barney—, más claro. Y se hace en... —iba a decir en comunión— en compañía de otros que realmente se

transportan. Por lo tanto no puede ser enteramente una ilusión. Los sueños son algo privado; ése es el motivo por el cual los identificamos como una ilusión. Pero Perky Pat...

—Sería interesante saber qué piensa de todo esto la gente que fabrica los equipos Perky Pat —dijo Anne, reflexivamente.

—Yo se lo diré. Para ellos es tan sólo un negocio. Como probablemente lo es la elaboración del vino y las hostias sacramentales para quienes...

—Si piensa probar la Can-D —dijo Anne— y poner su fe para una nueva vida en ella, ¿puedo inducirle a probar el bautismo y la confirmación dentro de la Iglesia Cristiana Neoamericana? Así podría comprobar si su fe merece ser puesta en esto también. O bien dentro de la Primera Iglesia Cristiana Revisada de Europa, que también observa, por supuesto, los dos más grandes sacramentos. Una vez se ha participado de la Sagrada Comunión...

—No puedo —dijo él.

«Yo creo en la Can-D», se dijo, «y si es necesario, en la Chew-Z. No se puede tener fe en algo que tiene más de veintiún siglos; yo me quedo con lo nuevo. Y eso es todo».

—Para ser franca con usted, señor Mayerson —dijo Anne—, le diré que tengo la intención de tratar de convertir a tantos colonos como pueda, alejándolos de la Can-D para que se acerquen a las prácticas cristianas tradicionales; ésa es la razón principal por la cual renuncié a presentar las pruebas que me hubieran eximido de entrar en el servicio. —Le sonrió con una adorable sonrisa que, aun contra su voluntad, le llenó de alegría—. ¿Hay algo de malo en ello? Le hablaré francamente: creo que el uso de la Can-D indica un genuino anhelo por parte de esas personas de retornar a lo que nosotros, en la Iglesia Neoamericana...

—Yo creo que debería dejar a esa gente tranquila —la interrumpió Barney, afablemente.

«Y a mí también», pensó. «Ya tengo bastantes problemas, para que ahora vengas tú con tu fanatismo religioso y empeores las cosas». Pero tenía que reconocer que ella no se ajustaba a la idea que se había formado de lo que era un fanático religioso, y no hablaba como tal. Estaba confundido. ¿De dónde procedían sus fuertes y firmes convicciones? Podía imaginar que existiesen en las colonias, donde la necesidad era tan acuciante, pero ella las había adquirido en la Tierra.

Por consiguiente, la existencia de la Can-D, la experiencia de la traslación de grupo, no lo explicaba plenamente. Quizá, pensó, había sido la transición por etapas graduales desde la Tierra hasta el yermo desierto infernal que todos podían prever —¡al diablo la experiencia!— lo que lo había provocado; la esperanza de otra vida, en términos distintos, se había reavivado.

«Yo mismo, o el individuo que era, Barney Mayerson, que trabajaba para Equipos PP y vivía en el renombrado edificio de apartamentos climatizados con el inverosímil número bajo 33, está muerto. Esa persona acabó, como si hubiese sido borrada con una esponja sobre el encerado. Me guste o no me guste, he vuelto a nacer».

—Ser un colono en Marte —dijo— no será como vivir en la Tierra. Tal vez cuando llegue allá...

Enmudeció; iba a decir: «Quizá tendré más interés en su dogmática Iglesia». Pero, a fuer de honesto, no podía decir una cosa semejante, ni siquiera como una conjetura; se rebelaba ante una idea que todavía era ajena a su esquema. Y, sin embargo...

—Adelante —le conminó Anne Hawthorne—. Concluya la frase.

—Vuelva a hablar conmigo —dijo Barney— cuando yo haya vivido durante un tiempo en el fondo de un refugio, en un mundo extraño. Cuando haya empezado mi nueva vida como colono, si es que puede llamársele vida.

Hablaba con un tono amargo; a él mismo le sorprendió la fiereza... que estaba al borde de convertirse en angustia, según notó, con vergüenza.

Plácidamente, Anne le dijo:

—Muy bien. Lo haré con sumo gusto.

Después de estas palabras, ambos permanecieron en silencio. Barney leía un homediario y, junto a él, Anne Hawthorne, la fanática joven que se proponía hacer de misionera en Marte, estaba sumida en la lectura de un libro. Le echó una ojeada al título del libro, y vio que se trataba de la extraordinaria obra de Eric Lederman sobre la vida colonial, Peregrino Sin Progreso. Sabe Dios de dónde había obtenido aquel ejemplar; las NU lo habían prohibido, y era increíblemente difícil de conseguir. Y leer aquel libro allí, en una nave de las NU, era un acto de valentía; Barney estaba impresionado.

Contemplando a la joven se dio cuenta de que resultaba soberbiamente atractiva, salvo que quizá era demasiado delgada; no llevaba maquillaje y la mayor parte de su espesa cabellera negra estaba cubierta por una especie de cofia blanca, parecida a un velo. A Barney le pareció que estaba vestida para un largo viaje que terminaría en la iglesia. De cualquier manera, le gustaba su manera de hablar, su voz modulada, compasiva. ¿Volvería a encontrarse con ella en Marte?

Se dio cuenta de que lo estaba deseando. De hecho –¿acaso era algo impropio?–, incluso esperaba encontrarse participando con ella en el acto social de tomar Can-D.

«Sí, es impropio porque sé lo que pretendo: lo que la experiencia de la traslación con ella significaría para mí». De todos modos, acarició aquella esperanza.

8

Extendiendo la mano, Norm Schein dijo cordialmente:

—¿Qué tal, Mayerson? Soy el maestro de ceremonias oficial de nuestro refugio. Bienvenido a Marte.

—Yo soy Fran Schein —se presentó su esposa, estrechando también la mano de Barney Mayerson—. Tenemos un refugio muy bien arreglado y fuertemente construido aquí; no creo que lo encuentre demasiado horrible. —Y añadió, medio para sus adentros—: Sólo lo suficientemente horrible.

Sonrió, pero Mayerson no le devolvió la sonrisa; parecía malhumorado, fatigado y deprimido, al igual que la mayoría de los nuevos colonos a su arribo a una vida que sabían difícil y esencialmente carente de sentido.

—No espere que le hagamos el panegírico de las virtudes de todo esto —siguió diciendo la mujer—. Esa tarea corresponde a las NU. Nosotros no somos nada más que víctimas como usted, con la diferencia de que ya llevamos una temporada viviendo aquí.

—No le presentes un cuadro tan sombrío —le advirtió Norm.

Librodot

—Pero lo es —insistió Fran—. El señor Mayerson sabe afrontar la verdad; no creo que estuviese dispuesto a creerse una historia de color de rosa. ¿No es cierto, señor Mayerson?

—En este aspecto, preferiría un poco de embaucamiento —manifestó Barney al tiempo que se sentaba en un banco metálico dentro de la entrada del refugio.

El barredor de arena que le había traído descargaba su equipaje; él lo observaba con estolidez.

—Lo siento —dijo Fran.

—¿Se puede fumar?

Barney extrajo una cajetilla de cigarrillos terrícolas; los Schein se quedaron mirándolos fijamente, y él entonces los ofreció, con un sentimiento de culpa.

—Llegó usted en un momento crucial —explicó Norm Schein—. Estamos sumidos en un debate. —Dirigió una mirada a los demás—. Puesto que ahora es un miembro más de nuestro refugio, no veo por qué no debería participar en él; después de todo, también le concierne a usted.

Tod Morris arguyó:

—Tal vez el señor Mayerson..., ya sabéis, se irá de la lengua.

—Podemos hacerle jurar que guardará el secreto —sugirió Sam Regan, y su esposa Mary asintió con un movimiento de cabeza—. Nuestra discusión, señor Geyerson...

—Mayerson —le corrigió Barney.

—...se relaciona con la droga Can-D, que es el antiguo y confiable agente traslativo del que dependemos, en contraposición con una droga más nueva aún no probada, la Chew-Z. Estamos debatiendo si debemos descartar la Can-D de una vez por todas y...

—Espera hasta que estemos abajo —le advirtió Norm Schein, frunciendo el ceño.

Tomando asiento en el banco junto a Barney Mayerson, Tod Morris le dijo:

—La Can-D está kaput; es demasiado difícil de conseguir, cuesta demasiadas pieles y, personalmente, estoy harto de Perky Pat... Es demasiado artificial, demasiado superficial y materialísticamente..., perdón, ésa es la palabra que utilizamos aquí para... —le resultaba difícil explicarlo—. Bueno, se refiere a los apartamentos, los automóviles, la ropa elegante, los baños de sol en la playa... Hemos gozado de ello durante un tiempo, pero, desde un punto de vista no materialístico, no es suficiente. ¿Lo comprende usted, Mayerson?

Norm Schein argumentó:

—Bueno, pero Mayerson no ha experimentado lo que nosotros; él no está hastiado. Quizá le gustaría pasar por todo.

—Como a nosotros —concedió Frank—. De cualquier manera, aún no hemos votado; no hemos decidido qué producto compraremos y usaremos de ahora en adelante. Creo que deberíamos dejar que el señor Mayerson probase los dos. ¿O acaso ya probó la Can-D, señor Mayerson?

—Sí, la probé —repuso Barney—. Pero hace mucho tiempo. Demasiado para recordarlo claramente.

Leo se la había proporcionado una vez, ofreciéndole más, grandes cantidades, toda la que quisiera. Pero él la había rehusado; no le satisfizo.

Norm Schein dijo:

Librodot

—Me temo que el recibimiento que le hemos hecho en nuestro refugio ha sido más bien desafortunado, enredándole en una controversia como ésta. Pero se nos terminó la provisión de Can-D; tenemos que reaprovisionarnos o cambiar; éste es el momento crítico. Como es natural, la proveedora de Can-D, Impy White, no cesa de importunarnos para que volvamos a comprarle a ella... A última hora de la noche, habremos tomado una decisión. Y nos afectará a todos... quizá por el resto de nuestra vida.

—Así que alégrese de no haber llegado mañana —le dijo Fran—, cuando ya habríamos votado.

Le sonrió como para animarle, tratando de hacerle sentir que era bienvenido; tenían poco que ofrecerle salvo sus mutuos lazos afectivos, el hecho de estar relacionados unos con otros, y ahora eso se hacía extensivo a él.

«¡Qué lugar!», estaba pensando Barney Mayerson. «El resto de mi vida...». Parecía imposible, pero lo que ellos decían era cierto. La Ley del Servicio Selectivo de las NU no consideraba la posibilidad de ser dado de baja. Y aquel hecho no era fácil de arrostrar; estas personas ahora constituían el cuerpo social para él, y, no obstante... ¡cuánto peor hubiera podido ser! Dos de las mujeres parecían físicamente atractivas y podía afirmar —o le parecía— que se mostraban interesadas; presentía la sutil interacción de las múltiples complicaciones de las relaciones interpersonales en los limitados confines de un solo refugio. Pero...

—La única salida —le dijo Mary Regan en voz baja, sentándose en el banco, en el lado opuesto al que ocupaba Tod Morris— es mediante una u otra de las drogas traslativas, señor Mayerson. De otro modo, como puede ver... —le puso una mano sobre el hombro; ya se establecía el contacto físico— sería imposible. Nos dedicaríamos, simplemente, a matarnos unos a otros en nuestro dolor.

—Sí —dijo él—. Comprendo.

Eso no era nuevo para él. No lo descubrió al llegar a Marte; oyó hablar de la vida en las colonias desde una edad muy temprana, al igual que los demás terrícolas: de la batalla contra la seducción de poner fin a todo en una lucha sanguinaria, en un momento de debilidad.

No era raro que uno se debatiera ferozmente antes de ingresar, como había sido su caso en un principio. Se trataba de una lucha por la supervivencia.

—Esta noche —le dijo Mary Regan— deberemos procurarnos una u otra droga; Impy se detendrá aquí alrededor de las siete de la tarde, hora de Fineburg Crescent; para entonces tendremos que haber tomado una decisión.

—Yo creo que podríamos votar ahora —sugirió Norm Schein—. Adivino que el señor Mayerson, a pesar de haber llegado recientemente, está preparado para ello. ¿No es así, Mayerson?

—Sí —respondió Barney.

La excavadora de arena ya había concluido su autonómica tarea; sus pertenencias se apilaban en un pequeño montón, y la arena suelta empezaba a acumularse; si no las llevaban abajo en seguida, no tardarían en quedar sepultadas bajo el polvo. «¡Al diablo!», pensó. «Tal vez sería lo mejor. Los lazos con el pasado...».

Los demás habitantes del refugio se unieron para ayudarle, pasando las maletas de uno a otro hasta la cinta transportadora que las trasladaría bajo

Librodot

la superficie. Si él no tenía interés en conservar sus antiguas pertenencias, ellos sí; poseían más experiencia.

—Uno aprende a arreglárselas para vivir de un día a otro —le dijo Sam Regan, compasivamente—. Nunca se hacen planes a largo plazo. Sólo hasta la hora de almorzar o la hora de acostarse; en intervalos muy definidos, en tareas y placeres. Evasiones.

Lanzando su colilla al suelo, Barney alcanzó la más pesada de sus maletas.

—Gracias —Era un profundo consejo.

—Discúlpeme —dijo Sam Regan con comedida dignidad, y se agachó para recoger el resto de cigarrillo que él había desechado.

Sentados en la única cámara del refugio que reunía las condiciones para alojarlos a todos, los miembros de la comunidad, incluyendo al recién llegado Barney Mayerson, se prepararon a votar con toda solemnidad. Hora: las seis, horario de Fineburg Crescent. La cena, compartida como de costumbre, había concluido; los platos, recién enjabonados y enjuagados, reposaban en la máquina. Según le parecía a Barney, nadie tenía nada que hacer ahora; el peso del tiempo vacío se abatía sobre todos ellos.

Escrutando los votos recogidos, Norm Schein anunció:

—Cuatro para la Chew-Z. Tres para la Can-D. Ese es el resultado, pues. Muy bien, ¿quién quiere asumir la responsabilidad de comunicarle a Impy White la mala nueva? —miró interrogativamente un rostro tras otro—. Se pondrá hecha una furia. Será mejor que estemos preparados.

—Yo se lo diré —dijo Barney.

Estupefactas, las tres parejas que constituían el grupo que habitaba el refugio, además de él mismo, se quedaron mirándole fijamente.

—Pero usted ni siquiera la conoce —objetó Fran Schein.

—Le diré que es mía la culpa —replicó Barney—. Que yo hice inclinar la balanza en favor de la Chew-Z.

Sabía que nadie se opondría, ya que se trataba de una misión ingrata. Media hora más tarde, Barney esperaba solo en la silente oscuridad de la boca de entrada al refugio, fumando y escuchando los extraños sonidos de la noche marciana.

Un objeto plateado surcó el firmamento en la lejanía, pasando entre su punto de vista y las estrellas. Instantes más tarde, oyó el ruido de los motores de retropropulsión. El encuentro era inminente; esperó con los brazos cruzados, más o menos relajado, repasando lo que pretendía decirle.

De pronto apareció ante su vista una figura femenina algo rechoncha, vestida con un grueso traje de una pieza.

—¿Schein? ¿Morris? Bueno, ¿Regan, entonces? —escrutó su rostro, con la ayuda de una linterna de rayos infrarrojos—. A usted no le conozco. —Alarmada, la mujer se detuvo—. Tengo una pistola láser —El arma apareció instantáneamente y le apuntó—. Hable.

Barney le dijo:

—Alejémonos de aquí, hasta donde no puedan oírnos.

Con extremo cuidado, Impatience White le acompañó, sin dejar de apuntarle amenazadoramente con la pistola láser. Recibió de sus manos su identificación, que leyó por medio de la linterna.

—Trabajaba usted para Bulero —dijo, mirándole atentamente—. ¿Y qué?

—Que los colonos de Viruelas Locas optamos por la Chew-Z.

—¿Por qué?

—Acéptelo como un hecho consumado y deje de traficar por aquí. Puede comprobarlo con Leo en Equipos PP; o por conducto de Corner Freeman en Venus.

—Lo haré —aseguró Impatience—. La Chew-Z es basura; crea hábito, es tóxica y, lo que es peor, conduce a sueños escapistas, letales, no de la Tierra sino de... —hizo un gesto con la pistola—. Fantasías grotescas, barrocas, de un carácter infantil, completamente descabellado. Explíqueme a qué se debe esta decisión.

Él no dijo nada; se limitó a encogerse de hombros. Resultaba interesante, sin embargo, la devoción ideológica por parte de la mujer; la encontraba divertida. De hecho, reflexionó, su fanatismo presentaba un agudo contraste con la actitud que había demostrado la joven misionera a bordo de la nave en su vuelo de la Tierra a Marte. Evidentemente aquel asunto no tenía ni pies ni cabeza; nunca se había dado cuenta de ello antes.

—Le veré mañana por la noche a esta misma hora —resolvió Impatience White—. Si dijo la verdad, perfecto. Pero si no...

—Si no, ¿qué? —inquirió él lentamente, con toda deliberación—. ¿Puede acaso obligarnos a consumir su producto? Después de todo, es ilegal; podríamos pedir la protección de las NU.

—Usted es nuevo aquí —su desdén era enorme—. Las NU están perfectamente al tanto del tráfico de Can-D en esta región; les pago regularmente un estipendio para evitar interferencias. En cuanto a la Chew-Z... —hizo un nuevo gesto con el arma—. Si las NU están dispuestas a protegerles, y ellos son los futuros proveedores...

—...Entonces usted trabajará para ellos —concluyó Barney por ella.

Ella no respondió; en vez de ello, dio la vuelta y se alejó.

Su forma achaparrada se desvaneció casi en seguida en la noche marciana; él permaneció donde estaba y luego desanduvo el camino hasta el refugio, orientándose por el imponente volumen opaco de una enorme máquina agrícola semejante a un tractor, aparentemente arrumbada, estacionada allí cerca.

—¿Y bien? —preguntó Norm Schein, para su sorpresa, saliéndole al encuentro en la entrada—. Subí a ver cuántos agujeros le había abierto en el cráneo con su láser.

—Se lo tomó filosóficamente.

—¿Impy White? —Norm lanzó una aguda carcajada—. Se trata de un negocio de un millón de pieles... ¡Filosóficamente, un cuerno! ¿Qué sucedió realmente?

Barney repuso:

—Volverá después de recibir instrucciones de abajo.

Empezó a descender por la rampa.

—Sí, eso tiene más sentido; ella es una pieza insignificante. Leo Bulero, en la Tierra...

—Lo sé —No encontraba motivo alguno para ocultar su anterior actividad; en definitiva era del dominio público; tarde o temprano, los ocupantes del cubil se enterarían de ello—. Fui Consultor Pre-Moda de Leo para Nueva York.

—¿Y votó usted para pasarnos a la Chew-Z? —exclamó Norm, incrédulo—. Cayó en desgracia con Bulero, ¿no es cierto?

—Algún día se lo contaré.

Llegó al final de la rampa y entró en el aposento comunal donde le estaban esperando los demás.

Con alivio, Fran Schein exclamó:

—¡Menos mal que no le fulminó con esa pequeña pistola que lleva consigo! Debe de haberla hipnotizado.

—¿Nos libramos de ella? —preguntó Tod Morris.

—Eso lo sabré mañana por la noche —repuso Barney.

Mary Regan le dijo:

—Opinamos que es usted muy valiente. Su aporte a este refugio será muy positivo, señor Mayerson. Barney, quiero decir. Para usar una metáfora: una buena inyección para nuestra moral.

—¡Uy, uy! —exclamó Helen Morris con acento—. ¿No nos estamos volviendo un poco desgalichados en nuestro excitado intento por impresionar al nuevo ciudadano?

Ruborizándose, Mary Regan replicó:

—Yo no trataba de impresionarle.

—Le adulabas, pues —terció Fran Schein con voz suave.

—También tú —dijo Mary con ira—. Fuiste la primera en lisonjearle en cuanto descendió de esa rampa... o eso es lo que deseabas hacer, y lo habrías hecho si no hubiésemos estado todos aquí. Sobre todo si no hubiese estado tu marido.

Para cambiar de tema, Norm Schein comentó:

—¡Qué lástima que no podamos trasladarnos esta noche y sacar el viejo equipo Perky Pat por última vez! Tal vez Barney lo disfrutaría. Al menos podría saber a lo que ha renunciado con su voto —Intencionadamente, dirigió su mirada a cada uno de sus compañeros, obligándoles a bajar la vista—. Ahora, vamos a ver... Seguro que uno de vosotros tiene un poco de Can-D, escondido en una rendija de la pared o bajo el tanque séptico en previsión de un año lluvioso. Oh, vamos, mostraos generosos con el nuevo ciudadano; demostradle que no sois...

—¡Está bien! —estalló Helen Morris, mientras un hosco resentimiento le hacía subir el rubor a la cara—. Yo tengo un poco, lo suficiente para tres cuartos de hora. Pero eso es todo, y supongo que aún no deben estar preparados para distribuir la Chew-Z en nuestra región.

—Trae tu Can-D —le dijo Norm. Y en tanto ella iba a buscarla, agregó—: Y no os preocupéis; la Chew-Z ya está aquí. Hoy, cuando recogía un saco de sal de aquel último lanzamiento de provisiones de las NU, tropecé con uno de sus traficantes. Me dio su tarjeta —Se las mostró—. Todo cuanto precisamos hacer es encender una bengala común de nitrato de estroncio a las siete y media de la tarde, y ellos descenderán desde su Satélite...

—¡Satélite! —exclamaron todos al unísono, estupefactos.

—Entonces —dijo Fran, muy excitada— debe de estar aprobada por las NU. ¿O acaso tienen equipos y Disc-jockeys en el Satélite para anunciar sus nuevas miniaturas?

—Eso todavía no lo sé —reconoció Norm—. Quiero decir que con respecto a este punto hay mucha confusión. Esperad a que se asiente el polvo.

—Aquí en Marte —observó huecamente Sam Regan— jamás se asentará.

Se sentaron formando un círculo. Ante ellos, el equipo Perky Pat, completo y complicado, parecía hacerles guiños. Todos experimentaban su atracción, y Norm Schein se decía que aquélla era una ocasión sentimental, porque

nunca más volverían a hacerlo... a menos que sí lo hicieran, que utilizaran el equipo con la Chew-Z. ¿Qué ocurriría?, se preguntó. Sería interesante...

Tuvo un presentimiento, indefinido, de que no sería lo mismo.

Y... quizá no les gustaría la diferencia.

—Debe enterarse —le decía Sam Regan al nuevo miembro Barney Mayerson— que pasaremos el período de traslación escuchando y viendo el nuevo Animador de Grandes Libros de Pat... usted ya sabe, el artefacto que acaban de traer de la Tierra... Seguramente usted está más enterado que nosotros, Barney, de manera que quizá debería explicarnos en qué consiste.

Barney, obedientemente, dijo:

—Se inserta uno de los Grandes Libros, por ejemplo Moby Dick, en el receptáculo. Luego se hace girar el botón hacia «completa» o «abreviada». Después se selecciona la versión «alegre», «original» o «triste». Acto seguido se utiliza el indicador de estilo para elegir qué Gran Artista clásico se desea que ilustre el libro. Dalí, Bacon, Picasso... El animador de Grandes Libros de precio medio está equipado para proporcionar en forma de historieta los estilos de una docena de artistas famosos de nuestro sistema; debe especificarse cuáles de ellos se desea al comprar el adminículo. Y hay suplementos que pueden agregarse luego, con más estilos.

—¡Formidable! —exclamó Norm Schein, radiante de entusiasmo—. De manera que lo que se obtiene es un entretenimiento para toda una sesión, digamos la versión triste, en el estilo de Jack Wright, de La feria de vanidades, por ejemplo. ¡Demonios!

Suspirando, Fran dijo soñadoramente:

—¡Cómo debe de haber repercutido en su alma, Barney, haber vivido tan recientemente allí en la Tierra! Aún parece que persistan en usted las vibraciones.

—Vamos, eso lo hemos experimentado todos cuando nos trasladamos —dijo Norm. Sin poder contener su impaciencia, extendió la mano hacia la magra provisión de Can-D—. Empecemos. —Cogió su correspondiente porción y empezó a mascar con vigor—. El Gran Libro que voy a elegir en su versión completa y «alegre» dentro del estilo de De Chirico será... —reflexionó un instante—. ¡Hum! Los Soliloquios de Marco Aurelio.

—¡Qué erudito! —exclamó Helen Morris con mordacidad—. Yo iba a sugerir las Confesiones de San Agustín en el estilo de Lichtenstein..., en la versión «alegre», por supuesto.

—¡Hablo en serio! Imaginaos: los edificios en ruinas, desiertos, en perspectiva surrealista, con columnas dóricas acostadas en el suelo, cabezas huecas...

—Será mejor que empecemos a mascar todos —advirtió Fran, cogiendo su porción—, así nos trasladaremos al unísono.

Barney aceptó su parte. «El fin de lo viejo», reflexionó mientras masticaba; «Estoy participando en lo que constituye la última noche, por lo que se refiere a este refugio en particular. Y en vez de ello, ¿qué? Si Leo está en lo cierto, será intolerablemente peor; de hecho, sin comparación. Claro que no puede decirse que Leo sea parte desinteresada. Pero es un ser evolucionado. E inteligente».

«Objetos miniaturizados que el pasado juzgaba favorablemente. Dentro de un instante estaré inmerso en un mundo compuesto de ellos, reducido a su misma dimensión. Y, contrariamente a lo que les sucede a los demás

habitantes del refugio, estoy en condiciones de comparar mi experiencia en este equipo con el mundo que recientemente abandoné».

«Y dentro de muy poco —comprendió gravemente—, se me pedirá que haga lo mismo con la Chew-Z».

—Descubrirá que causa una extraña sensación —le dijo Norm— encontrarse en un mismo cuerpo con otros tres tipos; debemos estar todos de acuerdo con respecto a lo que queramos que el cuerpo haga, o al menos la mayoría; en caso contrario nos quedaremos atascados.

—En realidad, eso es lo que sucede la mitad de las veces —terció Tod Morris.

Uno a uno, los restantes compañeros comenzaron a mascar su porción de Can-D; Barney Mayerson fue el último y el más renuente. «¡Al diablo!», pensó de pronto, y cruzó la estancia hasta el lavabo; allí escupió la Can-D a medio masticar, sin haberla engullido.

«No puedo hacerlo. No puedo tomar ese maldito mejunje como hacen los demás. En todo caso, todavía no».

Los demás, sentados alrededor del equipo Perky Pat, ya habían caído en estado de coma y ninguno de ellos le prestaba atención alguna. Se encontró súbitamente solo, para todos los fines y efectos. El refugio le pertenecía totalmente. Lo recorrió en todas sus partes, consciente del silencio.

Sonó un timbre.

Alguien estaba en la entrada, solicitando permiso para entrar; a él le correspondería franquearle el paso. Así que emprendió la subida por la rampa, esperando hacer lo correcto, esperando que no se tratara de una de las irrupciones periódicas de las NU; le resultaría difícil evitar que descubriesen a los demás habitantes del refugio inertes en su equipo y en flagrante delito.

En la entrada de superficie se encontraba una joven que vestía un holgado traje capaz de retener el calor; un atuendo que, a todas luces, no estaba acostumbrada a usar. Con la linterna en la mano, parecía sumamente incómoda.

—Hola, señor Mayerson —dijo—. ¿Me recuerda usted? Traté de encontrarle porque me siento terriblemente sola. ¿Puedo entrar? —era Anne Hawthorne; sorprendido, él la miró con los ojos muy abiertos—. ¿O estará usted ocupado? Bien, puedo volver en cualquier otro momento.

Dio media vuelta y se dispuso a marcharse.

—Por lo que veo —dijo él—, Marte le ha causado una profunda conmoción.

—La culpa es mía —replicó Anne—, pues ya lo detesto; de veras... Sé que debería adoptar una paciente actitud de conformidad y todo eso, pero...

Proyectó la luz de la linterna hacia el paisaje que se abría ante el refugio y, con voz temblorosa, preñada de desesperación, añadió:

—Todo lo que deseo ahora es encontrar el medio de regresar a la Tierra; ya no tengo deseos de convertir a nadie ni de cambiar nada. Sólo quiero irme lejos de aquí —agregó con aspereza—; pero sé que no puedo. Por lo tanto, pensé que podría hacerle una visita a usted, ¿comprende?

Cogiéndola de la mano, Barney la condujo hasta el pie de la rampa y el compartimiento que le había sido asignado como aposento.

—¿Dónde están sus compañeros? —miró a su alrededor con curiosidad.

—De viaje.

—¿De viaje? —Anne abrió la puerta que comunicaba con la cámara comunal y les vio a todos caídos en torno al equipo—. ¡Ah, se refería a este

tipo de viaje! Pero usted no participó. —Cerró la puerta, frunciendo el ceño, evidentemente perpleja—. Usted me desconcierta. Yo hubiera aceptado con sumo gusto un poco de Can-D esta noche, debido a mi estado de ánimo. Mire lo bien que usted lo soporta, comparado conmigo. Yo no estoy preparada para esto.

Barney arguyó:

—Tal vez yo tengo más de un motivo para estar aquí, motivos que usted no tiene.

—Yo tengo infinidad de motivos.

Se quitó el incómodo traje y tomó asiento, mientras Barney preparaba café para ambos.

—La gente de mi refugio, que se encuentra medio kilómetro hacia el norte, también están de «viaje», del mismo modo. ¿Sabía usted que yo estaba tan cerca? ¿Habría tratado de encontrarme?

—Claro.

Encontró unas tazas y platillos de plástico, sin gracia alguna; los dispuso sobre la mesa plegadiza y abrió las sillas también plegadizas.

—Quizá Dios no alcanza a estar en Marte. Tal vez cuando partimos de la Tierra…

—¡Sandeces! —dijo Anne cortante y con irritación.

—Sabía que eso la haría enfadar.

—Por supuesto. Él está en todas partes. Incluso aquí. —Echó una mirada a las pertenencias de él, aún parcialmente desempaquetadas; las maletas y las cajas de cartón selladas—. No trajo mucho equipaje, ¿verdad? La mayor parte del mío aún está en camino, en un transporte autónomo. —Dio unos pasos y se quedó examinando una pila de libros en rústica—. De Imitatione Christi —dijo, sorprendida—. ¿Lee usted a Tomás de Kempis? Ése es un grande y maravilloso libro.

—Lo compré —repuso él—, pero nunca lo leí.

—¿Lo intentó? Apostaría a que no lo hizo. —Lo abrió al azar y leyó en voz baja, con lento movimiento de los labios—: «Piensa que el menor don que él otorga es grande; y acepta las cosas más despreciables como dones especiales y como profundas muestras de amor». Eso debe de incluir la vida aquí, en Marte, ¿no es cierto? Esta vida despreciable, encerrada en estos… cubiles. Ningún otro nombre sería más apropiado, ¿no? ¿Por qué, en nombre de Dios…? —se volvió hacia él, suplicante—. ¿No podríamos cumplir aquí un período definido, y luego regresar a nuestro hogar?

Barney dijo:

—Una colonia, por definición, debe ser algo permanente. Piense en Roanoke Island.

—Sí —asintió Anne—. Lo hice. Ojalá Marte fuese una enorme Roanoke Island, y que todo el mundo pudiese regresar a su país.

—Para morir lentamente achicharrados.

—Podríamos evolucionar, como las personas ricas; podría realizarse la evolución en masa. —Abruptamente, dejó el libro en su lugar—. Pero tampoco es eso lo que yo quiero; una corteza quitinosa y todo lo demás. ¿No existe respuesta alguna, señor Mayerson? Como usted sabe, a los neocristianos se les enseña a creer que están de paso en una tierra extranjera. Caminantes exiliados. Eso es lo que realmente somos ahora: la Tierra ha dejado de ser nuestro medio natural, y no hay duda alguna de que

Librodot

Marte nunca lo será. ¡No hay un mundo para nosotros! —le miró, con las aletas de la nariz henchidas—. ¡Ni un hogar!

—Bueno —observó él con embarazo—, siempre nos queda la Can-D y la Chew-Z.

—¿Tiene usted alguna de ellas?

—No.

Anne asintió con un movimiento de cabeza.

—Volvamos a Tomás de Kempis, entonces. —Pero no cogió el libro de nuevo; permaneció, en cambio, con la cabeza gacha, perdida en tristes meditaciones—. Yo sé lo que va a suceder, señor Mayerson..., Barney. No convertiré a nadie al neocristianismo; en vez de ello, me convertirán a mí a la Can-D y a la Chew-Z y a cualquier otro vicio que predomine aquí; a cualquier cosa que represente una evasión. La relación sexual. Son terriblemente promiscuos aquí en Marte, ¿sabe usted? Todo el mundo se acuesta con todo el mundo. Hasta eso probaré; en verdad, ya estoy lista para hacerlo en este mismo instante... Sencillamente, no puedo soportar seguir viviendo aquí... ¿Pudo echar una buena ojeada a la superficie antes del anochecer?

—Sí.

A él no lo había trastornado tanto contemplar los huertos semiabandonados y el equipo completamente tirado, el enorme montón de herramientas herrumbradas. Sabía por las cintas educativas que la frontera siempre fue así, incluso en la Tierra; Alaska lo había sido hasta épocas recientes y también lo era la Antártida, con excepción de las ciudades acondicionadas para el turismo.

Anne Hawthorne exclamó:

—¡Esos colonos de la sala contigua y su equipo! ¿Y si levantáramos a Perky Pat del tablero y la hiciéramos pedazos? ¿Qué les ocurriría a ellos?

—Seguirían sumidos en su mundo de fantasía. —Eso ya estaba comprobado; las miniaturas no eran necesarias como focos virtuales—. ¿Por qué querría usted hacer una cosa semejante?

Estaba sorprendido por el indudable sadismo que encerraban sus palabras; en su primer encuentro no lo había percibido.

—Iconoclasia —respondió Anne—. Deseo destruir sus ídolos, y eso es lo que son Perky Pat y Walt. Lo deseo porque yo... —guardó silencio, un momento— los envidio. No es fervor religioso, sino tan sólo un capricho cruel y muy mezquino. Lo sé. Si pudiese unirme a ellos...

—Puede hacerlo. Lo hará. Y yo también. Pero no en seguida.

Le sirvió una taza de café; ella la aceptó, pensativamente. Se veía esbelta ahora, sin el grueso traje exterior. Notó que era casi tan alta como él; con tacones lo sería, si no más. Tenía una curiosa nariz. Terminaba en una especie de bolita, que no era del todo grotesca sino más bien... terrenal. Como si aquel rasgo la atara al suelo; le hacía pensar en los campesinos normandos y anglosajones, cultivando sus pequeñas y cuadradas parcelas de tierra.

No era nada raro que detestara encontrarse en Marte; en el pasado su pueblo sin duda amó la auténtica tierra, su olor y su definida textura, y, sobre todo, el recuerdo contenido en ella, los restos en forma transmutada de la hueste de rústicos que la habían pisado hasta caer por fin muertos sobre ella, hasta desintegrarse por fin y convertirse, no en polvo, sino en fértil humus. Bueno, ella podría empezar a cultivar un huerto en Marte; tal

Librodot

vez lograría hacerlo fructificar, mientras que los colonos que la precedieron habían fracasado rotundamente. ¡Qué extraño que se sintiera tan profundamente deprimida! ¿Era acaso normal que les sucediera esto a los recién llegados? En cierto modo él no se sentía así. Quizás en el fondo imaginaba que encontraría la manera de regresar a la Tierra. En ese caso, era él quien había perdido el juicio... y no Anne.

Ella dijo de pronto:

—Yo tengo un poco de Can-D, Barney.

Hurgó en los bolsillos de sus pantalones de lona, diseñados por las NU para el trabajo, y extrajo un paquetito.

—Lo compré hace un rato, en mi refugio. Es Espuma de Lino, como la llaman. El colono que me la vendió creía que la Chew-Z la desplazará y por eso me la dejó a muy buen precio. Traté de tomarla..., prácticamente la tuve en la boca. Pero, finalmente, no pude hacerlo. ¿Acaso una horrenda realidad no es mejor que una ilusión por interesante que sea? ¿Es verdaderamente una ilusión, Barney? Yo no sé nada de filosofía; tendrá que explicármelo usted, porque todo cuanto conozco es la fe religiosa y eso no me capacita para comprender esto. Estas drogas traslativas. —De pronto, abrió el paquete; sus dedos se movían desesperadamente—. No puedo seguir así, Barney.

—Espere —le pidió él, dejando la taza en la mesa y precipitándose hacia ella.

Pero era demasiado tarde; Anne ya había ingerido la Can-D.

—¿Nada para mí? —preguntó él, divertido—. Olvidó lo más importante. No tendrá a nadie que la acompañe en la traslación.

Cogiéndola del brazo, la condujo arrastrándola con premura por el corredor hasta la gran sala comunal, donde yacían los demás; haciéndola sentar entre ellos, dijo con tono compasivo:

—Al menos de esta manera será una experiencia compartida y tengo entendido que esto siempre ayuda.

—Gracias —musitó la joven, ya soñolienta.

Sus ojos se cerraron y su cuerpo, gradualmente, se fue tornando fláccido.

«Ahora ella es Perky Pat. En un mundo sin problemas». Inclinándose sobre ella, la besó en la boca.

—Aún estoy despierta —murmuró Anne.

—Pero no te acordarás de nada —dijo él.

—Oh, sí que lo recordaré —replicó Anne Hawthorne, débilmente.

Y luego partió; él la sintió irse. Estaba solo con siete cuerpos vacíos. Volvió en seguida a su aposento, donde humeaban las dos tazas de café.

«Podría enamorarme de esa muchacha», se dijo. «No de la misma manera que de Roni Fugate y ni por asomo como de Emily, sino que sería algo nuevo. No sé si mejor. ¿O acaso se debe a la desesperación? Exactamente como lo que acaba de hacer Anne con la Can-D: engullirla porque no hay nada más, salvo las tinieblas. La alternativa es esto o el vacío. Y no solamente por un día o una semana, sino... eternamente. Por eso tengo que enamorarme de ella».

En su soledad, rodeado por sus pertenencias parcialmente desempaquetadas, iba tomando sorbos de café, sin salir de sus cavilaciones, hasta que por último oyó gemidos y algunos ruidos procedentes de la sala

comunal. Sus compañeros de cubil estaban recobrando el conocimiento. Dejó la taza y se dirigió a la sala para reunirse con ellos.

—¿Por qué se echó atrás, Mayerson? —le preguntó Norm Schein, que se frotaba la frente, frunciendo el entrecejo—. ¡Dios, qué dolor de cabeza!

Entonces descubrió a Anne Hawthorne; aún inconsciente, la joven estaba apoyada contra la pared, con la cabeza caída hacia delante.

—¿Quién es?

Fran, poniéndose de pie con movimientos vacilantes, respondió:

—Se reunió con nosotros hacia el final; es amiga de Mayerson: la conoció durante el viaje. Es bastante bonita, pero está chiflada por causa de la religión, ya verás. —Observó a Anne con ojos críticos—. No es mal parecida. Tenía verdadera curiosidad por verla; la imaginaba más... bueno, más austera.

Acercándose a Barney, Sam Regan le dijo:

—Pídale que se junte con usted, Mayerson; nos complacerá someter a votación su admisión entre nosotros. Hay habitaciones suficientes y usted debería tener una... digamos, una esposa. —También él escrutaba el rostro de Anne—. Sí, es bonita. Hermosa cabellera negra tiene; eso me gusta.

—Te gusta, ¿eh? —le dijo Mary Regan, acerbamente.

—Sí, me gusta, ¿y qué? —replicó Sam Regan, fulminando a su esposa con la mirada.

—Ella lo ha pedido —terció Barney. Todos le miraron con curiosidad.

—Es raro —comentó Helen Morris—. Porque cuando estuvimos juntos con ella hace un instante no nos lo dijo, y por todo cuanto sabemos, usted y ella sólo...

Interrumpiéndola, Helen Morris le dijo a Barney:

—No quiero vivir con una chiflada neocristiana. Nosotros ya tuvimos una experiencia con esa clase de personas; el año pasado expulsamos a una pareja. Pueden causar tremendos problemas aquí en Marte. Recuerde que compartimos su mente... Ella pertenece en cuerpo y alma a una de esas importantes iglesias, con todos los sacramentos y ritos, todas esas patrañas de épocas remotas. Es una auténtica creyente.

—Lo sé —repuso Barney, secamente.

Con tono calmoso, Tod Morris observó:

—Eso es cierto, Mayerson, de veras. Tenemos que vivir demasiado unidos como para que podamos permitirnos que se infiltre en nosotros cualquier fanatismo ideológico de la Tierra. Ya ha sucedido en otros refugios; sabemos de lo que estamos hablando. Se tiene que vivir y dejar vivir, sin credos absolutos ni dogmas; un refugio es un lugar demasiado pequeño. —Encendió un cigarrillo y contempló a Anne Hawthorne—. Es extraño que una joven tan bonita crea en esas monsergas. Bueno, la fe no hace distingos.

Parecía confundido.

—¿Daba la sensación de estar disfrutando la experiencia? —le preguntó Barney a Helen Morris.

—Sí, hasta cierto punto. Claro que ello la trastornó un poco... Es lo que cabe esperar la primera vez; no sabía cómo cooperar en el manejo del cuerpo. Pero se mostró muy ansiosa por aprender. Ahora, evidentemente, puede disponer de todo a su antojo, por lo tanto le resultará más fácil. Esto es una buena práctica.

Agachándose, Barney Mayerson levantó la diminuta muñeca, Perky Pat, con sus calzones cortos amarillos, la camiseta de algodón a rayas rojas y las

sandalias. Aquello era ahora Anne Hawthorne. En cierto sentido, nadie lo comprendía, pero, sin embargo, él podría destruir aquella muñeca, hacerla añicos, y Anne, en su vida de fantasía artificial, no sufriría daño alguno.

—Me gustaría casarme con ella —declaró en voz alta.

—¿Con quién? —preguntó Tod—. ¿Con Perky Pat o con la joven nueva?

—Se refiere a Perky Pat —dijo Norm Schein, y se puso a reír tontamente.

—No, a ella no —le replicó Helen con voz grave—. Yo creo que estaría bien; seríamos cuatro parejas en vez de ser tres parejas y un hombre solo.

—¿Hay alguna manera de emborracharse aquí? —inquirió Barney.

—Claro —repuso Norm—. Tenemos licor... Una pésima ginebra sintética, pero tiene ochenta grados; eso le servirá.

—Déjeme tomar unos tragos —le pidió Barney, echando mano a su billetera.

—Es gratis. La nave de aprovisionamiento de las NU nos arroja barriles enteros.

Norm se acercó al aparador, extrajo una llave y lo abrió.

—Díganos, Mayerson —pidió San Regan—, ¿por qué siente ahora necesidad de emborracharse? ¿Es por culpa nuestra? ¿De este refugio? ¿De Marte, tal vez?

—No.

No se trataba de eso; se trataba de Anne y la desintegración de su identidad. El haberse entregado a la Can-D de manera tan súbita era un síntoma de su incapacidad para creer o para contender, un síntoma de su rendición. Constituía un mal augurio que también le atañía a él; se vio a sí mismo en lo que le había sucedido.

Si lograba ayudarla a ella, quizá podría ayudarse a sí mismo. Y si no...

Tenía el presentimiento que si no lo lograba, ambos estaban listos. Marte significaría la muerte, tanto para él como para Anne. Y probablemente ocurriría muy pronto.

9

Después de pasar su experiencia de traslación, Anne Hawthorne se sumió en un estado de taciturnidad y mal humor. Eso no era buena señal; Barney adivinaba que ella tenía ahora una premonición similar a la de él. Sin embargo, la joven nada dijo al respecto; se limitó a ir en seguida a su compartimiento en busca del grueso traje para el exterior.

—Tengo que regresar a Espuma de Lino —manifestó ella—. Gracias por permitirme utilizar su equipo —les dijo a los ocupantes del refugio, que permanecían de pie en distintos sitios de la sala, observándola mientras se vestía—. Lo siento, Barney. —Agachó la cabeza—. Fue una falta de consideración de mi parte dejarte del modo que lo hice.

Barney la acompañó a pie a través de la llanura arenosa, bajo el débil resplandor nocturno, hasta el otro refugio subterráneo; ninguno de los dos habló mientras caminaron, y mantuvieron los ojos abiertos tal como les habían aconsejado, por si aparecía algún depredador, una telepática forma de vida marciana semejante al chacal. Sin embargo, nada vieron.

—¿Qué te pareció? —le preguntó al fin.

—¿Te refieres a ser esa muñequita de latón con su rubia cabellera y todos sus condenados vestidos y su novio y su automóvil y su...? —Anne, a su

Librodot

lado, se estremeció—. ¡Fue horrible! Bueno, no es eso exactamente. Sólo... insustancial. No encontré nada allí. Fue como volver a mis años de adolescencia.

—Sí —musitó él. Ésa era la sensación que producía Perky Pat.

—Barney —dijo Anne en voz baja—, debo encontrar algo más, y muy pronto. ¿Puedes ayudarme tú? Pareces un hombre inteligente, maduro y con experiencia. La traslación por medio de la Can-D no me ayudará... La Chew-Z no será nada mejor, porque hay algo en mí que se rebela, que no quiere acceder a tomarla..., ¿comprendes? Sí, tú lo comprendes; lo sé. Demonios, no quisiste probarla ni una sola vez; por lo tanto, debes de comprenderlo. —Le apretó el brazo y se apretujó firmemente contra él en la oscuridad—. Descubrí algo más, Barney. Ellos también están hartos de eso; no hicieron más que discutir mientras estuvieron... o estuvimos, dentro de esos muñecos. No tuvieron ni siquiera un segundo de alegría.

—¡Dios! —exclamó él.

Proyectando la luz de la linterna hacia delante, Anne dijo:

—Es una lástima. ¡Ojalá pudieran disfrutar! Siento más pena por ellos que por mí... —enmudeció; caminó un rato en silencio y luego, abruptamente, confesó—: He cambiado, Barney. Lo siento en mí. Siento deseos de sentarme aquí... dondequiera que estemos. Tú y yo solos en la oscuridad. Y luego ya sabes lo que... No es necesario que lo diga, ¿verdad?

—No —admitió él—. Pero el caso es que después te arrepentirías. Al igual que yo, a causa de tu reacción.

—Podría rezar —dijo Anne—. Rezar es difícil, hay que saber hacerlo. No se reza por uno mismo; se eleva lo que nosotros llamamos una plegaria intercesoria: por los demás. Y el Dios al que se implora no es el que está en los cielos..., sino el Espíritu Santo interior; eso es diferente, es el Paráclito. ¿Leíste alguna vez a Pablo?

—¿Pablo qué?

—En el Nuevo Testamento. Sus Epístolas a los Corintios o a los Romanos, por ejemplo... ya sabes. San Pablo dice que nuestro enemigo es la muerte; es el último enemigo al que tenemos que vencer, por lo que supongo que es el más grande. De acuerdo con Pablo, estamos todos marchitos, no sólo de cuerpo, sino también de alma; ambos tienen que perecer para que podamos renacer con un nuevo cuerpo: no de carne, sino un cuerpo incorruptible. ¿Comprendes? ¿Sabes una cosa? Cuando era Perky Pat, hace unos instantes..., tuve la extraña sensación de ser... Está mal decir esto o incluso creerlo, pero...

—Pero —dijo Barney, concluyendo su frase— te pareció una prueba de resurrección. Aunque era eso lo que tú esperabas; sabías que era algo parecido... Lo mencionaste tú misma, en la nave.

Era muchísima la gente que también lo había notado, reflexionó él.

—Sí —reconoció Anne—. Pero lo que no comprendía es... —en la oscuridad, se volvió hacia él; Barney apenas lograba distinguir sus facciones—. Ser trasladado es el único indicio que podemos obtener de este lado de la muerte. De manera que es una tentación. Si no fuese por esa horrible muñeca, esa Perky Pat...

—La Chew-Z —dijo Barney.

—Eso es lo que pensaba. Si fuese así, como lo que Pablo dice acerca del hombre corruptible que logrará la incorrupción... no podría contenerme, Barney; tendría que mascar Chew-Z. No podría esperar hasta el fin de mis

días... Quizá tenga que vivir cincuenta años aquí en Marte... ¡medio siglo! —se estremeció—. ¿Por qué esperar pudiendo lograrlo ya?

—La última persona con quien hablé —dijo Barney—, que había tomado Chew-Z, me dijo que fue la peor experiencia de su vida.

Anne se sobresaltó.

—¿En qué sentido?

—Cayó bajo el dominio de alguien o de algo que consideraba maligno, algo que le aterrorizó. Y fue afortunado al haber podido liberarse, y él lo sabía.

—Barney —inquirió ella—, ¿por qué estás en Marte? No me digas que es por causa del reclutamiento; una persona tan lista como tú hubiera podido recurrir a un psiquiatra...

—Estoy en Marte —repuso él— porque cometí una equivocación.

«En tu terminología, se llamaría un pecado. Y en la mía, también».

—Lastimaste a alguien, ¿no es cierto? —dijo Anne. Él se encogió de hombros—. Y ahora tendrás que pasar aquí el resto de tu vida —observó Anne—. Barney, ¿puedes conseguirme una provisión de Chew-Z?

—Muy pronto.

No tardaría en topar con uno de los traficantes clandestinos de Palmer Eldritch, estaba seguro de ello. Dejando reposar una mano en su hombro, le dijo:

—Pero te será fácil conseguirla por tu propia cuenta.

Anne se apoyó en él mientras caminaban, y Barney la estrechó firmemente; ella no ofreció resistencia...; en realidad, lanzó un suspiro de alivio.

—Barney, quiero mostrarte algo. Es una octavilla que me dio una de las mujeres de mi refugio; me dijo que el otro día les lanzaron un paquete entero. Es de la gente que fabrica la Chew-Z. —Hurgó en el interior de su grueso traje; luego, a la luz de la linterna, él vio el papel doblado—. Léela. Así comprenderás por qué me siento de esta manera con respecto a la Chew-Z... Por qué me provoca un problema espiritual.

Sosteniendo el papel bajo el foco de luz, leyó el titular, que se destacaba por sus enormes letras negras.

DIOS PROMETE LA VIDA ETERNA. NOSOTROS PODEMOS OTORGARLA.

—¿Comprendes? —le preguntó Anne.

—Comprendo.

No se tomó la molestia de leer el resto; doblando el papel de nuevo se lo devolvió a ella, sintiendo un gran peso en el corazón.

—¡Vaya frase de publicidad! –dijo él al fin.

—Que es verdad.

—No la gran mentira —comentó Barney—, sino la gran verdad.

«¿Qué es peor?», se preguntó. Era difícil de decir. Idealmente, Palmer Eldritch debería caer muerto por la blasfemia contenida en aquel folleto, pero era evidente que eso no iba a ocurrir. «Un visitante maligno que se está filtrando entre nosotros desde el Sistema de Próxima, nos ofrece lo que hemos estado implorando durante más de dos mil años. ¿Y por qué es eso tan evidentemente malo? Resulta difícil de afirmar, pero lo es. Porque quizá signifique quedar sometido a la voluntad de Eldritch, como le ocurrió a Leo. De ahora en adelante, Eldritch estará permanentemente con nosotros,

filtrándose en nuestras vidas. Y ÉI, quien nos protegió en el pasado, se limita a permanecer inactivo».

«Cada vez que nos traslademos, no veremos ya a Dios... sino a Palmer Eldritch».

En voz alta, dijo:

—Si la Chew-Z te decepciona...

—No digas eso.

—Si Palmer Eldritch te decepciona, entonces tal vez...

Se detuvo, porque ante ellos se encontraba el refugio Espuma de Lino; la luz de la entrada brillaba débilmente entre las tinieblas marcianas.

—Ya estás en tu casa.

No quería dejarla ir; con la mano sobre su hombro, se aferraba a ella, recordando lo que había dicho a sus compañeros de refugio con respecto a la joven.

—Vuelve conmigo a Viruelas Locas. Nos casaremos formal y legalmente.

Ella le miró asombrada y luego —increíblemente— empezó a reír.

—¿Significa eso que no quieres? —inquirió él, secamente.

—¿Qué es Viruelas Locas? —preguntó Anne a su vez—. Oh, ya comprendo, es el nombre cifrado de tu refugio. Lo siento, Barney. No quise reírme de ti. Pero la respuesta es no.

Se separó de él y abrió la puerta de entrada del refugio. Acto seguido, dejó la linterna en el suelo y se dirigió hacia Barney, con los brazos estirados.

—Hazme el amor —le pidió.

—Aquí no. Estamos demasiado cerca de la entrada —Barney estaba asustado.

—Donde tú quieras. Llévame allí. —Le pasó los brazos alrededor del cuello—. Ahora —dijo—. En seguida.

Él no se hizo rogar.

Levantándola en brazos, la llevó lejos de la entrada.

—¡Dios mío! —exclamó ella, cuando la depositó en el suelo en la oscuridad.

Su respiración se hizo anhelante en seguida, tal vez debido al súbito frío que se derramó sobre ellos, penetrando sus gruesos trajes que ya no les protegían, que en verdad eran un obstáculo para el verdadero ardor.

«Uno de los principios de la termodinámica», pensó él. «El intercambio del calor; las moléculas pasando de uno al otro, las de ella y las mías mezclándose en... ¿entropía? Todavía no».

—¡Oh, Dios santo! —suspiró ella en la oscuridad.

—¿Te hice daño?

—No. Lo lamento. ¡Sigue!

El frío le entumecía la espalda y las orejas; parecía irradiar del firmamento. Él procuraba hacer caso omiso, pero no podía dejar de pensar en una manta, una gruesa manta de lana... ¡Qué extraño, preocuparse por una cosa semejante en aquellos momentos! Soñaba con su suavidad, el roce de sus fibras contra su piel, en su abrigada pesadez, en vez de pensar en el aire enrarecido, punzante y glacial que le obligaba a inhalar grandes bocanadas, como si hubiera llegado su fin.

—¿Estás... agonizando? —preguntó ella.

—Es sólo que no puedo respirar. ¡Este aire!

—¡Pobre, pobre... Santo Dios! ¡He olvidado tu nombre! ¡Por todos los diablos!

—¡Barney!

Él la abrazó con más fuerza.

—¡No! ¡No pares! —ella arqueó la espalda, castañeteando los dientes.

—No pensaba hacerlo —la tranquilizó él.

—¡Oooouuh!

Él se echó a reír.

—No te rías de mí, te lo ruego –dijo ella.

—No lo hice en son de burla.

Siguió un largo silencio. Y luego:

—¡Oooh!

Ella brincó, como galvanizada por el choque de aquella experiencia conformadora; como una pálida, decorosa, desarropada posesión: era como el espigado y delgado sistema nervioso de una rana vuelto a la vida por descargas externas. Fue víctima de una corriente que no era la suya propia, pero no protestó. Lúcida y sincera, aceptó esta vez, pronta e interminablemente.

—¿Estás bien?

—Sí —contestó ella—. Sí, Barney, estoy muy bien. ¡Sí!

Momentos más tarde, cuando regresaba solo, caminando pesadamente en dirección a su refugio, Barney se dijo: «Tal vez estoy haciéndole el juego a Palmer Eldritch, sometiéndola, desmoralizándola... ¡Como si ella ya no lo estuviera! ¡Como si no lo estuviéramos todos!»

Algo se interpuso en su camino.

Deteniéndose, localizó en su traje el arma que le habían proporcionado. Había malignos organismos domésticos que picaban y devoraban, especialmente de noche, además del temible chacal telepático. Proyectó la luz de su linterna cautelosamente, esperando descubrir algún fantástico ente multiarmado, compuesto quizá de fango. En cambio, vio una nave, ligera, pequeña y veloz; sus turbinas aún despedían humo, por lo que era evidente que acababa de aterrizar. Debía de haber descendido planeando, puesto que él no había oído el ruido de los motores de retropropulsión.

Un hombre salió de la nave, se desperezó y encendió su propia linterna. Al descubrir a Barney Mayerson, gruñó:

—Soy Allen Faine. Anduve buscándole por todas partes. Leo desea mantenerse en contacto con usted por mi conducto. Me comunicaré con usted por teledifusión cifrada directamente a su refugio. Aquí tiene su libro de claves. —Faine le ofreció un delgado volumen—. Sabe usted quién soy, ¿no es cierto?

—El disc-jockey —aquel encuentro allí, a cielo abierto en el desierto marciano, en plena noche, resultaba irreal—. Gracias —dijo, aceptando el libro de claves—. ¿Qué tengo que hacer? ¿Anotar lo que usted diga y luego esconderme para descifrarlo?

—Habrá un receptor de televisión privado en su compartimiento; lo hemos «arreglado» con el pretexto de que al ser nuevo en Marte echa mucho de menos...

—Está bien —le interrumpió Barney, asintiendo.

—Así que ya se consiguió una chica —comentó Faine—. Perdóneme por haber usado el reflector de rayos infrarrojos, pero...

—No se lo perdono.

—Pronto descubrirá que hay muy poca intimidad en Marte en asuntos de esta naturaleza. Es como un pueblo pequeño y todos los colonos están sedientos de noticias, en especial de cualquier clase de escándalo. Lo sé, porque mi trabajo consiste en mantenerme en contacto y difundir lo que puedo... Naturalmente que hay muchas cosas que no puedo divulgar. ¿Quién es la chica?

—No lo sé —respondió Barney con tono sardónico—. Estaba oscuro y no podía ver nada.

Luego reinició la marcha, dando un rodeo en torno de la nave.

—Espere. Hay algo que debe saber: un traficante clandestino de Chew-Z ya se encuentra operando en esta zona y calculamos que visitará su refugio en particular a más tardar mañana por la mañana. Así que esté preparado. Asegúrese de que haya testigos cuando adquiera el paquete; deben presenciar toda la transacción y luego, cuando la masque, procure que puedan identificar sin lugar a dudas lo que consume. ¿Entendido? Y trate de tirarle de la lengua al traficante; que le dé una garantía, verbalmente, por supuesto, tan completa como usted pueda lograr. Que sea él quien le venda el producto; no se lo pida usted. ¿Está claro?

Barney inquirió a su vez:

—¿Y qué gano yo por hacer todo esto?

—¿Cómo dice?

—Leo en ningún momento se tomó la molestia...

—Yo se lo diré —le atajó Faine con toda parsimonia—. Le sacaremos de Marte. Ése será el pago.

Al cabo de un momento, Barney le preguntó:

—¿Habla usted en serio?

—Será ilegal, por supuesto. Sólo las NU pueden enviarle legalmente de vuelta a la Tierra, y eso no sucederá. Lo que haremos nosotros será recogerle una noche cualquiera y trasladarle a Winnie-ther-Pooh Acres.

—Y allí me quedaré.

—Hasta que los cirujanos de Leo puedan transformar su rostro, las huellas dactilares y plantares, así como la curva de sus ondas cefálicas, y modificar completamente su personalidad. Luego podrá aparecer de nuevo; probablemente ocupará su antiguo puesto en Equipos PP. Tengo entendido que era usted su hombre para Nueva York. Dentro de dos años o de dos años y medio, volverá a serlo. Así que no debe perder usted las esperanzas...

—Tal vez no sea eso lo que yo quiero —arguyó Barney.

—¿Cómo? Claro que es eso. Todos los colonos desean...

—Lo pensaré con más detenimiento —le interrumpió Barney— y le haré saber mi decisión. Pero quizá necesitaré algo más.

Pensaba en Anne... En algún profundo y recóndito estrato de sus instintos, la perspectiva de volver a la Tierra y reanudar sus relaciones con Roni Fugate no ejercía el grado de atractivo que él hubiera esperado. Marte —o la experiencia amorosa con Anne Hawthorne— le había transformado más de lo que suponía; se preguntó cuál de las dos cosas era la causa. Probablemente ambas. «Y sea como fuere», pensó, «vine aquí voluntariamente... No fui realmente movilizado. Y eso no debo olvidarlo jamás».

Allen Faine dijo:

—Conozco algunas de las circunstancias, Mayerson. Lo que está usted haciendo es expiar. ¿No es cierto?

Librodot

—¿Usted también? —exclamó Barney, sorprendido.

Al parecer, las inclinaciones religiosas habían calado hondo en todo aquel medio.

—Puede formular reparos a la palabra —dijo Faine—, pero es la adecuada. Escuche, Mayerson: para cuando le llevemos a Winnie-ther-Pooh Acres, usted ya habrá expiado lo suficiente. Hay algo que usted no sabe todavía. Mire.

Le mostró, con renuencia, un tubito de plástico. Un frasco.

Sintiendo un escalofrío, Barney preguntó:

—¿Qué es eso?

—Su enfermedad. Leo cree, atendiendo al asesoramiento profesional, que no es suficiente que usted meramente declare en el tribunal haber sufrido algún tipo de lesión; ellos insistirán en examinarle concienzudamente.

—Dígame qué hay, específicamente, en ese frasco.

—Epilepsia, Mayerson. La forma Q, cuyas causas nadie parece conocer con certeza; no se sabe si se debe a una lesión orgánica que el electroencefalograma no logra registrar, o si es de carácter psicogénico.

—¿Y los síntomas?

—Grand mal —contestó Faine, escuetamente—. Lo siento —agregó, tras una pausa.

—Ya —dijo Barney—. ¿Y durante cuánto tiempo deberé sufrirlos?

—Podremos administrarle el antídoto una vez terminado el litigio, pero no antes. Un año a lo sumo. Así que ahora comprenderá lo que quería significar cuando le dije que, para entonces, habrá expiado con creces el no haber acudido en ayuda de Leo cuando él lo necesitaba. Como verá, esta enfermedad, atribuida a un efecto colateral de la Chew-Z, conseguirá...

—Claro —dijo Barney—. Epilepsia es una de las palabras más amedrentadoras. Como lo fue en otra época la palabra cáncer. La gente siente un temor irracional hacia ella porque sabe que puede presentarse en cualquier momento, sin avisar.

—En especial, la más reciente forma Q. Ni siquiera lograron formular una teoría acerca de ella. Lo importante para nosotros es que con la forma Q no se produce ninguna alteración orgánica del cerebro, y eso significa que podemos devolverlo a su estado normal. En este frasco hay una toxina metabólica de acción similar al metrazol; similar, pero contrariamente a lo que ocurre con el metrazol, aquélla continúa provocando los ataques, que el electroencefalograma registra con sus trazos característicos durante esos intervalos, hasta que se la neutraliza. Lo cual, como le digo, estamos en condiciones de hacer.

—¿Y un análisis de sangre no mostrará la presencia de esa toxina?

—Mostrará la presencia de una toxina, y eso es precisamente lo que nosotros queremos. Porque secuestraremos la documentación perteneciente a los exámenes de inducción física y mental que le hicieron recientemente... y logramos demostrar que cuando usted llegó a Marte no sufría de epilepsia del tipo Q ni presentaba muestras de toxicidad. Y Leo, o más bien usted, basará su demanda en que la toxicidad en la sangre es una consecuencia de la Chew-Z.

—Aun cuando perdiera el juicio... —comenzó a decir Barney.

—...Se habrá asestado un severo golpe a la comercialización de la Chew-Z. La mayoría de los colonos tienen el vago presentimiento de que las drogas traslativas son bioquímicamente perjudiciales a la larga —dijo Faine—. La

Librodot

toxina contenida en esa ampolla es relativamente rara. Leo la consiguió a través de conductos altamente especializados. Es originaria de Ío, según creo. Cierto doctor…

—Willy Denkmal —dijo Barney.

Faine se encogió de hombros.

—Posiblemente. Sea como fuere, ahí la tiene. Debe tomarla en cuanto se haya sometido a la Chew-Z. Trate de sufrir el primer ataque del grand mal donde sus compañeros puedan presenciarlo; procure no encontrarse en alguna parte del desierto, arando o accionando las dragas autonómicas. Tan pronto como se haya recobrado del ataque, utilice el videófono y pida asistencia médica a las NU. Que le revisen sus médicos imparciales; no recurra a la atención facultativa privada.

—Probablemente sería una buena idea —sugirió Barney— que los médicos de las NU me sacaran un electroencefalograma durante un ataque.

—Sin ninguna duda. Por lo tanto trate en lo posible de que le internen en un hospital de las NU; hay tres de ellos en Marte. No le será difícil presentar un argumento convincente, por cuanto… —Faine vaciló—. Francamente, con esta toxina sus ataques desatarán una intensa fuerza destructora, dirigida hacia usted mismo y hacia los demás. Técnicamente, estarán comprendidos dentro de la variedad histérico-agresiva, concluyendo en una más o menos completa pérdida de la conciencia. Desde el primer momento resultará obvio de qué se trata, porque, según me han explicado, presentará los síntomas típicos de la etapa tónica, con tremendas contracciones musculares, y luego caerá en la etapa clónica de contracciones rítmicas alternando con la relajación. Después de lo cual, naturalmente, sobreviene el estado de coma.

—En otras palabras —dijo Barney—: la clásica forma convulsiva.

—¿Tiene usted miedo?

—No veo que eso tenga importancia alguna. Estoy en deuda con Leo; eso, usted, yo y Leo lo sabemos. Todavía me resisto a emplear la palabra «expiación», pero supongo que de eso se trata.

Se preguntó en qué medida aquella enfermedad provocada artificialmente afectaría su relación con Anne. Lo más probable es que pusiera punto final al asunto. Por lo tanto era mucho lo que sacrificaba en aras de Leo Bulero. Pero también Leo estaba haciendo algo por él, y sacarle de Marte no era broma.

—Damos por supuesto —observó Faine— que, en cuanto consiga un abogado, tratarán de matarlo a usted. De hecho, ellos…

—Me gustaría volver a mi cubil ahora —se alejó unos pasos—. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Reinicie la vida rutinaria. Pero permítame que le dé un consejo con respecto a esa joven: el Principio de Doberman. ¿Recuerda que fue la primera persona que se casó y luego se divorció en Marte? Establece que, en este maldito lugar, la relación se deteriora en proporción directa a su ligazón emocional. Yo le pronosticaría dos semanas a lo sumo, y no porque se pondrá usted enfermo, sino porque es lo habitual. Las NU lo estimulan sólo porque significa, para decirlo con toda franqueza, más niños para poblar la colonia. ¿Comprende?

—Las NU —arguyó Barney— podrían no sancionar mi relación con ella, porque se sustenta en una base en cierto modo diferente a la que usted describe.

Librodot

—No lo crea —repuso Faine con calma—. Eso es lo que puede parecerle a usted, pero yo observo todo el planeta, de día y de noche. No hago más que exponer un hecho; no pretendo formular una crítica. En realidad, personalmente comparto sus sentimientos.

—Gracias —dijo Barney.

Y se alejó en dirección a su refugio, iluminándose con la linterna. El diminuto emisor de señales atado alrededor de su cuello, que le indicaba cuándo se estaba acercando —y, lo que era más importante, cuándo no se estaba acercando— a su cubil, empezó a sonar con más intensidad: una charca de consuelo de una sola rana junto a su oreja.

«Tomaré la toxina. Me presentaré ante el tribunal y demandaré a los bastardos por el bien de Leo. Porque eso es lo que le debo. Pero no regresaré a la Tierra; lograré salir adelante aquí o no lo lograré en absoluto. Junto con Anne Hawthorne, espero; y, si no, entonces lucharé solo o con otra mujer. Seguiré el Principio de Doberman, como predijo Faine. De cualquier manera, será aquí, en este miserable planeta, en esta tierra prometida».

«Mañana por la mañana», decidió, «comenzaré a quitar la arena de cincuenta mil siglos para cultivar mi primer huerto de hortalizas. Ése es el paso inicial».

10

Al día siguiente, Norm Schein y Tod Morris pasaron las primeras horas con él, enseñándole las mañas para poder accionar los tractores oruga, las dragas y las excavadoras que se encontraban en distintas etapas de ruina; a la mayor parte del equipo, como a los antiguos «gatos», podía exigírsele un esfuerzo extra. Pero los resultados no eran muy brillantes; hacía demasiado tiempo que estaban inactivos.

Al mediodía, Barney estaba exhausto, De modo que se concedió un respiro, descansando a la sombra de un gigantesco tractor herrumbrado, mientras ingería una ración fría acompañada con té tibio, que Fran Schein amablemente le había llevado en un termo.

Abajo en el cubil, los demás hacían lo que tenían por costumbre hacer; a él no le importaba.

En torno de él, podía ver sus huertos abandonados, echados a perder, y se preguntó si muy pronto no se olvidaría del suyo también. Tal vez todos los nuevos colonos empezaron de aquella manera, en una lucha esforzada. Y luego fueron presa de la apatía, de la desesperanza. Y, sin embargo, ¿era todo tan carente de esperanza? Realmente no.

Consideró que se trataba de una actitud.

«Y nosotros, los integrantes de Equipos PP, contribuimos conscientemente. Les hemos proporcionado una evasión, algo fácil y cómodo. Y ahora Palmer Eldritch ha venido a poner punto final al proceso. Nosotros le abrimos el camino, yo mismo lo hice. ¿Y ahora qué? ¿Hay manera de que yo pueda expiar, como lo definió Faine?»

Acercándose a él, Helen Morris le gritó alegremente:

—¿Cómo anda la labranza?

Se dejó caer a su lado y abrió un grueso catálogo de semillas con el sello de las NU visiblemente estampado en él.

Librodot

—Observa lo que te proporcionarán gratis; todas y cada una de las semillas capaces de prosperar aquí, incluyendo los nabos. —Apoyándose en él, Helen iba dando vuelta a las hojas—. No obstante, hay un pequeño mamífero roedor, semejante al topo, que sale a la superficie a últimas horas de la noche; así que prepárate. Lo devora todo. Tendrás que disponer unas cuantas trampas autopropulsadas.

—De acuerdo —dijo Barney.

—Es algo extraordinario ver una de esas trampas homeoestáticas partiendo a través de los arenales en persecución de un roedor. ¡Dios mío, cómo corren! Tanto el roedor como la trampa. Resulta más interesante haciendo una apuesta. Por lo general apuesto en favor de la trampa. Las admiro.

—Creo que probablemente yo también apostaría por la trampa.

«Hoy siento un gran respeto por las trampas. Es decir, cualquier situación en que ninguna de las puertas conduce afuera, no importa el rótulo que figure en ellas».

Helen dijo:

—Las NU también te proveerán de dos autómatas sin cargo para que los uses durante un período que no exceda los seis meses. Así que será mejor que vayas planeando sensatamente cómo los utilizarás. Lo mejor es ponerlos a construir canales de riego. La mayoría de los nuestros ya no sirven. A veces las zanjas tienen que tener doscientos kilómetros o más. También puede hacerse un trato...

—Nada de tratos —dijo Barney.

—Pero éstos son buenos tratos: ponte en contacto con alguien de los refugios cercanos que haya iniciado su propio sistema de riego para dejarlo abandonado luego: cómpraselo y después lo conectas al tuyo —Helen le miró—. Aquella chica de Espuma de Lino, ¿se mudará aquí y se unirá contigo?

Él no respondió; observaba, en el negro firmamento marciano con sus estrellas de mediodía, una nave que estaba describiendo un círculo. ¿Sería el hombre de la Chew-Z? Le había llegado la hora, pues, de envenenarse con el fin de salvar un monopolio económico, un imperio interplanetario en expansión del cual, ahora, él no obtenía beneficio alguno.

«Es sorprendente cuán poderoso puede ser el impulso autodestructivo».

Helen Morris, esforzándose por ver, comentó:

—¡Tenemos visitas! No es una nave de las NU. —Se dirigió prestamente hacia el refugio—. Yo les avisaré.

Él introdujo la mano izquierda en el traje y palpó el frasco en el fondo del bolsillo interior, pensando: «¿Podré hacerlo realmente?» No le parecía posible. Teniendo en cuenta su proceder en el pasado, ningún rasgo de su carácter lo justificaría. «Tal vez se deba a la desesperación de haberlo perdido todo». Pero en el fondo no lo creía así; era algo más.

Mientras la nave se posaba en el llano desierto, a muy corta distancia, Barney se dijo: «Quizás obedezca al deseo de demostrarle algo a Anne con respecto a la Chew-Z. Aun cuando la demostración sea falsa. Porque si introduzco la toxina en mi organismo, ella no probará la Chew-Z». Tenía el presentimiento de ello. Y eso era suficiente.

De la nave descendió Palmer Eldritch.

Nadie podía confundirse al identificarle: a partir del instante en que su nave se estrelló en Plutón, los homeodiarios no dejaron de publicar una

fotografía tras otra de aquel hombre. Claro que las fotos tenían más de diez años, pero con todo seguía siendo él. Enjuto y de cabello cano, con más de un metro ochenta de estatura, caminaba con paso peculiarmente rápido, balanceando los brazos. Y su rostro... Poseía una tez ajada, consumida, como si la capa de grasa se hubiese fundido; como si Eldritch, en algún momento, se hubiese nutrido de sí mismo, devorado quizá con placer las porciones superfluas de su propio cuerpo.

Llevaba unos enormes dientes de acero, que unos cirujanos dentistas checoslovacos le habían colocado antes de su viaje a Próxima; estaban soldados a sus mandíbulas, eran permanentes: moriría con ellos puestos. Y... su brazo derecho era artificial. Veinte años antes había perdido el original en un accidente de caza, en Callisto; el actual era naturalmente superior, en cuanto estaba provisto de una especializada variedad de manos intercambiables. En aquel momento, Eldritch usaba la extremidad manual humanoide de cinco dedos; de no ser por su brillo metálico se hubiera dicho que era orgánica.

Y era ciego. Al menos desde el punto de vista de la capacidad natural de su organismo. Pero le habían puesto reemplazos... a precios que Eldritch podía y deseaba pagar; antes de su viaje a Próxima unos oculistas brasileños le habían hecho un trabajo soberbio. Los reemplazos, colocados en las cuencas del cráneo, no tenían pupilas, ni glóbulos oculares accionados muscularmente. La visión panorámica se lograba mediante lentes de gran angular, a través de ranuras horizontales abiertas de un extremo a otro.

Lo que provocó la pérdida de sus ojos naturales no fue un accidente. Ocurrió en Chicago: personas desconocidas, por razones igualmente desconocidas —al menos por lo que concernía a la opinión pública— lo atacaron, lanzándole intencionalmente ácido en la cara. Probablemente Eldritch conocía los motivos. Sin embargo, nada había dicho, ni había formulado denuncia alguna; en vez de ello, recurrió directamente al equipo de oculistas brasileños. Sus ojos artificiales, de visión horizontal, parecían complacerle; casi inmediatamente hizo su aparición durante las ceremonias de consagración del nuevo teatro de la ópera Saint George, en Utah, y alternó con sus pares sin embarazo. Incluso ahora, una década después, la operación era rara, y fue la primera vez que Barney vio los ojos luxvideo granangulares Tensen. Éstos y el brazo artificial, con su enorme variedad de manos, le impresionaron más de lo que hubiera esperado... ¿O es que había algo más en Eldritch?

—Señor Mayerson —le saludó Palmer Eldritch con una sonrisa.

Los dientes de acero centellearon a la débil y fría luz solar marciana. Extendió la mano, y automáticamente Barney hizo lo propio.

Le pareció que aquella voz procedía de algún otro sitio y no de... Parpadeó. La figura de Eldritch era enteramente insustancial; a través de ella se vislumbraba, borroso, el paisaje. Se trataba de alguna especie de ficción, creada artificialmente, y a Barney le pareció irónico que, siendo buena parte de aquel hombre artificial, lo fuesen también ahora su carne y su sangre. «¿Es esto lo que regresó de Próxima? —se preguntó—. Si lo es, Hepburn-Gilbert ha sido engañado: esto no es un ser humano. En ningún aspecto».

—Estoy aún en la nave —anunció Palmer Eldritch; su voz resonaba de un altavoz montado en el casco de la astronave—. Una precaución, puesto que usted es empleado de Leo Bulero.

Librodot

La mano ficticia tocó la de Barney. Éste experimentó un escalofrío que le recorrió todo el cuerpo; obviamente una reacción de aversión puramente psicológica, ya que nada había allí que pudiera causar aquella sensación.

—Ex empleado —dijo Barney.

Detrás de él, ahora, aparecieron los demás ocupantes del refugio, los Schein, los Morris y los Regan, quienes se aproximaron como niños asustados a medida que, uno a uno, iban identificando a aquel hombre nebuloso con quien se enfrentaba Barney.

—¿Qué sucede? —inquirió Norm Schein con recelo—. Esto es un simulacro; no me gusta nada. —Y agregó, situándose junto a Barney—: Vivimos en el desierto, Mayerson. Sufrimos espejismos en todo momento, naves y visitantes, y formas de vida sobrenaturales. De eso se trata. Este tipo no está realmente ahí, como tampoco lo está la nave allí estacionada.

Tod Morris añadió:

—Probablemente se encuentran a seiscientos kilómetros de distancia. Se trata de un fenómeno óptico. Ya se acostumbrará a ello.

—Pero ustedes pueden oírme —observó Palmer Eldritch; el altavoz resonaba, produciendo reverberaciones—. Estoy aquí, sin ninguna duda, para hacer negocios con ustedes. ¿Quién es el capitán del refugio?

—Yo —contestó Norm Schein.

—Mi tarjeta.

Eldritch le ofreció una pequeña tarjeta blanca, y pensativamente Norm Schein alargó la mano hacia ella. La cartulina revoloteó a través de sus dedos y se posó sobre la arena. En aquel instante Eldritch sonrió. Su sonrisa era fría, vacía, una implosión, como si hubiera arrastrado todo cuanto lo rodeaba hacia su interior, incluso el aire enrarecido.

—Léala donde está —le sugirió Eldritch.

Norm Schein se agachó y examinó la tarjeta.

—Eso es —dijo Eldritch—. Me encuentro aquí para firmar un contrato con su grupo. Para otorgarles...

—Ahórrese el discurso acerca de que usted otorga lo que Dios sólo promete —le atajó Norm Schein—. Limítese a darnos el precio.

—Alrededor de una décima parte de lo que cuesta el producto de la competencia. Y es mucho más efectivo; ni siquiera precisarán tener un equipo.

Eldritch parecía dirigirse directamente a Barney. Su mirada, sin embargo, era imposible de atrapar debido a la estructura de las aberturas de los lentes.

—¿Se siente usted cómodo aquí en Marte, señor Mayerson?

—Es muy divertido —repuso Barney.

—Anoche —dijo Eldritch—, cuando Allen Faine descendió de su fastidioso Satélite para verle a usted..., ¿de qué hablaron?

—De negocios —contestó Barney, secamente.

Pensaba rápidamente, pero no lo suficiente. La siguiente pregunta ya retumbaba por el altavoz.

—Así que todavía trabaja para Leo. De hecho, todo fue deliberadamente arreglado para mandarle a usted aquí, con antelación a nuestra primera distribución de Chew-Z. ¿Por qué? ¿Tiene intención de obstaculizarla? No había elementos de propaganda en su equipaje, ni octavillas ni cualquier otro tipo de impresos, salvo libros comunes. ¿Pretende difundir un rumor,

quizá, de boca en boca? La Chew-Z es..., ¿qué, señor Mayerson? ¿Peligrosa para los que se habitúen a ella?

—No lo sé. Personalmente estoy deseoso de probarla. Y ver qué ocurre.

—Todos lo deseamos —corroboró Fran Schein.

Llevaba en sus brazos una pila de pieles de trufa, con evidente intención de pagar inmediatamente.

—¿Puede efectuar una entrega en seguida, o tenemos que seguir esperando?

—Estoy en condiciones de entregarles la primera asignación —comentó Eldritch.

Una portañola de la nave se abrió con un chasquido. De ella surgió un pequeño tractor a chorro, que se dirigió velozmente hacia ellos. Se detuvo a unos pasos de distancia y expulsó una caja envuelta en simple papel madera. La caja cayó a los pies de los colonos y luego, finalmente, Norm Schein se agachó a recogerla. No se trataba de un espejismo. Con sumo cuidado, Norm rasgó el envoltorio.

—Chew-Z —dijo Mary Regan, sin aliento—. ¡Oh, cuánta! ¿Cuánto cuesta, señor Eldritch?

—En total —respondió el interpelado— son cinco pieles.

Acto seguido el tractor extendió una cajita del tamaño exacto para contener las pieles.

Después de una breve discusión, los colonos llegaron a un acuerdo; las cinco pieles fueron depositadas en la cajita, que en seguida fue recogida, y el tractor giró sobre si mismo y se deslizó hacia el interior de la nave. Palmer Eldritch, insustancial, grisáceo e imponente, permaneció en su sitio. A juicio de Barney parecía disfrutar de la situación. No le preocupaba saber que Leo Bulero escondía una carta en la manga; Eldritch se regodeaba en ello.

La comprobación de aquel hecho le causó una profunda depresión y, por ello, se alejó, solo, hasta el reducido espacio que finalmente se convertiría en su huerto. De espaldas a los compañeros de aposento y a Eldritch, puso en marcha una unidad autonómica; la máquina comenzó a roncar y a zumbar. La arena desaparecía en su interior al ser absorbida ruidosamente, con cierta dificultad. Barney se preguntó cuánto tiempo podría seguir funcionando, y qué cabía hacer en Marte para obtener repuestos. Tal vez uno renunciaba a repararla. Quizá no había repuestos.

A espaldas de Barney, la voz de Palmer Eldritch resonó.

—Ahora, señor Mayerson, puede comenzar a mascar por el resto de su vida.

Barney se volvió, involuntariamente, porque no era la voz de un fantasma. Al fin se había hecho presente en carne y huesos.

—Eso es cierto —dijo Barney—, y nada podría complacerme más.

Luego continuó dirigiendo la excavadora autonómica.

—¿Dónde hay que llevar los equipos de trabajo para ser reparados aquí en Marte? —le preguntó a Eldritch—. ¿Acaso las NU se hacen cargo de eso?

—¿Cómo podría saberlo yo? —replicó Eldritch.

Una pieza de la excavadora autonómica se rompió, quedando en las manos de Barney. Éste la aferró, sopesándola. La pieza, en forma de palanca, era pesada, y Barney pensó: «Con esto podría matarle. Aquí mismo, en este sitio. ¿No lo solucionaría eso todo? Nada de toxinas para provocar ataques epilépticos, nada de juicios... Pero se vengarían. No sobreviviría a Eldritch más que unas pocas horas».

Librodot

Pero... ¿no valía la pena?

Se volvió. Y luego todo sucedió tan rápidamente que no pudo formarse un concepto válido de lo ocurrido y ni siquiera tuvo una precisa percepción de los hechos. De la nave estacionada surgió un rayo laser, y él sintió el intenso impacto al entrar en contacto con la pieza metálica que sostenía en la mano. Al mismo tiempo, Palmer Eldritch saltó hacia atrás, ágilmente, elevándose velozmente, al escapar a la leve fuerza de gravedad marciana, como un globo —Barney no podía creer lo que veían sus ojos— y se alejó flotando, sonriendo con sus enormes dientes de acero, agitando el brazo artificial, mientras su flaco cuerpo adquiría un lento movimiento de rotación. Luego, como si le arrastrase un sedal transparente, retrocedió en un agitado movimiento de vaivén hacia la nave. Súbitamente desapareció. El morro de la nave se cerró con estrépito tras de él. Eldritch estaba en su interior. A salvo.

—¿Por qué hizo eso? —inquirió Norm Schein, devorado por la curiosidad, desde el sitio donde se encontraba con los demás compañeros de refugio—. En nombre de Dios, ¿qué es lo que pasó?

Barney, sin contestar, temblando, dejó caer al suelo los restos de la pieza de metal. Eran tan sólo unos residuos de aspecto ceniciento, quebradizos y ásperos. En cuanto tocaron el suelo se desintegraron.

—Mayerson y Eldritch se trenzaron en una disputa —dijo Tod Morris—. No fue un simulacro, en absoluto.

—De cualquier manera —observó Norm—, conseguimos la Chew-Z. Mayerson, será mejor que en lo futuro se mantenga alejado de Eldritch. Déjeme manejar a mí las transacciones. Si hubiese sabido que era usted un empleado de Leo Bulero...

—Ex empleado —rectificó Barney, pensativamente, y siguió ocupándose vanamente de la excavadora autonómica averiada. Había fracasado en su primer intento de asesinar a Palmer Eldritch. ¿Volvería a tener alguna vez oportunidad? ¿La había tenido realmente ahora?

Resolvió que la respuesta a ambas preguntas era no.

A última hora de aquella tarde los ocupantes de Viruelas Locas se reunieron para mascar. El estado general era de tensión y solemnidad; apenas si hablaban mientras se desenvolvían, de una en una, las porciones de Chew-Z y eran repartidas.

—¡Puf! —exclamó Fran Schein, haciendo una mueca—. ¡Tiene un gusto horrible!

—El gusto es lo de menos —dijo Norm, con impaciencia; masticó, a su vez—. Sabe a hongo podrido, tienes razón. —Estoicamente, engulló y continuó mascando—. ¡Uf! —exclamó, soltando un erupto.

—Hacer esto sin un equipo... —murmuró Helen Morris—. ¿Adónde iremos a parar? ¿A ninguna parte? Tengo miedo —dijo de pronto—. ¿Estaremos juntos? ¿Estás seguro de ello, Norm?

—¿A quién le importa eso? —repuso Sam Regan, sin dejar de mascar.

—Obsérvenme —dijo Barney Mayerson.

Todos le miraron con curiosidad; algo en el tono de su voz les obligó a obedecerle.

—Me pongo la Chew-Z en la boca —anunció Barney, uniendo la acción a las palabras—. Han visto cómo lo hacía, ¿verdad? —masticó—. Ahora estoy masticándola.

El corazón le latía aceleradamente: «¡Dios mío! ¿Seré capaz de hacerlo?»

—Sí, ya lo vemos —respondió Tod Morris, asintiendo—. ¿Y qué? Quiero decir si va a salir volando o se alejará flotando como Eldritch o algo parecido.

También él hincó el diente a su porción. Barney comprobó que todos estaban mascando, los siete. Cerró los ojos.

Al abrirlos de nuevo, su esposa se encontraba inclinada sobre él.

—Te pregunté —le dijo ella— si querías otro Manhattan o no. Porque si lo deseas tendré que pedir al refrigerador más hielo molido.

—Emily —dijo él.

—Sí, querido —respondió ella, acerbamente—. Cada vez que dices mi nombre de esa manera, sé que estás a punto de largarme uno de tus sermones. ¿De qué se trata esta vez?

Se sentó en el brazo del diván, frente a él, alisándose la falda; llevaba la bata mexicana de chillones motivos azules y blancos, pintados a mano, que él le había regalado en Navidad.

—Te escucho —anunció ella.

—Nada de... sermones —dijo él.

«¿Soy realmente así?», se preguntó a sí mismo. «¿Siempre lanzando diatribas?» Vacilante, se puso en pie; se sentía mareado y conservó el equilibrio sosteniéndose en el brazo de la lámpara que estaba junto a él.

Sin quitarle la vista de encima, Emily dijo:

—Estás tomado.

Tomado. Barney no había vuelto a escuchar aquel término desde la época universitaria; estaba pasado de moda, y Emily aún seguía utilizándolo.

—Ahora se dice achispado —dijo él, procurando pronunciar las palabras lo más claramente posible—. ¿No lo recuerdas? Achispado.

Se dirigió con paso inseguro hasta el aparador de la cocina, donde estaba el licor.

—Achispado —repitió Emily y lanzó un suspiro.

Parecía triste; él lo notó y se preguntó por qué sería.

—Barney —dijo ella entonces—, no bebas tanto, ¿quieres? Llámalo «tomado» o «achispado» o como quieras, es lo mismo. Supongo que la culpa es mía; bebes demasiado porque soy una nulidad.

Se frotó brevemente con los nudillos el ojo derecho, un tic fastidioso y habitual.

—No es que seas una nulidad —repuso él—. Es sólo que mi escala de valores es muy elevada.

«Me enseñaron a esperar mucho de los demás. A esperar que sean tan respetables y equilibrados como yo, y no babosamente emotivos en todo momento, sin saber dominarse jamás».

Pero ella era una artista. O más bien se decía artista. Una bohemia. Eso se acercaba más a la realidad. La vida artística sin talento.

Empezó a prepararse otro trago; esta vez whisky con agua, sin hielo. Lo escanció directamente de la botella de Old Crow, haciendo caso omiso de la medida.

—Cuando viertes el licor de esa manera —dijo Emily—, sé que estás enfadado y que acabaremos peleando. Y yo detesto pelear.

—Entonces vete —le espetó él.

—¡Maldito seas! —exclamó Emily—. ¡No quiero irme! ¿No podrías, simplemente... —hizo un gesto que traducía su desesperanza—, ser un poco

Librodot

más amable, más caritativo o lo que sea? ¿Aprender a disimular... —su voz se volvió casi inaudible— mis defectos?

—Pero —replicó Barney—, es que no pueden disimularse. ¡Qué más quisiera yo! ¿Te parece que me gusta vivir con alguien que no es capaz de terminar nada de lo que empieza ni de lograr nada dentro de la sociedad? Por ejemplo, cuando... ¡Oh, al diablo con ello!

¿De qué serviría? A Emily no se la podía cambiar; era pura y simplemente una dejada. Su idea de un día bien aprovechado era haraganear y hacer cosas desordenadamente, perder el tiempo con un revoltijo de pinturas pringosas, semejantes a excrementos, o enterrar los brazos durante horas interminables en una enorme masa de húmeda arcilla gris. Y mientras tanto...

El tiempo se escapaba de sus manos. Y todo el mundo, incluyendo todos los empleados de Leo Bulero, especialmente sus Consultores Pre-Moda, prosperaban y ostentaban la lozanía de su madurez. «Yo jamás seré el Consultor Pre-Moda de Nueva York —se dijo—. Siempre estaré varado aquí en Detroit, donde nada, absolutamente nada nuevo ocurre».

Si pudiera alcanzar la posición de Consultor Pre-Moda de Nueva York... «Mi vida tendría un sentido. Sería feliz porque estaría haciendo un trabajo que exigiría el uso pleno de mis facultades. ¿Qué otra cosa me haría falta? Nada más; eso es todo cuanto pido».

—Voy a salir —le dijo a Emily, y dejó el vaso. Luego se dirigió al armario y descolgó su chaqueta.

—¿Estarás de vuelta antes de que me acueste?

Apesadumbrada, le acompañó hasta la puerta del apartamento climatizado, en el Edificio 11.139.584 —contando desde el centro de Nueva York hacia la periferia—, donde hacía dos años que vivían.

—Ya veremos —respondió él, abriendo la puerta.

En el pasillo había un hombre alto y grisáceo, con protuberantes dientes de acero, ojos muertos sin pupilas y una reluciente mano artificial que asomaba de su manga derecha. El hombre dijo:

—Hola, Mayerson —Sonrió; los dientes de acero centellearon.

—Palmer Eldritch —murmuró Barney. Se volvió hacia Emily—: Has visto sus fotografías en los homeodiarios. Es aquel poderoso industrial increíblemente famoso. —Como era natural, había reconocido a Eldritch instantáneamente—. ¿Deseaba verme? —le preguntó con vacilación.

Todo aquello poseía una misteriosa cualidad, como si de alguna manera ya hubiese sucedido antes, pero de otra manera.

—Permítame conversar con su esposo un momento —le pidió Eldritch a Emily, adoptando un tono peculiarmente amable.

Se hizo a un lado, y Barney salió al pasillo. La puerta se cerró tras él; Emily la había cerrado obedientemente. Ahora Eldritch tenía otra expresión. Sin mostrar amabilidad ni sonreír, dijo:

—Mayerson, está empleando muy mal su tiempo. No hace más que repetir el pasado. ¿De qué sirve haberle vendido la Chew-Z? Es usted perverso; jamás vi nada igual. Le concederé diez minutos más y luego le llevaré de vuelta a la Colonia Viruelas Locas, que es donde debe estar. Y si es que comprendió algo finalmente, será mejor que resuelva de una vez qué es lo que desea.

—¿Qué demonios es la Chew-Z? —inquirió Barney.

Librodot

La mano artificial se levantó; con enorme fuerza Palmer Eldritch le dio un empujón, y Barney trastabilló.

—¡Eh! —exclamó, débilmente, tratando de reaccionar y contrarrestar la tremenda fuerza de aquel hombre—. ¿Qué...? Y de pronto se encontró tendido sobre su espalda. Sentía un zumbido en la cabeza, que le dolía; con dificultad logró abrir los ojos y enfocarlos en lo que le rodeaba. Estaba despertándose; llevaba puesto, según comprobó, su pijama, pero no le resultaba familiar: nunca lo había visto antes. ¿Se encontraba acaso en el apartamento de otra persona, y usaba su ropa? Algún otro hombre...

Presa del pánico, examinó la cama, las sábanas. Junto a él...

Vio a una joven desconocida que dormía, respirando suavemente por la boca; sus cabellos, blancos como el algodón, caían en cascada sobre sus desnudos y delicados hombros.

—Se me hizo tarde —dijo él, y su voz sonó distorsionada y ronca, casi irreconocible.

—No, tranquilízate —murmuró la joven sin abrir los ojos—. Desde aquí llegaremos al trabajo en... —bostezó y abrió los ojos—. En quince minutos.

Le sonrió a Barney; su desconcierto parecía divertirla.

—Siempre dices lo mismo, todas las mañanas. Mira si hay café. Me muero de ganas de tomar un café.

—Bueno —repuso él, saltando de la cama.

—Señor Conejo —le dijo la joven en son de burla—. ¡Estás tan asustado! Asustado de mí, de tu trabajo..., y siempre andas corriendo.

—¡Dios mío! —exclamó él—. Le volví la espalda a todo.

—¿A qué te refieres?

—A Emily. —Fijó su mirada en la muchacha, Roni o como se llamara, en cuyo dormitorio se encontraba—. Ahora no me queda nada —agregó.

—¡Oh, muy bonito! —exclamó Roni con punzante sarcasmo—. Ahora tal vez pueda decirte cosas agradables, para consolarte.

—Y acabo de hacerlo —dijo él—. No años atrás, sino poco antes de que llegara Palmer Eldritch.

—¿Cómo pudo llegar aquí Palmer Eldritch? Se encuentra en la cama de un hospital en las cercanías de Júpiter o Saturno; las NU le llevaron allí luego de haberle rescatado de su nave averiada.

Su tono era despectivo, pero, sin embargo, delataba una cierta curiosidad.

—Palmer Eldritch se me apareció hace unos instantes —explicó Barney, ásperamente.

Y pensó: «Debo volver junto a Emily». Apresuradamente se agachó, recogió sus ropas, se dirigió con paso incierto hacia el cuarto de baño y cerró dando un portazo. Se afeitó rápidamente, se vistió, y en cuanto salió le dijo a la joven, que aún seguía acostada:

—Tengo que irme. No te enfades conmigo; tengo que hacerlo.

Al cabo de un instante, sin haberse desayunado, descendió hasta el piso de la planta baja y acto seguido se detuvo bajo la protección antitérmica, mirando arriba y abajo en busca de un taxi.

El taxi, un modelo nuevo, brillante y de magníficas líneas, le llevó en un santiamén al edificio de apartamentos climatizados de Emily; pagó en un cerrar y abrir de ojos, se precipitó hacia el interior y a los pocos segundos estaba ascendiendo. Le pareció que no había transcurrido ni una fracción de tiempo, como si el mundo se hubiese detenido y todo esperara su llegada,

paralizado; se encontraba en un mundo de objetos fijos, y él era lo único que se movía.

Al llegar ante la puerta oprimió el timbre.

La hoja se abrió y un hombre apareció ante él.

—¿Sí?

Era un individuo moreno, bastante bien parecido, de pobladas cejas y cabellos más bien rizados, cuidadosamente peinados. Llevaba el homeodiario de la mañana en la mano. Por encima de su hombro, Barney pudo divisar una mesa dispuesta para el desayuno.

—Usted es... Richard Hnatt —dijo Barney.

—En efecto. —Sorprendido, observó a Barney atentamente—. ¿Le conozco acaso?

Apareció Emily, vistiendo un suéter de cuello alto de color gris y unos tejanos manchados.

—¡Santo cielo! Es Barney —le dijo a Hnatt—. Mi ex esposo. Entra. Abrió la puerta de par en par, y Barney penetró en el apartamento. Emily parecía complacida de verle.

—Me alegro de conocerle —dijo Hnatt con un tono neutro al tiempo que se disponía a extender la mano, aunque luego detuvo el gesto—. ¿Café?

—Gracias.

Barney se sentó a la mesa, en una silla ante la cual no había plato ni cubiertos.

—Escucha —le dijo a Emily, sin poder esperar, dispuesto a hablarle en presencia de Hnatt—. Cometí un error al divorciarme de ti. Desearía volver a casarme contigo. Volver a vivir como si nada hubiese pasado.

Emily rió con deleite, de una manera que él recordaba muy bien; estaba turbada y salió en busca de un plato y una taza para él, incapaz de pronunciar una palabra. Barney se preguntó si se dignaría responderle. Le era más fácil —se ajustaba mejor a su temperamento indolente— limitarse a reír. «¡Demonios!», exclamó para sus adentros, y se quedó con la vista clavada al frente.

Hnatt se sentó frente a él y le dijo:

—Ella y yo estamos casados. ¿Acaso suponía que meramente vivíamos juntos?

Tenía una expresión sombría, pero parecía dominar perfectamente sus impulsos.

Dirigiéndose a Emily y no a Hnatt, Barney observó:

—Los matrimonios pueden disolverse. ¿Querrás volver a casarte conmigo?

Se levantó y dio unos pasos vacilantes en dirección a ella; en aquel momento Emily se volvió y, con absoluta calma, le entregó el plato con la taza.

—¡Oh, no! —repuso, sin dejar de sonreír.

Sus ojos estaban rebosantes de luz, de la luz de la compasión. Comprendía cómo se sentía él; que no se trataba de un impulso solamente. Pero a pesar de todo la respuesta era no, y —él estaba seguro de ello— siempre lo sería; su mente ni siquiera lo había resuelto... Para ella, simplemente no existía realidad alguna a la cual Barney se estuviera refiriendo. El pensaba: «Yo la derribé, la hice pedazos, con absoluta conciencia de lo que hacía, y éste es el resultado; veo la miga de pan que arrojaron en el vaso de agua y que me ahogará, la miga de pan empapada en

Librodot

agua que se alojará en mi garganta, sin que jamás pueda engullirla ni vomitarla. Eso es justamente lo que me merezco. Yo creé esta situación».

Volvió a la mesa de la cocina y se sentó, aturdido, mientras Emily le llenaba la taza. Barney contempló las manos de ella, las manos de la que fue su esposa. «Y yo renuncié a todo. A eso le llaman autodestrucción: deseaba verme muerto. Esa es la única explicación satisfactoria. ¿O acaso fui un estúpido? No; la estupidez no encierra semejante enormidad, una voluntad tan absoluta de...».

Emily le preguntó:

—¿Cómo van las cosas, Barney?

—¡Oh, diablos, perfectamente bien! —repuso con voz temblorosa.

—Tengo entendido que vives con una pelirroja muy bonita —observó Emily.

Se sentó en su sitio y siguió tomando su desayuno.

—Eso se terminó —repuso Barney—. Está muerto y enterrado.

—¿Quién es, entonces?

Hablaba con un tono casual. «Como si estuviese pasando el rato conmigo; como si yo fuese un viejo amigo o quizás un vecino —pensó él—. ¡Es una locura! ¿Cómo puede sentirse de esta manera? Es imposible. Está actuando, ocultando algo más profundo».

En voz alta, dijo:

—Tú temes que si vuelves conmigo, te maltrataré de nuevo. Vale más prevenir que curar. Pero eso no ocurrirá; jamás volveré a hacer una cosa semejante.

Con su tono plácido, casual, Emily dijo:

—Lamento que te sientas tan mal, Barney. ¿No te estás haciendo tratar por un psicoanalista? Alguien me dijo que te vieron cargado con un maletín psiquiátrico por todas partes.

—El doctor Smile —dijo él, recordando de pronto; probablemente lo había dejado en el apartamento de Roni Fugate—. Necesito ayuda —le imploró a Emily—. No hay alguna forma...

Enmudeció: «¿No se puede alterar el pasado?», se preguntó a sí mismo. Evidentemente, no. La ley de causa y efecto es irreversible, y el cambio es verdadero. Así que lo pasado, pasado está, y lo mejor que podría hacer es ahuecar el ala. Se puso en pie.

—Debo de estar loco —dijo, dirigiéndose a Emily y a Richard Hnatt—. Lo siento. Estoy sólo medio despierto... Esta mañana me siento desorientado. Todo empezó en cuanto me desperté.

—¿Por qué no se toma el café? —le sugirió Hnatt—. ¿Le apetece acompañarlo con unos bizcochos?

La expresión sombría había desaparecido de su rostro; Hnatt, al igual que Emily, ahora se mostraba tranquilo, despreocupado.

—No lo comprendo —dijo Barney—. Palmer Eldritch me dijo que viniese aquí. —¿Eso le había dicho? Eso o algo parecido, estaba seguro de ello—. Pensé que daría resultado —agregó, desesperado. Hnatt y Emily se miraron el uno al otro.

—Eldritch se encuentra en un hospital, en alguna parte... —comenzó a decir Emily.

—Algo ha salido mal —dijo Barney—. Eldritch debe de haber perdido el dominio. Será mejor que vaya a buscarle; él me explicará lo sucedido.

Librodot

Y sintió pánico, un pánico fluido, mercurial, que inundaba todo su ser, hasta las puntas de los dedos.

—Adiós —consiguió decir, dirigiéndose hacia la puerta, ansioso por huir de allí.

A sus espaldas, Richard Hnatt dijo:

—Espere…

Barney se volvió. En la mesa, Emily estaba sentada, con una leve sonrisa pintada en la cara, sorbiendo su café, y a su lado se encontraba Hnatt frente a Barney. Hnatt tenía una mano artificial, con la cual sostenía el tenedor y cuando se llevó a la boca una porción de huevo, Barney vio sus enormes y salientes dientes de acero. Y Hnatt era canoso, de mejillas hundidas y ojos muertos, y parecía mucho más grande que antes; causaba la impresión de ocupar toda la estancia con su presencia. Pero seguía siendo Hnatt. «No lo entiendo», se dijo Barney, y se quedó junto a la puerta, sin abandonar el apartamento ni regresar al interior; hizo lo que Hnatt le sugiriera: esperó. «¿No se parece a Palmer Eldritch? —se preguntó a sí mismo—. En las fotografías… aparece con un miembro artificial, dientes de acero y ojos Jensen, pero éste no es Eldritch».

—A fuer de sincero debo decirle —confesó Hnatt como quien no quiere la cosa— que Emily siente por usted un afecto mucho más profundo de lo que sugieren sus palabras. Lo sé porque ella me lo dijo. Muchas veces. —Entonces miró a Emily, y continuó—: Eres una de esas personas que se sienten esclavas de su deber. Consideras que, en este caso, tienes la obligación de ahogar tus sentimientos hacia Barney. Eso es lo que estuviste haciendo en todo momento. Pero olvídate de tu deber. No se puede fundamentar un matrimonio sobre esa base; tiene que haber espontaneidad. Aun si te parece que está mal… —hizo un gesto—. Bueno, digamos rechazarme a mí. A pesar de todo, deberías encarar tus sentimientos con toda honestidad y no cubrirlos con una fachada de autosacrificio. Eso es lo que hiciste antes frente a Barney: permitiste que te dejara de lado porque pensaste que tu deber era no interferir en su carrera. Y sigues comportándote de la misma manera y eso es un error. Sé sincera contigo misma.

Y, de pronto, le sonrió a Barney, le sonrió y… uno de sus muertos ojos parpadeó, como si le hiciese un guiño mecánico.

Ahora era Palmer Eldritch. De pies a cabeza.

Emily, sin embargo, no parecía darse cuenta del cambio en su marido; su sonrisa se había esfumado y parecía confundida, contrariada y, por momentos, más y más furiosa.

—Me exasperas de una manera endemoniada —le dijo a su marido—. Dije lo que sentía y no soy hipócrita. Y no me gusta que nadie me acuse de serlo.

El hombre sentado junto a ella, dijo:

—Sólo tienes una vida. Si deseas vivirla con Barney y no conmigo…

—No —le atajó, fulminándole con la mirada.

—Me marcho —dijo Barney, abriendo la puerta. Aquello no tenía remedio.

—Espere —le gritó Palmer Eldritch, poniéndose en pie y caminando hacia él—. Bajaré con usted.

Los dos hombres recorrieron el pasillo en dirección a las escaleras.

—No ceje —le dijo Eldritch—. Recuerde: ésta es sólo la iniciación en el uso de la Chew-Z; se le presentarán otras oportunidades más adelante. Podrá seguir machacando hasta que por fin lo consiga.

Librodot

Barney inquirió:

—¿Qué diablos es la Chew-Z?

Muy cerca de él una voz femenina no cesaba de repetir:

—Barney Mayerson. Despierta.

Alguien estaba sacudiéndole; él parpadeó y miró de soslayo. Arrodillada a su lado, con una mano sobre su hombro, se encontraba Anne Hawthorne.

—¿Cómo te fue? Vine hasta aquí y no encontré a nadie. Luego descubrí que estábais todos aquí, sentados en círculo e intoxicados. ¿Qué hubiera ocurrido si llego a ser un funcionario de las NU?

—Tú me despertaste —le dijo él a Anne, dándose cuenta de lo que la joven había hecho.

Experimentaba una profunda y amarga frustración. Sin embargo, la traslación por el momento había concluido y nada podía hacer. Pero en su interior aún persistía el ansia, el deseo de repetir la experiencia lo antes posible. Todo lo demás no tenía importancia, ni siquiera la muchacha que estaba junto a él, ni los cuerpos inertes y mudos de sus compañeros de aposento que le rodeaban.

—¿Tan extraordinario fue? —inquirió Anne, percibiendo su desilusión; palpó el bolsillo de su chaqueta—. También visitó nuestro refugio, y yo compré. Ese hombre de dientes y ojos extraños; ese hombre alto, canoso.

—Eldritch, o su apariencia.

Le dolían las articulaciones, como si hubiese estado varias horas sentado, y no obstante, al consultar su reloj, vio que sólo habían transcurrido unos segundos, un minuto a lo sumo.

—Eldritch está en todas partes —le dijo a Anne—. Dame tu Chew-Z.

—No.

Barney se encogió de hombros, ocultando su contrariedad, el agudo impacto físico de la privación. Bueno, Palmer Eldritch volvería; seguramente conocía los efectos de su producto. Era posible que se presentara más tarde.

—Cuéntame qué pasó —le imploró Anne.

Barney explicó:

—Es un mundo ilusorio en el cual Eldritch mantiene las posiciones claves como un dios. Te brinda la oportunidad de hacer lo que realmente no podrías lograr jamás: reconstruir el pasado tal como debería haber sido. Pero incluso para él es una ardua tarea. Lleva tiempo.

Luego permaneció silencioso, frotándose la frente dolorida.

—¿Quieres decir que no puedes agitar simplemente los brazos y lograr lo que deseas? ¿Cómo en un sueño? ¿Ni él tampoco?

—No tiene absolutamente nada que ver con un sueño.

Era algo peor, según comprendió. «Es más parecido a estar en el infierno. Sí, así es como debe de ser el infierno: recurrente e inflexible. Pero Eldritch parece creer que, con el tiempo, la paciencia y el esfuerzo suficientes, puede cambiarse».

—Si vuelves... —empezó a decir Anne.

—¿Si vuelvo? —la miró fijamente—. Tengo que volver. Esta vez no pude lograr nada —Pensó que tal vez le pediría centenares de veces repetir la experiencia—. Oye, por el amor de Dios, dame esa porción de Chew-Z que llevas ahí. Sé que lograré convencerla. Eldritch mismo está de mi parte, haciendo cuanto puede. En un primer momento la tomé por sorpresa, y ahora está arrepentida...

Enmudeció, mirando a Anne Hawthorne con fijeza: «Hay algo que anda mal...».

Anne tenía un brazo y una mano artificiales; los dedos de plástico y metal se encontraban a pocos centímetros de él y podía verlos claramente. Y cuando levantó la vista hacia su rostro, descubrió la oquedad, el vacío tan vasto como el intersistema espacial del que Eldritch había surgido. Los ojos muertos, plenos de un espacio más distante que todos los universos conocidos y visitados.

—Podrás disponer de más cantidad, pero más adelante —anunció Anne con calma—. Una sesión por día es suficiente. —Sonrió—. De otro modo, te quedarías sin pieles y no podrías conseguir más. ¿Qué diablos harías entonces?

Su sonrisa era resplandeciente; poseía el brillo opulento del acero inoxidable.

Los demás ocupantes del refugio, a su alrededor, comenzaron a despertar profiriendo ahogados gemidos, recobrando el conocimiento lentamente, a través de sucesivas y angustiosas etapas. Se incorporaron, musitando palabras incoherentes, y trataron de orientarse. Anne se había ido. Barney logró ponerse en pie por sí mismo. «Café», pensó. «Apostaría que Anne está preparando café».

—¡Uf! —exclamó Norm Schein.

—¿Adónde va? —inquirió Tod Morris.

Se levantó también pesadamente y luego ayudó a su esposa Helen.

—Volví a mis años de adolescente, en la escuela secundaria, cuando logré salir con una chica y, por primera vez... todo salió a pedir de boca, ¿me comprendéis?

En seguida dirigió una nerviosa mirada a Helen.

Mary Regan dijo:

—Es mucho mejor que la Can-D. Infinitamente mejor. Oh, desearía contaros lo que estuve haciendo... —soltó una risita, perdida en el recuerdo—. Pero sencillamente no puedo.

Su cara brillaba, febril y sonrojada.

Trasladándose a su compartimiento, Barney Mayerson cerró la puerta con llave y extrajo el tubo con la toxina que Allen Faine le había dado; lo sostuvo en la palma de la mano, pensando: «Llegó la hora. Pero... ¿hemos recobrado el conocimiento? ¿Lo que vi era nada más que una imagen mental de Eldritch, superpuesta a la de Anne?»; o quizás había sido una visión auténtica, una percepción de la realidad, de su incalificable situación; no sólo la de él sino la de todos juntos.

De ser así, no era aquél el momento de ingerir la toxina. Su instinto le brindaba aquella observación. No obstante, desenroscó la tapa del frasco.

Una voz muy débil, casi imperceptible, surgió del tubo abierto, advirtiendo:

—Está usted vigilado, Mayerson. Y si piensa recurrir a algún ardid, nos veremos obligados a intervenir. Se le reprimirá severamente. Lo siento.

Volvió a colocar la tapa en el frasco y la enroscó fuertemente con dedos temblorosos. Y el envase estaba... ¡vacío!

—¿Qué es eso? —preguntó Anne, apareciendo de pronto.

Hasta aquel momento había estado en la cocina del compartimiento; llevaba un delantal que debía de haber encontrado en alguna parte.

—¿Qué es eso? —repitió, observando el frasco que él tenía en la mano.

Librodot

—La huida de todo esto —gruñó él.

—¿De qué, exactamente? —Anne había recobrado su apariencia normal, en sus mínimos detalles—. Pareces verdaderamente enfermo, Barney, de veras. ¿Se trata de un efecto resultante de haber tomado la Chew-Z?

—Es un ligero malestar, como el que se siente después de una borrachera.

«¿Estará realmente Palmer Eldritch aquí dentro?», se preguntó examinando el frasco cerrado, haciéndolo girar en la palma de la mano.

—¿Hay alguna manera de ponerse en contacto con el Satélite de Faine? –preguntó.

—Oh, me imagino que sí. Probablemente no tendrás más que llamarle por videófono o por cualquier otro medio que ellos...

—Ve a pedirle a Norm Schein que efectúe la llamada para mí —le pidió él.

Obedientemente, Anne abandonó la estancia; la puerta del compartimiento se cerró tras ella.

Sin perder un instante, Barney extrajo el libro de claves que Faine le había entregado de su escondite, bajo el horno de la cocina. El mensaje debía comunicarlo en clave.

Las páginas del libro estaban en blanco.

«Entonces no irá en clave, y listo. Tendré que hacerlo lo mejor que pueda y que sea lo que Dios quiera».

Se abrió la puerta y apareció Anne, diciendo:

—El señor Schein está tratando de establecer la comunicación. Dice que ellos solicitan las melodías de su preferencia en todo momento.

La siguió por el pasillo hasta un cuartito atiborrado de cosas, donde Norm estaba sentado ante un transmisor. Cuando entró Barney, volvió la cabeza y dijo:

—Estoy al habla con Charlotte... ¿Es con ella con quien quiere hablar?

—Con Allen —repuso Barney.

—Bien. —Anunció, al cabo de un instante—: Ahora conseguí al Viejo Berenjena Al. Tome. —Le entregó el micrófono a Barney; en la diminuta pantalla apareció el rostro jovial y profesional de Allen Faine—. Un nuevo ciudadano desea hablar con usted, Al. Barney Mayerson, le presento a la mitad del equipo que nos mantiene vivos y cuerdos aquí en Marte. —Hablando consigo mismo, agregó—: ¡Dios, qué dolor de cabeza tengo! Discúlpeme.

Se levantó de la silla ante el transmisor y desapareció bamboleándose por el pasillo.

—Señor Faine —dijo Barney, cautamente—, hace un rato estuve hablando con el señor Palmer Eldritch, y él se refirió a la conversación que mantuvimos usted y yo. Estaba al tanto de todo, y por lo que veo no hay...

—¿A qué conversación se refiere? —preguntó Allen Faine con frialdad.

Por unos instantes, Barney guardó silencio.

—Evidentemente, tenían una cámara de rayos infrarrojos funcionando —siguió diciendo por fin—. Es probable que estuviera en algún Satélite que pasó en aquel momento. Sin embargo, el contenido de nuestra conversación, según parece, todavía no...

—Usted está chiflado —le espetó Faine—. Yo no le conozco y jamás mantuve conversación alguna con usted. Y bien, hombre, ¿quiere solicitar algún disco o no?

Su rostro estaba impasible, con una expresión de indiferencia, y no parecía que estuviese simulando.

—¿Que usted no sabe quién soy? —preguntó Barney, incrédulo.

Faine cortó la comunicación, y la pequeña videopantalla quedó en blanco, mostrando tan sólo el vacío. Barney cerró el transmisor. No sentía nada, salvo una gran apatía. Pasó junto a Anne y salió al pasillo; allí se detuvo, extrajo una cajetilla —¿sería la última?— de cigarrillos terrícolas y prendió uno, pensando: «Lo que le hizo Eldritch a Leo en la Luna o en Sigma 14-B o dondequiera que fuese, me lo ha hecho a mí también. Y terminará por hacemos caer a todos en la trampa. Con toda facilidad. Quedaremos aislados. Se terminará la vida comunal. Al menos para mí; Eldritch empezó conmigo».

«Y pretenden que luche con un frasco vacío que en algún momento contuvo, o tal vez no, una rara y costosa toxina capaz de alterar el cerebro..., pero que ahora sólo contiene a Palmer Eldritch, y ni siquiera todo entero. Solamente su voz».

La llama de la cerilla le quemó los dedos. Él hizo caso omiso.

11

Consultando su pila de papeles con anotaciones, Félix Blau explicó:

—Hace unas quince horas, una nave propiedad de los fabricantes de la Chew-Z, con aprobación de las NU, descendió en Marte y distribuyó las porciones iniciales entre los colonos de Fineburg Crescent.

Leo Bulero se inclinó hacia la pantalla, entrelazó los dedos de sus manos e inquirió:

—¿Incluyendo la Colonia Viruelas Locas?

Félix asintió brevemente con la cabeza.

—En estos momentos —dijo Leo—, Barney ya debería haber ingerido la dosis de esa porquería que pudre el cerebro, y nosotros tendríamos que haber recibido noticias de él a través del Sistema de Satélites.

—Eso es lo que yo creo.

—¿William C. Clarke aún está en funciones?

Clarke era el máximo representante legal de Equipos PP en Marte.

—Sí —repuso Félix—, pero Mayerson tampoco se ha puesto en contacto con él; no se ha comunicado con nadie. —Hizo la pila de documentos a un lado—. Eso es todo cuanto sé sobre este asunto.

—Quizá se murió —dijo Leo, malhumorado; aquel asunto le deprimía—. Tal vez sufrió una convulsión tan violenta que...

—Pero en ese caso nos hubiéramos enterado, porque alguien debería haberlo notificado a uno de los tres hospitales de las NU en Marte.

—¿Dónde está Palmer Eldritch?

—Nadie en mi organización lo sabe —contestó Félix—. Abandonó la Luna y desapareció. Simplemente le perdimos el rastro.

—Daría mi brazo derecho por saber lo que sucede en las profundidades de aquel refugio, esa Colonia Viruelas Locas donde está Barney.

—Vaya usted personalmente a Marte.

—¡Oh, no! —exclamó Leo en el acto—. Después de lo que sucedió en la Luna no pienso moverme de aquí. ¿No hay allí algún hombre de su organización que pueda informarnos directamente?

—Tenemos a esa chica, una tal Anne Hawthorne. Pero ella tampoco se ha comunicado con nosotros. Si usted no va a Marte, tal vez deba ir yo.

—Yo no voy —repitió Leo.

—Esto le costará una buena suma —le recordó Félix Blau.

—Por supuesto —dijo Leo—, y la pagaré. Pero al menos tendremos una oportunidad. Quiero decir que, tal como están las cosas, ahora no tenemos nada —«Y estamos listos», se dijo a sí mismo—. Mándeme la factura —agregó en voz alta.

—¿Pero tiene idea de lo que le costará si yo llego a morir, si me liquidan en Marte? Mi organización...

—Por favor —le interrumpió Leo—. No deseo hablar de eso. ¿Qué es Marte, una tumba que Eldritch está cavando? Es probable que Eldritch haya devorado a Barney Mayerson. Me hago cargo; vaya usted y preséntese en Viruelas Locas.

Cortó la comunicación. Detrás de él, Roni Fugate, su actual Consultora Pre-Moda en Nueva York, estaba sentada escuchando atentamente. «No se ha perdido ni una sola palabra», se dijo Leo para sus adentros.

—¿Está satisfecha su curiosidad? —le preguntó con rudeza.

Roni dijo:

—Se comporta con Barney tal como él se comportó con usted.

—¿Quién, yo? ¿Cómo?

—Barney tuvo miedo de seguirle los pasos cuando usted desapareció en la Luna. Ahora usted teme...

—Simplemente sería una insensatez... De acuerdo: le temo tanto a Palmer que no me atrevo a poner los pies fuera de este edificio. Por supuesto que no pienso ir a Marte y lo que usted dice es absolutamente cierto.

—Pero a usted nadie va a despedirle —replicó Roni en voz baja—, tal como hizo con Barney.

—Me estoy despidiendo a mí mismo. Interiormente. Y eso duele.

—Pero no lo suficiente como para obligarle a ir a Marte.

—¡Está bien!

En un arrebato de ira, conectó el videófono de nuevo y marcó el número de Félix Blau.

—Blau, retiro lo dicho. Iré yo personalmente. Aunque sea una locura.

—Francamente —repuso Félix—, en mi opinión, lo que piensa hacer es exactamente lo que Palmer Eldritch desea que haga. Todo es una cuestión de valentía frente...

—El poder de Eldritch se manifiesta por intermedio de esa droga —le atajó Leo—. Mientras no pueda administrármela, estaré a salvo. Me haré acompañar por algunos guardias de la compañía para que vigilen que no me apliquen alguna inyección como la última vez. Eh, Blau, igualmente usted vendrá conmigo, ¿no es así? —se volvió de cara a Roni—. ¿Le parece bien?

—Sí —respondió ella, asintiendo con un movimiento de cabeza.

—¿Ve usted? Ella dice que le parece bien. De modo que ¿me acompañará a Marte y me llevará de la mano?

—Claro, Leo —contestó Félix Blau—. Y si se desmaya, le abanicaré para que recobre el conocimiento. Pasaré por su oficina dentro de... —consultó su reloj de pulsera— dos horas. Examinaremos todos los detalles. Tenga una nave preparada. Llevaré conmigo un par de hombres de confianza.

—Ya está —le dijo Leo a Roni en cuanto cerró la comunicación—. Mire lo que me obligó a hacer. Ya ocupa usted el puesto de Barney y, si no logro regresar de Marte, tal vez consiga sentarse en mi sillón también.

Mientras la contemplaba, pensó: «Las mujeres pueden conseguir que un hombre haga cualquier cosa. La madre, la esposa e incluso una empleada; nos retuercen como si fuésemos pedacitos de termoplástico caliente».

—¿Cree realmente que es por eso que le hablé, señor Bulero? ¿De veras lo cree?

ÉI la miró con dura expresión durante un largo rato.

—Sí, porque es usted una ambiciosa insaciable. Eso es realmente lo que creo.

—Está usted equivocado.

—Si no regreso de Marte, ¿vendrá a rescatarme?

Esperó que le respondiera, pero ella no dijo nada; al ver la vacilación que se reflejaba en su rostro, no pudo contener una carcajada.

—Por supuesto que no lo hará —dijo.

Sin inmutarse, Roni Fugate anunció:

—Debo volver a mi despacho; tengo que juzgar las posibilidades de una vajilla de plata y porcelana. Unos modernos diseños de Ciudad de El Cabo.

Se puso en pie y se marchó. Él la observó, pensando: «Es la verdadera. Y no Palmer Eldritch. Si consigo volver, tengo que encontrar el medio de bajarle los humos. No me gusta que nadie me maneje».

«Palmer Eldritch —pensó de pronto— se apareció bajo la forma de una niñita, de una criatura..., sin hablar de cuando se convirtió en perro. Tal vez Roni Fugate no existe; tal vez sea Eldritch».

Aquel pensamiento le provocó un escalofrío. Se dijo: «Nos enfrentamos no con una invasión de seres de otro Sistema de Próxima, ni con una invasión de las legiones de una raza de seudoseres humanos. No. Es Palmer Eldritch quien se encuentra en todas partes, creciendo y creciendo como una mala hierba. ¿Llegará a un punto en que estallará? Todas las manifestaciones de Eldritch, cubriendo toda la Tierra, la Luna y Marte; Palmer inflamándose y haciendo explosión: ¡pum, pum! Como dice Shakespeare: introducir un mero alfiler a través de la armadura, y al diablo el rey».

«Pero, ¿qué es en este caso el alfiler? ¿Y acaso existe algún resquicio por el cual podamos introducirlo? Yo no lo sé, y Félix y Mayerson tampoco. Apostaría a que Barney no tiene ni la más remota idea de cómo habérselas con Eldritch. ¿Secuestrando a Zoe, la espantosa hija mayor de ese endemoniado hombre? A Palmer no le importaría. A menos que Zoe sea también Palmer; quizá no existe ninguna Zoe, independiente de él. Y en eso nos convertiremos todos a menos que encontremos la manera de destruirle. Réplicas, apéndices de Eldritch, poblando tres planetas y seis satélites. El protoplasma de ese hombre, extendiéndose, reproduciéndose y subdividiéndose, y todo mediante esa maldita droga derivada de un líquen no perteneciente a la Tierra, esa horrible y despreciable Chew-Z».

De nuevo ante el videófono se comunicó con el Satélite de Allen Faine. Inmediatamente, algo insustancial e imprecisa, apareció la imagen de su principal disc-jockey.

—Dígame, señor Bulero.

—¿Está seguro de que Mayerson no se ha puesto en contacto con usted? El libro de claves obra en su poder, ¿no es cierto?

—Tiene el libro en su poder, pero aún no hemos tenido noticias de él. Hemos cuidado de todas las transmisiones desde la Colonia Viruelas Locas. Vimos la nave de Eldritch aterrizar cerca del refugio, de eso hace varias horas, y observamos que Eldritch descendía y se acercaba a los colonos y,

aunque nuestras cámaras no lo captaron, estoy seguro de que la transacción se consumó en aquel instante. Y Barney Mayerson era uno de los colonos que se encontraron con Eldritch en la superficie.

—Creo saber lo que ocurrió —dijo Leo—. Está bien, gracias, Al.

Apagó el aparato. «Barney se fue abajo con la Chew-Z y acto seguido todos se aprestaron a mascarla y eso fue el final, tal como lo fue para mí en la Luna. Nuestro plan requería que Barney tomara la droga, y así caímos directamente en las sucias y semimecánicas manos de Palmer; una vez se introdujo la droga en el organismo de Barney, estuvimos listos. Porque Eldritch de alguna manera maneja todos y cada uno de los universos alucinatorios inducidos por la droga. Y yo sé —¡vaya si lo sé!— que el muy canalla está en todos ellos».

«Los mundos de fantasía que provoca la Chew-Z se encuentran en la mente de Palmer Eldritch, como lo pude comprobar personalmente. Y el problema es que una vez se entra en uno de ellos, ya no hay forma de escapar; uno sigue allí aun cuando piense que está libre. Es una trampa sin salida, y tengo la sospecha que todavía estoy en ella ahora».

No obstante, esto no parecía probable. «Y a pesar de todo», pensó, «ello demuestra cuán asustado estoy..., tal como Roni Fugate observó. Lo suficientemente asustado (lo reconozco) como para abandonar a Barney a su suerte, como él me abandonó a mí. Y Barney, recurriendo a su habilidad precognitiva, lo previó, casi hasta el punto en que lo veo yo, como en una percepción tardía. Él supo con antelación lo que yo tuve que descubrir por la experiencia. No es raro que se echara atrás».

«¿Quién será el sacrificado? ¿Yo, Barney, Félix Blau? ¿Quién de nosotros se está disolviendo para que Palmer pueda engullirle? Porque eso es lo que somos potencialmente para él: alimento que será consumido. Lo que llegó del Sistema de Próxima es un ser oral, una enorme boca, abierta para recibirnos».

«Pero Palmer no es un caníbal. Porque yo sé que no es humano; no es un hombre lo que hay bajo la piel de Palmer Eldritch».

Empero, no tenía noción alguna de lo que era. Algo pudo haber sucedido en el vasto espacio que había entre el Sol y Próxima, a la ida o a la vuelta. «Tal vez ocurrió cuando Palmer se encontraba en el viaje de ida; quizá devoró a los proximanos durante estos diez años, dejó el plato bien limpio y entonces regresó a por nosotros. ¡Puaf!». Leo se estremeció. «Bueno, dos horas más de vida independiente, más el tiempo que se tarda en trasladarse a Marte. Quizá diez horas de existencia y luego...». Tragó saliva. «Y esa detestable droga está siendo distribuida por todo Marte; imagínate la cantidad de gente confinada en los universos ilusorios de Palmer, en las redes que está tendiendo. ¿Cómo lo llaman esos budistas de las NU como Hepburn-Gilbert? Maya. El velo de la ilusión. ¡Mierda!»

Presa del desaliento, extendió la mano para conectar su intercomunicador con el fin de solicitar una nave rápida para el vuelo. «Y quiero un buen piloto. Últimamente hay demasiados accidentes en los aterrizajes autonómicos. No quiero que mis restos queden esparcidos por todo el terreno... Especialmente en aquel terreno».

—¿Quién es el mejor piloto interplanetario que tenemos? —le preguntó a la señorita Gleason.

Librodot

—Don Davis —respondió prestamente la señorita Gleason—. Tiene una hoja de servicios impecable en... bueno, usted ya sabe: los vuelos que ha realizado desde Venus.

Su secretaria no quiso referirse explícitamente a la distribución de la Can-D; Incluso el intercomunicador podía estar intervenido.

Al cabo de diez minutos estaban listos todos los preparativos para el viaje.

Leo Bulero se recostó contra el respaldo de su sillón, encendió un enorme cigarro de hoja verde que había estado encerrado en un humificador lleno de helio probablemente durante años... El cigarro, al morderle la punta, le pareció seco y quebradizo; crujió bajo la presión de sus dientes, y Leo se sintió frustrado. ¡Parecía tan excelente, tan perfectamente conservado en su féretro! «Bueno, uno nunca sabe nada hasta que lo comprueba personalmente».

Se abrió la puerta de su despacho. Entró la señorita Gleason, llevando en una mano la documentación para solicitar la nave.

La mano que sostenía los papeles era artificial; Leo percibió el reflejo del metal que no estaba recubierto y en seguida levantó la cabeza para escrutar el rostro de la mujer y examinar el resto de su cuerpo. «Dientes del Neanderthal», pensó. «Eso es lo que parecen esos gigantescos molares de acero inoxidable». Regresión: doscientos mil años hacia el pasado; era irritante. Y los luxvideo o videolux o comoquiera que se llamaran aquellos ojos, con ranuras en vez de pupilas. Un producto de los Laboratorios Jensen de Chicago.

—¡Maldito sea, Eldritch! —le espetó.

—Yo también soy su piloto —anunció Palmer Eldritch, desde el interior de las formas de la señorita Gleason—. Y tenía pensado darle la bienvenida cuando aterrizara. Pero eso sería demasiado..., demasiado precipitado.

—Déme los papeles que tengo que firmar —pidió Leo, extendiendo la mano.

—¿Aún tiene intención de realizar su viaje a Marte? —parecía haberse quedado decididamente atónito.

—Sí —respondió Leo, y esperó pacientemente a que le entregara la documentación.

Una vez que se ha tomado la Chew-Z uno está condenado. Al menos así es como lo expresaría la dogmática, devota y fanática Anne Hawthorne. Pensó Barney Mayerson: «Como con el pecado, son los términos de la esclavitud. Como la Caída. Y la tentación es similar. Pero lo que nos falta aquí es un medio por el cual podamos ser liberados. ¿Tendremos que ir a Próxima para descubrirlo? Puede ser que ni siquiera allí exista. Ni en todo el universo».

Anne Hawthorne apareció en la puerta de la sala de transmisión del refugio.

—¿Estás bien?

—Claro —repuso Barney—. Como bien sabes, nosotros nos metimos en esto. Nadie nos obligó a mascar Chew-Z —dejó caer el cigarrillo al suelo y lo extinguió con la punta de su bota—. Y tú no quieres darme tu porción.

Pero no era Anne Hawthorne quien se la negaba. Era Palmer Eldritch, que actuaba por su intermedio.

«A pesar de todo, sé que puedo quitársela», se dijo.

—¡Deténte! —gritó ella.

O más bien «eso» lo gritó.

—¡Eh! —chilló Norm Schein desde el cuarto de transmisión, poniéndose en pie de un salto, estupefacto—. ¿Qué está haciendo, Mayerson? Suéltela...

El fuerte brazo artificial le golpeó; los dedos metálicos se cerraron y casi fue el fin. Oprimieron su cuello, expertamente, atentos al punto en que la muerte podía ser más efectivamente administrada. Pero él tenía el paquetito y eso bastaba; soltó a la criatura.

—No la tomes, Barney —le advirtió ella con voz pausada—. Es demasiado pronto, después de la primera dosis. Te lo ruego.

Sin responderle, él se alejó en dirección a su propio compartimiento.

—¿Quieres hacerme un favor? —le gritó ella—. Divide la porción en dos partes y déjame tomarla contigo, para que pueda acompañarte.

—¿Por qué? —preguntó él.

—Tal vez pueda ayudarte si estoy contigo.

Barney replicó:

—Puedo arreglármelas solo.

«Si puedo encontrar a Emily antes del momento del divorcio, antes de la aparición de Richard Hnatt... como hice la primera vez. Ése es el único sitio en que tengo una verdadera oportunidad. Una y otra vez. ¡Inténtalo! Hasta que lo logres».

Cerró la puerta con llave.

Mientras devoraba la Chew-Z pensó en Leo Bulero: «Usted logró escapar. Probablemente debido a que Palmer Eldritch fue más débil que usted. ¿Es eso? ¿O bien Eldritch no hace más que soltar el sedal, para dejarle retozar? Usted podría presentarse aquí y evitar que cometiera esta locura, aunque ahora ya es demasiado tarde. Incluso Eldritch quiso prevenirme, por boca de Anne Hawthorne; pero ni él pudo impedirlo, ¿y ahora qué? ¿He ido tan lejos como para despeñarme hacia profundidades que escapan a su vista? Donde ni siquiera Palmer Eldritch puede llegar, donde nada existe».

«Y naturalmente, ya no puedo volver atrás».

Le dolía la cabeza y cerró los ojos involuntariamente. Era como si su cerebro, al igual que un ser vivo y asustado, se estremeciera físicamente; lo sentía temblar. Comprendió que se trataba de una alteración metabólica. Estado traumático. «Lo lamento», dijo para sus adentros, disculpándose ante su parte somática. «¿Qué más puedo decir?»

—¡Socorro! —gritó en voz alta.

—¡Oh, socorro..., un cuerno! —gruñó una voz masculina—. ¿Qué quieres que haga, que te tome la mano? Abre los ojos y lárgate de aquí. Esa temporada que pasaste en Marte te arruinó, y yo ya estoy harto. ¡Vamos!

—Cállese —imploró Barney—. Estoy enfermo; fui demasiado lejos. ¿Quiere decir que todo cuanto puede hacer es gritarme de esa manera?

Abrió los ojos y vio a Leo Bulero, que estaba sentado tras su enorme escritorio de roble, sobre el que se apilaban desordenadamente los papeles.

—Oiga —añadió Barney—, me encuentro bajo los efectos de la Chew-Z; no puedo evitarlo. Si usted no puede ayudarme, entonces estoy listo.

Las piernas se le doblaron como si fuesen de cera mientras se acercaba a una silla cercana y se dejaba caer en ella.

Observándole pensativamente, fumando su cigarro, Leo le dijo:

—¿Estás bajo los efectos de la Chew-Z ahora? —frunció el ceño—. ¿Cómo es posible si hace dos años que está prohibida?

—¿Está prohibida?

Librodot

—Sí, prohibida. Dios mío, no sé si vale la pena que pierda el tiempo conversando contigo. ¿Qué eres, una especie de fantasma que regresa del pasado?

—Ya oyó lo que le dije; dije que estoy bajo los efectos de la droga... —apretó los puños.

—Está bien, está bien. —Leo exhalaba densas bocanadas de humo gris, agitadamente—. No te excites. Demonios, yo también vislumbré el futuro y no perdí la vida por ello. Y en definitiva, tú eres un precognitor... Por todos los diablos, ya deberías estar acostumbrado a ello. De todos modos... —se apoyó en el respaldo de su sillón, lo hizo girar y luego cruzó las piernas—. Yo vi el monumento, ¿comprendes? Adivina a quién está dedicado. A mí.

Miró a Barney fijamente y luego se encogió de hombros.

Barney dijo:

—Yo nada tengo que ganar, nada en absoluto, de todo este período. Deseo recobrar a mi esposa. Necesito a Emily.

Se sentía airado, crecientemente amargado. La hiel de la frustración.

—Emily... —Leo Bulero asintió con la cabeza. Luego, hablando por el intercomunicador, dijo—: Señorita Gleason, que nadie nos moleste durante un rato, por favor.

Dirigiendo de nuevo su atención a Barney, lo observó con detenimiento.

—Ese individuo, Hnatt creo que se llama, fue apresado por la policía de las NU juntamente con el resto de la organización de Eldritch. Hnatt tenía un contrato firmado con el agente comercial de Eldritch, ¿comprendes? Bien, le dieron a elegir entre una condena a prisión..., de acuerdo, reconozco que es injusto, pero no me hagas responsable de ello..., o emigrar. Hnatt emigró.

—¿Y ella?

—¿Cómo demonios hubiera podido seguir adelante con su negocio de cerámica desde un refugio subterráneo en el desierto marciano? Naturalmente, mandó al muy estúpido a freír espárragos. Bueno, como ves, si hubieses esperado...

Barney le preguntó:

—¿Es usted realmente Leo Bulero? ¿O bien es Palmer Eldritch? Y todo esto me lo cuenta para aumentar mi amargura, ¿no es verdad?

Arqueando una ceja, Leo contestó:

—Palmer Eldritch está muerto.

—Pero esto no es real, sino una fantasía creada por la droga. La traslación.

—¡Un cuerno no es real! —Leo le fulminó con la mirada—. ¿Qué sería yo entonces? Escucha —Apuntó enfurecido á Barney con el dedo—: No hay nada irreal en mí; tú eres el único que no es más que un condenado fantasma que vuelve del pasado. Quiero decir que tú eres el único que ha revertido completamente la situación. ¿Me oyes? —golpeó contra la superficie de su escritorio con toda la fuerza de sus manos—. Éste es el sonido que hace la realidad. Y yo te digo que tu ex esposa y Hnatt están divorciados. Lo sé porque ella nos vende sus cacharros para ser miniaturizados. De hecho, estuvo en el despacho de Roni Fugate el jueves pasado.

Enfurruñado, aspiró el humo de su cigarro, sin apartar la vista de Barney.

—Entonces lo único que tengo que hacer —dijo Barney— es ir a verla.

No podía ser más simple.

Librodot

—Oh, sí —afirmó Leo, asintiendo con la cabeza—. Pero hay una cosa: ¿Qué piensas hacer con Roni Fugate? Estás viviendo con ella en este mundo que te empeñas en imaginar que es irreal.

Atónito, Barney arguyó:

—¿Al cabo de dos años?

—Y Emily está enterada de ello porque desde que nos vende sus cerámicas por intermedio de Roni se han convertido en grandes amigas; se cuentan mutuamente sus secretos. Considéralo desde el punto de vista de Emily: si accede a que vuelvas a su lado, Roni probablemente dejará de aceptarle sus piezas de cerámica. Es un riesgo, y apostaría a que Em no querrá correrlo. Quiero advertirte que le hemos concedido a Roni absoluta capacidad de decisión, como tú tenías en tu época.

—Emily jamás antepondría su carrera a su propia vida —argumentó Barney.

—Tú lo hiciste. Tal vez Em aprendió de ti. De cualquier manera, a pesar de haberse quitado de encima a ese tipo Hnatt, ¿por qué motivo Emily habría de querer volver a tu lado? En estos momentos vive plenamente su carrera; es famosa en todo el sistema planetario y tiene todas las pieles del mundo... ¿Quieres saber la verdad? Tiene todos los hombres que quiere y en el momento en que lo desea. Em no te necesita; afronta la realidad, Barney. Además, ¿qué tiene de malo Roni? Francamente a mí no me importaría...

—Creo que usted es Palmer Eldritch —insistió Barney.

—¿Yo? —Leo se golpeó el pecho—. Barney, yo maté a Eldritch. Por eso me levantaron aquel monumento. —Hablaba en voz baja y pausada, pero se había ruborizado intensamente—. ¿Acaso tengo dientes de acero? ¿Por ventura tengo un brazo artificial? —levantó ambas manos—. ¿Y bien? Y mis ojos...

Barney se dirigió hacia la puerta del despacho.

—¿Adónde vas? —le preguntó Leo.

—Estoy seguro —repuso Barney, abriendo la puerta— de que si puedo ver a Emily aunque sólo sea unos minutos...

—No, no puedes, amigo —le interrumpió Leo, meneando firmemente la cabeza.

Mientras esperaba el ascensor en el pasillo, Barney pensaba: «Quizás era realmente Leo. Y tal vez sea cierto... Así que no puedo lograrlo sin Palmer Eldritch».

«Anne tenía razón; debería haberle dado la mitad de la porción a ella y luego hubiéramos podido intentarlo juntos. Anne, Palmer... es todo lo mismo; todo es él, el creador. Eso es él: el dueño y señor de estos universos. Nosotros sólo los habitamos, y cuando quiere, él puede habitarlos también. Puede desmontar el decorado de un puntapié, manifestarse, impulsar las cosas en cualquier dirección que se le antoje. Incluso puede ser cualquiera de nosotros si lo desea. Todos nosotros, en realidad, si así se le ocurre. Eterno, intemporal y multidimensional... Hasta puede entrar en un mundo en el que esté muerto».

Palmer Eldritch se fue a Próxima siendo un hombre y volvió convertido en un dios.

Mientras esperaba el ascensor, Barney imploró en voz alta:

—Palmer Eldritch, ayúdeme. Haga que mi esposa vuelva junto a mí.

Miró a su alrededor; no había nadie que pudiera oírle.

Librodot

Llegó el ascensor. Las puertas se deslizaron hacia los costados. Dentro del ascensor esperaban cuatro hombres y dos mujeres, en silencio.

Todos ellos eran Palmer Eldritch. Hombres y mujeres por igual: con su brazo artificial, sus dientes de acero inoxidable..., el rostro enjuto, consumido, grisáceo, y con ojos Jensen.

Virtualmente al unísono, pero no completamente, como si compitieran unas con otras para ser la primera en hablar, las seis personas dijeron:

—No podrá regresar a su propio mundo desde aquí, Mayerson; ha ido usted demasiado lejos, esta vez, al tomar una sobredosis masiva. Ya se lo advertí cuando me la arrebató en Viruelas Locas.

—¿No puede ayudarme? —preguntó Barney—. Tengo que recobrarla.

—Es que usted no entiende —dijeron todos los Palmer Eldritch, meneando la cabeza a la vez, con el mismo movimiento que Leo le había impartido momentos antes y la misma firme denegación—. Como se le señaló, puesto que éste es su futuro, tal vez usted ya está establecido aquí definitivamente. Así que ya no existe lugar alguno para usted; es una cuestión de simple lógica. ¿Para quién debería yo atrapar a Emily? ¿Para usted? ¿O para el legítimo Barney Mayerson que vivió naturalmente hasta este tiempo? Y no crea que él no ha intentado recuperar a Emily. ¿No ha pensado usted —y es obvio que no lo ha hecho— que cuando los Hnatt se separaron él hizo su intento? Yo, entonces, hice cuanto pude por él; eso sucedió hace unos meses, precisamente cuando Richard Hnatt fue embarcado hacia Marte, pataleando y protestando durante todo el camino. Personalmente no lo culpo a Hnatt: fue una jugada sucia, maquinada totalmente por Leo, por supuesto. Y ahora mírese. —Los seis Palmer Eldritch hicieron un gesto de menosprecio—. Usted es un fantasma, como Leo dijo; literalmente hablando, puedo ver a través de su cuerpo. Le diré con términos más precisos lo que es usted. —Acto seguido, las seis personas, calmosamente y de una manera desapasionada, lo declararon—: Usted es un espectro.

Barney se quedó contemplándolas y ellas le contemplaron, a su vez, inconmovibles.

—Trate de edificar su vida sobre esta premisa —siguieron diciendo los Eldritch—. Y bien, usted obtuvo lo que San Pablo promete, como decía la charlatana Anne Hawthorne: dejó de estar revestido de una carne corruptible y mortal; ahora posee un cuerpo etéreo. ¿Qué le parece, Mayerson?

Su tono era burlón, pero la compasión se traslucía en los seis rostros; se manifestaba en los horribles, ranurados y mecánicos ojos de todos ellos.

—Usted es inmortal; no tiene que comer ni beber ni respirar... Si lo desea, puede atravesar las paredes. De hecho, cualquier objeto físico que se le antoje. Eso lo descubrirá con el tiempo. Evidentemente, camino de Damasco, San Pablo tuvo una visión relacionada con este fenómeno. Con éste y con muchos más —añadieron los Eldritch—. Como puede ver, estoy dispuesto a considerar con cierta simpatía los puntos de vista de los primitivos y los neocristianos, que Anne pregona. Contribuyen a explicar muchas cosas.Barney dijo:

—¿Y qué me dice con respecto a usted, Eldritch? Está usted muerto: Leo le dio muerte hace dos años.

«Y yo sé que está sufriendo lo mismo que yo; a lo largo de la ruta, debe de haberle sobrevenido el mismo proceso. Ingirió una sobredosis de Chew-Z y ahora tampoco puede regresar a su propio tiempo y a su propio mundo».

Librodot

—Lo que dice aquel monumento —dijeron los seis Eldritch, murmurando a coro como un lejano viento ululante— es inexacto. Al partir de Venus, una de mis naves mantuvo una batalla con una de las de Leo. Yo estaba a bordo de la nuestra, o debía estar a bordo. Y Leo se encontraba en la suya. Él y yo acabábamos de mantener una conferencia con Hepburn-Gilbert en Venus y, en el viaje de regreso a la Tierra, Leo aprovechó la oportunidad de asaltar nuestra nave. Es sobre esta base que se erigió el monumento, debido a la aguda presión económica de Leo, aplicada a todos los adecuados organismos políticos. Así ingresó de una vez y para siempre en los libros de la Historia.

Por el pasillo se acercaban dos personas, un joven ejecutivo bien trajeado y una joven que posiblemente era su secretaria. Ambos observaron con curiosidad a Barney y luego a las seis personas que se encontraban dentro del ascensor.

Aquellos seres dejaron de ser Palmer Eldritch: la metamorfosis se produjo ante sus propios ojos. De pronto se convirtieron en seis individuos, en hombres y mujeres corrientes, completamente heterogéneos.

Barney se alejó del ascensor. Durante un lapso inconmensurable deambuló por los pasillos y luego, por una rampa, descendió hasta el nivel del suelo donde estaba situada la dirección de Equipos PP. Allí localizó en el tablero correspondiente a su propio nombre y el número de su despacho. Irónicamente —y eso ya era casi el colmo— él tenía el cargo que había intentado obtener por la fuerza de parte de Leo poco tiempo atrás; figuraba como Supervisor Pre-Moda, destacándose claramente por encima de todos los demás precognitores. Una vez más, pues, si hubiese esperado…

Sin ninguna duda Leo había logrado traerle de vuelta de Marte. Le había rescatado del mundo de los colonos. Y ello significaba mucho.

El proyectado litigio —o alguna otra táctica sustituta— había tenido éxito. O más bien lo tendría. Y tal vez muy pronto.

El velo de la alucinación tendido por Palmer Eldritch, el pescador de almas, era extraordinariamente efectivo, pero no perfecto. No lo era a largo plazo. Por lo tanto si hubiese dejado de consumir Chew-Z después de la dosis inicial…

Tal vez el hecho de que Anne Hawthorne tuviese en su poder una porción de Chew-Z había sido deliberado. Un medio para inducirle a tomarla una vez más e inmediatamente. De ser así, las protestas de Anne fueron espurias; ella tuvo la intención de que la obtuviera por la fuerza, y, al igual que una bestia extraviada, él se lanzó en pos de la salida que vislumbraba. En todo momento fue un títere en manos de Palmer Eldritch.

Y no había sendero alguno por el cual pudiese volver atrás.

Si es que tenía que creer a Eldritch, hablando por boca de Leo. Por intermedio de su congregación ubicua. Pero ésa era la palabra clave: si…

En el ascensor descendió al piso de su despacho.

Cuando abrió la puerta del despacho, el hombre sentado tras de su escritorio levantó la cabeza y dijo:

—Cierra. No tenemos tiempo que perder.

El hombre, que era él mismo, se puso en pie; Barney le escrutó el rostro y luego, pensativamente, cerró la puerta tal como le habían ordenado.

—Gracias —dijo su futuro yo, glacialmente—. Y deja de preocuparte por volver a tu propia época; lo harás. La mayor parte de las cosas que Eldritch hizo, o hace, si prefieres considerarlo de este modo, consiste en producir

cambios superficiales: logra que las cosas parezcan lo que él quiere, pero eso no significa que lo sean. ¿Me sigues?

—Prefiero que me lo expliques.

Su futuro yo prosiguió diciendo:

—Comprendo que para mí es muy fácil decirlo ahora. Eldritch todavía se aparece de cuando en cuando, a veces incluso públicamente, pero yo sé y todo el mundo sabe, hasta el más ignorante lector de los homeodiarios de ínfima categoría, que no es más que un fantasma; el hombre real reposa en una tumba en Sigma 14-B y eso ha sido verificado. Pero tú te encuentras en un punto diferente. Para ti, el verdadero Palmer Eldritch podría presentarse en cualquier momento; lo que a tus ojos sería real, para mí sólo sería un fantasma, y lo mismo sucederá cuando regreses a Marte. Te encontrarás con un auténtico Palmer Eldritch de carne y hueso, y francamente no envidio tu suerte.

—Dime simplemente cómo puedo regresar —dijo Barney.

—¿Y Emily? ¿Ya no te interesa más?

—Tengo miedo.

Y sintió que su propia mirada, con la percepción y conocimiento del futuro, le escrutaba el rostro.

—Bueno —murmuró—, ¿qué pretendes que haga, que simule un coraje que no siento sólo para impresionarte? De cualquier manera, lo sabrías.

—La ventaja que tiene Eldritch con respecto a todos aquellos que han consumido Chew-Z reside en que la recuperación de los efectos de la droga es excesivamente lenta y gradual; está constituida por una serie de etapas, en cada una de las cuales decrece progresivamente la ilusión inducida por la droga y aumenta cada vez más la noción de la auténtica realidad. A veces el proceso se prolonga durante años. Es por eso que las NU tardaron en prohibirla y volverse contra Eldritch. En un primer momento, Hepburn-Gilbert la autorizó porque creyó honestamente que contribuía a que el consumidor penetrara en la realidad concreta, y luego resultó evidente para todo aquel que la tomaba o presenciaba su ingestión que sus efectos eran exactamente lo...

—Entonces quiere decir que yo jamás me recobré de los efectos de la primera dosis.

—Exactamente. Nunca volviste a la realidad, como te hubiera sucedido si hubieses tardado veinticuatro horas más. Aquellos fantasmas de Eldritch, incorporados a la materia normal, se habrían desvanecido por completo; hubieras sido libre. Pero Eldritch te instigó para que aceptaras la segunda y más fuerte dosis. Sabía que te habían mandado a Marte para actuar contra él, aunque no tenía idea de la forma en que lo harías. Te tenía miedo.

Sonaba extraño oír decir eso; no parecía normal. Eldritch, después de todo lo que había hecho y podía hacer... Pero era cierto que Eldritch había visto el monumento del futuro: estaba seguro de que, después de todo, de alguna manera lograrían darle muerte.

La puerta del despacho se abrió abruptamente.

Roni Fugate se asomó y les vio a los dos; no dijo nada... simplemente se quedó contemplándoles, con la boca abierta. Y luego, finalmente, murmuró:

—Un fantasma. Creo que es el que está de pie, el que se encuentra más cerca de mí.

Temblorosamente, entró en el despacho y cerró la puerta tras de sí.

Librodot

—Es cierto —dijo el futuro yo de Barney, escrutando su cara con mirada penetrante—. Puedes comprobarlo poniendo la mano a través de su cuerpo.

Ella así lo hizo. Barney Mayerson vio cómo la mano de la joven penetraba en su cuerpo y desaparecía.

—No es la primera vez que veo un fantasma —dijo ella, retirando la mano, aparentemente más serena—, pero nunca había visto uno de ti, querido. Todo el mundo que consumía aquella droga abominable se convertía en fantasma más tarde o más temprano, pero recientemente son menos frecuentes. En una época, alrededor de un año atrás, cada vez que te dabas vuelta te encontrabas con uno. Hepburn-Gilbert, finalmente, vio uno de sí mismo; justo lo que se merecía.

—Tienes que saber —le dijo a Roni el futuro yo de Barney— que este fantasma se encuentra bajo el dominio de Eldritch, aunque para nosotros aquel hombre está muerto. Por lo tanto tenemos que ir con cuidado. Eldritch puede empezar a modificar su percepción en cualquier momento, y cuando eso suceda, él no tendrá más remedio que reaccionar consecuentemente.

Dirigiéndose a Barney, Roni le preguntó:

—¿Qué podemos hacer por ti?

—Desea regresar a Marte —le explicó su futuro yo—. Habían elaborado un plan tremendamente complicado para eliminar a Eldritch por intermedio de los tribunales interplanetarios, según el cual él tenía que tomar un epileptógeno ioniano, el KV-7, ¿lo recuerdas?

—Pero jamás se presentó el caso ante los tribunales —dijo Roni—. Eldritch se anticipó. Tuvimos que abandonar el proyecto.

—Podemos transportarte a Marte —le dijo a Barney su futuro yo— en una nave de Equipos PP, pero eso de nada servirá, porque Eldritch no sólo te seguirá y estará contigo en el vehículo espacial, sino que te esperará allí para darte la bienvenida... Uno de sus pasatiempos favoritos. No olvides nunca que un fantasma puede ir a todas partes; no está limitado ni por el tiempo ni por el espacio. Eso es lo que le convierte en fantasma; eso y el hecho de que carece de metabolismo, al menos en el sentido que le damos a ese término. Curiosamente, sin embargo, es afectado por la fuerza de gravedad. En estos últimos tiempos se han hecho varios estudios acerca de este hecho, pero es muy poco lo que se sabe al respecto —concluyó, con manifiesta intención—. En especial sobre el aspecto secundario: cómo se vuelve un fantasma a su propio tiempo y espacio, exorcisándolo.

Barney dijo:

—¿Estás ansioso por deshacerte de mí?

Sintió un escalofrío.

—Así es —repuso su futuro yo con calma—. Exactamente tan ansioso como tú lo estás por regresar. Ahora sabes que cometiste un error, sabes que...

Miró a Roni y en seguida enmudeció. No quería referirse al asunto de Emily delante de la joven.

—Han efectuado algunos intentos con electrochoques de bajo amperaje y alto voltaje —explicó Roni—. Y con campos magnéticos. La Universidad de Columbia ha...

—El mejor trabajo llevado a cabo hasta el momento —terció su futuro yo— es el del Departamento de Física de la Universidad de California. El fantasma es bombardeado con partículas beta que desintegran la base proteica esencial para...

Librodot

—Está bien —le atajó Barney—. Te dejaré en paz. Iré al Departamento de Física de la Universidad de California y veré qué pueden hacer.

Se sentía absolutamente vencido: «Hasta mi propio yo me ha abandonado; es lo último que me podía suceder. ¡Rayos!», se dijo con la furia salvaje de la impotencia.

—¡Qué raro! —exclamó Roni.

—¿Qué es raro? —inquirió el futuro yo de Barney, echando el sillón hacia atrás, cruzándose de brazos y mirándola fijamente.

—Que hayas dicho eso de la Universidad de California —contestó Roni—. Que yo sepa, nunca realizaron experimento alguno con fantasmas allí. —En voz baja le dijo a Barney—: Dile que te muestre las manos.

Barney dijo:

—A ver tus manos.

Pero ya se había iniciado la paulatina transformación en el hombre sentado, sobre todo en la mandíbula: la idiosincrática prominencia que tan familiar le resultaba a Barney.

—No te molestes —dijo con voz pastosa, ligeramente mareado. Su futuro yo dijo con tono burlón:

—Dios ayuda a aquellos que se ayudan a sí mismos, Mayerson. ¿Cree realmente que le hará algún bien andar rondando por ahí y tratando de soñar con alguien que se compadezca de usted? ¡Diablos, yo siento compasión por usted! Ya le advertí que no tomara la segunda porción. Le libraría de esto si supiera cómo hacerlo, y eso que sé mucho más sobre esa droga que cualquier otro ser viviente.

—¿Y qué le ocurrirá ahora a él? —le preguntó Roni a su futuro yo, que ya había dejado de serlo.

La metamorfosis fue al fin completa y Palmer Eldritch estaba sentado muy erguido ante el escritorio, alto y grisáceo, balanceándose ligeramente en el sillón giratorio, mientras se materializaba una enorme masa de telarañas intemporales, de forma cuasi humana y con la actitud de un caballero feudal.

—Dios mío, ¿estará condenado a deambular por aquí eternamente?

—Una buena pregunta —dijo Palmer Eldritch con voz grave—. Ojalá yo lo supiera, tanto por mí mismo como por él. Recuerde que me encuentro enterrado en esto más profundamente que Mayerson. —Dirigiéndose a Barney, dijo—: Ya debe de haber comprendido que no es necesario que asuma su Gestalt normal, ¿no es cierto? Puede convertirse en una piedra, en un árbol, en un saltamontes o en un pedazo de techo antitérmico. Yo he sido todas esas cosas y muchas más. Si se convierte en algo inanimado, en un viejo leño, por ejemplo, dejará de tener conciencia del paso del tiempo. Es una posible solución interesante para alguien que desea evadirse de su existencia fantásmica. Yo no. —Hablaba en voz baja—. Porque para mí, volver a mi propio espacio y tiempo significa la muerte, por ingestión de Leo Bulero. En caso contrario, sólo puedo vivir en este estado. Pero en su caso... —hizo un gesto, sonriendo débilmente—. Conviértase en una roca, Mayerson. Perdure, sin importarle el tiempo que tarde la droga en dejar de surtir sus efectos. Diez años, un siglo. Un millón de años. O sea un viejo hueso fósil en un museo.

Su mirada era afable.

Al cabo de un rato, Roni observó:

—Tal vez tenga razón, Barney.

Librodot

Barney se acercó al escritorio, cogió un pisapapeles de cristal y volvió a dejarlo sobre la mesa.

—No podemos tocarle —comentó Roni—, pero él puede...

—La capacidad de los fantasmas de manipular objetos materiales —explicó Palmer Eldritch— demuestra claramente que están presentes y no son meramente una proyección. Recuerde el fenómeno Poltergeist... Podían mover objetos por toda la casa, pero ellos eran incorpóreos.

Adosada a la pared del despacho brillaba una placa; era un galardón que le habían otorgado a Emily, tres años antes de su propio tiempo, por cerámicas que presentara en una muestra. Allí estaba; él todavía la conservaba.

—Deseo ser esa placa —resolvió Barney.

Estaba hecha de una madera dura —probablemente caoba— y bronce; perduraría por largo tiempo y, además, sabía que su futuro yo jamás la abandonaría. Se dirigió hacia la placa, preguntándose cómo se dejaba de ser un hombre para convertirse en un objeto de bronce y madera, fijado en la pared de una oficina.

Palmer Eldritch le preguntó:

—¿Desea que le ayude, Mayerson?

—Sí —contestó él.

Algo le elevó del suelo; extendió los brazos para mantener el equilibrio y luego sintió que se hundía, que descendía por un túnel insondable que se iba estrechando... Notó que se ceñía en torno de él, y supo que se había equivocado. Palmer Eldritch, una vez más, había creado mentalmente anillos a su alrededor, demostrando su poder sobre todos aquellos que tomaban la Chew-Z. Eldritch había hecho algo, y él ni siquiera podía saber de qué se trataba, pero de cualquier manera era evidente que no era lo que le había prometido.

—¡Maldito sea, Eldritch! —exclamó Barney, sin oír su propia voz, sin oír nada siquiera.

Siguió descendiendo sin cesar, ingrávido, no siendo siquiera ya un fantasma; la gravedad había dejado de afectarle, hasta eso había desaparecido.

«Déjeme algo, Eldritch», pensó para sus adentros. «Por favor». Era un ruego que ya le había sido denegado. Palmer Eldritch hacía mucho tiempo que había actuado... Era demasiado tarde y siempre lo había sido.

«Entonces seguiré adelante con el conflicto. De alguna manera conseguiré regresar a Marte, tomaré la toxina y pasaré el resto de mi vida luchando contra ti, Eldritch... y saldré vencedor. No por Leo y su empresa, sino por mí».

En aquel momento oyó una carcajada. Era la risa de Palmer Eldritch, pero surgía de...

De él mismo.

Mirándose las manos, distinguió la izquierda, rosada, hecha de carne, cubierta de piel y diminutos, casi invisibles pelos, y luego la derecha, brillante, resplandeciente, impecable en su perfección mecánica, una mano infinitamente superior a la original, que se había esfumado.

Ahora comprendió lo que habían hecho con él. Se había cumplido —desde su punto de vista por lo menos— una gran traslación, y posiblemente todo hasta aquel instante había funcionado tendiendo a la consecución de aquel fin.

Librodot

«Será a mí a quien Leo Bulero quitará la vida», se dijo. «A mí se referirá la leyenda del monumento».

«Ahora yo soy Palmer Eldritch».

Al cabo de un rato, a medida que el entorno parecía solidificarse y clarificarse, pensó: «En ese caso, me pregunto cómo se llevará él con Emily. Espero que muy mal».

12

Con inconmensurables brazos rastreadores se había extendido desde el sistema Próxima Centaurus hasta la Tierra misma, y no era humano; no era un hombre lo que había regresado. Y poseía un enorme poder. Podía vencer a la muerte.

Pero no era feliz, por la sencilla razón de que estaba solo. Por lo tanto, en seguida trató de remediarlo; se tomó incontables molestias para arrastrar a otros por la misma senda que él había seguido.

Uno de ellos fue Barney Mayerson.

—Mayerson —dijo con tono desenvuelto—, ¿qué diablos tiene que perder? Piénselo usted mismo; tal como están las cosas, está liquidado: sin una mujer a quien amar, con un pasado que abomina...

«Debe comprender que imprimió un curso equivocado a su vida y nadie le obligó a ello. Y el hecho es irreparable. Aun cuando el futuro durara un millón de años, no podría restituirle lo que perdió, por así decirlo, voluntariamente. ¿Entiende mi razonamiento?»

No hubo respuesta.

—Y se olvida usted de una cosa —continuó él, después de una pausa—. Ella sufrió una regresión, debido a aquella condenada Terapia Evolutiva que el médico ex nazi realiza en aquellas clínicas. Al menos su marido fue lo suficientemente inteligente como para interrumpir el tratamiento en seguida, y ahora todavía puede crear piezas vendibles; la regresión no fue tan grave. Pero... a usted no le gustaría. La encontraría un poco más superficial, ligeramente más tonta. No sería como en el pasado, aunque lograra hacerla volver a su lado; todo habría cambiado.

Hizo una nueva pausa. Esta vez recibió una respuesta.

—¡De acuerdo!

—¿Adónde le gustaría ir? —inquirió él, entonces—. ¿A Marte? Apostaría a que no. Muy bien, pues, de vuelta a la Tierra.

Barney Mayerson, que no era ya él mismo, dijo:

—No. Me marché voluntariamente; estaba terminado, había llegado el fin.

—Bueno, a la Tierra no. Veamos. ¡Hum! —reflexionó—. A Próxima —dijo—. Nunca vio el Sistema de Próxima ni a los proximanos. Yo soy como un puente, ¿sabe usted? Entre los dos sistemas. Ellos pueden venir al Sistema Solar por mi intermedio en cualquier momento que lo deseen... y yo lo permitiré. Pero aún no lo hice. Ellos están ansiosos. —Rió con un cloqueo—. Prácticamente ya están haciendo cola, como los chicos el sábado por la tarde para entrar en el cine.

—Conviértame en una roca.

—¿Por qué?

—Para que no pueda sentir —respondió Barney Mayerson—. Ya nada me resta en la vida.

Librodot

—¿Ni siquiera le gustaría trasladarse en un organismo homogéneo conmigo?

Sin respuesta.

—Podría compartir mis ambiciones. Tengo muchas, grandes ambiciones... En comparación, las de Leo son una porquería.

«Claro que Leo no tardará en matarme. Al menos de acuerdo con la noción del tiempo externa a la traslación».

—Le haré conocer una de mis ambiciones. Una muy insignificante. Tal vez así se animará.

—Lo dudo —repuso Barney.

—Voy a convertirme en un planeta.

Barney soltó una carcajada.

—¿Qué tiene de gracioso? —estaba furioso.

—Creo que está usted chiflado. Tanto si es un hombre como si es un ser del espacio interestelar, ha perdido el juicio.

—No he explicado —dijo con dignidad— lo que quería expresar exactamente al decir eso. Lo que quise decir es que voy a ser todos y cada uno de los habitantes del planeta. Ya imagina a qué planeta me refiero.

—A la Tierra.

—¡Rayos, no! A Marte.

—¿Por qué Marte?

—Marte es... —buscó las palabras que definieran su idea— nuevo. Subdesarrollado. Con un gran potencial. Voy a ser todos y cada uno de los colonos a medida que vayan llegando y empiecen a vivir allí. ¡Yo dirigiré su civilización, yo seré su civilización!

No hubo comentario alguno.

—Vamos, diga algo.

Barney arguyó:

—¿Cómo es que pudiendo ser algo tan grande, incluso todo un planeta, no pueda ni siquiera ayudarme a convertirme en aquella placa de la pared de mi despacho?

—¡Hum! —musitó él, desconcertado—. Está bien, está bien. Puede usted convertirse en aquella placa, ¿a mí qué demonios me importa? Sea lo que le plazca... Para eso tomó la droga; usted está capacitado para convertirse en lo que le guste ser. No es real, por supuesto. Esa es la verdad. Le estoy revelando uno de los más íntimos secretos; se trata de una alucinación. Lo que le otorga apariencia de realidad es que en la experiencia intervienen ciertos aspectos proféticos, exactamente como en los sueños. Yo he transitado por más de un millón de ellos, de esos universos denominados «de traslación»; los he visto todos. ¿Y sabe usted qué son? Nada en absoluto. Como una rata blanca cautiva a la que se le aplican impulsos eléctricos una y otra vez en áreas específicas de su cerebro... Es irritante.

—Comprendo —dijo Barney Mayerson.

—Aun sabiendo esto, ¿desea usted internarse en uno de ellos?

Al cabo de unos instantes, Barney repuso:

—Claro.

—¡Muy bien! Le convertiré en una piedra y le colocaré en una playa. Allí podrá reposar y escuchar el arrullo de las olas durante un par de millones de años. Eso debería satisfacerle.

«¡Condenado estúpido!», pensó, indignado. «¡Una piedra! ¡Por Dios santo!»

Librodot

—¿Acaso me he ablandado o algo por el estilo? —preguntó Barney entonces; por primera vez su voz adquirió una marcada entonación de duda—. ¿Es eso lo que los proximanos deseaban? ¿Para eso le mandaron aquí?

—A mí no me mandaron, sino que me presenté por mi propia voluntad. Vivir en el espacio entre estrellas ardientes resulta agotador. —Prorrumpió en una risita ahogada—. Cierto es que se ha vuelto blando... ¡y ahora quiere ser una piedra! Escuche, Mayerson: en realidad usted no desea ser una piedra. Lo que desea es la muerte.

—¿La muerte?

—¿Quiere decir que no lo sabía? —parecía no creerlo—. ¡Oh, vamos!

—No, no lo sabía.

—Es muy simple, Mayerson. Le proporcionaré un universo traslativo en el cual será el cadáver putrefacto de un perro tirado en una zanja... Piénselo: será un gran alivio. Usted será yo; usted es yo, y Leo Bulero le dará muerte. Eso es el perro muerto, Mayerson; eso es el cadáver en una zanja.

«Y yo continuaré viviendo», se dijo. «Ésa será mi ofrenda. En alemán, Gift (ofrenda en inglés) significa veneno. Dentro de unos pocos meses, dejaré que este tonto muera en mi lugar, y así será erigido aquel monumento en Sigma 14-B, pero yo seguiré con vida en su cuerpo. Cuando él regrese de Marte para reincorporarse a Equipos PP seré yo quien regrese. Y así conseguiré burlar mi destino».

Era verdaderamente muy simple.

—De acuerdo, Mayerson —concluyó, hastiado de aquel coloquio—. Adelante con los faroles, como se suele decir. Considérese liquidado, ya hemos dejado de ser un solo organismo. Ahora volvemos a tener destinos distintos, y así es como usted deseaba que fueran las cosas. Usted se encuentra en una nave de Conner Freeman, partiendo de Venus, y yo estoy en Viruelas Locas; tengo un huerto de hortalizas floreciente en la superficie y mantengo relaciones sexuales con Anne Hawthorne cada vez que me place... Por lo que a mí respecta, es una buena vida. Espero que usted disfrute de la suya.

Y en aquel preciso instante, emergió.

Se encontraba en la cocina de su compartimiento de la Colonia Viruelas Locas. Estaba friéndose una rebosante sartén de hongos locales... El aire estaba saturado de olor a manteca y especias, y en la sala surgían de su grabador portátil los acordes de una sinfonía de Haydn. «¡Qué paz!», pensó con placer. «Exactamente lo que deseaba: un poco de paz y tranquilidad. Después de todo, ya me había acostumbrado a eso en el espacio interestelar». Bostezó y se desperezó con complacencia, diciendo:

—Lo logré.

Sentada en la sala, leyendo un homeodiario extraído del servicio noticioso procedente de uno de los Satélites de las NU, Anne Hawthorne levantó la vista y preguntó:

—¿Qué es lo que lograste, Barney?

—Sazonar esto en su justo punto —repuso él, exultante.

«Soy Palmer Eldritch y estoy aquí, no allí. Conseguiré sobrevivir al ataque de Leo y sé saborear esta vida, disfrutarla como Barney jamás hubiera sabido ni supo hacer. Ya veremos cómo la echará de menos cuando las

armas de Leo hagan pedazos su nave mercante, y vea llegar el fin de una vida amargamente despreciada».

Bajo el resplandor de la luz encendida sobre su cabeza, Barney Mayerson parpadeó. Al cabo de un segundo, se dio cuenta de que se encontraba a bordo de una nave. La cabina parecía una habitación común y corriente, una combinación de dormitorio y de salón, pero supo de qué se trataba al comprobar que los muebles estaban atornillados en el piso. Y la fuerza de gravedad era distinta; estaba producida artificialmente y no lograba alcanzar la intensidad de la terrestre.

Y había un visor que daba al exterior. No era mayor, de hecho, que un panal de abejas. Pero a pesar de todo el grueso plástico permitía observar el vacío que se abría al otro lado, y él se acercó a echar un vistazo. El sol, enceguecedor, ocupaba una enorme porción del panorama, y él pensativamente, extendió el brazo para conectar el filtro negro. Y, al hacerlo, percibió su mano: su mano mecánica, artificial, metálica, soberbiamente eficiente.

Inmediatamente abandonó la cabina y se precipitó por el pasillo hasta llegar a la caseta de mando, cuya puerta estaba herméticamente cerrada; golpeó con sus nudillos de acero y, en un instante, la pesada puerta blindada se abrió.

—Sí, señor Eldritch.

El joven piloto de rubios cabellos asintió respetuosamente. Él dijo:

—Envíe un mensaje.

El piloto cogió una pluma y apoyó la punta en el cuaderno de notas montado en el borde del tablero de instrumentos.

—¿A quién va dirigido, señor?

—Al señor Leo Bulero.

—A Leo... Bulero —escribió el piloto rápidamente—. ¿Debe ser retransmitido a la Tierra, señor? En ese caso...

—No. Leo está cerca de nosotros en su propia nave. Dígale... —consideraba rápidamente el peso de sus palabras.

—¿Desea usted hablar con él, señor?

—Lo que deseo es que no me mate —respondió—. Eso es lo que estoy tratando de decirle. Y usted también. Y quienquiera que se encuentre a bordo de este lento transporte, este blanco absurdamente grande.

«Pero es inútil», reflexionó. «Alguien de la organización de Félix Blau, oportunamente apostado en Venus, me vio abordar este vehículo; Leo sabe que estoy aquí y nada se puede hacer».

—¿Quiere decir que la competencia comercial puede llegar a esos extremos? —preguntó el piloto, tomado por sorpresa, estupefacto.

En aquel momento apareció Zoe Eldritch, su hija, con su atuendo de plástico y zapatillas de piel.

—¿Qué sucede?

Él respondió:

—Leo está cerca. Consiguió una nave armada, con autorización de las NU. Hemos caído en una trampa. Nunca debimos ir a Venus. Hepburn-Gilbert es el responsable de todo. Trate —dijo, dirigiéndose al piloto— de conectar con él. Yo me vuelvo a mi cabina.

«Nada puedo hacer aquí», se dijo, y enfiló el pasillo.

—¡Diablos! —exclamó el piloto—. Hable usted con él, que es a quien busca.

Librodot

Se levantó del asiento.

Lanzando un suspiro, Barney Mayerson se sentó y conectó el transmisor de la nave; lo sintonizó en frecuencia de emergencia, cogió el micrófono y dijo:

—¡Leo, bastardo! Me atrapaste; lograste llevarme donde pudieras tenerme a tu merced. Tú y esa maldita flota, ya estabais en operaciones antes de que regresara de Próxima... Me tomaste la delantera. —Ahora estaba más enfurecido que asustado—. No tenemos nada en esta nave. Absolutamente nada con que protegernos... Vas a derribar una nave desarmada. Esto es un transporte comercial.

Hizo una pausa, tratando de pensar qué más podía agregar: «¿Le digo que soy Barney Mayerson y que Eldritch jamás será atrapado ni podrá matarle, porque se trasladará de la vida a la vida eterna? ¿Y que en realidad dará muerte a una persona que conoce y estima?».

Zoe le conminó:

—¡Di algo!

—Leo —dijo él ante el micrófono—, déjame regresar a Próxima, te lo ruego.

Esperó, escuchando el ruido de la electricidad estática por el altavoz del receptor.

—Muy bien —añadió luego—. Me retracto. Jamás abandonaré el Sistema Solar y tú nunca podrás matarme, ni siquiera con la ayuda de Hepburn-Gilbert, o quienquiera que sea el agente de las NU con quien estés colaborando. ¿Qué te parece? —concluyó, volviéndose a Zoe—. ¿Te gusta más así? —soltó el micrófono, dando un enérgico golpe sobre la mesa—. Estoy listo.

El primer rayo de energía láser casi escindió la nave por la mitad.

Barney Mayerson quedó tendido en el suelo de la caseta de mando, escuchando el ruido de las bombas de aire de emergencia, que emitían un silbido estremecedor al ponerse en funcionamiento. «Conseguí lo que quería», se dijo. «O al menos lo que Palmer dijo que yo quería: la muerte».

Junto a su nave, el vehículo espacial de guerra perteneciente a Leo Bulero, de líneas aerodinámicas según los modelos de las NU, maniobraba para disparar el segundo rayo mortal. En la pantalla del piloto podía ver las llamas de sus motores. Estaba verdaderamente muy cerca.

Allí tendido él esperaba la muerte.

Y entonces Leo Bulero cruzó la sala central de su compartimiento en dirección a él.

Anne Hawthorne, con evidente interés, se levantó de su asiento y dijo:

—Así que usted es Leo Bulero. Hay varias preguntas, todas ellas relacionadas con su producto, la Can-D...

—Yo no produzco la Can-D —la atajó Leo—. Niego rotundamente ese rumor. Ninguna de mis empresas comerciales son, bajo ningún aspecto, ilegales. Oye, Barney, ¿ingeriste o no...?

Bajando la voz, se inclinó sobre Barney Mayerson y murmuró roncamente:

—Tú ya sabes.

—Esperaré afuera —dijo Anne, prudentemente.

—No —gruñó Leo, y se volvió hacia Félix Blau, quien asintió con un movimiento de cabeza—. Sabemos que pertenece al personal de Blau —agregó Leo, dirigiéndose a la joven.

De nuevo tocó con el dedo a Barney Mayerson con irritación.

Librodot

—No creo que lo tomara —dijo, como hablando consigo mismo—. Le registraré.

Comenzó a hurgar en los bolsillos de la chaqueta de Barney y luego en su camisa.

—Aquí está.

Extrajo el frasco que contenía la toxina capaz de alterar el metabolismo cerebral. Desenroscando el tapón, escrutó su interior.

—Está intacto —le dijo a Blau, con marcado disgusto—. Naturalmente que Faine no tuvo noticias de él. Se echó atrás.

—Yo no me eché atrás —le espetó Barney.

«He recorrido un largo camino», se dijo para sus adentros. «¿No te das cuenta?»

—La Chew-Z —dijo en voz alta—. Muy lejos, en el tiempo.

—Sí, estuviste inconsciente unos dos minutos —dijo Leo con desdén—. Nosotros llegamos aquí en el instante en que te encerraste. Un individuo, Norm no-sé-cuantos, nos abrió con su llave maestra; él está a cargo del refugio, supongo.

—Pero recuerde —terció Anne— que la experiencia subjetiva con la Chew-Z no tiene relación con nuestra noción del tiempo. A él puede haberle parecido que transcurrían varias horas o incluso muchos días. —Miró compasivamente a Barney—. ¿No es cierto?

—Fallecí —dijo Barney; se incorporó, mareado—. Usted me mató.

Siguió un silencio que casi podía palparse.

—¿Se refiere a mí? —inquirió Félix Blau al fin.

—No —repuso Barney.

No importaba. Por lo menos hasta que volviera a tomar la droga. Cuando eso sucediera, llegaría el fin. Palmer Eldritch lograría su propósito, conseguiría sobrevivir. Y aquello era lo más intolerable: no su propia muerte —que tarde o temprano tenía que sobrevenirle—, sino el hecho de que Palmer Eldritch entrara en la inmortalidad. «Muerte», pensó, «¿en qué consiste tu victoria sobre este ser?».

—Me siento insultado —se quejó Félix Blau—. ¿Qué significa eso de que alguien le mató, Mayerson? Demonios, nosotros le sacamos a usted del estado de coma. Y tuvimos que hacer un largo y arduo viaje para llegar hasta aquí; y para el señor Bulero, mi cliente, en mi opinión fue una empresa muy arriesgada. Ésta es la región donde opera Eldritch. —Miró con aprensión a su alrededor—. Hágale tomar esa sustancia tóxica —le dijo a Leo— y regresemos a la Tierra antes de que suceda algo terrible. Tengo un mal presentimiento.

Se encaminó hacia la puerta del compartimiento.

Leo preguntó:

—¿La tomarás, Barney?

—No —contestó él.

—¿Por qué no? —inquirió Leo con tono fatigado, pero paciente.

—Mi vida es demasiado preciada para mí. «Al fin», pensó, «decidí poner fin a mi expiación».

—¿Qué sucedió mientras estabas en estado de traslación?

Barney se puso en pie, con dificultad.

—No lo dirá —observó Félix Blau, desde el umbral de la puerta. Leo dijo:

—Barney, es nuestra única oportunidad. Te sacaré de Marte, tú lo sabes. Y la epilepsia del tipo Q no es el fin…

—Está usted perdiendo el tiempo —aseveró Félix, saliendo al pasillo; dirigió a Barney una última mirada preñada de odio—. ¡Qué error cometió, al poner sus esperanzas en ese tipo!

—Tiene razón Blau, Leo —dijo Barney.

—Jamás lograrás salir de Marte —afirmó Leo—. Nunca te procuraré, por los medios que sean, un pasaje de regreso a la Tierra. No importa lo que suceda de ahora en adelante.

—Lo sé.

—Pero no te importa. Pasarás el resto de tu vida tomando esa droga.

Leo le miraba, consternado.

—Nunca más —aseguró Barney.

—Entonces, ¿qué?

—Viviré aquí —repuso Barney—. Como un colono. Trabajaré en mi huerto en la superficie y haré todo lo que hacen los demás. Construiré un sistema de riego y esas cosas.

Se sentía fatigado y la náusea no le había abandonado.

—Lo siento —dijo.

—Yo también —murmuró Leo—. Y no lo comprendo.

Miró interrogadoramente a Anne Hawthorne y, al no hallar una respuesta en ella tampoco, se dirigió a la puerta. Una vez allí, intentó decir algo más, pero cambió de idea. Se marchó acompañado de Félix Blau. Barney escuchó las pisadas que resonaban en la rampa que conducía a la entrada y luego el sonido se apagó, y sólo persistió el silencio. Barney fue hasta el fregadero y se llenó un vaso de agua.

Al cabo de unos instantes, Anne dijo:

—Yo lo comprendo.

—¿De veras?

El agua tenía buen sabor y borró el último resabio de la Chew-Z.

—Una parte de ti se ha convertido en Palmer Eldritch —replicó ella—. Y una parte de él está en ti. Ninguno de vosotros podrá separarse jamás completamente del otro; tú siempre serás...

—Has perdido el juicio —dijo él, apoyándose en el fregadero, pues sus piernas no tenían fuerzas para sostenerle.

—Eldritch obtuvo de ti todo cuanto deseaba —comentó Anne.

—No —repuso él—. Porque volví demasiado pronto. Debería haber estado cinco o diez minutos más. Cuando Leo lance el segundo disparo, será Palmer Eldritch quien se encuentre en la nave, no yo.

«Y es por eso que no tengo necesidad de embarullar el metabolismo de mi cerebro, de acuerdo con un precipitado y desatinado plan pergeñado en un momento de desesperación», se dijo a sí mismo. «Aquel hombre, o lo que sea, no tardará en estar muerto».

—Entiendo —dijo Anne—. ¿Y estás seguro de que lo que pudiste vislumbrar del futuro durante la traslación...?

—Es válido.

Porque para creerlo no dependía de lo que había percibido durante la experiencia con la droga. Además, poseía su propia capacidad precognitiva.

—Y Palmer Eldritch sabe también que es válido —dijo—. Hará... ya lo está haciendo... todo lo posible para escapar a su sino. Pero no podrá. No puede.

«O al menos, es probable que no pueda». Y ahí residía la esencia del futuro: en el entresijo de posibilidades. Y hacía tiempo que él lo había aceptado, aprendiendo a desenmarañarlo; intuitivamente, sabía cuál era el

hilo del tiempo que debía elegir. Por eso había conservado su puesto en la firma de Leo.

—Pero a causa de esto, Leo no moverá los resortes que podrían salvarte —dijo Anne—. No te llevará de vuelta a la Tierra; lo dijo en serio. ¿No comprendes lo grave que es eso? Lo adivino por la expresión de su rostro. Mientras Leo viva, jamás...

—¡La Tierra! —exclamó Barney—. Eso terminó.

Él también había hablado seriamente al anunciar lo que sería su vida en Marte, según sus propias precogniciones.

Si era conveniente para Palmer Eldritch, también lo era para él. Porque Palmer Eldritch había vivido muchas vidas; un vasto y confiable conocimiento se había acumulado en la sustancia gris de aquel hombre o criatura, o lo que fuere. La fusión de sí mismo con Eldritch durante la traslación había dejado una marca indeleble en él: se trataba de una forma de conocimiento absoluto. Se preguntó si, a su vez, Eldritch había obtenido algo de él a cambio. «¿Poseía yo algo digno de ser asimilado por él? ¿Percepciones? ¿Estamos de ánimo, recuerdos o valores?»

Buena pregunta. La respuesta, resolvió, era no. Nuestro oponente era algo maligno y extraño que se posesionó de uno de nuestra raza como una infección, durante el largo viaje entre la Tierra y Próxima... «Y, sin embargo, él sabía mucho más que yo acerca del sentido de nuestra vida finita; lo captaba todo desde otra perspectiva. Desde siglos de vagar en el vacío, esperando que pasara alguna forma de vida de la cual apoderarse y ser... Tal vez ésa era la fuente de su conocimiento; no era experiencia, sino el fruto de una infinita meditación solitaria. Y en comparación, yo sabía... que no había hecho nada».

Norm y Fran Schein aparecieron en la puerta del compartimiento.

—Eh, Mayerson, ¿cómo le fue? ¿Qué opina de la segunda experiencia con la Chew-Z?

Entraron, esperando expectantes la respuesta.

—No se impondrá jamás —repuso Barney.

Desencantado, Norm dijo:

—No fue ésa mi reacción; a mí me gustó, y mucho más que la Can-D. Salvo... —vaciló, frunció el ceño y miró a su esposa con una grave expresión—. Donde yo estuve, percibí una perversa presencia; una especie de cosa confusa. Naturalmente que yo volví...

Fran le interrumpió:

—El señor Mayerson parece cansado. Más tarde podrás darle más detalles.

Sin quitar la vista de Barney, Norm Schein observó:

—Es usted un tipo raro, Barney. En cuanto volvió de la primera traslación, le arrebató la porción a esta joven, a la señorita Hawthorne; salió corriendo y se encerró en su compartimiento, para poderla tomar, y ahora dice... —se encogió filosóficamente de hombros—. Bueno, tal vez se excedió en la dosis. No se mostró muy moderado, amigo. Por mi parte, la probaría de nuevo. Con cuidado, por supuesto. No como usted. Lo digo sinceramente —afirmó en voz alta, como si quisiera convencerse a sí mismo—: a mí me gustó.

—Salvo por la presencia que notó —le señaló Barney.

—Yo también la sentí —dijo Fran en voz baja—. No pienso probarla de nuevo. ¡Me causa... pavor! Sea lo que fuere.

Librodot

Se estremeció y se acercó más a su esposo, quien automáticamente, por la fuerza de la costumbre, le rodeó la cintura con el brazo.

—No debe temer nada. Sólo trata de vivir, como todos nosotros —dijo Barney.

—Pero fue tan... —comenzó a decir Fran.

—Algo tan viejo —la interrumpió Barney— que tiene que parecernos forzosamente inquietante. No tenemos noción alguna de la edad en esa dimensión, en esa enormidad.

—Habla usted como si supiera de qué se trata —observó Norm.

«Lo sé», pensó Barney. «Porque, como dijo Anne, una parte de ello está dentro de mí. Y hasta que muera, dentro de pocos meses, conservará la porción de mi ser que incorporó a su propia estructura. Así que cuando Leo lo mate, pasaré un mal rato. Me pregunto qué sentiré...».

—Ese algo —dijo en voz alta, dirigiéndose en especial a Norm Schein y su esposa— tiene un nombre que, si se lo dijese, lo reconocerían, a pesar de que él jamás se lo aplicaría a sí mismo. Somos nosotros quienes lo hemos bautizado así. A raíz de la experiencia, en el curso de miles de años, desde una gran distancia. Pero tarde o temprano, estamos condenados a enfrentarnos con eso, sin distancia ni años que nos separen.

Anne Hawthorne dijo:

—Te refieres a Dios.

No parecía necesario responder más que con un ligero movimiento de la cabeza.

—Pero... ¿maligno? —musitó Fran Schein.

—En un aspecto —repuso Barney—. Nuestra experiencia de ello. Nada más.

«¿O acaso no logré hacérselos comprender todavía?», pensó. «¿Acaso debería contarles cómo a su manera trató de ayudarme? Y no obstante... ¡cuán encadenado estaba también por las fuerzas del destino, que parecen trascender todo lo viviente, incluyéndolo a él tanto como a nosotros mismos!»

—¡Rayos! —exclamó Norm, con las comisuras de los labios curvadas hacia abajo, casi al borde de las lágrimas provocadas por la decepción.

Por un momento, pareció un niño pequeño que acaba de ser víctima de un engaño.

13

Más tarde, cuando sus piernas dejaron de doblarse bajo él, llevó a Anne Hawthorne a la superficie y le mostró los trabajos iniciales que había llevado a cabo en su huerto.

—Se necesita ser valiente para dejar colgada a la gente, ¿sabes? —dijo Anne.

—¿Te refieres a Leo?

Sabía lo que ella quería decir; lo que acababa de hacerles a Leo, a Félix Blau, a Equipos PP y a la organización de la Can-D era indiscutible.

—Leo es un hombre maduro —observó él—. Sabrá sobreponerse. Comprenderá que tiene que habérselas con Eldritch personalmente y lo hará.

«Además, el litigio contra Eldritch no habría dado resultado; mi capacidad precognitiva me proporciona también esa certeza».

Librodot

—Remolachas —dijo Anne.

Se había sentado en el parachoques del tractor autonómico y estaba examinando los paquetes de semillas.

—Detesto las remolachas. Por lo que te ruego que no las plantes, ni siquiera las de esa variedad mutante que son verdes, largas y de piel gruesa, que saben como si fueran de plástico.

—¿Tenías pensado venir a vivir aquí? —le preguntó Barney, de repente.

—No.

Furtivamente, inspeccionó el mando homeostático del tractor y tocó la capa aislante, deshilachada y parcialmente chamuscada, de uno de los cables de fuerza motriz.

—Pero espero venir a cenar con tu grupo de vez en cuando; vosotros sois los vecinos más próximos que tenemos, desgraciadamente.

—Oye —saltó él—, esa cueva inmunda en que vives...

Calló súbitamente: «Mi identidad», pensó; «ya la estoy adquiriendo en términos de este aposento comunal de ínfima categoría que requeriría un constante y meticuloso trabajo de reparación por manos expertas durante cincuenta años».

—Mi refugio —dijo, siguiendo la broma— puede vencer al tuyo. Cualquier día de la semana.

—¿Qué me dices del domingo? ¿Podéis hacerlo doblemente, ese día?

—El domingo —contestó él— no nos está permitido. Leemos las Escrituras.

—No bromees con eso —dijo Anne muy seria.

—No bromeaba.

Y no lo había dicho con esa intención, en absoluto.

—Lo que dijiste antes acerca de Palmer Eldritch...

Barney repuso:

—Sólo deseaba decirte una cosa. Quizás un par de cosas a lo sumo. Primera, que él, ya sabes a lo que me refiero, realmente existe, verdaderamente está ahí. Aunque no como nos pensábamos ni como le hemos experimentado hasta ahora... ni como tal vez podamos hacerlo jamás. Y segunda...

Vaciló.

—Dila.

—Él no puede ayudarnos mucho —siguió diciendo Barney—. Sólo un poco, tal vez. Pero está con las manos abiertas, vacías. Comprende y desea ayudar. Lo intenta, pero... no es tan fácil. No me preguntes por qué. Quizá ni siquiera él lo sabe. Tal vez él está confundido también, a pesar de todo el tiempo de que dispuso para meditar.

«Y de todo el tiempo de que dispondrá más adelante», pensó Barney, «si logra escapar de las manos de Leo Bulero. El humano Leo, como cualquiera de nosotros. ¿Sabrá Leo contra quién está luchando? Y en ese caso..., ¿tratará de todos modos de seguir adelante con su plan?»

«Sí. Leo lo hará. Un precognitor puede ver lo que está preestablecido».

Anne dijo:

—Lo que Eldritch conoció y lo que se posesionó de él, lo que nosotros estamos enfrentando, es un ser superior a nosotros mismos, y como dijiste, no podemos juzgarlo ni encontrarle sentido a lo que hace o desea. Es algo misterioso que escapa a nuestra comprensión. Pero estoy segura de que estás equivocado, Barney. Algo que está con las manos abiertas, vacías, no

Librodot

es Dios. Es una criatura hecha a imagen y semejanza de algo superior a ella misma, como nosotros. Dios no fue creado ni está confundido.

—Sentí que había en él —explicó Barney— la presencia de la deidad; eso es innegable.

«Especialmente en aquel momento en que Eldritch me alentó, en que trató de convencerme de que lo intentara».

—Claro —concedió Anne—. Pensé que lo habías comprendido. Él está dentro de cada uno de nosotros, y es una forma de vida superior como aquella a que nos estamos refiriendo. Su presencia sería, sin ninguna duda, más manifiesta. Pero... déjame que te cuente el chiste del gato.

»Es muy breve y simple. Una anfitriona da una fiesta y tiene un magnífico filete de dos kilos y medio sobre la mesa de la cocina, con el que preparará la cena. Ella está conversando con los invitados en la sala... Toma unas copas y todo eso. Luego vuelve a la cocina para freír el filete y se encuentra con que ha desaparecido. Y allí está el gato de la familia, en un rincón, lavándose tranquilamente el hocico.

—El gato se comió el filete —dijo Barney.

—¿Lo hizo? La anfitriona llama a los invitados; todos discuten sobre el particular. El filete ha desaparecido, los dos kilos y medio; allí está el gato, que parece satisfecho y contento. «Pesemos el gato», sugiere alguien. Todos habían tomado unas copas de más; les parece una buena idea. Así que se dirigen al cuarto de baño y pesan el gato en la báscula. Marca exactamente dos kilos y medio. Todos lo comprueban, y uno de los invitados dice: «Bien, eso es. Ahí está el filete». Todos se sienten satisfechos al saber lo que sucedió; tienen una prueba empírica. Entonces una duda asalta a uno de ellos, que exclama, confundido: «Pero ¿dónde está el gato?».

—Ese chiste ya lo había oído antes —dijo Barney—. Y de cualquier manera no comprendo su relación con lo que conversábamos.

—Ese chiste —observó Anne— contiene la esencia más pura que jamás haya existido del problema ontológico. Si lo meditas largamente...

—¡Diablos! —exclamó él airado—. Son dos kilos y medio de gato; es una tontería... Si la balanza marca dos kilos y medio, el filete no está...

—Recuerda el vino y la hostia —le dijo Anne, serenamente.

Barney la miró fijamente. Por un momento, la idea pareció cuajar en él.

—Sí —prosiguió ella—. El gato no era la lonja aquella. Pero... el gato podía ser una manifestación que el filete adoptaba en aquellos momentos. La palabra clave resulta ser es. No nos digas, Barney, que lo que se posesionó de Palmer Eldritch es Dios, porque tú no posees tanto conocimiento acerca de él; nadie lo sabe. Pero ese ente viviente del espacio cósmico puede estar hecho, como nosotros, a Su imagen y semejanza. Puede ser la forma que Él eligió para aparecer ante nosotros. Si el mapa no es el territorio, el cacharro no es el alfarero. Así que no hables ontológicamente, Barney, no digas es.

Le sonrió anhelosa, para ver si él había comprendido.

—Algún día —comentó Barney— tal vez adoremos aquel monumento.

«No la hazaña de Leo Bulero», pensó, «por admirable que sea... que será, para ser más preciso; ella no será nuestro objeto. No; todos nosotros, como cultura, haremos lo que yo ya me siento inclinado a hacer: lo investiremos débilmente, lastimeramente, de nuestra propia concepción de los poderes infinitos. Y, en cierto sentido, esos poderes existen. Pero como dice Anne, respecto de su naturaleza verdadera...».

—Veo que deseas estar solo en tu huerto —dijo Anne—. Creo que regresaré a mi refugio. Buena suerte. Y, Barney... —le cogió la mano y se acercó a él, con una grave expresión en el rostro—. No te humilles jamás. Dios, sea lo que fuere ese ser superior que hemos conocido... no lo quiere, y aun cuando así fuera, no debes hacerlo.

Se inclinó hacia delante, le besó y luego se alejó de él.

—¿No crees que estoy acertado? —le gritó Barney—. ¿Tiene algún sentido tratar de empezar a cultivar un huerto aquí? ¿O terminaremos como todos los demás...?

—No me lo preguntes a mí. No tengo autoridad para responderte.

—A ti sólo te preocupa tu salvación espiritual —le espetó él.

—Incluso eso ha dejado de preocuparme —replicó Anne—. Estoy terriblemente confundida y todo me perturba aquí. Escucha. —Volvió junto a él, con una expresión sombría, velada en sus ojos, que parecían haberse quedado sin luz—. Cuando me aferraste para quitarme la porción de Chew-Z, ¿sabes lo que vi? Lo vi realmente; no fue una ilusión.

—Una mano artificial. Y la distorsión de mi mandíbula. Y mis ojos...

—Sí —dijo ella con voz ahogada—. Los ojos mecánicos, ranurados. ¿Qué significaba eso?

—Significaba —repuso Barney— que estabas contemplando la realidad absoluta. La esencia que se encuentra más allá de la mera apariencia.

«Utilizando tu terminología», pensó, «lo que viste se llama: los estigmas».

Durante unos instantes Anne se quedó observándole atentamente.

—¿Es así como eres realmente? —inquirió luego, apartándose de él, con manifiesta aversión reflejada en su cara—. ¿Por qué no eres lo que aparentas? Ahora no eres de aquella manera. No lo comprendo —añadió, con voz temblorosa—. Me arrepiento de haberte contado el chiste ese del gato.

—Yo vi lo mismo en ti, querida —confesó él—. En aquel preciso instante. Me repeliste con unos dedos que definitivamente no eran los que tenías al nacer.

«Y podrían fácilmente manifestarse de nuevo. La Presencia reside en nosotros, potencialmente, si no de hecho».

—¿Se trata de una maldición? —preguntó Anne—. Me refiero a que conocemos la maldición del pecado original de Dios. ¿Acaso vuelve a repetirse?

—Eso tú deberías saberlo mejor que nadie; recuerda lo que viste. Los tres estigmas: la mano artificial, inanimada, los ojos Jensen y la mandíbula completamente desencajada.

«Símbolos de su morada», pensó. «En medio de nosotros, pero no por nuestra propia voluntad, no porque lo hayamos convocado intencionadamente. Y... no poseemos ningún sacramento mediador con que protegernos. Mediante nuestros rituales, elaborados cuidadosamente con inteligencia, consagrados por el tiempo, podemos obligarle a confinarse en elementos específicos, tales como el pan y el agua o el pan y el vino. Se manifiesta abiertamente, expandiéndose en todas direcciones. Atisba en nuestros ojos, y desde nuestros ojos».

—Es un precio —resolvió Anne— que debemos pagar. Por nuestro deseo de someternos a la experiencia de la droga con la Chew-Z. Al igual que sucedió originalmente con la manzana.

El tono de su voz era sorprendentemente amargo.

—Sí —concedió él—, pero yo considero que ya lo he pagado.

«O estuve a punto de pagarlo. Ese extraño ser, que sólo conocemos en su cuerpo terrenal, quería que le sustituyera en el instante de su destrucción; en lugar de Dios muriendo por el hombre, como ocurrió una vez, nos enfrentamos por un instante con un ser superior... el poder supremo, que nos pedía que sucumbiéramos por él».

¿Lo convierte eso en un ser maligno? ¿Creo yo realmente en el argumento que le di a Norm Schein? Bueno, sin duda lo convierte en algo inferior a lo que vino dos mil años atrás».

«Al parecer se trata, ni más ni menos, del deseo, como dice Anne, de un organismo surgido del polvo que sólo aspira a perpetuarse. Ese deseo todos lo tenemos; a todos nos gustaría ver a un chivo a o un cordero despedazado e incinerado en lugar de nosotros mismos. Deben hacerse inmolaciones... y no nos place ser los sacrificados. De hecho, toda nuestra vida está dedicada a ese único principio. Y así lo está la de él también».

—Adiós —dijo Anne—. Te dejaré solo. Puedes subir a la cabina de esa excavadora y dedicarte a excavar a gusto. Tal vez la próxima vez que te vea, ya habrá aquí instalado todo un sistema de riego.

Le sonrió una vez más, brevemente, y luego se alejó corriendo en dirección a su refugio.

Al cabo de unos instantes, Barney subió a la cabina de la draga y puso en marcha el rechinante mecanismo, cuyos elementos estaban impregnados de arena. El motor lanzó un quejumbroso bramido de protesta. Barney consideró que la máquina era más feliz durmiendo. Aquello era como el ensordecedor toque de convocatoria de la trompeta del juicio final, y la excavadora aún no estaba preparada para ello.

Llevaba ya abierto como medio kilómetro de surco irregular, aún carente de agua, cuando descubrió que una forma de vida indígena, un ser marciano, le estaba acechando. En seguida detuvo la excavadora y entrecerró los ojos para tratar de distinguirlo con más claridad bajo el resplandor del frío sol marciano.

Parecía una escuálida y famélica mujer muy vieja que anduviera a cuatro patas, y Barney supuso que se trataba de aquel ser semejante al chacal, del que tantas veces le habían hablado con el propósito de prevenirle. En todo caso, fuera lo que fuese, era evidente que llevaba varios días sin comer; aquella criatura le observaba con voracidad, mientras conservaba la distancia... y de pronto, proyectados telepáticamente, sus pensamientos fueron captados por Barney. Estaba en lo cierto. Se trataba de lo que él había imaginado.

«¿Puedo devorarte?», le preguntó el animal.

Y respiraba entrecortadamente, relamiéndose con avidez.

«¡Rayos, no!», pensó Barney.

Examinó la cabina en busca de algo que pudiera usar como arma; sus manos se cerraron sobre una pesada llave inglesa y la blandió hacia el depredador marciano, dejando que el gesto hablara por él; la llave y la forma en que él la empuñaba encerraban un elocuente mensaje.

«Baja de ese artefacto», pensó el depredador marciano, con esperanza mezclada de ansiedad. «Ahí no puedo alcanzarte».

Las últimas palabras respondían, sin duda, a un pensamiento íntimo que no deseaba manifestar, pero que, de alguna manera, lo proyectó también. El animal no se andaba con sutilezas.

«Esperaré. Tarde o temprano bajarás de ahí».

Barney hizo dar la vuelta a la excavadora y partió de regreso en dirección a Viruelas Locas. Roncando, la máquina avanzaba a un ritmo enloquecedoramente lento; parecía perder energía a cada metro. Barney tuvo el presentimiento que no lograría llegar a su destino. «Tal vez esa bestia tiene razón», pensó. «Es posible que tenga que bajar y enfrentarme con ella».

Después de merecer la gracia de la forma de vida extraordinariamente superior que se posesionó de Palmer Eldritch y que se manifestó en nuestro sistema procedente del cosmos... ¡tener que ser devorado por esa bestia atrofiada! «El fin de una prolongada evasión. El arribo final que no pude prever, a pesar de mi capacidad precognitiva, ni siquiera con una antelación de cinco minutos. Tal vez no lo deseaba... ¡Cómo exclamaría triunfante el doctor Smile, si estuviera aquí!»

La excavadora lanzó un zumbido, se convulsionó violentamente y luego, contrayéndose dolorosamente, pareció acurrucarse en el suelo; el motor carraspeó un instante y de pronto, deteniéndose, expiró.

Por un momento, Barney permaneció silencioso. Situado directamente frente a él, el carnívoro chacal marciano, con el aspecto de una vieja arrugada, le observaba sin apartar su vista de él.

Al llegar a corta distancia de Barney, lanzó un súbito chillido, se desvió y pasó corriendo junto a él, sin tocarle. Barney se volvió y lo contempló mientras se alejaba.

«¡Inmundo!», dijo el depredador para sus adentros; se detuvo a cierta distancia y temerosamente le miró, con la lengua colgante. «Eres un ser inmundo» le comunicó con acento lúgubre.

«Inmundo», pensó Barney. «¿Cómo? ¿Por qué?»

«Eso eres», repuso el depredador. «Mírate a ti mismo. Yo no puedo devorarte, se me revolverían las tripas».

Permaneció donde se encontraba, sumido en su frustración... y una profunda aversión. Barney le había horrorizado.

«Tal vez seamos todos inmundos para ti», pensó. «Todos los de la Tierra, ajenos a este mundo».

«Sólo tú», repuso el depredador. «Mira... ¡puf!... tu brazo derecho, tu mano. Hay algo en ti que me resulta intolerable. ¿Cómo puedes soportarte a ti mismo? ¿No puedes purificarte de alguna manera?»

Barney no se molestó en echar un vistazo a su brazo y a su mano: era innecesario.

Calmosamente, con toda la dignidad que pudo reunir, se dirigió, caminando por la arena suelta, hacia su refugio.

Esa noche, cuando se disponía a acostarse en la estrecha litera que le ofrecía su compartimiento en la Colonia Viruelas Locas, alguien golpeó en la puerta cerrada.

—¡Eh, Mayerson! Abra.

Poniéndose la bata, abrió la puerta.

—Regresó aquella nave comercial —le dijo Norm Schein, excitado, asiéndole por la solapa de la bata—. Ya sabe, la de la gente de la Chew-Z. ¿Le quedan algunas pieles? De ser así...

—Si desean verme —le interrumpió Barney, librándose de la mano de Norm Schein que seguía aferrada a su bata—, tendrán que bajar aquí. Vaya a decírselo.

Acto seguido, cerró de nuevo la puerta.

Norm se alejó ruidosamente de allí.

Barney se sentó a la mesa donde comía, cogió una cajetilla de cigarrillos terrícolas —la última— de la cómoda y encendió uno. Permaneció fumando y meditando, mientras escuchaba los ruidos que hacían sus compañeros de cubil rondando precipitadamente ante su compartimiento. «Ratones gigantes que sienten el olor del queso».

Se abrió la puerta de su compartimiento. Él no levantó la vista; continuó contemplando la superficie de la mesa, el cenicero, la caja de cerillas y el paquete de Camel.

—Señor Mayerson.

—Sé lo que va usted a decirme —dijo Barney.

Entrando en el compartimiento, Palmer Eldritch cerró la puerta, se sentó frente a Barney y le dijo:

—Está bien, amigo mío. Le liberé antes de que sucediera, antes de que Leo disparase por segunda vez. Fue mi concienzudamente meditada decisión. Y dispuse de muchísimo tiempo para reflexionar acerca de este asunto: un poco más de tres siglos. No le explicaré el porqué.

—No me importa el porqué —replicó Barney.

Seguía con la vista baja.

—¿No se atreve a mirarme? —le preguntó Palmer Eldritch.

—Soy inmundo —le respondió Barney.

—¿Quién le dijo eso?

—Un animal que encontré en el desierto. Y eso que no me había visto antes; se dio cuenta cuando se acercó a mí.

«Cuando aún estaba a un par de pasos, lo que es una considerable distancia».

—¡Hum! Quizá tenía sus motivos...

—¡No tenía ningún maldito motivo! Todo lo contrario: estaba medio muerto de hambre y con ardientes deseos de devorarme.

Así que debe de ser cierto.

—Para la mente primitiva —arguyó Eldritch—, lo inmundo y lo inmaculado se confunden. Meramente se fusionan en el tabú. El ritual para ellos, el...

—¡Oh, demonios! —exclamó él con amargura—. Es cierto y usted lo sabe. Estoy vivo, no moriré en esa nave, pero estoy mancillado.

—¿Por mí?

—¿A usted qué le parece? —replicó Barney.

Después de una pausa, Eldritch se encogió de hombros y dijo:

—De acuerdo. Fui arrojado de un sistema estelar —no lo identificaré porque ello no tiene importancia alguna para usted— y me instalé donde aquel ágil operador de su sistema me detectó. Y algo de todo eso le fue transferido a usted. Pero no mucho. Gradualmente, con el correr de los años, se recuperará; irá disminuyendo hasta desaparecer. Sus compañeros no lo notarán porque también les afectó a ellos; comenzó en cuanto participaron de la experiencia de mascar lo que les vendimos.

—Me gustaría saber —dijo Barney— qué se proponía hacer cuando introdujo la Chew-Z entre nuestra gente.

—Perpetuarme —repuso tranquilamente la criatura que estaba sentada ante él.

Entonces Barney alzó la vista.

—¿Una forma de reproducción?

—Sí, la única que me está permitida.

Con intenso aborrecimiento, Barney exclamó:

—¡Dios mío! ¡Todos nos habríamos convertido en hijos suyos!

—No se angustie por eso ahora, señor Mayerson —dijo aquel ser, lanzando una carcajada jovial, casi humana—. Limítese a atender su huerta en la superficie, ponga en condiciones su sistema de riego. Francamente, sólo ansío la muerte; me alegraré cuando Leo Bulero consiga lo que se propone... Ahora que usted se rehusó a tomar la toxina que afecta el metabolismo cerebral, empezó a madurar el plan. De todas maneras, le deseo a usted mucha suerte aquí en Marte. Por lo que a mí se refiere, me hubiese encantado todo esto, pero las cosas no salieron como deseaba y ya no tiene remedio.

Entonces Eldritch se puso de pie.

—Podría revertir el proceso —sugirió Barney—. Reasumir la forma que tenía cuando Palmer se encontró con usted. No tiene necesidad de ocupar ese cuerpo cuando Leo abra fuego sobre su nave.

—¿Usted cree? —había una nota burlona en el tono de su voz—. Si dejo de concurrir allí, tal vez me espere algo peor. Pero usted no querrá oír hablar de eso; el lapso de vida de un ser como usted es relativamente corto, y en un lapso tan breve hay muchísimas menos...

Enmudeció, pensativo.

—No me lo diga —le pidió Barney—. No quiero saberlo.

Cuando volvió a levantar la vista, Palmer Eldritch había desaparecido.

Barney encendió otro cigarrillo. «¡Qué confusión!», pensó. «Así es cómo actuamos cuando por fin entramos en contacto con otra raza sensible de la galaxia. Y así es cómo se comportan, tan mal como nosotros y, en algunos aspectos, mucho peor. Y no hay forma de redimir la situación. No por ahora».

«Y Leo pensaba que yendo a enfrentarse con Eldritch con aquel frasco de toxinas teníamos alguna posibilidad de éxito. ¡Qué irónico!»

«Y heme aquí, sin haber consumado siquiera el acto para beneficio de los tribunales; físicamente, básicamente inmundo».

«Tal vez Anne pueda hacer algo por mí», concluyó de pronto. Quizás había algún método para poder ser restituido al estado original (vagamente recordado, por cierto) antes de que cundiera la última y más aguda contaminación. Trató de recordar, pero era muy poco lo que sabía acerca del neocristianismo. De cualquier manera, valía la pena intentarlo. Se le ocurría que podía ser la esperanza, y buena falta le haría en los años que tenía por delante.

Al fin y al cabo, la criatura residente en las profundidades del espacio que había adoptado la forma de Palmer Eldritch conservaba cierta relación con Dios; si no era Dios, como él mismo había llegado a creer, entonces era por lo menos una parte de la creación de Dios. Por lo tanto, cierta responsabilidad residía en Él. Y, según le parecía a Barney, Dios era probablemente lo suficientemente maduro como para reconocerlo.

«Conseguir que Él lo acepte ya sería algo».

Sin embargo, valía la pena hablar de ello con Anne Hawthorne; ella podía conocer las técnicas para lograr siquiera eso.

Pero en el fondo lo dudaba. Porque tenía un terrible presentimiento, simple, fácil de razonar y de expresar, que tal vez se relacionaba con él mismo y con aquellos que le rodeaban, con aquella situación.

Existía algo que era la salvación. Pero... no para todos.

Durante el viaje de regreso a la Tierra, después de su fracasada misión en Marte, Leo Bulero conferenció y discutió interminablemente con su colega, Félix Blau. A ambos les parecía evidente ahora lo que tendrían que hacer.

—Siempre anda viajando entre un Satélite-Base en torno a Venus y los demás planetas, además de visitar su dominio en la Luna —señaló Félix, recapitulando—. Y todos sabemos cuán vulnerable es una nave en el espacio; hasta un diminuto pinchazo podría...

Expresó gráficamente con un gesto lo que quería significar.

—Necesitaremos la cooperación de las NU —dijo Leo, con expresión sombría.

Porque todo cuanto él y su organización estaban autorizados a poseer eran armas cortas. Nada que pudiera ser utilizado por una nave contra otra.

—Poseo unos datos al respecto que podrían ser interesantes —observó Félix, revolviendo el contenido de su cartera—. Nuestra gente en las NU tuvo acceso al despacho de Hepburn-Gilbert, como usted ya debe de saber... bueno, quizá no lo sepa. No podemos conminarle a hacer cualquier cosa, pero al menos podemos discutirlo. —Extrajo un documento—. Nuestro secretario general está preocupado por la coincidente aparición de Palmer Eldritch en cada una de las llamadas «reencarnaciones» que los consumidores de Chew-Z experimentan. Él es lo suficientemente inteligente como para comprender lo que esto implica. Por lo tanto si ello sigue ocurriendo, es indudable que podremos conseguir más cooperación de parte de él, al menos sobre una base extraoficial; por ejemplo...

Leo le interrumpió:

—Félix, permítame que le pregunte algo: ¿cuánto tiempo hace que tiene usted un brazo artificial?

Bajando la vista, Félix lanzó una exclamación de sorpresa. Y luego, mirando a Leo, dijo:

—Y usted también. Y encuentro algo raro en sus dientes; abra la boca y déjeme ver.

Sin responder, Leo se puso de pie y se dirigió al lavabo de la nave para mirarse en el espejo de cuerpo entero.

No había ninguna duda de ello. Los ojos también. Resignadamente, regresó a su asiento junto a Félix Blau. Ninguno dijo nada durante un rato; Félix tamborileaba con los dedos sobre sus documentos de una manera mecánica: «¡Dios mío, literalmente de una manera mecánica!» Leo, alternativamente, le observaba con fijeza y miraba por la ventanilla las tinieblas y las estrellas del espacio interplanetario.

Al fin, Félix comentó:

—Al principio causa como una especie de desazón, ¿no es cierto?

—En efecto —reconoció Leo, con voz ronca—. Oiga, Félix..., ¿qué podemos hacer?

—Aceptarlo —repuso Félix.

Con la mirada fija, contemplaba las personas que ocupaban los otros asientos que se extendían ante él. Leo miró y también lo vio. La misma deformidad de la mandíbula. La misma mano derecha, brillante y descarnada, una sosteniendo un homeodiario, otra, un libro, una tercera batía incesantemente los dedos. Y así sucesivamente hasta el final del

Librodot

pasillo, donde se encontraba la cabina del piloto. Y allí también comprobó lo mismo. «En todos nosotros», se dijo.

—Pero a pesar de todo no comprendo qué significa —se lamentó Leo, débilmente—. Acaso estamos..., ya sabe lo que quiero decir. ¿Hemos sido trasladados por esa horrible droga, y esto es...? —hizo un gesto—. Ambos estamos locos, ¿es eso?

Félix Blau preguntó:

—¿Ha tomado usted Chew-Z?

—No. No desde aquella única inyección intravenosa que me aplicaron en la Luna.

—Yo tampoco —confesó Félix—. Jamás. Así que se ha expandido. Sin el uso de la droga. Eldritch está en todas partes, o más bien esto está en todas partes. Pero eso es conveniente. Sin ninguna duda esto habrá de impulsar a Hepburn-Gilbert a reconsiderar la posición de las NU. Tendrá que reconocer exactamente lo que ese ser representa. Creo que Palmer Eldritch cometió un error, se extralimitó.

—Tal vez no pudo evitarlo —arguyó Leo.

Quizás el maldito organismo era como un protoplasma, que tenía que ingerir y crecer: instintivamente, se expandía cada vez más y más.

«Hasta que sea destruido en su fuente», pensó Leo. «Y nosotros somos quienes tenemos que hacerlo, porque yo, personalmente, soy un Homo Sapiens Evolvens: yo, que en este momento estoy aquí sentado, soy el ser humano del futuro. Si podemos obtener la ayuda de las NU...».

«Yo soy el Protector de nuestra raza», se dijo a sí mismo.

Se preguntó si aquello ya habría llegado a la Tierra. Una civilización de infinidad de Palmer Eldritch, grisáceos y hueros y encorvados y enormemente altos, cada uno con su brazo artificial, dientes excéntricos y ranurados ojos mecánicos. No resultaría nada agradable. Él, el Protector, se estremeció sólo al imaginarlo. «Supongamos que se apodera de nuestras mentes, no sólo de la anatomía del ser, sino de la mentalidad también... ¿qué ocurriría con nuestros planes para liquidarlo?»

«Apostaría a que esto todavía no es una realidad. Sé que yo estoy en lo cierto y que Félix se equivoca. Aún me encuentro bajo los efectos de aquella dosis; nunca volví a la normalidad... Eso es lo que ocurre». Ante ese pensamiento se sintió más aliviado, porque todavía existía una Tierra genuina incontaminada; era sólo él que estaba afectado. No importaba cuán auténtico pareciera Félix sentado junto a él y la nave y el recuerdo de su visita a Marte para averiguar qué le había sucedido a Barney Mayerson.

—Eh, Félix —dijo, dándole un codazo—. Usted es una ficción. ¿Comprende? Éste es un mundo privado de mi invención. No puedo demostrarlo, naturalmente, pero...

—Lo siento —replicó Félix lacónicamente—. Está usted en un error.

—¡Oh, vamos! Finalmente voy a despertar, o lo que sea que uno hace cuando esa detestable porquería es eliminada del organismo. Voy a continuar bebiendo mucho líquido, ¿sabe?, para expulsarlo de mis venas. —Agitó la mano—. ¡Azafata! —le hizo señas para que se acercara rápidamente—. Tráiganos algo de beber en seguida. Whisky con agua para mí.

Miró interrogadoramente a Félix.

—Lo mismo —murmuró éste—, sólo que lo quiero con un poco de hielo. Pero no demasiado, porque cuando se derrite el licor pierde su sabor.

Librodot

A los pocos segundos se acercó de nuevo la azafata, y extendió la bandeja.

—¿El suyo era con hielo? —le preguntó a Félix.

Era rubia y muy bonita, con ojos verdes que parecían dos pulidas piedras preciosas, y, cuando se inclinó, sus esféricos y bien formados senos quedaron parcialmente al descubierto. Leo lo notó y le gustó; sin embargo, la distorsión de la mandíbula de la joven arruinó el efecto global, y Leo se sintió frustrado, engañado. Y ahora, según pudo comprobar, los admirables ojos de largas pestañas se habían esfumado, siendo reemplazados... Apartó la mirada, malhumorado y deprimido, hasta que la azafata se hubo marchado. Comprendió que le resultaría especialmente arduo acostumbrarse al cambio en relación con las mujeres; no podría saborear con grato placer, por adelantado, el momento en que volvería a ver a Roni Fugate.

—¿Has visto? —le preguntó Félix mientras tomaba un sorbo de licor.

—Sí, y ello demuestra con cuánta rapidez debemos obrar —repuso Leo—. En cuanto lleguemos a Nueva York iremos a ver a ese imbécil e inútil de Hepburn-Gilbert.

—¿Para qué? —inquirió Félix.

Leo le miró sorprendido y luego le señaló los brillantes dedos artificiales con que sostenía el vaso.

—Diría que empiezan a gustarme —declaró Félix con aire meditativo.

«Eso es lo que me imaginaba», pensó Leo. «Eso es exactamente lo que esperaba. Pero aún tengo fe en que podré destruirlo, si no esta semana, la siguiente. Si no este mes, entonces algún día. Estoy seguro de ello; ahora me conozco y sé de lo que soy capaz. Todo depende de mí. Lo cual es magnífico. Pude atisbar lo suficiente en el futuro para no renunciar jamás, aunque sea la única persona que no sucumba, que mantenga el antiguo estilo de vida, el estilo anterior a la era de Palmer Eldritch. No es nada más que fe lo que me resta, fe en los poderes que me fueron otorgados en el principio —en última instancia—, y lo único con que podré vencerle. Así que, en cierto sentido, no soy yo; es algo que hay en mí que ni siquiera Palmer Eldritch puede destruir, porque, puesto que no soy yo, no me corresponde a mí perderlo. Siento que esa fuerza crece. Resistiendo las alteraciones inesenciales, externas (el brazo, los ojos, los dientes...), permanece sin ser tocada por ninguna de las tres alteraciones, el mal, la negativa trinidad de la alienación, la borrosa realidad y la desesperación que Eldritch trajo junto con él desde Próxima. O más bien desde el espacio intermedio».

«Hemos vivido miles de años bajo una antigua plaga que ya ha destruido y maculado parcialmente nuestra santidad, y que procedía de una fuente superior a Eldritch. Y si ello no logró doblegar completamente nuestro espíritu, ¿cómo podrá conseguirlo eso? ¿Acaso conseguirá concluir la tarea empezada? Si así lo cree —si Palmer Eldritch cree que es para eso que llegó aquí—, está equivocado. Porque esa fuerza que hay en mí, que me fue implantada sin mi conocimiento... ni siquiera fue rozada por la primitiva plaga original. ¿Qué tal?»

«Mi mente evolucionada me dice todas esas cosas», pensó. «Aquellas sesiones de Terapia E no fueron en vano... Puedo no haber vivido tanto tiempo como Eldritch, en un sentido, pero, en otro, sí; he vivido un centenar de miles de años, los de mi evolución acelerada, y a causa de ello me he vuelto muy sabio; fue una fructífera inversión. Nada podría comprender con más claridad en estos momentos. Y me reuniré con los demás que son como

yo allí en los lugares de esparcimiento de la Antártida; constituiremos una hermandad de Protectores, que salvará al resto».

—Eh, Blau —dijo, dándole un codazo con el brazo no artificial al semi-ser que estaba a su lado—. Yo soy un descendiente. Eldritch vino de otro espacio, pero yo procedo de otro tiempo. ¿Me comprende?

—¡Hum! —musitó Félix Blau.

—Observe mi doble cúpula, mi enorme frente; soy un cabezota, ¿no? Y esta corteza; no está sólo en la coronilla sino por todo el cráneo. O sea, que en mi caso el tratamiento fue efectivo. Así que no desespere todavía. Crea en mí.

—Está bien, Leo.

—Tenga paciencia. Habrá acción. Puedo estar mirándole a través de un par de ojos artificiales luxvideo de Jensen, pero en el interior todavía soy yo. ¿Entiende?

—Entiendo —repuso Félix Blau—. Lo que usted diga, Leo.

—¿Leo? ¿Cómo es que me llama Leo?

Sentado muy rígido, sosteniéndose con ambas manos en los brazos del asiento, Félix Blau le dirigió una implorante mirada.

—Piense, Leo. ¡Por el amor de Dios, piense!

—¡Oh, sí! —recobrada la serenidad, asintió con un movimiento de cabeza; se sintió reprendido—. Lo siento. Fue sólo un desliz pasajero. Sé a lo que usted se refiere; sé lo que teme. Pero eso no fue nada. Seguiré pensando, como dice usted. No volveré a olvidarlo. Asintió solemnemente con un movimiento de cabeza, prometiéndolo.

La nave se iba acercando raudamente a la Tierra.

FIN